

Con olor
a tinta corriente



Magdalena Zapata

Con Olor a
Tinta Corriente

Magdalena Zapata

©Todos los derechos reservados Magdalena Zapata

Primera Edición

México 2020

Self-Publishing Amazon

Edición y diseño editorial:

Mónica Garcíadiego

Corrección Orto-tipográfica:

Ana María Suarez

Diseño de Portada :

Sandy Quiroz

Independently published

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida bajo ningún medio mecánico, o en la forma de registro fonográfico. Tampoco puede ser almacenado en sistema de recuperación, transmisión o cualquier otro método de copia para uso privado o público, con la excepción de “uso justificado” como citas breves contenidas en los artículos y revistas con consentimiento previo del autor.

*A las relaciones complicadas y transparentes. Y de esas, solo a las que sobreviven a los
recuerdos.
A los amores que viven conmigo y a quien me hubiera leído orgulloso.*

Con Olor a
Tinta Corriente

1.

Tuvo la desgracia de morir tarde. Nada le costaba haberse muerto hablando, tiempo antes, cuando su luz era brillante, y su plática y presencia imponentes. Pero se fue diluyendo poco a poco...

Se apagó porque las personas se apagan, son efímeras, duran lo que duran y no más.

Al morir a destiempo condenó su singular historia a una gran novela con un final incomprendido; aunque siempre redime el dejar de existir: vuelve santos a los pecadores, buenos a los malos, vírgenes a las putas y caballeros a los cobardes.

En este caso, volvió a Victoria un ejemplo de inteligencia, bondad y prudencia. Inteligente, sí, y mucho; buena, pocas veces... y prudente, nunca. Incontable el número de veces que calló a cuanta persona osó comentar, interrumpirla o corregirla; especialmente si era mujer, porque pensaba que la mayoría de ellas eran muy pendejas. Generalmente dejadas de sus maridos, manipuladas por sus hijos o arrastradas por la ignorancia de jamás haber agarrado un libro para leer una página completa de algo que no fueran recetas de cocina o novelitas breves de sexo irreal. Para ella, las mujeres que leían eso, eran las que estaban más secas del cerebro y se reían de todo. ¡Cómo le molestaban las risitas estúpidas sin sentido! Sencillamente se llevaba quien se atrevía a reír sin una buena razón. Aunque... sí hubo episodios en su vida que estuvieron plagados de risas. Pero de las suyas, risas de alegría y de burla, impregnadas de crueldad.

Decía que lo que más le enojaba era que la gente no leyera; pero alguna vez confesó que le encantaba tratar con ignorantes porque así podía ella usar frases y extractos de libros de autores conocidos y desconocidos, y quien la escuchaba se quedaba asombrado de todo lo que sabía. Eso era lo que más le llenaba el alma: la admiración, el reconocimiento; pero sobre todo, el miedo que pudiera infundir.

Victoria nació en un pueblo pequeño rodeada de comodidades. Era muy curioso haber escuchado; que, cuando niña, su padre le decía “Victoria estúpida” y ella se reía cuando la llamaba así. Él lo hacía de forma cariñosa, sin embargo, a los demás parientes les parecía denigrante y de mal gusto. Especialmente a la madre de Victoria que era una mujer muy sencilla, muy callada y por lo mismo no ejercía muy bien ni sus derechos de mujer, ni su maternidad. Don Luis era padre y madre y la existencia de Victoria giraba alrededor de lo que él hacía y decía. Su mayor bendición había sido que su madre, después de que ella nació, no pudo tener más hijos, por lo que para su padre era la hija e hijo que siempre quiso tener y la llevaba con él a todas partes; eran cómplices y mejores amigos.

Aun cuando vivían en este pequeño pueblo, como en cualquier lugar del mundo, grande o chico, había una casa de mala muerte, prostíbulo o congala, conocido por todos. Don Luis decía que siempre había “mujeres busconas, buscando”, por eso había hombres que encontraban.

Mujeres de mala muerte y hombres inocentes.

Don Luis acostumbraba pasar algunas tardes a la semana en el “Rincón del Cielo”, el prostíbulo disfrazado de centro social para caballeros.

A Victoria nadie le había explicado qué era lo que sucedía en esa casa, sin embargo, de alguna manera lo dedujo y disfrutaba que su padre la llevara ahí, le comprara agua de arroz, la sentara en

una mesa y le acercara un motón de revistas descoloridas cuyo olor llenaba sus sentidos y la preparaba para empezar a leer. Cada que llegaba, moría de ansias por localizar la revista que estaba leyendo y buscaba la pequeña orilla que había doblado para no perder la página. De inmediato daba un trago grande a su agua y se perdía en la lectura. Para sus pocos años los temas de esa literatura no eran propios para niñas, señoritas o señoras: nadie debía leer ese tipo de historias. Sin embargo Victoria las devoraba, las entendía a su manera y en su cabeza hacía sus propias fantasías que algún día, pensaba, iba a escribir y sobre todo; a vivir.

Nunca se atrevió a robar una revista porque no quería que su madre la encontrara; ni supiera de dónde la había sacado y le hiciera un drama a su padre. Muchas veces estuvo tentada a llevarse su favorita; se llamaba: “El Rescate”. La vio (porque eran más fotos que texto) y la leyó tantas veces que sabía de memoria los diálogos. Las imágenes estaban tatuadas en su memoria. A esa edad no le llamaban tanto la atención los musculosos hombres, sino las mujeres con las grandes nalgas, piernas kilométricas, mínima cintura y sobre todo, los enormes pechos cuyos pezones se transparentaban de forma tan descarada que no podía dejar de mirar. Y su frase favorita: “Rosa, Rosita véngase conmigo, ¡vamos a conocer el mundo!”

Éste fue su primer acercamiento a la literatura.

Rosita y sus pezones insolentes fueron su referencia de belleza y las mujeres que habitaban El Rincón, su referencia de tristeza. No sabía por qué, pero también le daban mucho asco.

Cuando su padre decidía que era momento de irse, se acercaba a ella y le decía: “Vamos, Victoria Estúpida”, por no decirle Victoria Herminia, que era su segundo nombre y que siempre le desagradó. La madre lo había escogido presionada por la abuela. Le prometió a Don Luis que a todos los hijos que tuvieran después de Victoria, sería él quien escogería el nombre. Eso no sucedió; porque, finalmente, Victoria fue hija única; y Don Luis no pudo nombrar a nadie más. A él le daba mucho coraje saber que había cometido ese gran error al darle el privilegio a su esposa y que la vieja Herminia se había salido con la suya.

Don Luis tenía todas las semanas sus eventos amorosos, pero romper su familia o tener un hijo fuera del matrimonio, eso jamás: él era un hombre de honor y de familia. Victoria lo idolatraba y sabía que lo de “Estúpida” era para su mamá y para su abuela Herminia -que desafortunadamente en la Gloria no estaba-, y parecía que no estaría muy pronto.

Su niñez fue aparentemente feliz; siempre obsesiva, solitaria y consentida. Había tenido todo a manos llenas, pero nunca; nada ni nadie fueron suficiente para ella.

2.

Victoria no vivía en una casa, habitaba una finca. Una barda altísima que daba la vuelta a las grandes extensiones de la propiedad; cubiertas con enredaderas que parecían tener una eternidad de existencia. Entre lo verde, buganvillas de todos los colores. Por arriba, asomándose imponentes, muchos árboles y en la época más bonita del año, jacarandas volando, ensuciando todo a su paso.

Al centro, un portón con una aldaba de hierro que se tomaba firmemente para poderla correr y hombres para empujar las monumentales puertas que, a pesar de las grietas en la madera, seguían pareciendo una obra de arte con detalles de roleos y cantos machihembrados.

Todo era verde, todo estaba impecable: los pisos de barro, los barandales de ayacahuite torneados, las cortinas de manta bordada, los muebles de caoba y encino; no había nada que no estuviera en armonía. Todas las personas que trabajaban ahí parecían dibujadas de tan perfectas sus caras y sus uniformes. Eran de una discreción fantasmal: sólo aparecían cuando se necesitaban.

La recámara de Victoria había sido un regalo de un amigo de Don Luis que la mandó traer por barco del Sur: una obra de arte hecha por un famoso ebanista que solo trabajaba bajo pedido. Muchas dimensiones de habitación: la majestuosa cama, las cómodas con cajones, ropero, secreter, tocador con espejo y el banco de terciopelo. Todo para llenar el espacio. Pero no había objeto que generara en Victoria algún tipo de emoción. Una niña apenas que ya pensaba y sentía como mujer, pero cuyas emociones se creaban a partir de los pensamientos que su inagotable imaginación provocaba.

La finca estaba siempre llena de gente, sin embargo, eran tan grandes los espacios que ella invariablemente encontraba la forma de dedicarse a lo único que disfrutaba y le hacía reír: esto era espiar, acosar y asustar a quien estuviera distraído. Iba en silencio detrás de los sirvientes levantando faldas, gritando, empujando y haciéndolos pasar unos sustos horribles. Ponía gotas de aceite en el piso para verlos resbalar. A su madre le cambiaba las cosas de lugar para verla desesperarse buscando. Grillos y cucarachas misteriosamente aparecían en la comida que no le gustaba.

Durante años, el arte de saber ser invisible le había permitido enterarse de todos los chismes de la casa. Resultaba que los discretísimos sirvientes no lo eran tanto y también tenían una vida. Manuel manoseaba a Justina, ella lo disfrutaba y se lo hacía saber con esa risita estúpida que tanto molestaba a Victoria. Era muy curioso ver como los jueguitos habían empezado en la cocina con inocentes tropezones, rozones y empujones “sin querer”, después en el patio y donde se llegaban a cruzar. A Victoria le daba curiosidad pero sobre todo, mucho asco porque no entendía cómo un hombre tan joven podía estar metido con una vieja aguada y gorda como Justina. Tal vez porque las carnes se le desbordaban por todos lados, y eso le parecía atractivo a Manuel. Supuso que a los hombres les gustaban todas, siempre y cuando hubiera carne de por medio. Y las viejas estúpidas se dejaban hacer.

Todavía no entendía muy bien por qué, pero le quedaba claro que la desventaja era patética: hombres hacen lo que quieren, mujeres se ríen, se dejan y todavía, les sirven: era inconcebible.

Así que se le ocurrió arruinarles el jueguito y cada vez que los veía juntos buscaba meterse entre los dos, para que su pequeño cuerpo quedara aplastado entre los músculos de Manuel y las carnes de Justina. Le daba mucho gusto porque hacía enojar a la gorda, que con su voz de pito le gritaba: “¡Niña tenga cuidado!” y Victoria disfrutaba sentirse contenida entre esos cuerpos: era una sensación muy poco conocida, porque su padre no era muy abrazador y de su madre no le gustaba ni que la peinara, mucho menos que la tocara.

El tiempo que pasaba en la cocina le permitió llevar una especie de inventario de todo lo que llegaba y se robaban. A la finca llegaba todo en grandes cantidades: los huacales de fruta y verdura, los costales de semillas y granos, los paquetes de especias, las canastas de diferentes chiles, la masa para las tortillas, y los animales muertos. En la casa de Victoria, a diferencia de muchas de alrededor, no había una pequeña granja, ni siquiera unas gallinas para comer huevo fresco. Todo se compraba en el mercado del pueblo. Don Luis tenía una aversión a los animales: le provocaban alergia, aunque, en realidad, los trabajadores que lo conocían de toda la vida decían que no le gustaban porque de niño le habían gustado demasiado. Se decía que había desplumado más gallinas que el gallo más machín de los alrededores.

Y como “en bolsa abierta, hasta el más santo peca”, aquí pecaban todos. Entre cocineras, recamareras, afanadoras, lavanderas, porteros, mozos y jardineros, la cantidad de gente que pululaba por ahí hacía muy difícil el trabajo de contabilidad de Victoria. Todos pasaban y armaban su itacate para llevar. A pesar de que ya habían comido, como si nunca fueran a volver a probar bocado, se llevaban su extra para la familia o para la cena. Además de telas, platos, cubiertos y los deliciosos dulces que llegaban por montones. Lo único que estaba siempre contado a la perfección por Don Luis eran las botellas de licor. Si alguien se atrevía a tomar aunque fuera un poco, él de inmediato se daba cuenta y hacía que, quien fuera pagara por ello. Así que hacer perdida alguna botella era impensable.

Victoria decidió poner remedio a este robo tan descarado, de lo que ella sabía que era suyo y de nadie más. Sobre todo porque si algo la hacía sentir frágil, era pensar en quedarse sin dinero. Ella sabía que su padre tenía muchas propiedades y que le cobraba a la gente que usaba sus tierras para la siembra pero muchas veces había tenido pesadillas en las que los trabajadores de su casa, le robaban todas las tierras y ella se quedaba sin nada.

Siempre hablaba de este suceso como su primera agandallada. Precisamente en la libreta donde había tomado nota de todas las raterías de los sirvientes, hizo un trazado y formó una serie de columnas. En el eje vertical escribió el nombre de la persona o la descripción, porque en muchos casos no tenía ni idea de cómo se llamaban. Por ejemplo, ponía: “jardinero chaparro, chalán pelón con cinturón de herradura, jardinero moreno que no sabe decir otra cosa que ‘buenos días, niña’ (a la hora que sea), jardinero flaco, apestoso y el más ratero; porteros que tragan como si no hubiera mañana y que les gusta la futa porque es lo que más roban”. Y así se siguió con todos los que trabajaban afuera y dentro de la casa. En el eje horizontal puso diferentes horarios y le fue asignando cita a cada persona para tener una junta privada.

Fuera de la lista quedaron Juan -el jardinero- y su esposa Linda -una de las afanadoras-; ellos eran trabajadores, honrados y además, papás de los “chinitos”, unos gemelos gorditos y tontitos. Sabía que tenían algo que no era normal, pero en esa época le causaban mucha gracia: eran de los pocos seres humanos con los que disfrutaba pasar tiempo y, de alguna manera, jugar. Aunque en el juego estuviera oculta la burla. Los Chinitos y sus papás vivían en una de las casitas que estaban en los jardines de atrás, junto con una gran parte de los demás trabajadores, la mayoría rateros y malagradecidos.

También dejó fuera de la lista a las viejitas Lucha y María, porque ya las pobres con trabajo

ayudaban en la cocina, comían poco y no robaban nada. Y además tenía un buen recuerdo de ellas, ya que habían sido las que en realidad la cuidaron de chiquita, no la poquita cosa que era su madre.

De los demás nadie se escapaba de estar en la lista, con el conteo exacto de todo lo que habían sustraído. Victoria fue encarándolos para asignarles una cita con objeto de hablar de un asunto “muy delicado”. La reacción que normalmente obtenía era una mueca de extrañeza y la pregunta: “¿Es su padre quien nos está llamando?” “No, soy yo, y más te vale que vengas ahora, porque si no, mi padre se va a enterar de todo lo que has robado y no solo te vas a quedar sin trabajo, sino vas a acabar en la cárcel”. A cada quién le impuso un castigo y una penitencia. Por supuesto en algunos casos hubo negociación para hacer como que no se daba cuenta y que siguieran robando, pero muy poquito.

El castigo más fuerte fue para el jardinero flaco, apestoso. A bañarse todos los días y pobre de él si Victoria lo veía mugroso, porque lo sentaba a la mesa a ver comer a los demás y él sin probar bocado. Llegó a dejarlo trabajando bajo el sol largas jornadas.

Era como si hubiera llegado la ley a la finca: todos le temían y todos la obedecían.

La casa marchó bastante bien durante un tiempo, con las nuevas reglas impuestas en el bajo mundo que manejaba Victoria.

Así mismo impuso fronteras muy claras para los visitantes de la finca, especialmente a los familiares de su madre y aún más a los de su padre que no los toleraba. Había asignado a dos recamareras para que, en cuanto llegaran sus estúpidas primas, se las llevaran a jugar lo más lejos en el jardín y ella pudiera quedarse en su recámara, escribiendo o leyendo revistas, tarea que por supuesto asignó a Musculoso para conseguir las del Rincón, porque un día sin mayor explicación, su padre dejó de llevarla a esas gloriosas tardes. Se lo pidió insistentemente, estuvo a punto de fingir que lloraba, pero nada funcionó: le dio un no rotundo.

Gran tragedia, porque la vida se volvió totalmente aburrida sin las salidas y su atención se centró aún más en lo que pasaba en la finca. Todo se volvió un desastre: criticaba la comida, se burlaba de la gente, ordenaba cambiar las plantas de un lugar a otro y si se morían, invariablemente le echaba la culpa al jardinero apestoso que cada vez soportaba menos. Pasaba y destendía las camas varias veces al día, para que tuvieran que volver a tenderlas una y otra vez. Desarreglaba la alacena, entraba a la casa con las botas sucias y se paseaba brincando por los sillones y hasta por la cama de sus padres, lo cual ponía loca a su madre, que verdaderamente ya no sabía qué hacer con ella. Al final, lo que sentía Victoria por su madre estaba totalmente correspondido: a veces desprecio y a veces algo parecido a nada, absolutamente nada. Fuerte y quedito la madre siempre decía “ya que se case y se vaya de aquí”. Y cuando la escuchaba, Victoria siempre pensaba “te largarás tú, esta finca es mía”.

3.

Victoria y su cuerpo se habían desarrollado por completo. Por aquella época, aplicó la prohibición al jueguito de los apachúrrones entre la gorda y el musculoso porque un día sintió que estando ella en medio, él le tocaba los pechos y por supuesto que jamás se rebajaría a que un pelado como ese la tocara. Una cosa era el encuentro casual que ella provocaba y otra que éste creyera que le podía gustar que la sobara. Fin a los arrimones.

Y fin del terrorismo en casa, porque un buen día decidió volverse nuevamente invisible para extender sus dominios. Era momento de explorar el mundo y que, aunque el lugar donde vivía le parecía de lo más rústico, sucio y sin chiste, pensó que sería muy divertido aterrorizar al pueblo entero.

Su plan era declarar su habitación zona prohibida para todos, hasta para las recamareras; nadie podía volver a entrar, a ninguna hora. Iba a hacerles creer que estaba escribiendo y leyendo todo el día y no quería que nadie la interrumpiera cuando en realidad lo que planeaba era salir de la finca las veces que ella quisiera. La primera vez caminó hacia el portón, ordenó a sus esclavos que le abrieran y cerraran detrás de ella y no dijeran a nadie que había salido. De ahí tenía que caminar un buen tramo del que llamaban el paseo verde: era el camino chico que conectaba con la carretera y de ahí emprendía el andar hacia el pueblo.

Para llegar tenía que pasar varias casas de aproximadamente la mitad del tamaño de la de ella, y entonces llegaba a la entrada del pueblo donde lo primero que aparecía era la farmacia “La Morenita”. Qué pesadez los nombres que escogía la gente para sus negocios, no los soportaba. Después, unas fondas que parecían casitas de muñecas por los ridículos colores rosa y amarillo de las fachadas. Odiaba el color rosa y peor cuando le decían “el color de rosa”.

Con lo que no contaba era con el hecho de que todo mundo la conocía, porque no tenía ni un rato de haber llegado, cuando una mujer la saludó por su nombre. “Maldita vieja metiche” enfureció; no iba a ser fácil pasar invisible. Así que el reto era todavía más interesante.

Su primera incursión al pueblo fue muy breve porque decidió volver para planear una estrategia; necesitaba tener un plan para salir, qué hacer y a quiénes de sus esclavos debería de confabular para, en caso de que su padre la buscara, poder justificar su ausencia.

Volvió a la finca y al llegar al portón, vio que los inútiles no estaban. Comenzó a tocar con toda su fuerza. Pasaron varios minutos y nadie aparecía; siguió tocando hasta que finalmente oyó una voz agitada por dentro que gritaba “ya voy, ya voy”. Con mucho esfuerzo abrieron la majestuosa puerta para encontrarse con una Victoria enfurecida, explotando de coraje. Con toda esa furia, le reventó una cachetada al agitado hombre -aunque Victoria no era de una gran estatura, ni de pesada complexión-, el enojo era tal que el hombre salió volando y cayó de cara contra una piedra. De inmediato brotó la sangre; pasó junto a él y no lo volteó a ver, solo le dijo: “en tu vida te vuelves a despegar de la puerta cuando yo salga y hasta que regrese, o te mato”.

Regresó a su recámara y pasó algunos días ahí metida; pedía que le llevaran la comida y que no la molestaran. Solo acudía al llamado de su padre cuando la quería saludar o eventualmente, comer con ella en el comedor.

Este tiempo de reclusión les daba paz a todos los de la casa, pero temían que algo estaba

tramando y eso les ponía muy nerviosos; tanto, que aun cuando suponían que no los estaba vigilando no robaban ni flojeaban, solo por el miedo de que los estuviera observando desde algún escondite secreto.

No sabía exactamente qué era lo que iba a hacer en el pueblo, pero estaba segura que se le ocurriría pronto. Empezó por darse otras dos vueltas, y con la memoria privilegiada que tenía, dibujó todas las casas, tiendas, negocios y puestos que había en la avenida principal. Las calles que de alguna manera tenían acceso a la misma y los posibles lugares donde esconderse. Su otro punto de interés era el Rincón, el congal que tanto extrañaba porque no había agua de arroz más deliciosa. Añoraba estar sentada ahí, viendo entrar y salir a todos los machines del pueblo. Imaginando lo que pasaba en el segundo piso y recordando el olor de las revistas -que dejaron de adquirir, porque como se las había robado Musculoso, decidieron ya no comprar más-, así es que Victoria estaba atrasada muchos ejemplares en su lectura. Pronto pondría remedio a eso.

Le llamaba la atención la tienda donde se vendía de todo. Ropa, regalos, dulces, periódicos y libros: este lugar se convertiría en el proveedor de herramientas para continuar su educación. El hecho de que hubiera eliminado a su maestra privada no era, como creía su madre “por huevona y altanera”; en realidad había aprendido todo lo que podía de ella. No le aportaba más y estaba harta de su insistencia en que desarrollara habilidades para comunicarse y tratar a la gente. Como si eso se pudiera estudiar... Además para tratar, ¿a qué gente? ¿a los sirvientes? ¿a su familia? No había manera que le despertara el mínimo interés por tratar con ellos más allá de lo estrictamente necesario. Ella quería leer historias, quería conocer otras vidas, otros lugares, otros mundos: todo lo que probablemente en su tiempo no lograría conocer, pero que con su imaginación iba a devorar. Mientras tanto, sabía perfectamente cómo tratar a la gente: a mentadas, gritos y amenazas. Así le había funcionado siempre. ¿Por qué tendría que cambiar?

La tienda se llamaba “La Casita de Doña María Elena”; le daban hastío no solo los nombres de los negocios, sino además, el hecho de que muchos de ellos estuvieran siempre en diminutivo. Ella rebautizó todos los lugares: la tienda se llama “Tus Calzones”; la farmacia, “La Peste”; la fonda era “Los Marranos”; el Rincón por supuesto era “El Putero”. Le encantaba pensar en esa palabra y repetirla en su mente, sabiendo que si su madre la escuchaba, enfurecería por la insolencia. Y claro que nadie se salvaba de los apodos. Don Rodolfo, el esposo de doña María Elena, los dueños de “Tus Calzones”, eran Rodopuerco y Marralena, porque ambos eran gordos como puerquitos. El de la Peste, Culano; la dueña del Putero, Chichihuevo; y así todos tenían un apodo, que mientras más grosero y vulgar fuera, mejor.

Una vez que terminó de diagramar todos los lugares, las vías de escape, los escondites y hasta la última piedra, lo completó con información acerca de los horarios en que abrían, cerraban y cuántas personas trabajaban en cada lugar. Le pidió a su papá que le comprara una bicicleta nueva, a lo que por supuesto consintió y le vendió el cuento de que era para pasear dentro de la propiedad; la única restricción que le puso es que si salía, tenía que ir acompañada siempre.

Su primer objetivo era hacerse de libros y revistas; no las podía comprar porque su papá jamás le daría dinero para gastar en eso. Sabía perfectamente lo que pensaba él de invertir dinero en ese tipo de “cosas inútiles” y aunque le consentía todo, nunca le daba dinero. Don Luis tenía clarísimo que darle dinero a una mujer era darle la libertad de hacer lo que quisiera, y eso le restaba autoridad. Y así como era cuidadoso con sus botellas, también lo era con el dinero. Nunca lo perdía de vista y lo contaba todos los días. Además de su cuenta en el banco, tenía una caja de seguridad en el piso de su despacho cuya combinación solo él conocía. En su casa nadie mandaba más que él, y solo él tenía control de lo que se gastaba y en qué se gastaba. Cuando menos eso creía, aunque estaba muy equivocado porque en realidad la que mandaba, manipulaba y

acomodaba todo a su conveniencia era Victoria. Todo, excepto el dinero; así que necesitaba obtenerlo.

Una día por la mañana salió de su cuarto buscando a Musculoso, lo llevó al jardín y le dio la orden de que ese día iría con ella al pueblo. Le entregó una nota donde venía una lista de las cosas que quería que robara de Tus Calzones: libros, revistas y las pastas de cacao de envoltura azul. Para la misión se iban a llevar a La Gorda, para que distrajera a Rodopuerco mientras Musculoso tomaba lo que le había ordenado. Ambos estaban muy nerviosos, pero también ciertamente emocionados. Victoria los estaría esperando en la esquina de la calle, en su bicicleta para recibir la mercancía y regresar a toda velocidad a la casa. Se había llevado una bolsa negra donde podía esconder todo y pasar desapercibida al llegar a la casa.

Este golpe fue el primero de muchos. Formó una gran pandilla con toda la gente de la casa; robaba, sembraba la cizaña cambiando de una tienda a otra las cosas, haciendo creer que los ladrones eran los mismos dueños o empleados. Llegó hasta a meterse al Putero escondida entre las faldas de la Gorda y obligó a Musculoso a que se robara una jarra de agua de arroz. ¡Qué felicidad cuando se la tomó toda ella sola!

Espiaba a su padre muy seguido y se dio cuenta que tenía una favorita que se llamaba Luciana. Era una güera, pálida como fantasma, con un cuerpo bastante normal, nada de bolas exageradas. Lo que sí le impresionaba era la sonrisa, tenía unos dientes tan blancos como toda ella; y un día la vio con una bata totalmente transparente: era lampiña de todo el cuerpo y con unos pezones rosas, casi amarillos, como de muñeca. Una cosa muy rara: no podía descifrar, además de la sonrisa, qué era lo que le encantaba a su papá para ir religiosamente tantas veces por semana, quedarse ahí toda la tarde y a veces, hasta entrada la noche.

Tampoco podía ser el sexo, ya estaba bastante gastado para desvivirse por coger tan seguido. Su mejor apuesta era lo que escuchó varias veces afuera de la puerta del cuarto, algo que en su casa con su madre jamás había sucedido. Su padre era capaz de hablar de corridito más de dos monosílabos, podía hablar sin dar órdenes, sabía reír a carcajadas y hacer chistes. Victoria aprendió otra lección importante; resultaba que a los hombres no solo les gustaban las carnes, también les gustaba que los escucharan con atención, que se rieran de sus chistes -malos o buenos- y que los hicieran sentir tan especiales como para escuchar la misma plática una y otra vez y fingir interés, como si lo tuvieran en lo más mínimo. Lo que estaba clarísimo es que solo lo hacían porque cobraban por ello; nadie por su propia voluntad podría soportar sexo, plática y los mismos chistes de un viejo panzón. Por mucho que quisiera a su padre, se daba cuenta que era un trabajo que solo las muy necesitadas -o las muy huevonas- hacían, porque hasta trabajar de mesera en “Los Marranos” seguro era mejor que eso.

Lo que se le complicaba mucho era conseguir las revistas color sepia que moría por leer y oler. Eso era algo que en ese momento estaba segura que jamás le confesaría a nadie, y todavía más segura, que lo seguiría haciendo durante toda su vida. Se imaginaba que en el futuro leería todo tipo de literatura clásica, moderna contemporánea, biografías, novelas, periódicos, lo que estuviera disponible. Pero su placer culposo era ese olor a papel y tinta corriente y esas imágenes de cuerpos reveladores y sexo salvaje.

Tendría que pasar tiempo para que pudiera tener en sus manos cada semana sus ejemplares; por lo pronto, se conformaba con ver una y otra vez los que Musculoso se había robado para ella, y las revistas que eventualmente se seguía robando de la tienda, la librería, el puesto de periódicos, las casas a las que se metía y hasta las bancas del parque donde a veces encontraba algunas.

Muchas veces estuvieron cerca de atrapar a sus esclavos, pero la suerte estaba de su lado y jamás pasó. Claro que tomaba todas las precauciones y sabía cómo espaciar los robos para que no

fueran tan evidentes. Durante mucho tiempo estuvo muy entretenida y divertida.

El pueblo se convertía en ciudad de manera acelerada, y eso le fascinaba porque cada vez había más lugares donde podía pasar invisible y donde finalmente, poder entretenerse de alguna manera. Abrieron una sala de belleza a la cual se volvió asidua: se sentaba a leer por horas mientras le arreglaban las uñas y el pelo y era feliz maltratando a las muchachitas que le atendían. Nadie quería que le tocara atenderla, a pesar de las jugosas propinas que les daba, no por espléndida, sino para sentirse poderosa haciendo menos a los que le servían.

Tiempo después Victoria tenía ya guardada una pequeña cantidad de dinero, además de todos los artículos que deseaba, muchos de los cuales podía haber pagado, pero le entretenía más saber que los habían robado para ella. Tenía alienados a todos los inútiles de la casa. Tenía todo bajo control, excepto algo que estaba pasando frente a sus ojos y que no tenía ni idea. La culpable de ello era Luz de Lourdes, su madre, quien se daba cuenta de las constantes salidas de su hija, de lo amedrentados que tenía a los inútiles y que todos reaccionaban como un ejército a las órdenes de un general. Sin embargo, le convenía no decir nada, para tenerla entretenida y sobre todo, para que estuviera mucho tiempo fuera de la casa.

Luz de Lourdes, o Lula como la llamaban, no tenía un pelo de tonta. Su fachada siempre había sido la de poquita cosa, esposa sumisa y callada: una madre sobajada y sin autoridad. Pero si de alguien había heredado Victoria lo manipuladora y maquiavélica había sido sin duda de su madre. ¡Y pensar que durante años Victoria pensó que era igualita a su padre! Obvio no: su padre no tenía la gracia, el talento ni la creatividad para planear, ejecutar y salirse con la suya, como lo tenían madre e hija.

La mustiedad de Lula empezó desde niña; siendo la más chica de sus hermanos -hijos del administrador de la finca de los padres de Don Luis-, Lula había sido señalada, educada y predestinada para engatusar a Don Luis, quien en aquel tiempo era un soltero empedernido. La misión era lograr que se casara con Lula para que toda la familia pudiera trepar a formar parte de los dueños de la finca. Así que los mejores vestidos, los más finos zapatos, los baños de leche de almendra con aceite de olivo para suavizar la piel, los exquisitos perfumes y todos, absolutamente todos los beneficios que debieron repartirse entre los hermanos, se concentraron solo en Lula, porque su madre estaba obsesionada con lograr que se casara con “Luisito”. La madre la vestía de una manera sugerente, pero no corriente; le enseñó a tejer, coser, cocinar, a insinuarse, pero nunca a ceder ni un poco para sembrar el interés. Luisito tenía que estar seguro que si quería algo con Lula tenía que ser con el permiso de sus padres... y después de haber pasado por la iglesia. Lula sabía que lo importante no eran sus sentimientos, sino lograr que todos los sacrificios de su familia dieran frutos al verla bien casada. La gran ventaja era que Luisito estaba ya entrado en años y era muy mal vista su soltería. Tampoco tenía muchas opciones en un pueblo pequeño y, sobretodo, se hablaba mucho de los gustos extraños de Luisito en el granero. No tenía nada que perder si se casaba con Lula, era linda y bien educada a pesar de no ser de su clase. La habían pulido bien y seguro le daría muchos hijos, ese era su anhelo más grande. Además, una mujer así le daba la libertad de seguir haciendo sus viajes por las ciudades cercanas buscando diversiones. Le iba a dar el gusto a sus padres, que ya estaban muy ancianos, y aseguraba su herencia. Sus hermanas estaban bien casadas y con dote entregada; por lo tanto, todo era para él. Así que Luisito, sin haber trabajado un día en su vida, tenía asegurado su futuro con todas las propiedades que recibiría de sus padres. No le agradaba mucho la idea de que el administrador se convirtiera en su suegro y menos de tener que cargar con la madre -a la cual no soportaba por arrastrada e hipócrita-, igual que a los inútiles de los hermanos. De algo estaba seguro: en cuanto se casara con Lula, los acomodaría a todos en una casa en el pueblo y contrataría a otro administrador.

Así que el plan de los padres de Lula les reventó en la cara porque en efecto, en cuanto estuvieron casados y Luisito pasó a ser “Don Luis” y Lula, “Doña Lourdes”, la familia de Lula dejó la finca con la amargura de saber que su idea de pasar de las casitas del jardín a la casa grande se había esfumado para siempre... o cuando menos, mientras viviera Don Luis. La verdad oculta es que Lula se puso feliz de conocer la decisión de su marido, rio a carcajadas como nunca se lo habían permitido. ¡Por fin se liberaba de sus padres y los zánganos de sus hermanos! Claro que abogaría por ellos para que pudieran vivir modestamente, y claro que les haría creer que le rogaba todos los días a su marido para que los regresara algún día a la finca, lo que no sucedería jamás.

A Lula tampoco le salieron las cosas como ella deseaba: su plan era tener muchos hijos para asegurar que todas las propiedades estuvieran repartidas entre ellos y que no se le ocurriera a sus cuñadas y a las sobrinas creer que tenían derecho a algo.

Desafortunadamente solo el embarazo de Victoria se logró, y desde el inicio fue una pesadilla. Se pasó el tiempo vomitando, mareada y comiendo hielos y granos de café, que era lo único que le quitaba un poco las náuseas. En ese momento los padres de Don Luis ya habían fallecido y los padres de Lula solo eran bienvenidos -un séptimo día sí y otro no- a comer y con horario específico; así que Don Luis mandó traer a una cuidadora y una comadrona para que estuvieran permanentemente cuidando a Lula y a su hijo.

Victoria llegó al mundo una mañana más bien templada, poco tiempo antes del cumpleaños de Lula, lo cual la enfureció. Invariablemente se hacía una gran fiesta para celebrar a Victoria. Y una gran fiesta por los festejos patrioterros. El cumpleaños de Lula estaba en medio y por lo tanto, quedaba olvidado entre estas grandes celebraciones que se tenían en la finca.

Lula nunca entendió por qué desde siempre su hija había preferido a su padre y no a ella. Por qué no le obedecía, la ignoraba. Con el tiempo se dio cuenta que no solo no la quería, sino que la despreciaba. Para Victoria era totalmente claro: ¿por qué iba a querer a una madre que la rechazó desde el embarazo, la maldijo por nacer mujer, la dejaba siempre con la cuidadora y después con las nanas? Nunca en su vida le habló para otra cosa que no fuera una crítica o un regaño y lo peor, una madre para la cual ella era su única competencia por la herencia de Don Luis.

Cuando Lula finalmente se dio cuenta que Don Luis podría vivir tantos años como sus padres, supo que seguramente ella no vería un solo oro o una sola propiedad. Sabía que su hija trataría por todos los medios de impedirlo. Por lo tanto decidió que tenía que empezar a asegurar su futuro de alguna manera o se quedaría sin nada y acabaría viviendo en la mugrosa casa de sus padres.

Desde que Victoria era niña, Lula se dedicó a traer a más y más gente a la casa, convencía a su marido de que necesitaban otro jardinero, otra recamarera, la maestra de la niña, más y más distractores. Organizaba reuniones de tejido, de pintura, todo para fastidiar a su marido y conseguir que quisiera pasar menos tiempo en casa.

Después que nació Victoria y le tuvieron que sacar la matriz, para Don Luis su mujer perdió valor y utilidad; ya vacía, ¿de qué servía? Ni siquiera le atraía, así que jamás la volvió a tocar y concentraba todas sus energías en las que sí le gustaban, las que se alquilaban para todos sus gustos particulares, las que gritaban y reían sin control, actuado claro, pero que lo hacían sentir muy hombre. Las compensaba con mucho dinero y le costaba un extra cuando las lastimaba de más.

Parte de su machismo era tener controlada en todo momento a su mujer, así que le consentía esas ínfulas de señora al querer tener a todo un ejército, reuniones y actividades, lo que fuera con tal de que no saliera de la finca. Y él pensaba, que de la misma forma Victoria estaba contenida,

pero la realidad es que estaba en sus incursiones al pueblo y su mujer, ideando siempre como ganarle la partida a su hija.

A través del tiempo Lula había descubierto que Don Luis tenía, además de la finca y la casa de sus padres, varias hectáreas rentadas a Gustavo, el esposo de su hermana Lucía. Otros predios enormes rentados al Banquero, donde sembraba unas flores rojas preciosas y que decían, se vendían muy bien, un rancho en un lugar en el norte del país y varias casas en el pueblo. Lo había oído hablar con un hombre que se dedicaba a construir casas y después venderlas, volver a comprar terrenos, construir y vender, así que nunca sabía cuántas tenía y cuántas había construido y vendido una y otra vez. Además sabía que en el banco guardaba mucho dinero y en la casa tenía localizados ya tres escondites, uno de metal con combinación y dos sin ella. Todas las propiedades estaban a nombre de Don Luis. En el cajón grande del escritorio del despacho, estaba una especie de caja con divisiones donde guardaba todos los documentos. El cajón estaba con llave, pero Lula tenía un duplicado hacía años y lo cuidaba como oro. En otra de las divisiones estaba un papel con la combinación de la caja de metal, todas las cartas firmadas por las personas a las que les rentaba sus tierras, pero por ningún lugar había un maldito papel donde estuviera su última voluntad. Don Luis le doblaba casi la edad a Lula y como no paraba de comer, cada vez se veía más viejo. A Lula le enfurecía que se sintiera inmortal y que jamás hubiera permitido que se hablara del tema, de la disposición de sus bienes cuando él faltara. Ahora que tal vez, era probable que tuviera un testamento redactado, escondido en otro lugar que no había descubierto. De lo que estaba segura es que a menos que se volviera loco y les dejara todo a sus putas, la que iba a recibir la herencia era Victoria Estúpida Herminia. Le hervía la sangre de coraje al pensar que se iba a quedar sin nada.

De la caja con combinación y de las otras, había ideado la forma de que su marido no se diera cuenta del dinero que había ido sacando. En las tres había billetes, monedas, piezas de oro pequeñas, y también billetes verdes que sabía que valían mucho.

Empezó por tomar de una caja un poco y pasarlo a la otra, días después lo regresaba y cambiaba unas monedas. Don Luis contaba casi diario de manera religiosa todo su dinero, pero como no era precisamente muy bueno haciendo cuentas, empezó a creer que esa confusión, donde a veces había más o menos de lo que él pensaba era porque era medio bruto y había contado mal, nunca se le ocurrió que alguien, y mucho menos la tontita de Lula pudiera estar haciéndole creer que se estaba volviendo medio loco.

De esa manera Lula empezó a sustraer poco a poco el dinero, sobre todo el verde, que era el que le daba el banquero a su marido, por su sociedad en la venta de las flores rojas. Llegó un momento en que recibía tanto dinero diariamente, que a veces le daba pereza contarlos y ahí es donde aprovechaba Lula para hacerse de buenas cantidades.

Lula sí había encontrado la mina de oro, no como Victoria, que se concentró en los sirvientes y en el robo en pequeño y se le había ido el gran botín.

Además, como Lula sí estaba al tanto de lo que hacía Victoria, también se daba el lujo de robarle a su hija de su ridículo escondite en un hoyo en la pared detrás de su clóset. Victoria creía que el hecho de que nunca la hubieran atrapado era suerte y su gran estrategia. No era así, lo que ella no sabía es que su madre no solo estaba enterada, sino que había resuelto las controversias cuando alguien llegaba a reclamarle por lo que habían hecho sus sirvientes en confabulación con su hija. No podía permitir que Victoria volteara los ojos hacia la casa, ahí donde estaba el tesoro, así que pagaba lo que fuera necesario y convencía a la gente que estaba enferma y por eso robaba cosas y obligaba a los empleados a hacer lo mismo.

El problema para Lula fue encontrar un buen escondite; primero pensó en la casa de sus padres,

pero todavía vivían ahí algunos de sus hermanos: el mayor, que era soltero y debió haber seguido su vocación de sacerdote y largarse a un seminario, pero que nunca tuvo los huevos para hacerlo y acabó de achichinche de Rodopuerco. Le seguían los cuates, que ya no estaban, porque en cuanto pudieron se esfumaron para nunca volver, y finalmente la hermana, que seguramente se quedaría para siempre, porque por feita y acomplejada nunca se había casado. La verdad es que de fea no tenía nada, pero a la madre de Lula le acomodó hacerla creer eso para que se quedara soltera para cuidarlos. Era demasiada gente en esa casa y no habría manera de encontrar un buen escondite, y si su madre lo descubría, seguro que se escapaba con todo y dejaba a su marido y a sus hijos sin importarle nada.

Su otra opción eran las casitas del jardín o la finca, pero era demasiado peligroso, así que después de mucho pensar y con todo el dolor de su corazón, decidió arriesgarse a hacerlo en la casa de sus padres. Le confesó a su hermana la Feita lo que estaba recolectando y juntas hicieron un hoyo bastante profundo en la esquina de su recámara, rellenaron las paredes con tablas de madera y fueron poniendo entrepaños para ir acomodando los billetes y todo lo que se iba sustrayendo de la finca. Al final lo tapaban con los mismos maderos del piso, un tapete y movían el mueble más pesado, que estaban seguras que sus padres -ni juntos- podrían mover. Lula convenció a la hermana diciéndole que una vez que tuvieran suficiente se irían juntas a un lugar cerca del mar y que nunca tendrían que volver a ver a nadie, ni de su familia ni de ese cochino lugar. La Feita se quedó encantada y le juró guardar el secreto y nunca traicionarla. Así que -un séptimo día sí, y uno no- que iban a la finca, La Feita, cual burro de carga, salía con las bolsas llenas de billetes para guardar en el escondite.

En esa casa se robaban unos a otros, se engañaban y cada uno se creía más listo que los demás.

4.

Llegó el cumpleaños de la mayoría de edad para Victoria y se organizó la mejor fiesta de la que se tuviera memoria en la historia del pueblo. Por primera vez en la vida, Don Luis les permitió a Lula y a Victoria que fueran a la capital, acompañadas del Administrador (quien iba encargado del dinero) y dos de las nanas de la casa. Se fueron en tren; tardarían un largo tiempo de ida y otro de regreso, y tenían permiso de quedarse hasta comprar los vestidos, zapatos, joyas y demás accesorios que quisieran para la fiesta. En la memoria de Victoria esos momentos fueron los únicos en su vida donde la relación con su madre fue medianamente armoniosa. Hasta llegó a pensar, que a partir de ahí, se podría recomponer de alguna manera, pero la idea duró muy poco, solo hasta que surgió la primera discusión acerca de los muchachos que Lula quería que Victoria invitara a la fiesta.

A Victoria lo único que le quedaba claro es que les urgía casarla y ella no tenía ninguna intención de someterse a las órdenes de nadie. Jamás sería propiedad de nadie, jamás sería humillada por un hombre que quisiera dejarla en su casa cuidando niños mientras él se divertía por los “rincones”. De hecho pensaba que había algo raro en ella, porque no sentía atracción por nadie. Lo único que le movía las hormonas eran sus lecturas de cuarto de página: estaba enamorada de todos los personajes sin distinción de sexo, fantaseaba ser una y a veces, uno. Vivía completo “El Rescate”; su máximo anhelo era ser Rosita en este capítulo:

“Y por la puerta entró Julián después de haber matado en una lucha infernal a los hermanos que les decían “Los Roncos”. Poco a poco los eliminó: a Ramiro con un balazo en el corazón, a Justino con un golpe mortal al cuello y a Emiliano colgándolo de un árbol para verlo asfixiarse lentamente. Su odio era irrefrenable porque sabía lo que le habían hecho a su Rosita y la venganza estaba tatuada en su corazón. Entró Julián gritando el nombre de su amada, Rosita corrió a sus brazos, se fundieron en un abrazo, se besaron salvajemente; con la desesperación de haber pensado que nunca volverían a verse, a tocarse, a sentirse. La lengua de Julián poseía la de Rosita, sus manos recorrían incesantes el voluminoso cuerpo; se detenía en los pezones insolentes una y otra vez, acariciaba el interior de sus muslos llegando hasta la orilla del encaje y hasta lo más profundo para volverla loca de pasión. Rosita se entregaba a él respondiendo a sus caricias por toda su hermosa anatomía. Ambos cuerpos eran de una perfección insoportable: ella, una Diosa; él, un Dios. Los cuerpos desnudos color tierra parecían creados por la naturaleza para mostrar a todos los mortales lo que era la belleza en su máxima expresión.”

Se lo sabía de memoria y aun así, lo leí y releía.

Victoria quería ser Rosita, quería ser Julián, quería vivir no un amor así, quería tan solo un encuentro de esos cada noche. O si no cuando menos con tanta frecuencia como para que no se le borrara la sonrisa. Con absoluta seguridad no quería un marido “hasta que la muerte los separe”.

A la fiesta de cumpleaños asistió lo menos peor de la distinguida sociedad: Las dos familias, el banquero y su prole, los vecinos, el sacerdote y la corte celestial, todas las personas con quienes tenía negocios Don Luis y quién sabe cuántos más.

Para Victoria todos eran colados, por lo que le importaba un carajo la fiesta, el baile, la

comida; ella solo quería lucir su carísimo vestido, sus zapatos de tacón y sus espectaculares accesorios. Quería restregarle en la cara a todo el mundo, especialmente a sus primas, particularmente a Elena, que para ella no había límites, era consentida y merecedora de todo lo que Don Luis le daba a manos llenas.

Elena, la hija de su tía Clara, hermana mayor de su papá, le caía mal por “linda”, por perfecta; era realmente guapa. Estaba bien casada con un tipo grandote, guapo y rico; tenía dos hijos aún más perfectos que ella, un modelo de educación y refinamiento; era la “mejor amiga” de su mamá, ¡qué tierna! Siempre sonriente, siempre dispuesta a ayudar, a cooperar, a servir. Además de ser la perfecta ama de casa, trabajaba en el dispensario de la iglesia y atendía un comedor para gente pobre. ¡Hipócrita de mierda! Victoria estaba segura que en las noches se masturbaba pensando en el sacerdote. Algún defecto debía de tener, porque tanta maravilla no era posible.

Era la única que se atrevía a decirle “Vicky” a Victoria, la saludaba con una sonrisa completa y un abrazo apretado. Realmente la aguantaba porque después de ella venía el Grandote, y el abrazo que él le daba sí la dejaba pensando.

Se preguntaba si sería posible que Elena fuera buena como aparentaba. Victoria no creía en la bondad de la gente, de hecho creía básicamente que todas las personas eran negras por dentro y que de algunos emanaban destellos de luz que de vez en cuando se podían percibir. Creía que todos actuaban bajo un patrón de conveniencia que llamaba “educación”. Los que se creían muy educados eran a los que les convenía ser más estirados y más hipócritas, porque tenían más que perder. Los pelados, como sus sirvientes, no tenían nada que perder, así que mostraban su negrura en todo momento.

Como obviamente no le interesaba nada de la fiesta, su diversión fue observar muy detenidamente a la mustia de Elena para encontrar su parte negra: estaba segura que existía y la iba a encontrar, si no en ese momento, en algún otro, pero el descubrimiento de Elena pasaba a estar en la lista de pendientes de Victoria.

Se comió, se bebió, retumbaron los músicos de espuelas y sombrero, el grupo de la costa y los románticos. Los regalos para Victoria se iban acumulando en la mesa grande y ella no les quitaba la vista de encima. Esa fue la primera ocasión que vio, en vivo y a todo color a alguien drogándose. Los hijos del Banquero se habían escondido para meterse polvo blanco por la nariz; obviamente Victoria los había visto y estuvo a punto de correrlos con escándalo, pero lo pensó mejor y decidió guardarse la información para cuando le conviniera. De lo que sí se aseguró fue que ellos se dieran cuenta que Victoria lo sabía y se lo había callado.

Era de madrugada cuando por fin se fue el último de los gorriones perdido de borracho, arrastrado por la esposa, que no dejaba de disculparse con Don Luis; pobre mujer, su corazón le decía que ese resbalón de su marido le traería consecuencias graves. Y sí, claro que sucedió: el hombre antes de ese día había sido el contador de su oficina de construcciones, pero después de esa insolente borrachera, Don Luis lo corrió sin ningún miramiento. La verdad es que había tantas personas que daban lo que fuera por trabajar en alguno de los negocios de don Luis, que no le importaba contratar y despedir a su antojo.

Victoria estaba muerta de cansancio; le dolían los pies y la cabeza le reventaba por haber escuchado música durante tantas horas. Estuvo vigilando a su madre, la cual como siempre, se quedó aplastada toda la noche con sus padres y su hermana la acomplejada. No bailó, no cantó y los momentos que estaba cerca de su padre, solo eran para obedecer alguna orden, o para servirle lo que él necesitaba. Eso sí, estuvo muy puesta para darle la bienvenida a todos, para llorar lágrimas de cocodrilo cuando Victoria bailó con su papá y para pararse en la puerta a despedir a todos como la Gran Señora.

Total, que la niña Victoria pasó su despampanante fiesta, observando, espiando, juzgando, criticando y sacando conclusiones del lado oscuro de cada uno de los “invitados”. Platicó a ratos, con Elena y el Grandote, con su exmaestra, con algunos de los vecinos haciendo investigación para decidir sus siguientes incursiones, y le llamó mucho la atención algo que escuchó cuando hablaban su padre y el Banquero. Don Luis le decía que estaba impresionado de lo bien que iba el “negocio” y que ya no sabía ni dónde guardar tanto billete verde. Aparentemente lo dijo en broma, carcajeándose con todos los dientes, pero Victoria empezó a sospechar que por pendeja, por estar en su robo hormiga, se le estaba yendo la gran bolsa. ¿Qué era ese negocio? ¿Dónde estaban los billetes verdes? Si en ese momento le hubieran dicho que la que estaba sacando su tajada del negocio era su madre, le hubiera dado un infarto...la hubiera descuartizado.

Antes de irse a dormir, Victoria ordenó a unos inútiles que le trajeran todos los regalos a su habitación. Su papá no llegó hasta su cuarto, se dejó caer en el sillón de la sala y ahí quedó como desmayado, agotado por las infusiones, la cantidad de comida que se atragantó y el cansancio. Roncaba como un león.

Lula solo lo miró y se siguió de largo a su cuarto.

5.

Como siempre, todo mundo olvidó que era cumpleaños de Lula. Al amanecer se inició el proceso de limpieza de la casa, preparándose para la siguiente celebración. Victoria pasó la mañana durmiendo, y cuando por fin despertó, se dedicó a abrir sus regalos uno a uno, fijándose muy bien de quién era cuál. Jamás lo hubiera creído, pero el mejor regalo lo recibió de la Mojigata Elena. Todos los demás se habían concentrado en quedar bien con su padre y le habían dado piezas de joyería, desde mugrosos aretes horrendos, hasta la pulsera de pésimo gusto regalo del banquero: una pieza de oro blanco con varios rubíes incrustados a todo el derredor, bastante horrorosa, pero con suficiente valor como para guardarla. Cada vez se sentía más curiosa de qué asunto se traían entre manos su padre y el Banquero, porque ese regalo transparentaba que entre ellos había una relación de negocios muy lucrativa.

El regalo de Elena era un paquete de libretas forradas en piel color marrón con el nombre “Victoria” grabado en la portada de cada una de ellas. El interior tenía la mitad de hojas rayadas y la mitad en blanco y en la esquina superior derecha cada hoja tenía un margen horizontal como para poner un título o una fecha. Unas libretas hermosas. Victoria no entendía como la mojigata podría haber pensado en algo tan increíblemente precioso para dárselo de cumpleaños. ¿Cómo se le había ocurrido que podría ser un buen regalo para ella, si no sabía nada de sus gustos? ¿Quién le había dicho? Estaba segura que muy pocas mujeres en el mugroso pueblo serían felices con un regalo así. Todas se hubieran enloquecido con la pulsera y las demás joyas, pero ella no, ella había enloquecido con las libretas.

Tenía que averiguar cómo es que se le había ocurrido a la Mojigata darle ese regalo.

Al seguir desenvolviendo, se encontró con otra sorpresa: Lula le había regalado una pluma fuente con muchos cartuchos de tinta color negro y azul. Era totalmente masculina, muy gruesa, color negra con los filos de oro amarillo. Victoria tenía muchas plumas, pero ninguna como esa. Seguro su madre la había comprado en el viaje a la ciudad y la escondió para dársela de regalo. En una parte de su corazón le dieron ganas de llorar de saber que su madre sí sabía lo que a ella le gustaba, que se había tomado la molestia de buscar un regalo que realmente fuera especial, y no irse por la fácil y haber comprado cualquier trapo o chuchería.

Qué sensación tan rara: le invadía la alegría, pero también le invadía la tristeza porque no se sentía querida por su madre y su orgullo era tan grande que no le permitía intentar algún acercamiento. Tenía muy claro que la responsabilidad era de su madre, quien debió haberla procurado desde antes de nacer y no lo hizo. Estaba segura que el regalo era por remordimiento. De inmediato tomó la libreta que referenciaba su cumpleaños, le puso el cartucho negro a la pluma fuente, anotó en el margen horizontal y procedió a escribir: ¿Qué sabe de mí Elena? ¿Qué sabe de mí mi madre? ¿Qué sé yo de ellas?

Luego se volcó a escribir una reseña de la fiesta. Le interesaba el comportamiento de cada persona. La gente que seguro fue sin ganas o por compromiso, los arrastrados que seguían a su padre para todos lados, riéndose de sus chistes y festejando todo lo que decía. Los envidiosos que no dejaban de observar todo lo que había en la casa y que se miraban entre ellos y volteaban los ojos retorciéndose de coraje. Cómo se habían comportado los sirvientes, quiénes se habían

querido pasar de listos y quiénes de tontos. Los sentimientos que le producían tantos excesos, los regalos y los descubrimientos acerca de los drogadictos de los hermanos Babosos, la Mojigata, el negocio del Banquero, el regalo de su madre y su desinterés por lo que era su vida.

Los momentos de dejarse ir para escribir eran reconfortantes; trataba de darle un tono muy crudo a todo lo que redactaba, lo que no le costaba mucho trabajo porque finalmente era su forma la que le dictaba. Victoria no escribía desde el corazón, escribía desde sus vacíos, sus rencores, sus envidias. Escribía solo para ella, cuando menos hasta ese momento; jamás había compartido ninguno de sus cuentos, reflexiones o pensamientos.

Escribir era su fascinación, pero leer era lo que le daba sentido a su vida. La mañana de su cumpleaños le pidió a Don Luis que se sentara con ella porque quería platicarle algo muy importante. Don Luis se sentó sonriendo porque estaba seguro que era otro de los caprichos de su hija. De pequeña había sido su adoración y le encantaba consentirla, aunque conforme pasaba el tiempo, la relación se había ido enfriando mucho. Victoria le pidió que le cumpliera un capricho: quería que le comprara unos libros cada cierto tiempo, los que ella quisiera, en la librería nueva del pueblo. Y tener la opción de pedir lo que no tuvieran para que se lo mandaran después, ella esperaría con paciencia. Don Luis le frunció el ceño, porque esto le confirmaba que no habría hombre que aguantara a una mujer tan consentida y tan leída. Y una vez más, su ilusión de tener nietos, se esfumaba. Le frustraba pensar que iba a tirar su dinero porque estaba seguro que nadie leía tantos libros; pero como en ese momento el dinero le llegaba a manos llenas, decidió darle el gusto a su hija. El administrador pasaría a la librería de cuando en cuando, a pagar los libros que hubiera escogido. Victoria enloqueció de felicidad, su vida empezaba a tener sentido. Iba a escribir, a leer, a seguir divirtiéndose fastidiándole la existencia a todos los de la finca y sus alrededores. Ahora podría sacar algunos muebles de su cuarto y ordenar que trajeran unos preciosos libreros. Ya no tendría que esconder sus libros, iba a disfrutar todos sus tesoros tendiéndolos a la vista.

Llegó la siguiente celebración y nuevamente se volvió a llenar la casa, aunque ahora sin el lujo y la ostentación de la fiesta de cumpleaños. Todo estaba cubierto de papel picado de tres colores. Se sirvió en la vajilla garigoleada y se comieron granos reventados con lechuga, rábanos y tostadas, como siempre, al por mayor. Victoria no podía soportar este festejo tan sin sentido; su patriotismo era nulo, ella era habitante del mundo y lo último que quería era sentirse identificada con una celebración tan absurda. ¿Qué se ganó? Nada, seguir en el atraso. Los países del otro lado del océano eran una maravilla, de ahí sí valdría la pena sentirse oriunda. Había devorado todos los libros de una colección llamada “El Viejo Mundo y su Cultura”. Tomos con toda la geografía, formas de gobierno, riquezas naturales, historia, expresiones artísticas, representantes más importantes en cada ámbito, en fin, lo que necesitaba para poder aprender y fantasear con cumplir su sueño de llegar a conocer esos maravillosos países, de vivir ahí.

Estaba cansada, así que su tolerancia era menos que nada, y decidió encerrarse en su cuarto para no participar de la insulsa fiesta patrioterica.

Ya no soportaba un trompetazo más. Ni uno más de los “¡Vivas!” a todo pulmón, pero se oía todo en su cuarto, aun con la puerta cerrada. Así que decidió tomar sus regalos e irse al jardín con cobija en mano, se acurrucó en su lugar favorito, debajo del nogal que parecía que existía desde siempre. Volvió a pensar en Elena al oler las pastas de piel y las hojas doble grueso.

Elena sí que anhelaba desde pequeña vivir un gran amor, un amor donde los dos fueran iguales, mejores amigos, pareja, cómplices; no quería vivir con un tipo macho, que quisiera llenarla de hijos y tenerla de ama de casa. Digamos que era una versión muy sofisticada de Victoria en su odio por las ataduras y el control.

¿Cómo supo qué regalarle a Victoria? Muy fácil. Elena pasaba mucho tiempo en el dispensario que estaba junto al atrio de la iglesia. Había días en que no había mucho que hacer y le gustaba observar a la gente que pasaba por la calle. Una de las vistas más recurrentes era la de su prima en bicicleta por toda la calle principal, después desaparecía en una de las calles laterales y nuevamente volvía a aparecer a toda velocidad. Muchas veces iba con algunos de sus sirvientes, lo cual le parecía normal porque suponía que sus padres no la dejarían andar sola por la ciudad, sin vigilancia. Sin embargo, un día le asaltó la curiosidad cuando vio claramente cómo uno de los mozos de la finca le entregaba de manera muy secreta un paquete, ella lo escondía y se iba a toda velocidad. Fue cuando Elena interceptó al hombre y lo empezó a interrogar; le costó mucho trabajo y algo de dinero, pero finalmente logró que confesara. Y no contento con decirle lo de los robos hormiga, le habló de las negociaciones de la casa, del control que tenía Victoria sobre toda la gente, las idas al Putero, y las revistas que se acababa de robar para entregárselas a Victoria. Le pidió llorando que no se lo dijera a nadie o acabaría en la cárcel o muerto. Ella juró que nunca lo diría. Estaba maravillada con las posibilidades de su prima, ¡sí que la había menospreciado y tal parecía que estaba llena de recursos esa niña! Mucho le debería gustar la lectura, que era capaz de elaborar toda esa estrategia para poder hacerse de libros y revistas.

Le entró una sincera envidia y se sintió unida a ella. Elena podía haber hecho eso o más, lo que quisiera, era más inteligente que Victoria y también tenía el apoyo de su padre para todo. Y para lo que le alcanzó, fue para casarse con el Grandote.

6.

*E*lena era pocos años mayor que Victoria y apenas una adolescente cuando la enviaron a estudiar al Norte.

Su padre era un hombre muy progresista, pro-capitalista y admiraba profundamente al país del Norte. La madre sufrió mucho porque no quería que sus hijas se fueran a vivir lejos de ella. Don Marco, el padre de Elena, hizo varios viajes hasta encontrar el colegio adecuado: era un lugar muy elegante, muy tradicional, pero a la vez con ideas muy modernas. Estaba en la zona de los ríos del este del país. El dueño del colegio era un hombre muy agradable, serio, refinado, pero a la vez muy alegre. También la mujer y el hijo le agradaron y a Don Marco se le metió en la cabeza que sus hijas iban a estudiar ahí, porque tenían que conocerlo, le gustaba para yerno. Eso sí, jamás mencionó nada al respecto del muchacho, porque sabía que si sus hijas lo descubrían - especialmente Elena que olería a mil kilómetros de distancia que le estaban tendiendo una trampa -, saldrían huyendo rápidamente. Y su intención era que la relación llegara a tanto que se casara con él, para tener un yerno no local y nietos combinados.

El Grandote y Elena se conocieron casi desde que llegó por allá y se gustaron de inmediato: atracción a primera vista. Fueron novios mientras Elena terminaba sus estudios y justo en la semana que terminó sus cursos, le propuso matrimonio en una cena muy formal y elegante donde estaban presentes ambas familias. El anillo, una joya preciosa seleccionada por el joyero de la familia. La boda: una en el país del novio y la “buena”, en el país de la novia. Victoria, quien ya no era tan niña cuando se casó Elena, no recordaba muchos detalles porque en aquella ocasión había sufrido una gripe infernal y claro, estaba furiosa porque no quería ir y la obligaron. Algo sí se le había quedado grabado: la sonrisa de su prima y lo hermosos que se veían los novios. Elena era muy blanca con cabello negro, eternamente largo, siempre peinado de manera diferente. Era un poco más alta que ella con un cuerpo muy parecido; lucía increíble el vestido de novia.

Se habían ido de luna de miel en barco a unas islas exóticas; pasarían unos meses fuera y planeaban regresar directamente a su casa que estaba muy cerca del colegio, en donde se establecerían de manera permanente. El evento sorprendente fue que Elena se embarazó la misma noche de bodas, y un poco después ya estaba vomitando, teniendo ascos y malestares que la mantuvieron en tierra durante mucho tiempo, hasta que finalmente se pudo volver a embarcar e ir directo a casa de sus padres para ser cuidada por la madre el resto del embarazo. El Grandote anhelaba estar con sus suegros y depositar a su mujer para que la cuidaran por él: ya no podía más. El padre del Grandote estaba tan feliz de ser abuelo que les compró una casa cerca de la de los padres de Elena. Además le enviaba dinero a su hijo de manera religiosa para que no les faltara nada, de tal manera que la vida se volvió muy fácil y se acostumbró a vivir ahí. Puso una pequeña oficina donde trabajaban varias personas para él, quienes visitaban a familias del pueblo y de los pueblos cercanos para convencerlos de que enviaran a sus hijos a estudiar al colegio de su padre, lo cual resultó muy bien porque siempre tenía la matrícula llena y él tenía muy contento a su padre y seguía recibiendo su dinero cada mes.

El hijo nació en un parto sin ninguna complicación. Todo lo difícil que había sido el embarazo se compensó en el momento de la llegada fácil a este mundo del bebé que fue bautizado por

Victoria como “Perfecto”, y claro cuando llegó el siguiente, aún más guapo lo llamó “Perfectito”, de una manera también relativamente fácil. La complicación vino después, cuando a Elena no se le paraba la hemorragia, hasta que acabó perdiendo la matriz, y casi la vida. El Grandote en secreto estaba feliz, porque no podía tolerar un embarazo más de su mujer. Parecía que en este pueblo había algo como una maldición: nadie tenía familias numerosas. Los anhelos por poblar las enormes fincas con muchos niños corriendo por doquier no se alcanzaban. Algo sucedía siempre, y nadie se explicaba este fenómeno, había hasta un grupo a quienes les decían “las secas” porque por más intentos que hacían no tenían hijos.

Elena no era una mala persona, en eso se equivocaba Victoria. Desde niña fue buena. No creaba problemas, era dócil y obediente, pero no por blandengue ni por falta de carácter. Tenía una inteligencia muy especial, no solo era lista para la escuela, era lista para observar y leer a las personas, pensaba sobre lo que pensaba y reflexionaba sobre ello.

Sabía en qué momento hablar y cuándo callar, cuándo tomar una decisión y cuándo ir con la corriente; y sobre todo, cuándo pelear por lo que deseaba. Sabía luchar, pero de una manera sutil y educada; sus formas eran “lindas”, no como las de Victoria. Y cuando su padre le dijo que se iba a ir a un colegio extranjero a estudiar, le hizo creer que obedecía dócilmente, cuando era exactamente lo que ella quería. Anhelaba aprender otros idiomas, otras formas de vida y sobre todo, quería conocer al amor de su vida.

Sin embargo su inteligencia no calificaba en la parte de malicia para leer a ciertos tipos de personas, identificar características que no están en la superficie, que son de esencia, de crianza, que solo se revelan en ciertos momentos.

Cuando conoció al Grandote, se le activó la hormona; el hombre era guapísimo, unas cabezas más alto que ella y mucho peso más de músculo. Era el hijo del dueño del colegio, era atento, educado, todo un caballero. Y precisamente ahí fue donde le falló la intuición: no la tocó, ni siquiera la besó apasionadamente durante el noviazgo, la respetaba porque la iba a hacer su esposa y no quería mancharla. Elena moría de ganas por sentirse amada apasionadamente y esperaba con ansia la vida de casada, que estaba segura sería como ella la había soñado.

Quería su anillo de oro blanco y el Grandote le dio de oro amarillo, escogido por el joyero, no por él. Quería que su pedida de mano fuera un momento memorable, romántico, en un campo lleno de flores, en una montaña, no en una estirada cena con parientes. Una luna de miel de mil emociones y en lugar de eso, se embarcó en un lujoso viaje, regalo de sus suegros.

El día de su boda lo vivió intensamente; su novio le encantaba y no podía esperar más para ser su mujer, para disfrutarse durante toda la luna de miel. Iban a irse a vivir al país de su marido donde ella llevaría su educación hasta el nivel universitario y viajarían por todo el mundo.

Esa noche la iban a pasar en un hotel que estaba a medio camino rumbo al aeropuerto donde tomarían el avión que los llevaría hasta el punto de embarque. Ella sabía cómo prevenir el embarazo, porque su plan era esperar algunos años para empezar una familia.

Llegaron al hotel, vestidos todavía de novios y con un amplio equipaje listo para el viaje de ensueño. Elena, emocionada, no paraba de hablar mitad en un idioma, mitad en otro y una tercera mitad en una mezcla que ni ella se entendía. Él sonreía y no paraba de decirle lo hermosa que era, lo que la iba a cuidar, a querer y a proteger, lo felices que iban a ser.

La habitación era hermosa, con una cama gigante cubierta con un velo transparente. Elena apresurada, se desvistió frente a su esposo esperando despertar en él lo que ella tenía despierto hace años. Él de inmediato apagó la luz, poco a poco se despojó también de su ropa y abrazó con fuerza a su esposa en la penumbra. Realmente la amaba y le encantaba, la besó, la acarició e hizo el amor con una gran ternura y ceremonia, sin perder el ritmo de una respiración controlada y

pausada. La idolatró besándole las manos insistentemente, y de la manera más caballerosa, la cubrió con la sábana para no ofender su pudor. Al terminar le dio las gracias por el regalo de su virginidad, y le ofreció que escogiera de qué lado de la cama quería ella dormir.

Pasaron muchos minutos, donde Elena no movió ni un músculo; esperó a que su esposo durmiera y se paró de la cama. Caminó hacia el sillón que estaba al frente y se dejó caer con dos lágrimas rodando por sus mejillas. La cabeza la torturaba, su corazón penaba, su cuerpo ardía de ansias, de coraje, de deseos frustrados.

Cerró los ojos para revivir en su mente lo que acababa de pasar.

Cuando entraron a la habitación, Elena dudaba si hacer el primer movimiento, si esperar a que él actuara o abalanzarse. Llevaba tanto tiempo deseando a su marido, que quería que esa noche fuera el principio de todas las noches. Quería pasión, emoción. Caminó recorriendo el espacio, pensó en abrir su maleta y sacar una de sus sensuales prendas, pero decidió impresionarlo con la ropa interior que traía. Un tipo corset color marfil, todo de encaje, todo transparente; un ligero sosteniendo las medias blancas que dejaba ver la parte alta de los muslos y por detrás, de forma totalmente sugerente, las hermosas nalgas. Elena tenía un cuerpo increíble, especialmente las nalgas: eran espectaculares...y ella lo sabía.

El Grandote no actuaba, solo se mantenía parado cerca de la cama, con una cara difícil de descifrar. Era una mueca entre indiferencia, enojo y un poco de rabia. Lo que no aparecía para nada era la cara de lujuria y deseo que Elena suponía debía tener un hombre en tal situación.

Decidió quitarse, de la manera más sensual, el vestido de novia. Se paró justo frente a su esposo y dejó caer el vestido lentamente al piso. Él la abrazó; ella excitada, de inmediato le empezó a acariciar los hermosos músculos de la espalda, las redondas nalgas de una manera vigorosa, pero él apresuradamente le quitó las manos y se las pasó por su cuello. Muy tiernamente la besó, le tocó los pechos y cuando Elena respondió a esas caricias con un gemido, suavemente le puso la mano en la boca para callarla. Él le pasó de manera casi imperceptible las manos por la espalda y por los lados de las piernas, por los muslos cerca de su entrepierna, pero teniendo cuidado de no acercarse demasiado a sus partes privadas. Elena intentó tocar su miembro, pero él rápidamente la condujo hacia la cama, la acostó y la penetró; Elena pensó que ahora iba a empezar algo bueno, pero lo “bueno” duró lo que un suspiro. Ella intentó moverse y él la sujetó para que se quedara quieta, después terminó en silencio. Le besó la frente en varias ocasiones y le dio las gracias otras cuantas. Y así como empezó, terminó su tan esperada noche de bodas. Todavía se atrevió a taparla con la sábana, cuando ni siquiera la había desnudado por completo, solo lo estrictamente necesario. Pasó su primera noche de casada y todavía no sabía lo que era un beso apasionado, el contacto de un cuerpo desnudo, nada. Ni siquiera las caricias que le correspondían por derecho. Se sentía como perdida, insegura, imaginado que sería siempre así, todas las noches; bueno, ni siquiera todas las noches, porque seguro un hombre así no iba a querer pseudo sexo demasiado seguido. No podía creer que esto le estuviera pasando. Nunca hubiera pensado que esto podría suceder, que el Grandote iba a actuar de esa manera.

Cuando lo reflexionó un poco, se dio cuenta que estaba más que claro. Era obvio que su marido era un mueble, un ente asexuado y estirado, aburrido, conformado, plástico, lacio, aguado, gelatinoso, insípido, soso, introvertido, acomplexado, temeroso, rústico, sin gracia, arrastrado, mangoneado, sin la menor posibilidad de manejar con sensualidad el cuerpo divino que la vida le había dado, los labios fascinantes, el olor natural de su piel y sus músculos de perdición. Todo esto solo le sirvió a Elena para, como alguna vez Victoria lo pensó, masturbarse; pero no pensando en el sacerdote como ella creía, sino fantaseando con su marido, observando cada una de las partes de su cuerpo que quedaban a la vista e imaginando lo que podrían hacer si tan solo él

no hiciera todo tan “suavemente”; si no fuera tan estúpidamente caballeroso.

Lo hizo dos veces: la primera para quitarse las ansias, y la segunda, por una especie de venganza; ambas, justo sentada frente a la cama, donde su marido dormía tranquilamente. ¡Como si el angelito se hubiera ganado el derecho a descansar después de haber dejado totalmente insatisfecha a su mujer! La verdad es que no debería, no tenía derecho a nada después de cómo había dejado a la pobre Elena, que de mojigata no tenía nada.

Lo que en ese momento no sabía, pero pronto se revelaría, era que justo esa noche había quedado embarazada y eso cambiaría por completo sus planes de vida. Su método de prevención infalible no había servido para nada. Investigó, leyó, consultó y combinó varios métodos y tal parece que Perfecto estaba destinado a ser concebido esa noche y de esa forma.

A Elena le faltó malicia para percibir que el Grandote era una buena persona, pero era de esperarse que iba a ser un pésimo amante. Tenía prejuicios, creencias, barreras mentales, ideas muy tradicionales con respecto al sexo y nada lo iba a cambiar; al contrario, él estaba seguro que iba a “educar” a su mujer en las artes del sexo marital decente. Era un hombre terriblemente traumatado.

Por lo tanto, la vida sexual de Elena era más que aburrida; todas esas ideas de la relación apasionada y loca que alguna vez tuvo, estaban guardadas en la misma caja de juguetes viejos de sus hijos, con todo lo que no servía para nada. Quería mucho a su marido, como se quiere a un amigo con el que se tienen objetivos en común, en este caso, Perfecto y Perfectito. Pero también la imagen que se había hecho de él, de un hombre trabajador, emprendedor, luchador, se le había caído hasta el suelo. En realidad era un comodino, niño consentido que estiraba la mano para seguir recibiendo de su padre, que se acomodó en el pueblo y ya no quiso moverse de ahí... ni siquiera para visitar a sus padres, más que una vez al año, para dar gracias.

Elena frustró su sueño de ir a la universidad, pero de manera temporal, porque estaba segura que algún día se iría al norte a cumplirlo. Mientras tanto, dedicaba su tiempo a sus “perfectitos” y a sus labores de caridad en el dispensario y en el comedor de asistencia. Sabía que no sería capaz de engañar a su marido, pero tenía en el corazón la amargura de no vivir la pasión que deseaba y de no estar con un hombre del que estuviera orgullosa. No le faltaba nada; al contrario tenía todo en exceso, pero de una manera que no la hacía sentir merecedora.

7.

Una vez que terminaron las dos grandes fiestas, el cumpleaños y la celebración patrioter, Victoria decidió hacer uso inmediatamente de sus nuevos privilegios. Su padre le había autorizado comprar libros en la nueva librería. Se llamaba “Las Fábulas” y era propiedad de Don Jesús, un hombre que de solo verlo se percibía su cultura, su educación y su porte. Victoria decía que era de las pocas personas que en su vida le habían inspirado a comportarse con toda la ceremonia de que era capaz.

Eran algunos pisos de mesas, estantes y libreros llenos de todo tipo de maravillas en un orden increíble: divididos por temas y por autores, concentrando las novedades en la entrada, en la mesa de honor. Tenía una colección impresionante, además de toda una sección de revistas y un cuarto-hemeroteca que era una joya.

Victoria llegó y se presentó formalmente con Don Jesús; le informó que el administrador de su padre pasaría frecuentemente a pagar lo que ella se llevara y que tenía la autorización de su padre. Era mayor de edad, por lo tanto podía leer cualquier tipo de literatura, así que no debía cuestionar sus elecciones. Y también iba a hacer uso de lo que ofrecía en el cartel pegado en la vitrina, acerca de que eran capaces de conseguir lo que solicitara, ya que podían hacer pedidos a muchos lugares. El único tema era el tiempo que tardaría en llegar, pero no le importaba: ella podía esperar.

Sus primeros libros fueron cuidadosamente seleccionados; pasó varias horas analizando pasillo por pasillo. No había forma de decidir, los quería todos, pero se decidió por novelas clásicas. “Expedición Submarina” y “Acción y Consecuencia”, ambas del mismo autor. El libro de Fábulas, el de Derecho Civil y por último, “El Impacto de las Drogas”. Después de haber visto a los Babosos drogarse en su fiesta, sintió mucha curiosidad por aprender cómo es que se elaboraban, qué tipos de droga había y los efectos en la salud. Si de por sí le parecían idiotas los hermanitos, drogándose muy seguido seguro terminarían por matar las pocas neuronas que les quedaban.

Los Babosos eran los hijos del Banquero, se llamaban Ernesto y Rafael. No se sabía quién era más grande porque parecían gemelos (misma estatura, misma complexión). El Banquero llegó al pueblo con su familia cuando Victoria era una niña y fue muy comentada la gran tragedia que vivió. Al poco tiempo de llegar, el hijo mayor, Álvaro, murió en un accidente inconcebible. Cuando estaban construyendo el banco, el día que trajeron la bóveda, la estaban cargando entre varios y Álvaro emocionado, ayudaba. Cuando sin ningún aviso se rompieron las cuerdas, la bóveda se fue de lado y justo frente al Banquero, aplastó a varios hombres y entre ellos a Álvaro, la luz de sus ojos, el hijo favorito de su mujer.

La tragedia se completó al poco tiempo, cuando su adorada esposa murió de tristeza y desconsuelo porque no pudo soportar la pérdida de su hijo.

El Banquero se dedicó entonces a hacer cualquier clase de negocios, legales e ilegales, a visitar el putero tan seguido como podía y a descuidar a sus hijos vivos, por llorar al muerto.

Los pobres Babosos perdieron a su hermano, a su madre y a su padre, quien jamás los volvió a mirar con amor (ni siquiera con atención), así que nunca se enteró en qué momento sus hijos empezaron a consumir y a vender.

El Banquero había iniciado por casualidad el negocio de las flores rojas. Poco tiempo después de la muerte de su esposa decidió cambiarse de casa y cuando estaba buscando terrenos para construir, se topó con un área donde estaban los terrenos de Don Luis. La mitad de ellos sembrados de flores rojas. Don Luis no lo sabía porque tenía un empleado que era el encargado de estar vigilando todas sus propiedades, y el empleado tenía un acuerdo secreto con un grupo de sembradores. En cuanto el Banquero lo platicó con Don Luis, se asociaron de inmediato, hicieron un nuevo acuerdo con los sembradores, y pusieron esos y otros terrenos a trabajar con ellos. Así fue como el dinero empezó a llegar a manos llenas. Y así fue también, como, sin que se enterara su padre, cuando crecieron los Babosos, llegaron a tener su propio acuerdo con los sembradores.

Esa era la razón, por la que el pueblo crecía tan rápidamente; dinero había a manos llenas para invertir en negocios, maquiladoras, conjuntos habitacionales y servicios como restaurantes, salas de fiestas, salones de baile y por supuesto, más puteros. Abrieron tiendas enormes donde vendían desde comida hasta muebles.; teatros y una sala para eventos públicos. Remodelaron el centro, hicieron un jardín hermoso y construyeron justo ahí una nueva iglesia; una catedral majestuosa en el medio de una explanada monumental. Era tan importante, que había venido el obispo y hasta un cardenal a la inauguración. Por supuesto, Don Luis y el Banquero tenían las manos metidas en todo aquello también.

La vida del Banquero estaba concentrada en tener, acumular y gastar. Tenía un vacío en el alma que trataba de llenar con lo que fuera. Su mujer había sido el amor de su vida. Fue también demasiado doloroso el haber perdido a su hijo. Verlo morir de esa forma frente a sus ojos. Pero lo peor de su existencia fue ver a su amada irse destruyendo poco a poco, día a día por la pérdida de su hijo, el hijo "Bueno". Los otros dos habían sido un problema desde niños, pero Álvaro no; él era cariñoso, acomedido, honesto, leal, comprometido, estudioso, compartido. Le profesaba una enorme devoción a su madre y ella existía por su hijo y para su hijo. Y mientras Álvaro se alimentaba de amor, los Babosos se alimentaban de desatención, olvido e indiferencia. Vivían a la sombra del hermano perfecto. Si en vida era muy difícil de igualar o superar, muerto era imposible, porque era ya un santo por siempre.

Después de la muerte de su esposa, el Banquero se hizo adicto al Rincón. Convencido que jamás amaría a nadie como había amado a su esposa, no le interesaba tratar con mujeres decentes. Prefería pasar su tiempo entre prostitutas que lo adulaban y consentían.

Lo que no calculó bien, era que entre las prostitutas podía emerger una flor que lo podía poner a reflexionar.

8.

Victoria, con los años que tenía, había perdido interés por las incursiones al pueblo. Estaba muy grande ya para la bicicleta y no le atraía aprender a manejar, además claro, que su padre no pensaba darle tal independencia. Quería ponerle pausa a sus actos delictivos, por lo que empezó a volverse más precavida. Sabía que había ya toda una fuerza de la ley al mando de un tipo de alto rango militar, lo cual le inspiraba mucho respeto. El tipo le impactaba por su estatura, su porte y su voz impresionante. Frecuentemente lo veía en la finca platicando y estaba segura que si algún día se metía en problemas, entre el militar y su padre, le resolverían cualquier cosa con todo el poder que tenían. No quería tener que pedir un favor, nunca lo había hecho y no empezaría ahora. Sus salidas eran siempre en el coche, con el chofer y un inútil cuidándola. Por supuesto tenía a los dos perfectamente aleccionados y alineados con sus deseos y múltiples secretos. Pasaba la mayor parte de su tiempo leyendo y escribiendo.

Muchas cosas habían pasado a su alrededor, en la finca, en el pueblo y en su propia familia.

Musculoso y la Gorda se habían casado; para sorpresa de Victoria resultaba que eran de la misma edad. Ella siempre pensó que ella era una vieja, pero nada más lo parecía, en realidad era joven y el idiota de Musculoso estaba auténticamente enamorado. La descarada con el paso de tiempo se había puesto más y más gorda. Había leído que era una especie de fetichismo cuando a un hombre flaco le gustaba una mujer gorda, y se dedicaba a engordarla más y más. Estaba segura que este era el caso, porque muchas veces había observado a Musculoso ofreciéndole unas cantidades absurdas de comida, y la otra se lo comía sin chistar. Le causó una gracia insospechada cuando llegaron los dos a solicitar su bendición para el matrimonio y tuvieron la osadía de pedirle que fuera la madrina de fiesta.

Se rió tanto con el atrevimiento, que aceptó encantada. Le fascinaba la idea de tener el rol estelar en la fiesta cuando la presentaran como la madrina.

La boda fue en la Catedral y la fiesta en un salón del centro, todo pagado por la madrina Victoria. Sirvieron una deliciosa comida en cazuelas, bebidas y postres. Los novios se veían auténticamente felices. Todos los trabajadores de la finca y los empleados de las oficinas de Don Luis fueron invitados; Victoria convenció a su padre para que él pagara y llevaran a todos sus empleados, para aprovechar la boda y hacer como un evento corporativo de las empresas de Don Luis. El plan de Victoria, quien obviamente no daba nada a cambio de nada, era tener en un mismo lugar juntos, a todos los “arrastrados” para visualmente hacer un recuento de los empleados que debían rendirle. Quería que no se les olvidara que gracias a ella y a su familia podían comer, o más bien tragar, porque eso es lo que hacían.

Le gustaba siempre saber quiénes ya no estaban, quiénes seguían ahí y sobre todo, a quiénes tenía que alinear en su “organización”.

La boda fue un éxito. Victoria y su padre estuvieron poco tiempo, lo suficiente para que quedara claro que ellos habían pagado todo y que no había familia con más poder, influencia y dinero que la de ellos. Y lo suficiente para que Lula pudiera hacer de las suyas con los escondites del dinero de Don Luis.

Otro de los cambios en la finca, era lo que a Lula se le había ocurrido hacer en el jardín.

Remodelaron las fachadas de las casitas, las pintaron de blanco con algunos adornos de pedacera de azulejo; pusieron balcones en todas las ventanas, pisos de barro horneado y jardineras que rodeaban a cada casa. Hasta Victoria reconocía que se veían preciosas. A cada árbol le hicieron un redondel de ladrillo, excepto al nogal de Victoria que Lula sería incapaz de tocar. Y por último, el proyecto maestro: un invernadero gigante. Una estructura de cristal fastuosa, gran diversidad de plantas y flores. Lo curioso de la construcción eran los canales de evacuación que eran muy grandes; parecía que alguien deliberadamente había ordenado que fueran de ese tamaño para lo que se ofreciera guardar.

Lula tuvo que rogar muchas horas y llorar muchas lágrimas para que su esposo le autorizara tantos cambios en la finca. Don Luis de verdad no entendía cuál era el ansia por estar gastando y gastando en más y más cosas, muebles, cortinas, tapetes, vajillas, adornos y el invernadero que había costado carísimo. Se convenció de construirlo cuando pensó que tenía que hacerle un monumento a las flores que tantas alegrías le habían dado. Sembrando a muchas flores de colores, agradecería el favor del sacrificio de la vida de las flores rojas por la remuneración en billetes verdes que obtenían todos los involucrados en la siembra, proceso y distribución.

Los papás de los Chinitos habían tenido una hija y les había salido lista y bonita. Cuando Victoria supo que Linda estaba embarazada, ardió de coraje, no sabía cómo se atrevían a tener otro hijo, existía el peligro de que les saliera igual que los otros dos. Los pobres niños siempre fueron la burla de todos en el colegio y los había visto regresar a la finca muchas veces con la cara roja de llorar. Eran casi de la misma edad que Victoria, así que después de haber corrido a la harapienta de su maestra, le pidió a su padre que la regresara a la finca, para que pudiera ayudar a los Chinitos cuando menos a leer, escribir y lo básico de conocimientos generales, porque en la escuela no habían aprendido nada.

Mientras que la hermanita era una muñeca, con un color de piel apiñonado, casi verde olivo; y al igual que sus hermanos era diferente, era sobresaliente, demasiado hermosa, no había manera de dejar de verla, de no querer acariciarla o besarla. Lo que más le gustaba a Victoria era ese olor a piel nueva, a piel sin arruinar.

Como era de esperarse, los papás le pidieron a Victoria que fuera la madrina. Esa maldita costumbre que tenían todos los sirvientes de querer el compadrazgo con sus patrones era insoportable. Así que después de la boda de la Gorda y en pleno bautizo de la Cachetes, se paró y les anunció a todos los invitados que era la primera y última ahijada que tendría, que no se tomaran la molestia de pedírselo porque no iba a hacer excepciones con nadie, y que pasaran la voz a los que no estuvieran ahí. Algo le decía que esta niña iba a ser importante en su vida. Ya era especial, porque iba a ser su única ahijada (eso era un hecho) y también, seguramente, lo más cercano que tendría a una hija, porque tenía clarísimo que así como no pensaba jamás rendirle a un marido; tampoco estaba dispuesta a vivir el sufrimiento de un embarazo terrible, de un parto doloroso y mucho menos a dedicar su vida a un hijo como los Chinitos. Su cabeza no concebía la idea de vivir para otra cosa que no fueran sus vicios.

9.

*E*ra una época de una extraña calma. Lula parecía que se había tranquilizado un poco después de terminados sus proyectos de remodelación y la obra del invernadero, donde ahora pasaba mucho tiempo, siempre acompañada de su hermana la Feita. En la casa ya no rondaba tanta gente. Los sirvientes volvieron a ser un poco invisibles, porque Victoria ya se había aburrido de sus labores de contabilidad y de terrorismo y les había dado espacio para maniobrar; claro, siempre con medida y miedo, porque sabían que estaban bajo vigilancia.

Las casitas del jardín estaban llenas porque así como los papás de la Cachetes se pusieron a procrear, también a otros de los inútiles les había dado la fiebre de primavera, así que pasaban todo su tiempo libre criando niños, porque a la casa estaba prohibido que entraran. Todos, excepto la hermosa Olivia, que Victoria con frecuencia se la llevaba a su cuarto para darle vuelo al pedacito de ternura que tenía albergado en su corazón, hasta que se le ocurría apestar el ambiente y de inmediato le gritaba a su madre que viniera por ella para cambiarla.

Por alguna razón que desconocía, su prima Elena había ido varias veces a buscarla, pero a Victoria no se le había dado la gana recibirla. Sí quería hablar con ella, porque seguía con muchas dudas, pero el hastío de convivir con ella era más grande que su curiosidad.

Su atención estaba puesta en ir religiosamente a Las Fábulas por sus libros y sobre todo, por sus revistas. Su gusto culposo, su gran secreto, su “nunca se lo contaré a nadie”, su “no quiero que nadie lo sepa”, su alimento para el sentido del olfato. Las adoradas revistas color sepia le llegaban cada semana a la librería y Musculoso pasaba por ellas y se las llevaba de inmediato. No solo recibía “El Rescate”, sino también una nueva de la misma editorial, se llamaba “Los Descendientes” y contaba las aventuras de una familia. Había mucho menos sexo y menos lenguaje vulgar, pero le gustaba la historia y sobre todo empatizaba con ella porque era un matriarcado donde la abuela era la que controlaba a todo el mundo. Era un poco como Victoria, una hija de la chingada. Y como se necesita una para reconocer a otra, pues a Victoria le divertía mucho.

Otro punto a favor de su nueva adquisición era que cada edición tenía más hojas y los pies de foto eran bastante largos y bien escritos, a diferencia de su revista favorita donde lo más importante eran las fotos, las historias de amores, desamores y sexo descrito en dos o tres líneas. Siempre se quedaba con ganas de que llegara la siguiente semana para saber qué iba a pasar con la Abuela y su séquito de víboras, que no hacían otra cosa que desear que se muriera la distinguida señora.

Musculoso estaba amenazado; cada final de semana, lo primero que tenía que hacer era estar parado afuera de la librería, esperando que llegara el pedido de Victoria y llevárselo a la finca de la manera más discreta. Obviamente ella había dicho al dueño de la librería que eran para su papá y le ordenó que jamás en su vida fuera a decir nada a nadie y mucho menos a su padre, porque perdería a su mejor cliente. Lo que sí era un hecho es que Don Luis en toda su vida jamás había leído ni un libro, ni una revista. De niño, con trabajo leyó lo que tuvo que leer para pasar la primaria y la secundaria; ya de adulto, sus únicas lecturas eran el periódico, los documentos de sus propiedades, los contratos de sus negocios, sus estados de cuenta de banco, las cuentas que tenía que pagar y los reportes del administrador de los gastos de la finca y en un espacio especial,

los de Victoria.

Hacía poco había leído detenidamente su testamento, elaborado con el notario del pueblo. Lo tenía guardado en una caja de seguridad en el banco de su socio. Era la primera vez que se había puesto creativo en algo, y tuvo que ser con su última voluntad.

Don Luis nunca estaba en la finca, muchas veces ya ni siquiera se preocupaba por llegar a dormir. Victoria no lo sabía, pero la razón por la que todavía se tomaba la molestia de ir era para guardar dinero en sus escondites. Cada vez menos, porque ahora el banco le parecía más seguro.

10.

Don Luis era un hombre de portada: muy recio, fuerte, tosco y medianamente inteligente. De esencia inseguro, mentiroso, más bien débil, malo y con muchas perversiones. Se sentía de estirpe divina, aunque sabía perfectamente que sus padres habían sido campesinos. De eso sí debería sentirse orgulloso, pero era lo que más le apenaba y no permitía que nadie lo mencionara. Era de gustos muy parejos, le gustaba comer, coger, convivir, “con-beber”, cultivar, comerciar, comprar, cobrar, controlar, castigar, consumir y cagar. En cualquier orden.

Consentido desde pequeño por sus padres y por sus hermanas Clara y Lucía, (Singracia y Desgracia, bautizadas por Victoria), Luisito había hecho muy felices a todos con su llegada porque era el anhelado varón.

Los padres, Don Jaime y Doña Genoveva, eran unos campesinos que con esfuerzo y trabajo se habían hecho de un pedazo de tierra bastante grande. Por gracia de la suerte resultó que encontraron unos brotes de agua natural enormes, los más importantes de la región. Muchos quisieron quitarles el derecho, pero el representante del gobierno, que en esa época estaba asignando títulos de propiedad y los beneficios de cada propietario, era el hermano de Doña Genoveva; así que se quedaron con sus tierras y con el derecho a vender el paso a todo el que quisiera agua. Tiempo después la entubaron para poderla llevar hacia una planta desde donde la vendían en pipas enormes. El negocio les duró mucho tiempo, hasta que hubo un funcionario que declaró ilegal lo que estaban haciendo, pero para ese momento ya eran dueños de muchos terrenos y de mucho dinero. Lo cambiaron por oro y lo tenían muy bien guardado.

El espacio más bonito que habían adquirido era una gran extensión de terreno completamente plano, lleno de árboles frutales y una vegetación hermosa. Decidieron construir ahí una finca. Lo fueron haciendo poco a poco y durante la construcción Don Jaime, con sus propias manos, hizo de todo. Cargó bultos de cemento, acarreo agua, apiló ladrillos, pegó azulejos y hasta trabajó la madera para construir las puertas monumentales que convertían la finca en una fortaleza.

Al fondo del jardín construyeron varias casitas para los sirvientes; en la otra esquina, un huerto. Delimitaron la zona de árboles, especialmente donde estaba el nogal que parecía el más viejo de todos, al cual le hicieron un arreglo muy particular. Por último, en la zona más profunda de la propiedad, construyeron los graneros para gallinas, puercos y ovejas. Don Jaime quería comer huevos con jamón y barbacoa de los animales criados en su propiedad.

Los niños empezaron a crecer y la finca a florecer. Del huerto se cosechaban papas, jitomates, tomates, chiles y fresas. Había también árboles de aguacate, limón, naranja, manzana y hasta una vid que daba unas uvas deliciosas. Además del impresionante nogal.

Del granero, los huevos frescos para el desayuno eran una delicia. Luisito era el encargado de ir todos los días por los huevos. Se suponía que su obligación era limpiar la casa de las gallinas, pero la realidad es que nunca lo hacía, siempre mandaba a alguno de los trabajadores. No entendía cuál era la necesidad de su padre de querer ponerlo a trabajar. Tenían muchos empleados que se la pasaban huevoneando, así que, lavar el lugar de los huevos era lo mínimo que podían hacer. La mamá y las hermanas por su parte, como siempre, le solapaban todo.

Sí desayunaban los huevos frescos, pero matar a los puercos o a los borregos, era algo que Don

Jaime no había podido hacer; tenía a los animales como mascotas y Luisito pasaba todas las mañanas y los saludaba, le encantaba despertar con el canto del gallo y acariciar a las gallinas durante largo rato.

La relación entre los hermanos era un poco tensa porque era tan marcada la diferencia entre Luisito y las hermanas que, a pesar de que amaban a su hermano pequeño, les daba mucho coraje tener responsabilidades en la finca y él, ninguna. Ellas trabajaban en la cocina ayudando a las cocineras. De un costal de frijol hacían muchas bolsitas con la cantidad exacta para que pusieran a cocer cada día; tenían que pelar los duraznos y las manzanas, quitarles huesos y semillas y prepararlas para las mermeladas, además de previamente haber tendido su cama y la de Luisito. Doña Genoveva estaba convencida que sus hijas tenían que aprender labores para después poder mandar y enseñar cómo se debían hacer, así que no le importaba que sus hijas enfurecieran con ella; las iba a hacer buenas amas de casa, para bien casarlas.

Singracia y Desgracia no iban a la escuela, tenían una maestra todos los días en casa. Luisito iba al colegio del pueblo, donde la mayoría eran niños; solo dos o tres niñas de familias demasiado modernas que pensaban que estaba bien que las mujeres fueran a la escuela. Básicamente era un fodongo, huevón, desobligado, irresponsable, valemadrista, misógino, pervertido y mediocre. Iba a la escuela porque lo mandaban sus padres. Había aprendido a leer, escribir y lo básico de matemáticas. Creía que no necesitaba más. Con eso podría manejar la finca y las demás propiedades de sus padres. Estaba en secundaria y convencido de que lo único que necesitaba era tener su certificado y librarse de la escuela para empezar a mandar en la finca.

El lado oscuro de Luisito eran sus perversiones. Buscar lombrices, juntarlas todas en una caja de zapatos y prenderle fuego hasta sentir un extraño placer al ver cómo se retorcían... achicharrándose hasta convertirse en ceniza. Tirar la fruta de los árboles y lanzarla contra la pared para ver cómo explotaba en muchos pedazos. Robar la ropa interior de sus hermanas y enterrarla en las jardineras. Pero la peor de todas, acariciar las gallinas por horas. Pasaba todo el tiempo en el granero sintiéndose el gallo pisando gallinas. Las pobres quedaban todas desplumadas y medio muertas de las zarandeadas que les daba. Realmente se había vuelto algo muy enfermo, era el chisme de la finca y cuando llegó a oídos de su madre, ya era un poco tarde: Luisito tenía una infección bastante asquerosa. Pus, llagas y un dolor, que el médico del pueblo lo mantuvo largo tiempo en cama con antibióticos, fomentos y pomadas hasta que le dejó de supurar y empezó a recuperar la forma cilíndrica normal. Por la gravedad de la infección, el médico estaba seguro que Luisito no solo se había divertido con las gallinas, sino con otras especies, pero no quiso asquear más a sus padres y nunca lo mencionó.

La pasó tan mal que en cuanto se pudo levantar fue y mató a todas las gallinas, como si ellas fueran las culpables. Regaló los puercos y los borregos y después estuvo con la espalda llagada por los cintarazos que le dio Don Jaime al haber hecho semejante estupidez.

Después de eso tiraron el granero, hicieron fogata con la madera y en ese espacio se sembraron más bugambilias, la flor favorita de Doña Genoveva.

Luisito se tardó muchos meses en siquiera pensar en tocarse para relajarse; se había quedado tan adolorido por la enfermedad contraída que cualquier pensamiento pecaminoso lo alejaba de su mente inmediatamente. Su penitencia acabó el día que se enteró que en el pueblo habían abierto una cantina llamada “El Rincón del Cielo” y las malas lenguas decían que se podía pagar para tener sexo. A Luisito no podían haberle dado mejor noticia, todo lo que le gustaba en un mismo lugar: comida, bebida y cogida. Era muy joven todavía, pero aparentaba más edad y su experiencia en el sexo se reducía a sobadas con algunas sirvientas, fantaseadas con los calzones de Singracia y Desgracia y sus famosísimas intervenciones para pisar gallinas. Era el gallo mas

gallo de la región.

La idea de Don Jaime era que Luisito se convirtiera en el administrador de la finca, pero nada más lejano a la realidad. Luisito ni quería, ni podía, ni sabía y más le valía que por la salud financiera de todos, no lo hiciera. Así que Don Jaime contrató a un administrador, un muchacho joven pero muy serio, ya casado y con familia. Venía muy bien recomendado, instaló a su familia en una de las casitas del jardín y se puso a trabajar arduamente.

Con esa tranquilidad, Luisito empezó a darle vuelo a la vida. Visitaba el putero varias veces a la semana, por supuesto a escondidas de sus padres, quienes eran tan buenas personas que no hubieran podido imaginar a qué dedicaba el tiempo su hijo. Les había hecho creer que cuando salía iba a recorrer las propiedades, a comprar insumos para el huerto, provisiones para la casa y la realidad es que todo lo hacía el administrador. Este tenía una esposa llamada Herminia, que era muy ambiciosa; había convencido a su marido que tenía que quedar bien con Luisito en todo momento. Ella estaba segura que el heredero de todo iba a ser él y tenía en mente un plan a largo plazo para el señorito de la casa.

La juventud de Luis transcurrió de manera muy simple. Era muy amiguero, así que tenía varios grupos de amigos con quienes salía, se divertía y hacía cualquier negocio que le dejara lo suficiente para sus gustos tan costosos. Viajaba mucho a los lugares cercanos porque su mente no tenía la ambición de ir más allá. ¿Para qué se iba a tomar la molestia, si en todos lados era lo mismo? Y si, finalmente, lo que a él le divertía estaba siempre entre cuatro paredes. Alguna vez su padre le sugirió mandarlo a estudiar alguna especialización en agricultura o ganadería, pero Luisito corrió de inmediato con su mamá, para que le quitara de la cabeza esas ideas.

A Luisito lo que le ocupaba eran sus gustitos y lo que le preocupaba era que sus hermanas se casaran con hombres de dinero; que les quedara claro que todo lo que era de Don Jaime sería para él. Sus hermanas tendrían sus respectivas dotes, pero en el momento que se fueran de la finca, no serían bienvenidas de regreso. No tenía obligación alguna con ellas. Pasaban a ser la obligación de sus maridos. Afortunadamente para él, así había sido: las dos se habían casado con hombres que tenían ya un pequeño patrimonio. Ambas se habían quedado a vivir en el pueblo y venían poco a ver a sus padres, se dedicaban a sus respectivas familias.

El tiempo seguía pasando y Don Jaime y Doña Genoveva envejecieron rápidamente. Tener tantos sirvientes no les había hecho ningún bien, porque ambos habían estado acostumbrados a trabajar tan arduamente toda la vida, que cuando Luisito los aisló de las responsabilidades, les aventó el tiempo encima y los hizo sentirse viejos. Ya ninguno tenía energía, ni motivación alguna para hacer algo. A la pobre señora ni al baño la dejaban ir sola. Y a Don Jaime le quitaron su tabaco y le racionaron sus bebidas de agave.

Las hermanas lo sabían perfectamente, lo supieron en aquel entonces y no hicieron nada por ellos. Don Jaime y Doña Genoveva hubieran podido vivir muchos años más si Luisito no los hubiera hechos sentir un par de inútiles, que ya no eran capaces y que sus vidas y su misión estaba terminada. Les quitó autoridad, control y decisión sobre todo. Especialmente sobre su persona y las desgraciadas lo permitieron, porque así les convenía también. Las estúpidas sabían perfectamente que Luisito había hecho acuerdos con sus respectivos maridos para que en cuanto murieran sus padres, pudieran gozar de muchos beneficios. Luisito les iba a rentar muy barato algunos de los terrenos para que ellos los trabajaran y seguramente ganaran mucho dinero, que compartirían con Luisito. Todos tenían ya muy hablado el negocio redondo que iban a hacer.

Claramente, Don Jaime estorbaba porque él pensaba que a la tierra había que respetarla, amarla y cuidarla y que los tiempos y tipos de siembra debían ser estudiados muy bien, antes de hacerlo de forma indiscriminada. El agua era el recurso máspreciado y había que racionarlo y si

trabajaban demasiado la tierra, se gastaba demasiada agua y corría peligro de secarse el pozo natural.

Luisito no estaba de acuerdo... o no le convenía creerlo. A él no le importaba el agua, era mentira que se podía terminar en algunos años. Si finalmente sucedía, ese ya no sería su problema, sería de otro, o de otros: los que quedaran a cargo cuando él lo decidiera.

Se casó con la hija del administrador y muy pronto, sus padres murieron. Él se había encargado de que todas las propiedades estuvieran a su nombre y ahora que ya no era Luisito, sino Don Luis, tenía ya toda la libertad para incursionar en otros negocios que le llamaban la atención.

11.

Victoria sabía cómo se habían conocido sus padres, que su abuelo había sido el administrador, conocía la historia de su nombre. Sabía de los gustos especiales de su padre y sospechaba de los secretos de su madre. Se preciaba de haber averiguado cosas de familiares y extraños, pero sentía que había muchas andanzas de las que no tenía ni idea y que moría por averiguar.

A pesar del tiempo que había pasado, Elena seguía en su pensamiento y decidió atacar primero por ahí. Su curiosidad crecía cada vez que olía una de sus libretas.

Empezaba la temporada de las fiestas religiosas. Varias fiestas seguidas en una casa diferente cada vez. Afortunadamente, su padre siempre le había prohibido a Lula que alguna de esas fiestas fuera en la finca. Pero eso sí, Don Luis siempre estaba listo para asistir a las dos más importantes; en las respectivas casas de Singracia y Desgracia.

Las hermanas, a pesar del tiempo, seguían tratándolo como Luisito, consintiéndole sus necesidades y cegándose ante lo que Don Luis había hecho de su vida. Sus vicios, sus negocios y por supuesto, la gran maldad que había hecho con sus padres al orillarlos a la muerte por haber apagado su espíritu y su energía.

En las mencionadas fiestas, la comida y la bebida era el centro sobre el que giraba toda la celebración. Pasaban semanas preparando todo y Victoria se preguntaba qué sentido tenía si al final la fiesta duraba unas pocas horas y la mayoría llegaban tan cansados de tanta preparación, que ya no la disfrutaban ni un poco.

De beber siempre preparaban un menjurje color rojo lleno de frutos, especialmente tejocotes, bastante asqueroso. Victoria le decía el caldo, porque se tomaba muy caliente y no faltaba el pendejo que se quemaba la lengua tan fuerte que le tardaba días en curar. De comer había granos de arroz con verduras, tortillas quemadas con diferentes ingredientes, patas de porcino, picadillo de rumiantes, emplumados deshebrados y todo con granos negros y blancos. Una cantidad de picante, de tan mal gusto, porque hacía a toda la gente llorar y resoplar.

Lo que sí le encantaba eran los granos del maíz cocidos con epazote; se servían en vasitos y se les ponía muchísimo cítrico, pastita blanca y desmoronado a granel. Victoria se comía varios vasos hasta que se sentía que iba a rodar de regreso a su casa.

Su padre le había dicho que de todas las fiestas, iban a ir a las de sus hermanas y a la del Banquero -lo cual era rarísimo-, porque ese hombre en su vida había invitado a nadie a su casa. Desde que murió su mujer, se había cambiado a la casona enorme que remodeló y no dejaba entrar a nadie, así que para Victoria iba a ser muy emocionante poder estar ahí y ver qué se podía robar para su colección.

La primera fiesta fue la de Singracia. Victoria la llamaba así, porque aunque era la menos fea de las hermanas, siempre tenía una cara de fastidio y el mismo peinadito aburrido; vestía faldas largas hasta el piso y zapatos sin tacón que no hacían un ruido. Parecía que no caminaba, flotaba. Hablaba siempre con el mismo tono sin gracia, por lo que se había ganado su apodo a pulso. Era la hermana mayor, pero de estatura muy corta. A Victoria le daba mucha risa ver que cuando se sentaba en una silla, le colgaban los pies. Su marido era otro chiste, mucho más alto que ella y

flaco como palo.

Singracia y El Palo tenían 3 hijas: Elena la Mojigata y las Gemelas Fantasma. Las Fantasma se habían ido a estudiar al norte, llegaron hasta la universidad, se graduaron y se quedaron allá. Jamás habían regresado al pueblo y eran la gran decepción de su padre, porque él hubiera querido poderlas presumir por el pueblo. Ellas, bastante listas, no consintieron porque sabían que si regresaban, les iba a pasar lo que a Elena y tal vez, nunca volverían a salir.

Así que se habían salido con la suya.

A Elena esto la hizo sentir orgullosa, pero aún más, la hizo sentir una envidia terrible. Cuando se enteró que no regresaban, una parte oscura de su personalidad se despertó y le encajó una daga en el corazón, el orgullo y la dignidad. No soportaba la idea de que ellas sí hubieran logrado su sueño; no toleraba saber que ella era tan o más inteligente que las gemelas, pero había pecado de ingenua, y su ingenuidad la tenía refundida en el pueblo cuidando y cuidando, sin hacer otra cosa que servir a los demás. Le ardía profundamente que le hubieran dejado sola para procurar a sus padres por siempre. Las gemelas eran muy unidas entre ellas, pero en realidad con Elena nunca hubo un gran vínculo; así que les parecía muy natural que ella, como la hermana mayor, fuera la responsable de cuidar a sus padres. Elena era la que vivía en el pueblo y viviría por siempre. ¡Cómo sería diferente su existencia, si tan solo tuviera una vida feliz con el tibio de su marido! Si estuviera viviendo su historia de amor anhelada, si romanceara, o cuando menos si cogiera una vez a la semana, pero ni eso. El maldito Tibio Guango la tenía en el olvido más absoluto.

12.

La casa donde iba a ser la fiesta era relativamente nueva y de un estilo muy particular. Demasiado espacio, todo blanco en las paredes, muebles y accesorios de madera muy oscura. El Palo, como siempre, se sentía muy progresista siguiendo las tendencias de la moda en el país del norte, que era su referencia para todo. A Singracia no le gustaba ni tantito, pero como hasta para conciliar e imponer deseos se necesita gracia, pues aquí no había modo. Los únicos cuadros que estaban en la casa habían sido pintados por Elena, quien era sin duda una excelente pintora y tenía además otra carta bajo la manga: también era una ávida lectora.

Victoria había decidido que esa noche tendría que acercarse a Elena de alguna manera. Los invitados, los mismos de siempre, más los papás del Tibio que habían llegado a visitarlos para quedarse un mes. Elena junto con sus padres actuaba como anfitriona, mientras su marido se encargaba de atender a los suyos y a Perfecto y Perfectito. La música sonaba a todo volumen: cánticos de coro de voces que después de media hora ya tenían a todos idiotizados. Victoria llegó con sus padres, al mismo tiempo que llegaban el Banquero y los Babosos.

Elena los recibió en la puerta y como siempre lo hacía, le propinó un gran abrazo a Victoria. En esta ocasión no la llamó Vicky, la llamó Vidita, era el apodo que de muy chiquita le había puesto María, la cocinera encargada de cuidarla desde siempre. Victoria ya se había olvidado de eso, pero cuando lo oyó, recordó de inmediato a Lucha y a María, las dos mujeres que habían sido tan importantes en su niñez. Ambas habían muerto hacía algún tiempo. Victoria había llorado en los dos funerales y se había dado el permiso de sentirse profundamente triste durante el duelo que les guardó.

Le devolvió con la misma efusividad el abrazo y le preguntó por su marido. Si algo valía la pena de estar ahí era el abrazo del enorme Grandote apachurrador. Con el tiempo había desarrollado una panza, pero sin duda todavía tenía lo suyo muy bien puesto. Estaba segura que durante ese espacio que Elena llevaba casada, se había revolcado maravillosamente con ese hombre.

Lo distinguió a lo lejos y caminó a su encuentro; él se puso de pie y cumplió con el delicioso ritual. Después Victoria decidió dar una vuelta por la casa. Era la primera vez que estaba ahí.

Le pareció horrible, sin personalidad, fría y con una mala vibra intensa. Sin plantas, sin vida. Lo único que llamó su atención fueron los cuadros que eran impresionantes, reconoció el camino verde que salía de su finca, las jacarandas de su jardín, y quedó paralizada cuando vio a su nogal plasmado en un lienzo que parecía de varios metros. Se acercó y leyó la firma: "Elena". Lo primero que pensó fue maldecir nuevamente al dechado de virtudes. ¡Maldición, otra de sus gracias!, pero verdaderamente era tan hermoso lo que estaba viendo, que solo pudo hacer suyo ese sentimiento que le dejó la observación del arte y de las emociones que reflejaba su prima en sus obras. Necesitaba hablar con ella esa misma noche. Esta mujer no solo le había dado el mejor regalo de su vida, sino que había inmortalizado en una pintura lo que para ella era su identidad.

Poco a poco se fueron agotando todos los rituales religiosos propios de la festividad: los cantos, la bienvenida de los peregrinos, torturar a golpes a las estrellas, tomar el caldo ardiendo, y finalmente, la bacanal.

Como siempre su padre, Palo y el Banquero, felices y excitados en demasía, no se daban cuenta el ridículo que hacían con la transformación de personalidades debido al exceso de “salud y salud”. Si algo jamás en su vida hizo Victoria fue aceptar alguno de los vasitos pequeños. Para ella era impensable perder el control y el estilo de esa manera. Acabar volteando el estómago, riéndose a carcajadas descomunales y hablándole a toda la gente a la distancia más incómoda como para poder olerles hasta las anginas. Era patético.

Los últimos tiempos le había perdido gran respeto a su padre porque le desilusionaba ver cómo se perdía en los excesos y lo más triste, verle en los ojos que ya no le causaba ninguna ilusión convivir con ella. Esa unión que alguna vez tuvieron ya no existía. Vidita había sido profundamente amada por su padre, y ahora la trataba con indiferencia. Estaba segura que la razón era porque para su padre, una mujer “leída” como él decía, era una patada en culo. Y una mujer que no quisiera casarse ni tener hijos era menos que un mueble. Aunque ese mueble hubiera sido alguna vez su adorada hija.

Lo único que le importaba a su padre eran el Putero y el dinero. Era el hombre más materialista y vacío, y cada vez que a Vidita le llegaban esos pensamientos los trataba de alejar rápidamente de su cabeza, porque le daba una inseguridad terrible saber que su roca, su ídolo, su padre, no era más que un misógino, borracho, materialista, pervertido, abusador y traidor. Sintió lástima por su mamá que llevaba años con un hombre ignorante y ordinario y sintió lástima por su padre, por estar casado con una mujer débil, insulsa, tonta y sosa. Y finalmente cuando iba a sentir lástima por ella misma, reaccionó y rió a carcajadas, pensando qué gran misterio era el que de la combinación de esos dos seres, surgiera un ente como ella. ¿Será que la naturaleza corrige sus errores y le da nuevas oportunidades al mundo al permitir que nazcan seres mucho más elevados, menos pendejos y más chingones? No paraba de reír por sus ocurrencias.

Absorta estaba en sus pensamientos cuando escuchó una voz a sus espaldas, era Elena; la llamó por su nombre y cuando iba a expresar la siguiente palabra, Victoria la interrumpió y dijo: “la única razón por la que vine a esta estúpida y ridícula celebración, fue porque no puedo descifrar si quiero, tengo o necesito hablar contigo, entenderte, entrar en tu cabeza y saber todo lo que vibro acerca de ti desde hace mucho tiempo. Quiero saber por qué acabo de vivir un momento de profunda emoción viendo tus cuadros. ¿Por qué precisamente mi Nogal es el cuadro más hermoso? ¿Por qué me regalaste las libretas en aquel cumpleaños de hace tiempo? ¿Por qué eres la única mujer que creo que tiene algo de mí y yo de ti? ¿Nos parecemos? ¿Nos igualamos? o ¿Fuimos la misma persona en otra vida? ¿Quiero saber si lees, si escribes, cómo es que pintas? Y finalmente, ¿qué tal coge tu marido?”

Elena, que cuando empezó a hablar Vidita abrió cada vez más los ojos con lo que estaba escuchando, terminó soltando una gran carcajada cuando escuchó la última frase. Abrazó con toda su fuerza a Vidita; esta le correspondió y por primera vez en su vida ambas experimentaron una sensación tan cálida, tan entrañable y tan mágicamente perturbadora. Permanecieron así unos minutos, hasta que Elena rompió el abrazo y le contestó:

“La única razón por la que me involucré en los preparativos de esta mágica celebración, fue porque sabía que mis tíos y tú vendrían. Llevo muchísimo tiempo buscándote para preguntarte si te habían gustado tus libretas. ¿Si sentiste el cuidado y el detalle que puse en escogerlas, mandarlas grabar y envolver? ¿Por qué habías dejado de ir al pueblo a toda velocidad en tu bicicleta? Y ¿por qué ibas tanto antes? ¿Qué eran los paquetes que llevabas? ¿Qué te gusta leer? ¿Qué libros tienes? Quiero saber: ¿te gusta escribir? Quiero descifrar: ¿por qué me intrigas tanto? ¿Y por qué ahora que te acabo de abrazar sentí que te había abrazado en otro universo y que quería seguir haciéndolo siempre? Y por cierto, de cómo coge mi marido, platicaremos otro día”

No hubo más que decir, riendo a carcajadas se apretaron las manos con fuerza y Elena la llevó a ver cuadro por cuadro. Le contó la historia de cada uno de ellos, por qué existían, cómo había llegado la inspiración, qué técnicas había utilizado. La llevó a su estudio; el grande lo tenía en su casa, pero ahí en casa de sus padres tenía un pequeño espacio, suficiente para sentirse en su mundo y olvidarse del que sí existía.

Era la primera persona que dejaba entrar a su estudio; le tomó la mano a Vidita y juntas entraron como amigas, más que cómplices, como si esa comunión hubiera existido de toda la vida. Se mantuvieron sin soltarse durante mucho tiempo, mientras hablaban de las libretas, de los paquetes, los libros, lo que ambas habían escrito. Vidita no podía creer que fuera ella riendo como loca, se escuchaba y más se reía; no soportaba a las mujeres riendo como idiotas, ahora era ella la idiota riendo. No podía creer que estar con otra persona le pudiera traer tanto gozo, tenía el alma viva por primera vez. Salió del estudio como flotando en las nubes, había encontrado a su alma gemela; no la buscó, siempre estuvo ahí.

Lo que menos querían era incorporarse a la fiesta, pero Perfecto y Perfectito ya tenían mucho sueño y Elena se tenía que ir. Victoria experimentó por primera vez en su vida el dolor de querer estar con alguien y saber que había una despedida. Sin embargo las dos se despidieron con el gusto de saber que muy pronto se verían nuevamente.

Al siguiente día se celebraba la fiesta religiosa, en casa de Desgracia. Ella era la hermana de en medio, entre Don Luis y Singracia. El apodo que le puso Victoria se lo ganó porque no solo era carente de gracia como su hermana, sino además era tan fea la pobre mujer, que ofendía. Todo el pueblo pensaba que Don Jaime le había comprado marido a su hija; con esa fealdad nadie en su sano juicio se hubiera fijado en ella. Su esposo era un campesino venido a más que parecía que sí quería a Desgracia, porque la trataba muy bien y era muy cariñoso con sus dos hijas, quienes verdaderamente se quedaron a un grado de ser idiotas consumadas. No se podía hablar ni media palabra con ellas, no hacían más que tejer y cocinar, eran igual o más feas que la mamá y tenían un aliento cebolludo siempre que las saludabas. A pulso se habían ganado los apodos Malolienta y Pestilenta. A las Apestosas les gustaban los Babosos, se les notaba de inmediato cómo los veían; se ponían nerviosas y risa y risa, de idiotitas. Los Babosos se burlaban de ellas a más no poder.

Con el dinero que tenían estaban acostumbrados a pagar por las mujeres más guapas y complacientes. ¡Cómo se les ocurría pensar a las Apestosas que tenían oportunidad con ellos! La única neurona que tenían no funcionaba bien, porque si así lo hiciera, les serviría para darse cuenta el mundo de diferencia que había entre ellas y los babosos. Feos no eran, al contrario, y se habían vuelto bastante listos con el tiempo, además de rateros y drogadictos profesionales.

Victoria, para sorpresa de sus padres, se pasó toda la tarde apresurándolos para llegar temprano a casa de Desgracia. Casi no había podido dormir pensando en todo lo que había hablado con Elena, haber descubierto que le gustaba leer tanto como a ella; ambas querían escribir. Saber que ya había alguien en su vida con la que iba a poder tener conversaciones verdaderamente apasionantes. Nunca pensó que podría hablar con la verdad. Quería sincerarse con ella en todo, sus aventuras, sus historias, sus más íntimos pensamientos. Ni por un momento le pasó por la mente que esa mujer pudiera traicionarla, como lo pensaba de todo el mundo.

Cuando Victoria vio llegar a Elena se emocionó tanto, que ya no le importó el Grandote en lo más mínimo. Había muy poca gente, por lo que la reunión se concentró en la sala y hacía muy difícil que las primas pudieran escaparse para platicar a solas; además, Perfectito se sentía mal y solo quería estar en los brazos de su madre. La fiesta de Desgracia fue tan mala que hasta Don Luis se estaba durmiendo. Apenas entrada la noche, todos empezaron a despedirse. Don Gustavo, el esposo de Desgracia no se encontraba, porque si él hubiera estado, su padre se hubiera quedado

hasta el final. A Victoria le daba la impresión que eran muy amigos, porque su padre nunca lo dejaba solo ni un momento.

Gran problema tener tantas fiestas seguidas, no había manera de que todas fueran un éxito. Victoria se sentía muy frustrada porque lo más cerca que estuvo de Elena fue en el saludo y la despedida. Sin embargo, cuando se despidieron, acordaron que se verían en el dispensario de la iglesia cuando saliera el sol.

13.

*E*se amanecer no era como todos; Victoria sentía que su vida había cambiado para siempre. Se metió a bañar y se quedó un largo tiempo sintiendo el agua caliente por todo el cuerpo. Era su momento favorito, construía sueños, se regañaba, se felicitaba y platicaba consigo como normalmente lo hacía. Eran las pláticas más largas e intensas porque nunca, con nadie más, le había interesado comunicarse. En especial en los últimos tiempos, donde las conversaciones con sus padres se concretaban a unas cuantas frases necesarias; con los sirvientes, solo órdenes y regaños; con la gente del pueblo, un eventual saludo forzado, peticiones, instrucciones o solicitudes...pero nada más.

Esa noche que platicó con Elena era la ocasión en que más palabras había articulado en su vida. Nunca había tenido una conversación con alguien en la que se sintiera libre de hablar de sus pensamientos, sus sentimientos y sobre todo, genuinamente volcada a escuchar.

Salió de la finca dispuesta a ir caminando al pueblo, pero de inmediato se topó con el chofer y el batracio que su padre le impuso de vigilante. Nunca su padre, le había hablado tan fuerte y tan grosero como cuando le ordenó que en su vida, podía volver a salir sin esa vigilancia. Sus negocios habían tomado tal dimensión, que había grupos que podían hacerles daño y para Victoria era muy claro que su padre no impuso esa ley por amor a ella, sino por miedo a que a través de ella le pudieran hacer daño a él.

A esas alturas de la vida, Victoria ya sabía sin lugar a dudas, que su padre estaba involucrado en negocios asquerosamente ilegales. Le enfermaba pensar que estaba involucrado con el Banquero y los Babosos en negocios de drogas y que, sin importarle nada, la ponía a ella y a su madre en un peligro constante. Sin embargo no había nada que, por lo pronto, ella pudiera hacer, pero estaba segura que en algún momento haría algo. Tal vez muy pronto. Por otro lado, había momentos en que pensaba si no sería su mente desbordada e insaciable, la que había elaborado toda la historia macabra de los negocios sucios de su padre. Solo el tiempo lo revelaría.

Se subió al coche y le ordenó al chofer que la llevara a la iglesia. Trató de volver a su centro y no pensar en la bomba sobre la que estaba sentada su familia y se concentró en lo que quería hacer ese día con Elena.

Llegó a la iglesia y le ordenó a sus rémoras que esperaran afuera. Entró en silencio observando todo a su alrededor. Dio una vuelta rápida y le preguntó a una persona que venía saliendo, dónde se encontraba el dispensario.

Se dirigió hacia allá. A lo lejos observó a Elena, platicando con una mujer cargando a un niño y otros cuantos colgando de sus faldas. Obviamente muy pobres, pero todos sonriendo a la imagen de la sonrisa de Elena.

Cuando se encontraron, se besaron en la mejilla, Elena la abrazó apretándole fuertemente y acariciándole la espalda; la llamó Vidita y Victoria le suplicó que siempre la llamara así.

Elena había dejado a los Perfectitos con su padre diciéndole que iba a pasar el día en el dispensario, pero en realidad había dispuesto todo el día libre para pasarlo con Vidita.

Primera parada, “La Fábula”. Vidita pasaba tanto tiempo ahí, que todos los empleados la conocían y sabían que no debían abordarla ni ofrecerle nada, ella siempre sabía lo que quería. Y

podía tomar los libros que quisiera, verlos, leerlos, olerlos y podía comprarlos o devolverlos. Normalmente los compraba todos, pero era su prerrogativa. Por supuesto Elena, con su gusto por la literatura, también era un visitante frecuente.

Ese día cuando llegaron juntas, todo cobró una nueva dimensión.

Tomaron un libro de cuentos: “Cuentos Bajo el Sol”. Se sentaron en los sillones para lectura y se alternaban para leerle una a la otra. Cada vez que terminaban un cuento platicaban sobre él, daban sus opiniones y sus críticas. Terminaron de leerlo y Vidita le pidió a Elena que lo conservara para recordar su primer momento de comunión en la lectura. Elena tomó una pluma y escribió en la primera hoja “Y cuando nos encontramos, nos descubrimos. Vidita y Elena por siempre.”

Vidita le tomó la mano y se la acercó a la cara para sentirla en su rostro, era el gesto más cariñoso que jamás en su vida le hubiera hecho a nadie.

Pasaron por la librería como si estuvieran caminando por el parque viendo un hermoso paisaje. Se detenían cada vez que algo les llamaba la atención, lo revisaban y lo ponían mentalmente en la lista de todo lo que pensaban leer. El tiempo se pasó rápidamente y llegó un momento en que ambas se dieron cuenta que estaban hambrientas. Muy cerca de “La Fábula”, donde estuvieron “Los Marranos” en algún tiempo, había ahora un restaurante lindísimo. Todo de madera, lleno de flores, las sillas muy cómodas, la comida deliciosa y lo atendían solo extranjeros con “acento bailaor”. Amaba el arroz amarillo con revoltijos de tierra, mar y aire. Pidieron un platillo amarillo para compartir y lo degustaron sin prisa. Esa tarde Vidita le reveló toda la historia del terrorismo en casa y en el pueblo, sus robos, escapadas, mucho de lo cual Elena ya sabía por el empleado chismoso y corrupto que alguna vez había interceptado en la calle. Le platicó un poco de la relación con su madre y lo que había sido su relación con su padre.

Elena le contó de sus años cuando estudió en el norte, cómo había conocido al Grandote, la boda, el viaje y sus embarazos de terror. Pero no le platicó nada de su miserable vida sexual. Le habló de sus hijos, sus hermanas, lloró un poco y se rieron mucho.

Mucho después ya habían saboreado un delicioso postre y estaban listas para seguir coronando su tarde. Disfrutaban tanto estar juntas, que el tiempo pasaba mucho más rápido. Se dieron cuenta que ya les quedaba muy poco. Elena tenía que regresar a su realidad y Vidita a la irrealidad. Esa noche era la fiesta del Banquero y por supuesto que su padre había dejado muy claro que los tres asistirían.

Caminaron al dispensario, seguidas por las rémoras. A Elena le intrigaba mucho por qué Vidita tenía que tener tanta vigilancia. Algún día Vidita le contaría lo que estaba pasando; esa noche aprovecharía la oportunidad para exprimir de los Babosos toda la información que necesitaba.

Cuando llegaron al dispensario, Vidita empezó a experimentar una sensación desagradable. Era el momento de la despedida y un extraño frío recorrió su cuerpo. Encontrarse muy pronto era imposible para Elena, ya que no podía desafanarse de sus compromisos religiosos y familiares. Así que acordaron para más adelante un tiempo y un lugar: el espacio de Vidita. Le emocionaba mucho enseñarle su biblioteca particular.

Se despidieron cariñosamente y durante el camino a la finca, Victoria alternaba sus pensamientos entre los recuerdos de Elena y lo que estaba planeado para más tarde.

Mientras tanto, Elena no dejaba de pensar un momento en Vidita. Era una mezcla de sentimientos muy extraña. Por un lado, se sentía feliz; por primera vez en la vida estaba experimentando, como había leído muchas veces, una relación entrañable. Tenía una amiga, un cómplice, alguien con quien compartir sus secretos, anhelos, deseos. Pero este descubrimiento la destruía al darse cuenta de lo que era capaz de sentir, le recordaba la mediocre relación que tenía

con el Tibio y lo patética que era su vida sentimental y sexual. Intentó mejorarla hasta que se cansó y hasta que sintió que su orgullo y su dignidad eran más importantes que sus ganas.

Después de la decepcionante experiencia en la noche de bodas, intentó hablar con su marido de lo que había sucedido. Estaban sentados comiendo, platicando de lo linda que había estado la boda, los invitados, los adornos y cualquier cantidad de estupideces. Y Elena lo único que quería era encontrar el mejor momento para hablar de su primer frustrado encuentro. Supuso que el mejor era a la hora del café. Y directa, como siempre, lo habló sin chistar. Le dijo que lo amaba, que le gustaba muchísimo, que le atraía sexualmente y que sentía que ninguno había podido expresar libremente sus deseos con pasión. El Tibio se mantenía en silencio, tomando su café y mirando fijamente a los ojos a Elena. Esta actitud hizo sentir a Elena humillada y arrastrada. Seguía hablando y hablando, hasta que llegó un momento en que se sintió como la más rogona, suplicando por una caricia, mendigando un poco de cercanía.

Le pidió que dijera algo, que le contestara porque para ella era muy importante lograr que su matrimonio se mantuviera con una relación de pareja integrada y totalmente satisfactoria. Mientras más nerviosa se ponía, más humillada se sentía, más extraña se volvía la cara del Tibio y el desconcierto la congelaba. Sentía en el fondo de su alma que lo que iba a escuchar de su marido sería trascendental para su vida futura.

El maldito Tibio tomó aire y contestó:

“Mira querida, no sé de dónde has sacado esas ideas tan liberales. Yo no soy un tradicionalista sin fundamento: sí lo tengo. Mantengo los roles de hombre y mujer porque he vivido en una sociedad destruida por las mujeres que quieren ser hombres y no lo son. Porque buscan una supuesta realización “sexual” -como tú le llamas- y lo único que logran es caer en perversiones que después las destruyen a ellas y a sus familias. Yo no sé qué es lo que te tiene tan molesta: te quiero, te respeto y me casé contigo. Te cumplí como hombre anoche y lo seguiré haciendo. Pero para mí ante todo están las formas, la educación y yo no soporto una mujer vulgar y ordinaria. Para mí la relación de esposos debe ser de cariño, de armonía, de respeto y espero que tú quieras lo mismo y valores lo que soy. Tal vez creas que la vida es como las novelas de amor. Pero el amor es respeto y cuidado, no sexo; por favor Elena, no me hagas sentir que cometí un error al escogerte como esposa, como futura madre de mis hijos. Y te lo voy a decir por única ocasión: en mi casa no hay escenitas de locura, ni gritos, ni lenguaje soez, movimientos vulgares o desnudeces. Tú eres una dama y como tal te vas a comportar; y yo soy un hombre, muy hombre, que no necesito de nada de eso para cumplir como marido. Y espero que respetes nuestros votos y te comportes a la altura. Vamos a formar una familia honorable donde la base son los valores. No estamos viviendo una aventurilla, donde lo más importante es el sexo casual, efímero, intenso, pero sin bases y sin principios.” Elena no soportó más y lo interrumpió para decirle: “¿Y por qué no podemos tenerlo todo?” El Tibio enfureció como nunca lo había visto Elena. Pegó con fuerza en la mesa y le gritó: “¡Porque mi mujer no es una puta, y eso solo lo hacen las putas!” Se acabó el tema.

La tomó del brazo y la llevó apuradamente a la habitación; Elena, emocionada, deseaba haberlo hecho enojarse lo suficiente como para que se hubiera despertado su lado oscuro, si acaso lo tenía, y tener mucho sexo en ese momento.

Llegaron a la habitación, abrió la puerta violentamente y estando adentro le dijo: “Es la última vez que te lo digo, eres mi esposa y como tal, compórtate”. Salió de la habitación, cerró con llave y la dejó ahí dentro, castigada como niña chiquita por puta.

Elena no podía creerlo. Nunca había sido castigada por su padre y ahora resultaba que este imbécil se sentía con el derecho de humillarla, despreciarla y tratarla como una idiota. Elena lloró

amargamente y se juró a sí misma que no iba a romper su espíritu, que esta relación era temporal, que sí viviría un amor apasionado, y sobre todo, que de ninguna manera tendría hijos con el Tibio-Guango-Frígido.

Durante la siguiente semana hablaron muy poco; el Guango, molesto por su puta mujer; y Elena, furiosa con su puto marido. Desafortunadamente, días después, empezaron los malestares de Elena. Iban en el barco y suponía que los males eran por el mareo de la mar. Sin embargo cuando fue con el doctor a bordo, de inmediato le hizo caer en cuenta que podría ser un embarazo. Jamás se le hubiera ocurrido eso, ¡pero si solo había mal cogido una vez! Imploraba a Dios que no lo permitiera, pero algo en su interior le gritaba que era cierto y quiso morir en ese instante. Sí, estaba embarazada. Su vida estaba hundida. Adiós Universidad. Adiós cambiar de marido. Adiós viajar por el mundo. Increíblemente, el maldito Tibio era frígido, pero fértil.

Así fue la concepción de sus dos hijos. Después de la primera, la siguiente fue exactamente igual. Pasivas, aburridas, sin una sola variación. Después del nacimiento de Perfectito, sí hubo una variación: ahora pasaban meses sin que siquiera se tocaran la mano. Pero eso sí, se trataban con la máxima educación.

Para Elena no solo era la carencia de cercanía lo que la mataba, era la falta de comunicación, de comunión de ideas, de pláticas, de risas. Le hubiera encantado poder ser la mejor amiga de su esposo, ser amantes y confidentes. Aunque últimamente sospechaba que algo raro estaba sucediendo, porque pasaba demasiado tiempo fuera de su casa y cuando llegaba, evadía tratarla, como si ella pudiera leer en sus ojos que algo malo estaba haciendo.

Lo que los mantenía casados eran sus hijos, la falsa idea de que los niños necesitan a sus padres unidos. Claro que no hay precepto más absurdo porque tenían a sus papás juntos, pero separados, enojados y decepcionados el uno con el otro. Actuaban como un falso equipo y como una familia plástica.

Pero ahora todo había cambiado, ya no estaba sola, tenía una sombra con luz. Había descubierto a un ser tan parecido a ella, que daba miedo. Tenía profundos sentimientos hacia Vidita y quería seguir hundiéndose en esa sensación de pertenecer. Por primera vez, desde que se acordaba, estaba ilusionada; si no fuera imposible en tan poco tiempo, pensaría que era algo parecido al amor.

14.

Cuando llegó Victoria a la finca, vio a lo lejos a su madre entrando al invernadero. Lula le había tomado mucho cariño a sus plantas, a las flores y seguramente, a los secretos que guardaba por ahí. Su padre estaba en su recámara durmiendo, preparándose para la noche; últimamente era de las cosas que más ilusión le daba. Ir a fiestas, hacer fiestas y vivir en la fiesta. Parecía un adolescente enfrentando sus primeras experiencias. Y se estaba avejentando de manera exagerada. A diferencia de su madre, que cada día parecía más joven y estaba más activa. Varias veces la había visto corriendo por el jardín, haciendo ejercicio y estiramientos. Pasaba mucho tiempo en la cocina haciendo conservas, dulces y, según la gorda Justina le había dicho, hacía experimentos con diferentes sabores, porque quería inventar diversos postres y hacer un libro con ellos. Victoria no podría creer que su madre tuviera más de dos neuronas para lograrlo, pero si así fuera, sería lo primero que tendrían en común en la vida. Victoria se imaginaba entrando en “La Fábula” observando la mesa de novedades y ahí, el libro de recetas de Lula

La verdad es que le daba lo mismo lo que hiciera su madre, lo que le distraía la mente era lo que sucedería esa noche. Victoria intuía que el Banquero era una mala persona. Lo poco que sabía de él, era la historia de la muerte del hijo y después, de la mujer. Cuando llegó al pueblo venía cargado de dinero. Ya traía puesto el título de banquero, porque según decían, había sido dueño de un banco muy importante en otra ciudad. Lo que era clarísimo es que desde que hacía negocios con su padre, su fortuna se había multiplicado y la ostentosa casa que tenía era un reflejo de un gusto muy ordinario. Victoria sabía que alguien que no venía de una buena cuna, cuando llegaba a tener dinero, lo gastaba en las estupideces más grandes; se rodeaba de lo más superfluo y corriente, de lo más caro y brillante. Mucho brillo para deslumbrar los oscuros de la crianza.

La casa del banquero parecía una fortaleza. Era una combinación grotesca de estilos. En cuanto Victoria llegó, pensó que estaba entrando a un juego de ajedrez. Torres con balcones, esculturas de caballos, peones para abrir la puerta, peones para servir, peones para todo y los Babosos de alfiles para mandar sobre los peones. El rey en la puerta, y para su sorpresa, una reina junto a él.

De inmediato reconoció que era una de las mujeres del putero. Se notaba el gran esfuerzo que había hecho para refinarse. Un vestido elegantísimo, fuera totalmente de lugar para la ocasión. Tacones altos -con los que apenas podía caminar-, maquillaje y peinado exagerado y la cara de dama de sociedad que trataba de poner cada vez que El Banquero la presentaba con alguien.

Atentísimo, él la presentaba como “la señorita Margarita”. Sí, tal vez la Margarita más deshojada de la región. Seguramente el Banquero, cliente asiduo del putero, se había enamorado de la Margarita Deshojada, se la había llevado de exclusiva y ahora se la quería pasar a todos como la gran dama. Sin duda todo el mundo posee un punto débil, y se ejerce cuando, por alguien en la vida, se hacen las cosas más estúpidas en pos de la conquista.

Victoria pensó en Elena y esbozó una sonrisa.

Saludó al Banquero y a la mujer. Un poco más adelante estaban los Babosos, también muy bien acompañados. Cada uno con una mujer espectacular, vestidas de brillo de pies a cabeza. Más focos de los que adornaba el árbol que abarcaba todo el vestíbulo de la entrada.

Impresionante la decoración; juraría que era cerámica vidriada de Sevres, jarrones de mayólica de Manises, cuadros barrocos y renacentistas, litografías, grabados. Victoria estaba impactada, no sabía a dónde voltear, preguntándose si todo aquello era auténtico.

Seguramente el banquero tenía un galerista asesorándolo. Era imposible que él hubiera seleccionado esas obras, porque a decir verdad, no armonizaban para nada con la casa. Era evidente que las tenía ahí para impresionar, para mostrarle al mundo que podía. Le hubiera encantado estar ahí con Elena para poder disfrutar de tanta belleza.

Hizo un esfuerzo por acordarse cómo se llamaban Los Babosos y recordó que eran Ernesto y Rafael. Se acercó con Ernesto y le preguntó quién había seleccionado el arte que tan vilmente usaban de adorno.

Ernesto era el más grande de los hermanos y sabía perfectamente quien era Victoria...y no la soportaba. No había habido una ocasión en que se encontraran que le hubiera ofrecido un saludo, una sonrisa y mucho menos una palabra. Por eso, en el momento que le habló, se desconcertó y no supo qué contestar. Victoria se presentó amablemente y le volvió a preguntar. Ernesto le dijo que sabía quién era, pero que no le había contestado porque como nunca se había tomado la molestia de dirigirle la palabra, no sabía por qué ahora le interesaba hablar con él. Victoria supo que iba a tener que suavizar la actitud con los hermanos, que además de babosos, resultaron resentidos los inútiles.

Se inventó una historia acerca de lo tímida que era de pequeña y ahora, ya mayores, sentía la confianza para platicar con él y su hermano; le interesaba mucho que se conocieran y fueran amigos, como sus padres. Ernesto sonrió y le dijo que los “adornos” los seleccionaba su padre de un catálogo que le enviaban de una empresa que vendía arte. La selección la hacía en base a los espacios que tenía libres y a la opinión de su novia, Margarita. Justo lo que esperaba Victoria: le llamaban “adornos” y no tenían ni idea de lo que habían comprado; solo llenaban espacios en su casa de cosas carísimas. Lo que sí era de llamar la atención era que la Margarita Deshojada tuviera buen gusto. Y terminó diciéndole a Victoria que él no creía que sus padres fueran amigos. Socios, sí; amigos, no.

Victoria le dijo que quería hablar con él y con su hermano, precisamente de la relación y los negocios de sus padres, y quería hacerlo esa misma noche. A Ernesto le dio curiosidad el repentino interés; accedió, pero no quiso involucrar a Rafael. Le explicó que su hermano no le entendía muy bien ni a los negocios ni a nada. Lo mejor era no involucrarlo. Rafael había cambiado mucho, tenía la mirada como perdida y su risa estridente mostraba tristemente que las drogas ya habían hecho un efecto permanente en sus capacidades. Este pobre ya no era baboso, era idiota permanente; por pendejo drogadicto.

Ernesto la llevó a la parte trasera de la casa; pasaron por un pasillo eterno, lleno de pedestales con figuras talladas de marfil, tapetes de nudos coloridos y sillas de pata de león tallada. Llegaron a un cuarto monumental: en el centro, un escritorio de madera todo forrado de piel. De un lado, un sillón que emulaba un trono y del otro, dos sillas negras tan solemnes como el ambiente que se respiraba. En las paredes, cientos de libros perfectamente ordenados -la mayoría enciclopedias-, seguramente todos elegidos por su tamaño y color y no por su contenido.

Ernesto se sentó en el trono y le ofreció una silla. Victoria estaba ávida de escucharlo, así que decidió bombardearlo con preguntas para explorar qué tanto sabía y qué tanto quería decir.

Él sabía que Victoria era la hija única de Don Luis y por tanto, sería algún día la heredera de todo; y por su parte, Ernesto era el único funcional de los dos hermanos. Así que estaban sentados frente a frente los sucesores. No había por qué mentir ni ocultar nada. Era peligroso, Ernesto lo sabía, pero Victoria le inspiró para sincerar su verdad; algo le decía que ella sentía lo mismo. Y

evidentemente, ambos estaban atrapados.

Escuchó todas las preguntas y procedió a contestarle. Le reveló que sus padres eran unos de los principales empresarios en el negocio de distribución de paquetes de pulverizado de bondades de la naturaleza. Habían empezado de sembradores de flores rojas y después se sofisticaron pasando a la manufactura y a la distribución por mayoreo. Eran conocidos en todo el país y en varios países vecinos, ya que exportaban grandes cantidades y diferentes calidades. Gracias a esos ingresos, habían invertido en la construcción de grandes complejos mercantiles, hoteles y desde luego, puteros. Eran dueños de empresas inmobiliarias y financieras, a través de las cuales hacían todos los movimientos para poder regresar el dinero de manera legal al banco del pueblo y a bancos en otros horizontes. Tenían comprados a todos los supuestos representantes de la ley.

Absolutamente todo estaba a nombre del banquero y de Don Luis, de eso Ernesto estaba seguro. Los escuchó varias veces hablar del tema y los dos, independientemente de su desmedida ambición y su nivel de crimen y corrupción, sabían que no podían poner nada a nombre de sus hijos, para no involucrarlos si algún día detonaba la bomba. Era como la mínima parte de decencia que les quedaba. Tenían miedo porque hacía un año, estando en una entrega muy importante, tuvieron una amenaza de muerte; por eso ahora todos tenían seguridad y la situación se estaba volviendo muy inestable. La competencia había aumentado y había diferentes grupos que querían el control de todo. Odiaba a su padre, porque para él, solo su hermano mayor y su madre habían sido importantes. Se dio cuenta muy pronto que sus hijos estaban consumiendo y vendiendo y no hizo nada por protegerlos. Rafael ya era una piltrafa humana y ni eso movió al padre para acudir con Ernesto y tratar de salvarlo. Cuando Ernesto supo que ya había perdido también a su hermano, decidió rehabilitarse para salirse de ese mundo y tratar de ganar dinero para poderse largar. No le interesaba para nada seguir con el asqueroso negocio de su padre. Su estrategia había sido convencerlo que invertir en arte era lo más sofisticado que podía hacer, que tener una casa llena de todo tipo de obras, le daba una gran posición y clase,. Y para él era la forma en que iba acumulando cada vez más dinero de manera segura. Consiguió al experto, mandó a hacer un folleto que renovaba cada mes para que le llegara con diferentes obras. La casa tenía una bodega enorme donde iba acumulando cuidadosamente todo lo que “pasaba de moda” y tenían que renovar. Su padre había traído a vivir a su casa a la Puta Margarita, cosa que Ernesto aprovechó de manera muy inteligente. Le prometió que la iba a ayudar a ser toda una dama de sociedad y la manipulaba para que le dijera a su padre qué obras le gustaban y por qué y el padre se maravillaba de lo culta que era.

Ernesto había tomado la precaución de ser él quien recibía todas las obras y hacía las transacciones, por lo que todo estaba perfectamente documentado a su nombre. Su plan era, en algún tiempo, aprovechar un viaje de su padre y empacar todo y marcharse con su hermano al otro lado del océano. Quería abrir una galería y no volver a saber de su padre nunca más.

Guardó silencio y esperó con ansia que el haber confiado en Victoria no hubiera sido el peor error de su vida. Nadie sospechaba nada y ahora había puesto su futuro en manos de una desconocida. Se daban cuenta que para sus padres ya no había salida, pero quería pensar que ellos todavía podrían desmarcarse e irse muy lejos. Que de alguna manera podrían salir sin mancha de esa situación. Victoria quería la finca y quería los terrenos de su abuelo; todo lo demás no le importaba quién se lo quedara. Pondría a trabajar la tierra como debía ser, sembrando vida.

Haría que el invernadero produjera y no fuera solo un adorno. Abriría una librería con un teatro y un restaurante. Lo había soñada tantas veces que sabía perfectamente cómo quedaría.

Anhelaba que su padre entrara en razón y abandonara ese mundo.

La diferencia entre ella y Ernesto era que a él no le importaba lo que pasara con su padre y ya

tenía un plan de escape. Victoria no sabía qué iba a hacer y realmente no quería que le pasara nada; era su padre, lo odiaba, pero todavía lo amaba.

Ernesto le propuso que unieran fuerzas; esto no era algo que podían resolver en poco tiempo, sin embargo, el primer paso ya se había dado. Los sucesores no querían nada con las porquerías de sus padres. Pero no podían permitir que nadie lo sospechara. Ernesto había sido muy listo al asegurar la propiedad de las obras de arte; Victoria tendría que buscar que su padre pusiera la finca y las tierras de su abuelo a su nombre. No sabía cómo, tendría que ponerse a pensar.

Victoria y Ernesto sellaron su trato con un apretón de manos. Ambos juraron con su vida que lo que sabían el uno del otro no lo revelarían jamás y que desde ese día en adelante, buscarían el bien de ambos y la salida del mundo al que los habían lanzado sin pedirlo.

Regresaron a la fiesta y Victoria trató de que no se le notara la angustia; se sentía impotente y le costaba trabajo pensar. Comió un poco y se mantuvo con cara de escucha, pero en realidad hablaba y hablaba consigo misma y no acordaba nada. Estuvo observando a Rafael. ¿Cómo era posible que su padre no se sintiera mierda de ver en lo que se había convertido su hijo? Seguramente las dos bellezas brillosas eran acompañantes bien pagadas, porque no se le separaban y dejaban que las babeara y las manoseara. Solo se volteaban a ver la una a la otra con mirada cómplice de asco y hastío.

La noche se le hizo eterna; su padre no dejaba de alegrarse con El Banquero. Se dio cuenta perfectamente cómo Ernesto engañaba a su padre haciéndole creer que compartía con él los “salud y salud” y solo embrutecía a la planta que estaba junto. Cruzaron miradas varias veces durante la noche y Victoria no podía creer cómo, en tan poco tiempo, estas personas, a las cuales tenía en el peor concepto, habían pasado a ser claves en su existencia. Elena “El Ángel” y Ernesto “El Alfil”. A partir de ese momento, irremplazables en su vida.

15.

*E*ra ya casi de mañana y Victoria no paraba de dar vueltas en su cama. No había manera que pudiera dormir con el torbellino de pensamientos que le agobiaban. No le llegaba una sola idea buena, solo imágenes terribles de eventos catastróficos. Cuando por fin logró conciliar el sueño fue de manera muy breve, ya que poco tiempo después abrió los ojos violentamente; no quería pensar en nada ni en nadie, se esforzaba por poner su mente en blanco. Lo intentó muchas veces, hasta que finalmente el cansancio la venció y durmió.

Despertó de madrugada, después de haber dormido profundamente. La sensación era de un cansancio total. Aparentemente el tiempo de sueño no había servido de nada, porque seguía angustiada y cansada. Era demasiado grande lo que la abrumaba. Después de un tiempo, notó que brotaban lágrimas sin que las pudiera controlar. Victoria había llorado contadas veces en su vida, y ninguna como ésta. Lágrimas de desesperación, de impotencia, de coraje y odio. Si algo la desquiciaba era no tener el control de una situación. En este caso, absolutamente nada estaba bajo su dominio. Le ardía el pecho, le punzaba la cabeza y el coraje atorado en la garganta se pulverizaba y expulsaba como lágrimas imparables.

Sintió ganas de matar a su padre, de huir y dejarlo todo atrás. Se veía a sí misma incendiando los campos, los sembradíos, la finca y, al final, inmolándose junto al nogal. Se puso a escribir como loca. La mano ya no le respondía de la presión que ejercía sobre la pluma y el papel. Le temblaba de cansancio y no podía parar.

Logró conciliar más el sueño y, amaneciendo, despertó con un mucho mejor estado de ánimo y una idea en su mente.

Invadida de felicidad porque vendría Elena a pasar mucho tiempo con ella, empezó a gritar más fuerte que de costumbre. La gorda estaba amenazada, la comida tendría que estar deliciosa.

Hacía muchos años que Victoria disponía la comida y no Lula, a quien al principio le molestó mucho que la relegara de las pocas decisiones que podía tomar, pero después pensó que era mejor no pelear y evitar conflictos. A su vez, Victoria le había delegado a la gorda la selección de la comida de diario; solo en ocasiones especiales como ese día, era ella la que decidía el menú, la comida, la bebida y los adornos de la mesa.

La contabilidad de los insumos estaba asignada a la mamá de los Chinitos. Ella y sus hijos eran los responsables de recibir, contar y almacenar todo lo que llegaba. Eran las únicas personas de su confianza. Y por supuesto, la única persona de sus quereres en la finca era La Cachetes. De vez en cuando y por sorpresa, Victoria auditaba las cuentas y revisaba las alacenas para estar al pendiente. Mantenía a raya a todos los inútiles, no había forma de que se sintieran libres; siempre era importante una dosis de miedo e inseguridad.

Don Luis como todos los días que dormía ahí, dejó la finca muy temprano, pero Lula parecía que no tenía intenciones de salir; probablemente Victoria y Elena tendrían que comer con ella. ¡Vaya sorpresa que se llevaría con la visita inesperada!

El plan era que cuando llegara Elena, platicarían un rato caminando hacia el nogal; le enseñaría el nuevo invernadero, comerían y pasarían toda la tarde en su cuarto. Le causaba una enorme ilusión que El Ángel, pudiera ver todos los libros que tenía en su cuarto biblioteca. Mantenía un

orden obsesivo por tema, y estos a su vez, por autor. Sabía perfectamente dónde estaba cada uno de sus títulos. Y guardaba en un lugar secreto todas las revistas de su gusto culposo. Seguía pensando que ese secreto era solo suyo, no lo compartiría con nadie. Esa lectura era la que la hacía sentirse dueña de sí misma. Las usaba para fantasear, para sentirse omnipotente, para tener los más deliciosos momentos en explosión de segundos. Anhelaba que las fantasías se volvieran realidad, pero hasta ahora no había encontrado un ser humano al que quisiera oler más que al color sepia.

Muy puntual llegó Elena, lo cual agradeció Vidita, porque no le dio tiempo de ponerse demasiado nerviosa.

La fue a recibir hasta el portón para que caminaran juntas por el jardín hasta llegar al Nogal.

Le contó la historia del día que recibió sus libretas de piel y terminó escribiendo sobre la primera, ahí mismo, al pie de su árbol preferido. Habló de muchas otras ocasiones en que pasó eternidades ahí, sin que nadie lo supiera y sin que a nadie le importara. Hubo algo que detonó que Vidita abriera esa dolorosa parte de su existencia, seguramente nunca se había sentido realmente escuchada, no era muy importante para nadie.

Lo esclavos le tenían terror, poco respeto y cero cariño; su madre tal vez cariño selectivo, pero amor, por supuesto que no. Su padre seguramente la amó mucho, pero el tiempo había aplicado sobre él el hechizo de la desilusión y un efecto de borrador sobre su presencia. El resto del mundo francamente la detestaba o les era inclusive. Tal vez la familia de los Chinitos la quisiera un poco: Olivia, su ahijada que aún era muy pequeña, la quería porque todavía no la conocía.

Necesitaba saber hasta dónde llegaría el cariño que hoy sentía por el Ángel y viceversa; qué tan fuerte e importante se tornaría la relación con el Alfil.

Vidita le contó que desde niña sentía que su personalidad la había heredado de su padre. Pero de adulta tuvo la oportunidad de medir su carácter y sus alcances y se dio cuenta que no.

Estaba segura que de su madre no había heredado nada. Seguramente de algún antepasado, a lo que Elena la contradujo rotundamente. En su opinión, aunque ni Vidita ni el mundo se hubiera dado cuenta, para ella era evidente. Vidita era muy parecida a su madre, tal vez poco en el físico; pero su forma de hablar, sus gestos, la mirada inteligente, los movimientos suspicaces; su entender de las circunstancias, su poder de observación y una ambición que se transparentaba en la intensidad de sus miradas hacia las personas, hacia las cosas. Lula no era tonta y abnegada; era como un jaguar acechando, esperando el momento adecuado para dar el salto.

Vidita se quedó pasmada; si esto lo hubiera escuchado de alguien más pensaría que era una estupidez, pero, viniendo de Elena, le daba un gran valor y le inundaba una terrible preocupación y un coraje asfixiante. ¿Cómo es que ella no se había dado cuenta?

Si eso era cierto, su madre debía tener una doble vida. No podía ser que se conformara con la que aparentemente llevaba. Lula mentía y guardaba secretos, y Vidita no tenía idea de ninguno.

Por primera vez en su vida sintió algo de respeto por su madre, recordó la pluma en su cumpleaños y ató otros cuantos cabos. Reflexionó y sonrió. La relación podría volverse interesante.

Seguían sincerándose y Vidita no podía quitarse de la mente lo que había platicado la noche anterior con el Alfil. Estuvo a punto de confesarle todo a Elena, pero dudaba mucho porque no sabía cómo iba a reaccionar. Finalmente, su madre también había sido dueña de las tierras que alguna vez fueron del abuelo y qué tal si Elena lo platicaba y Singracia lo escuchaba y se atrevía a delatar a su padre. Se sintió terriblemente sola. Ahora que había encontrado una verdadera escucha, no podía decirle todo por miedo, por precaución y para protegerla. El dueño de la información corre gran peligro. Le parecía una verdadera traición contarle algo, que después le

iba a hacer jurar que no lo diría nunca a nadie. Y por supuesto que eso haría que en la vida volviera a ver a su padre con los ojos de bondad que siempre lo veía.

Por lo pronto, no lo haría, seguiría con el plan que se le había ocurrido en la mañana.

Elena le contó lo que era su vida como madre. Cuando nació Perfecto se había sentido totalmente fracasada como persona y como mujer. Sentía que su vida, a partir de ese momento se iba a reducir a amamantar, cambiar pañales y cuidarlo para siempre. Estaba atada y jamás podría recuperar su libertad y sus sueños. Sin embargo, algo muy extraño le fue sucediendo conforme pasaban los días; esa sensación de coraje con ella misma, y hasta de odio contra el bebé, se fue transformado en un amor indescriptible. Empezó a encontrarle sentido a su vida a través de lo que lograba enseñarle a su hijo. De cada avance, de cada logro que él obtenía, y que ella sentía como propio.

Pasaba horas y horas solo mirándolo. Dormía junto a él escuchando su respiración. Y muy pronto entendió que estaba condenada de por vida a este amor único y absoluto, a esta necesidad de proteger, de cuidar. Nunca podría separarse de Perfecto. Y cuando nació Perfectito se multiplicó la sensación. Sus dos hijos eran, sin duda, lo más importante en el mundo para ella. Ahora, ya ambos unos niños a punto de ser adolescentes, la agotaban terriblemente, y había días en que realmente no quería ni hablar con ellos de lo mal que se portaban. Aunque la mayoría del tiempo, era unos niños geniales.

Sin embargo, todo el amor y la recompensa que le brindaba el ser madre no había logrado borrar en ella el deseo de ser más; de aprender, de lograr, de conocer el mundo. Sus ímpetus y sus ansias no se habían muerto, solo estaban adormilados, sometidos por la rutina.

Elena confesó a Vidita algo que la sorprendió mucho, le reveló su frustración más grande. Le platicó hasta el más íntimo detalle de lo que ella esperaba de la vida de casada, así como la realidad que había vivido desde el principio y durante todos los años que llevaba casada.

Se desahogó con tanta fuerza que Vidita se unió a su coraje, a su tristeza, a su desilusión.

Ambas mujeres parecían un solo llanto, una frustración compartida. Vidita se enfrentaba a lo que pensaba era una muy mala fortuna de ambas. No poder expresar su pasión y sus deseos con los alcances de una imaginación contenida y oprimida.

Las dos anhelaban expresarse con todos los matices que su alma y su cuerpo pudieran proyectar. Concretar momentos imaginados desde siempre, repetidos una y otra vez. Tantos, que a veces se confundían con la realidad. Los sueños con los que temblaban y las pasiones que añoraban.

Vidita se vació por completo de todo lo suyo para volverse solo Elena y vivir su realidad en carne propia. Elena, al vaciarse, se fundió con el alma de Vidita y lloró por la vida de soledad por la que había transitado esta mujer que hoy era la más importante en su vida.

Las dos sentadas al pie del nogal, cobijadas por la creación, curaban sus heridas en esta revolución de sentimientos y sensaciones. Se abrazaron y se confortaron con la cercanía de dos cuerpos rescatados de la miseria del amor y del contacto humano.

Se acariciaban el pelo, la cara, se besaban las manos. Limpiaban sus lágrimas con besos sabor a sal, pero también a paz. Se pusieron de pie y tomadas de la mano caminaron en silencio. Era claro que irían transitando unidas.

Vidita pensó en lo irónico de la situación. Elena había sido querida, escuchada y apoyada de niña y cuando pensó que había encontrado al compañero de su vida, se condenó por voluntad propia a una relación mediocre y aburrida. Y ella, que había sido ignorada desde niña, y que a su edad nunca había tenido una relación real con un ser humano de carne y hueso, había vivido a través de sus revistas y sus libros todo tipo de experiencias y pasiones. Elena tenía el amor de sus

hijos, vivía por ellos y para ellos, pero vivía incompleta y conforme pasaba el tiempo resentía que su juventud se le iba y con ella la oportunidad de sentir. En realidad Vidita había vivido hasta ahora ampliando, en la medida que podía, el pequeño mundo en el que estaba inmersa y que se reducía a la finca y al pueblo. Pero la magia de la imaginación a través de la lectura le había recompensado ante la imposibilidad de sentir.

Entraron a la casa y se encontraron con Lula. Elena la saludó muy cariñosa y Lula le respondió por demás sorprendida de verla ahí. Era la primera vez que alguien visitaba a su hija y realmente le dio mucho gusto que así fuera. Intercambiaron los comentarios de cortesía, acordaron comer en el comedor más tarde y de inmediato Vidita la condujo a su habitación.

El espacio se había convertido en un lugar mágico. La remodelación que había hecho después que su padre le autorizó a comprar los libros que quisiera, era increíble. Había librerías enormes de ancho y de piso a techo, altísimos. Tenían instalada una escalera con un mecanismo que hacía que se moviera a los lados para poder alcanzar cualquier libro a cualquier altura.

Junto a los librerías, un espacio hermoso con un sillón de plazas y otro reclinable. En el centro, una mesa hexagonal de madera tallada simulando un brasero con sus abatidores de adorno. Varios cojines sobre los sillones adornando, haciéndolo más acogedor aún.

El escritorio estilo muy clásico, con una silla que se veía por demás cómoda para escribir sin prisa y pegada a la pared; unos entrepaños donde destacaban las libretas, regalo del Ángel.

La cama y el armario ocupaban el espacio más insignificante en el fondo. Una muy discreta decoración: solo un perchero, dos plantas y una lámpara. No había un solo cuadro, lo cual Elena planeó remediar muy pronto.

Estaban tan sensibles por el momento que habían compartido en el nogal, que decidieron sentarse en el sillón y tomar un libro de una de las autoras favoritas de Vidita. Era una novela donde la protagonista vivía la tortura de estar enamorada de dos hombres al mismo tiempo.

Leyeron un pasaje donde casi la atrapaban en el engaño y lograba escapar utilizando muchos trucos y a varios cómplices. Se rieron mucho recordando como Vidita había logrado salir de todos sus líos pedaleando a toda velocidad.

Vidita se abrazó a Elena con la fuerza de la diversión que estaban compartiendo. La tomó por la espalda y la recostó en sus piernas para seguir platicando mientras le acariciaba la cara, le daba masaje en el cuello y pasaba sus dedos por el hermoso cabello. No dejaba de impresionarle lo hermoso que era, y la habilidad que tenía para peinarse de diferentes maneras.

Elena se dejaba consentir y reía con las cosquillas que le causaba cuando le tocaba la parte de atrás del cuello. Algo mágico estaba sucediendo en las caricias que se profesaban. Las dos se dejaban llevar por la agradable sensación de las manos suaves procurando caricias firmes. Para ambas era una sensación nunca antes experimentada. Por momentos, se volvía totalmente erótico y les costaba un poco respirar pausadamente. Lo atribuían a la risa, a la emoción, pero ninguna de las dos se daba cuenta que esa sensación que estaban experimentando era el placer de sentir otra piel.

No una piel conocida, fraternal. Esto era diferente, era sentir a otro ser humano con quien el espíritu fue tan lejos que traspasó los límites y buscó la sensación, el olor, el sabor. Surge de quien menos se espera, con quien nunca se imaginó que esto podría pasar. Se da natural e instintivamente.

No dejaban de conversar y no dejaban de tocarse; Elena se incorporó, le tomó la cara y le dijo mirándola fijamente a los ojos: “Debes saber que estaré contigo para enfrentarnos a lo que te atormenta, y algún día sabremos si vivir por lo que tanto anhelamos, valió la pena.”

Vidita sentía el olor de sus palabras que por primera vez, fue más embriagador que el olor del

color sepia. Sin pensarlo, se acercó y le rozó los labios con los suyos. Surgieron besos pequeños y lentos. Se tocaban con la lengua, poco a poco, complicando la respiración cada vez más, hasta que el beso se hizo muy profundo. Tenía que probar el sabor de ese olor que la estaba mareando. Elena recibió justo lo que más deseaba en ese momento, la confirmación de lo imaginado hecho realidad.

Fue un beso entrañable, de sabores, de olores, de texturas. Cuanto más duraba, más ardían sus entrañas. No había género, no había parentesco: solo dos protagonistas de una revista descolorida. Se besaban, se acariciaban, descubrían su piel para reconocerse y se maravillaban de la sensación que de cada parte del cuerpo se generaba. Cada rincón tenía un sabor, un olor y un temblor diferente.

No había nadie poniendo límites, tapando bocas, bajando el ritmo a la intensidad de los movimientos. Los sonidos del placer retumbaban en sus mentes haciendo que se dejaran ir aún más, para recorrerse de todas las formas y con todos los sentidos.

Elena cumplió su sueño de vivir la experiencia de sentir su cuerpo desnudo impregnado en el de alguien. Era más de lo que había imaginado. Era inigualable.

Vidita era Julián y era Rosita; estaba escribiendo su propia historia y era más erótica, atrevida y sensual que cualquiera que hubiera leído.

Egoístas, no paraban de desear; les surgía lo que nadie les había enseñado pero que el instinto les guiaba para conquistar.

Pasó mucho tiempo, del cual no tuvieron conciencia, porque perdida estaba la razón ante la inconsciencia de los movimientos.

Y así la calma volvió poco a poco a sus cuerpos.

La fusión se fue relajando hasta que la sonrisa se pintó en unos hermosos labios inyectados. Adoloridos, pero felices.

Siguieron abrazadas, oliéndose, apretándose.

No habían pronunciado palabra hasta que Elena lo dijo con un fuerte tono de voz: “Tengo hambre”. Las dos dejaron escapar una sonora carcajada que llenó el espacio que ahora era aún más mágico, porque era el testigo.

Riendo como niñas, dos seres que habían alcanzado lo que muy pocos en el mundo: vivir un momento de total entrega con la persona deseada, siendo igualmente deseada.

Ya vestidas, Elena se arreglaba el peinado mientras Vidita la observaba extasiada. Pensaba que ahora entendía la razón por la que el mundo se movía. Era por lo que se siente con alguien y por alguien. Por el amor y el odio, por todos los sentimientos que arrebatan a las personas.

Ya entendía por qué había tantos puteros. El ser humano necesitaba pasión, sexo, real, pagado, leído o imaginado. Aunque entre un orgasmo plástico y uno real la diferencia era infinita, aunque fuera comprado.

Las dos mujeres que entraron a esa habitación no existían más. Salieron dos viajeras de ese espacio mágico, estaban dispuestas a todo, amalgamadas sin saber claramente qué era lo que había surgido, qué iba a pasar. Eso lo pensarían después de comer.

En ese instante, por lo único que suplicaban era por la crema de calabaza con desmoronado blanco, la deliciosa ave al horno con vegetales, ensalada de arúgula con frutos de la vid y duraznos en dulce. Todo listo desde temprano, cocinado por la Gorda.

Caminaron por los pasillos como flotando, se miraban y se sonreían. Descubrieron su primer momento de complicidad después de la intimidad al verse a los ojos de la manera más profunda y sincera. No había que hablar cuando las miradas lo expresaban todo.

Ya estaban por sentarse en el comedor cuando Victoria observó a lo lejos a su madre caminado

por el jardín. Le ordenó a Cuca, la asistente de cocinera, que corriera a decirle que la estaban esperando.

Victoria estaba en las nubes, así que se sentía benévola para poder compartir con Lula una comida, como hacía mucho no sucedía.

La comida transcurrió en plática de relleno y demasiados espacios incómodos. Sin embargo, las viajeras disfrutaban cada bocado y por debajo de la mesa tomaban sus manos, apretándolas firmemente en señal de no querer dejarse nunca. Todo hubiera terminado en esa calma si no hubiera sido porque Elena decidió poner sobre la mesa algo que ella pensaba que haría a Vidita sentir mejor acerca de su origen. Quería demostrarle qué tanto se parecía a su madre. Lo que no sabía es lo que estaba a punto de destapar.

“Tía Lula” -empezó Elena-, “me da la impresión que usted no sabía que Victoria y yo nos hemos hecho muy buenas amigas. Se lo digo porque creo que le causó sorpresa mi llegada, y le agradezco mucho su hospitalidad. Yo valoro mucho la amistad de Victoria porque me parece una mujer muy inteligente e interesante, creo que tenemos mucho en común. A las dos nos encantan diferentes artes. Nos fascina leer y escribir. Mantenemos pláticas muy cercanas acerca de los alcances del mundo. Las maravillas de otros horizontes y la vida en general. Y hace un momento nos preguntábamos a quién nos parecíamos más, si a nuestra madre o a nuestro padre. Yo le he dicho a Victoria que estaba segura que con quien más parecido guarda es con usted, no con el tío Luis.

Y afirmo esto porque creo que debajo de la imagen tan tranquila que usted mantiene, hay una mujer con una gran personalidad, inteligencia y sentido. Observadora, atenta y creativa, viviendo en un mundo pequeño pero con sueños grandes. Perdóneme el atrevimiento, pero ¿usted qué opina?”

Vidita permanecía en silencio expectante. Elena se mantuvo impávida esperando una respuesta inteligente; sabía que de la calidad de respuesta que obtuviera, sería la cantidad de razón que tenía.

Lula dejó a un lado su servilleta y contestó. “Estoy segura que mi hija negó rotundamente parecerse a mí. Estoy segura que cree parecerse a su padre. Pero quiero pensar que siendo la persona que es, ya se habrá dado cuenta de la forma de ser, de pensar y de actuar de su padre. De su falta de respeto por las instituciones, como el matrimonio y la justicia. De la poca calidad humana que muestra al promover descaradamente, por beneficio económico, uno de los peores crímenes contra la vida.

No, mi hija no se parece a su padre, y afortunadamente a mí tampoco; porque yo no tuve el valor para rehusar a casarme con un hombre que no amaba, actué por presión de mis padres y por conveniencia y no por convicción.

Permití que mi propia hija se alejara de mí por complacer a su padre y me hice cómplice al dejar que la hiciera compinche en sus infidelidades y bajezas. No me involucré en su educación y no le puse límites, porque era más fácil y menos complicado que hacerlo. Me he pasado la vida pensando en qué va a ser de mí, cuando mi esposo muera, porque le tengo miedo a mi hija; no la conozco realmente y es porque la deje sola desde niña.

Sí, soy una persona muy observadora, y supe desde siempre de las incursiones de mi hija al pueblo. Sabía todo lo que hacía y por qué lo hacía, y fui capaz de repartir dinero para que todos callaran. Para tapar sus faltas y hacerles creer a todos que eran inocentes bromas que no tenían mayor importancia. Actuar como una verdadera madre hubiera sido parar de inmediato esa situación y con unas bofetadas haberla puesto en su lugar.”

La cara de Victoria se iba transformando, su mundo se derrumba, su reputación que creía

intachable era una mierda.

“Sin embargo, por no enfrentarla dejé crecer dentro de ella a un ser egoísta, ególatra y altanero. Y yo he vivido en la sombra, relegada y rechazada. En un lugar donde ni la comida puedo ordenar, mucho menos invitar a mis padres cuando yo quiera. Nadie me respeta y solo yo tengo la culpa, porque me acomodé en el papel de víctima y no hago nada para salir de él”.

Si, tienes razón, vivo en un mundo pequeño, pero en lo que estás equivocada es en pensar que tengo grandes sueños. No los tengo, nadie me educó para ello, nunca pensé que tenía derecho a tenerlos. Solo tengo miedo. Así vivo. Mi mayor miedo es regresar a las casitas del jardín, a la pobreza y sobre todo a volverme mi madre.

Victoria, te amo profundamente, nunca te lo había dicho y nunca te lo he demostrado, pero así es. Me siento muy orgullosa de que no seas nada como tu padre ni como yo. Que seas un ser con voluntad, decisión e inteligencia. Que te hayas atrevido a hacer todo lo que has hecho. Que tengas tan claro lo que te gusta y cómo te gusta y que no te intimides ante nadie. Nunca te he visto disminuirte y sé que esa fuerza interior es lo que te determinará siempre.

Y Elena, no tengo que darte la bienvenida, porque como ves, no tengo la autoridad para ello. Lo que sí te digo es que me hace muy feliz que Victoria y tú se tengan, y he pensado siempre que eres una gran persona”.

Sin duda, Lula sintió una mezcla de dolor y placer al haber revelado este gran secreto. Odiaba haber herido a Victoria, pero también creía que le había dado un poco su merecido. Guardó silencio y esperó las reacciones.

Elena estaba muda y asustada por las revelaciones que se habían destapado y Victoria no sabía si odiarla o aborrecerla. ¿Su madre era la razón por la cual nunca la habían atrapado? Durante años había pensado que sus planes eran infalibles. No podía creer que era la burla de todo el maldito pueblo. Ella se creía la terrorista y no era más que una psicópata. Todos lo sabían; seguro se reían en su cara. No entendía cuál había sido la intención de su madre al hacerlo. No le hacía sentido que su razón fuera no querer confrontarla y no pararía hasta averiguarlo. Solo sinsentidos en la perorata de su madre. Ya para qué; ese momento de revelación lo único que logró fue separarlas aún más. Elena lo sabía y se sentía terriblemente culpable. Lo había hecho con la mejor intención, pero el resultado fue desastroso.

Victoria le gritó a su madre que no le perdonaba lo que le había hecho, que hubiera preferido mil veces que la evidenciara entonces y no saber ahora que lo que ella atesoraba como sus mejores fechorías, no eran más que experiencias compradas, donde todos jugaron un papel para que ella no se enterara. Le dijo en todos los tonos el gusto que le daba saber que, en efecto, no se parecía a ninguno de los dos malditos mentirosos que la habían procreado.

Salió de la casa y caminó rápidamente al jardín, seguida por Elena, quien no podía creer lo que había provocado, le suplicó perdón mil veces.

Cuando Victoria finalmente se tranquilizó, recapituló todo lo que había escuchado y empezado a procesar, de esto tendría que salir algo bueno. Una verdad se había revelado y Vidita podría usar ahora a la persona que se había descubierto ante ella. Tenía que ir al fondo de lo que en realidad era su madre y utilizarla.

Elena se marchó con el corazón destruido, a pesar de que Vidita le aseguró que era lo mejor que podía haber pasado.

Todavía no oscurecía y oficialmente era para Victoria, el espacio de tiempo más memorable y revelador de su existencia. Hasta ese momento.

Su primer evento mágico... ¡y vaya que lo había sido! Tierno, apasionado, irreverente,

inesperado. Elena era un ser maravilloso, belleza, piel, olor, sabor; tenía impregnado todo. Su voz hablándole al oído, sus manos recorriendo apasionadamente todo su cuerpo. Se le cortaba la respiración solo de recordarlo. Y después, la bomba que había soltado su madre. No quería pensar en ello, pero ya estaba impreso en su memoria.

Victoria quería dormir muchas horas, le urgía un verdadero descanso. Faltaban pocos días para la fiesta de la nueva vuelta al Sol y este año habría una gran celebración en la explanada junto al patio de la Catedral. Se esperaba que fuera todo el pueblo; Don Luis y el Banquero encabezaban la lista que había sido preparada por el Edil.

La fiesta le importaba un carajo, lo interesante era que casi todo el pueblo iba a estar ahí, incluyendo a los inútiles. Era el momento de poder buscar libremente en su casa las escrituras de los terrenos, de la finca y si existía, también el testamento de su padre. Necesitaba saber en qué condiciones estaban las propiedades y si su padre tenía una última voluntad por escrito.

Tenía que hablar con el Alfil de su plan.

No había quedado en nada con Elena y la pobre se había ido sintiéndose culpable. La vida se complicaba: un poco para bien, y otro para mal, tal vez. Aunque Victoria sabía que para resolver algo, lo mejor era complicarlo tanto, que no hubiera más remedio que apaciguarlo.

Se encaminó a su habitación y en el camino, pasó justo delante de Lula; no le dirigió ni una mirada, ni palabra alguna. Ya llegaría el momento de tratar asuntos con ella.

Faltaban varios días para el evento en la explanada y necesitaba ver al Alfil antes de ese día.

16.

Por la mañana se dirigió al pueblo. En realidad, pueblo ya no era: ahora era una verdadera ciudad, con todas las complejidades que conlleva el crecimiento, pero Victoria, toda la vida seguiría refiriéndose al lugar de esa manera. Necesitaba ver a Elena y hacer que descansara su alma, porque estaba segura que no había podido dormir ni un minuto con la culpa que la aquejaba.

Pasó por el dispensario, entró a la iglesia, caminó cerca de La Fábula y se asomó pensando que tal vez podría estar por ahí, pero no la encontró por ningún lado. Seguramente había decidido pasar tiempo con sus hijos y por supuesto que no la iría a buscar a su casa. Sintió un dolor en el pecho y por primera vez en su vida, una mezcla de celos, miedo y desolación.

Lo que Victoria no sabía es que Elena, desde su regreso a casa, no había parado de pintar. No podía detenerse porque tenía que terminar el cuadro que ocuparía un espacio en el cuarto de Vidita. Estaba expresando todas las emociones que había experimentado y las estaba plasmando de manera magistral en el lienzo.

Victoria pensó entonces en buscar al Alfil para hablar de la idea que tenía. Y ordenó a sus rémoras llevarla a la casa de ajedrez.

No acababa de tocar la puerta de la mansión cuando ya se estaba arrepintiendo; seguramente no iba a estar en casa o tal vez estaba ocupado. Mientras los pensamientos iban y venían, se abrió la puerta. Era una de las empleadas y justo tras ella, la Margarita deshojada. En cuanto vio a Victoria, le dirigió una magna sonrisa y la invitó a pasar. A Victoria no le quedó más remedio que aceptar con mueca y ceremonia.

De inmediato le preguntó por Ernesto. Le contestó que seguramente no tardaría en regresar (ese día iban a traer un cuadro de una colección muy importante y tenía que estar ahí para recibirlo).

Así que podía aguardar. Margarita la acompañaría mientras esperaba su regreso.

Ahora que la escuchaba hablar, resultaba que no tenía feo tono de voz; al contrario, la Puta Margarita tenía una hermosa voz. Una entonación tan cálida, un ritmo tan pausado y aparentaba ser una mujer educada por el vocabulario que utilizaba.

A Victoria no le quedó más remedio que aceptar sentarse a platicar con la mujer mientras llegaba el Alfil; no quería irse sin hablar con él.

Margarita no era joven, pero sí era de esas mujeres que maduran de una manera hermosa y la adornaba esa sonrisa verdaderamente franca y honesta que posaba permanentemente en su cara.

Llegó al putero siendo muy joven, casi una niña. Su madre había muerto y el infeliz del padre la explotó desde esa edad para poder pasar la vida bebiendo. Esperó lo necesario para calmar su conciencia, la metió al putero a trabajar y siguió con su vida de desafano. Margarita no era nada tonta, así que en el momento en que cumplió su mayoría de edad se rebeló contra su padre y se vendió con condiciones y por gusto propio a Chichihuevo. Cualquier cosa era preferible que seguir manteniendo al infeliz borracho de su padre.

Chichihuevo, la dueña, era una mujer con un pasado de abusos y golpes durante su infancia y juventud. Su historia era diferente a la de muchas mujeres. La mayoría, como en el caso de Margarita, habían vivido violencia y desamparo por parte de varones; ella, en cambio, había

vivido rodeada de mujeres de la peor calaña. Su madre, una bruja; y su abuela, un demonio; unas mujeres resentidas con la vida y con la suerte que el destino les había señalado, se habían propuesto no volver a depender de un hombre y no soportar jamás que nadie las mangoneara o pisoteara. Habían decidido reclutar mujeres para abrir el mejor putero de la región y, no solo eso, parte de su reclutamiento era ponerse a procrear y tener hijas para formar parte de su ejército. Nadie supo cómo lo logró, pero la Bruja tuvo muchas mujeres. No falló, nunca varones. Aunque decían que sí habían nacido varones pero desaparecían misteriosamente. Y eso sí, todas de diferente padre. Los escogía dentro de los clientes más atractivos que se presentaban y les ofrecía el servicio especial sin costo y ahí se dejaba embarazar. Quería asegurarse que las futuras empleadas que iba a cosechar fueran hermosas.

Para su infortunio, Chichihuevo nació la más hermosa, y su virginidad fue rematada por la Bruja a un precio altísimo. Era casi una niña cuando la vendieron y siguió siéndolo durante mucho tiempo; combinaba su trabajo de Puta con sus juegos de muñecas y los libros que de alguna manera encontraba o se robaba para satisfacer su amor por la lectura.

Cuando pasó el tiempo y el Demonio murió, la Bruja se deprimió tanto que se dejó morir también. Chichihuevo sufría por el maltrato de su madre. Solo le admiraba una cosa: el amor y el respeto que siempre le había profesado al Demonio. ¡Cómo hubiera querido que así como había amado a su madre, hubiera amado a sus hijas! Le dolía el alma.

Ella, como la mayor, había recibido la encomienda de seguir la tradición familiar. Claro que pudo haber vendido y huido pero a diferencia de sus hermanas, que todas se largaron inmediatamente, ella no tenía mayor ambición que quedarse a hacer lo mismo que siempre había hecho. Lo que cambiaría por completo era el trato a las empleadas, a los clientes y el ambiente que se respiraba.

De inmediato decoró con colores más alegres y habló con todas las chicas para hacerles saber las nuevas reglas. Sí, perdió algunos clientes, pero ganó muchos más. La limpieza, discreción y confiabilidad estaban garantizadas a cambio de buen dinero y buenos tratos.

Cuando llegó Margarita con su padre, de inmediato supo que tenía que admitirla, entrenarla y ayudarla para que se deshiciera de ese parásito en su vida. Estaba segura que Margarita con su belleza y cabellera vikinga sería un gran atractivo para su negocio.

Ninguna sería una esclava; estarían ahí por gusto o por necesidad, pero sin ser obligadas por nadie y sobre todo, si algún hombre lastimaba a sus niñas le costaría muy caro compensarla a ella y a la casa.

No maltrataba y jamás cometía indiscreciones con un cliente. Gracias a ello, a pesar del aumento de puteros y hoteluchos en el pueblo, el suyo seguía siendo el más visitado. La mercancía era buena, el precio correcto y la discreción asegurada. Margarita era de las consentidas; escogía a sus clientes y decidía el tipo de servicio que les brindaba. Nadie la obligaría a nada ni la maltrataba, porque salía volando vetado de inmediato. Su mayor atractivo era, además de su cabellera vikinga, una hermosa piel con pecas y a pesar de su delgadez extrema, unos senos enormes, que con orgullo lucía siempre vistiendo apretada y destapada.

Realmente no era necesario esforzarse tanto por lucir hermosa; al contrario, se veía muy vulgar con tanto maquillaje y su elegancia exagerada estaba fuera de lugar.

Había conocido al banquero mucho tiempo atrás y el pobre hombre sucumbió a sus encantos desde el primer momento. Empezó por pedirle exclusividad, cosa que Margarita no aceptó al principio y lo volvía loco pensar que su hermosa Vikinga estuviera en brazos de otro. Así que regresó a la negociación con una suma absurda de dinero que ninguna prostituta en su sano juicio podía rechazar. Así que durante años Margarita se dedicó a ganar dinero y a atender al

Banquero. El hombre, después de haber perdido a su esposa, juró que nunca se volvería a enamorar y por eso solo frecuentaba el putero. Resultó que se perdió de amor por la pecosa. Y Margarita, que nunca se había permitido sentir nada por nadie, bajó la guardia y comenzó a ceder ante la ternura y la calidez que él le procuraba.

Un buen día cuando Margarita lo consentía con un masaje, el hombre no pudo más y le suplicó que dejara para siempre ese lugar y que se fuera para ser la reina de su vida. Le daría el lugar que se merecía y no le importaba la opinión de nadie. Y desde entonces esta mujer tenía los privilegios que siempre debió tener, si no hubiera sido víctima de las infamias de su padre.

Esa era la razón por la cual había decidido hacer la gran fiesta. Una gran presentación en sociedad, la manera de hacerle saber a toda la sociedad que la puta Margarita emergía a la posición de señora. Tal vez hasta se atrevería a casarse con ella algún día.

Al principio el Alfil se había sentido una vez más relegado en el afecto de su padre, pero muy pronto comprendió que si estaba loco por esta mujer y que, si él se aliaba con ella, podría volver esta situación muy provechosa. Pasaron unos meses y le fue dando forma a la idea de comprar arte y de hacer que fuera Margarita la que lo propusiera y lo avalara.

Hasta ahora todo había salido muy bien para el Alfil y la Vikinga, y de alguna manera también Victoria podría salir beneficiada en la alianza que le había propuesto al Alfil.

Margarita le ofreció una bebida que amablemente rechazó. Se sentía un ambiente tenso que Victoria tenía que suavizar de inmediato, porque sabía que esta mujer era parte clave en el plan de escape del Alfil. Empezó por decirle que sabía quién era y que le daba mucho gusto saber que ahora formaba parte de esa familia. Le ofreció su amistad y apoyo para lo que necesitara y la felicitó por su buen gusto al adquirir todas las bellezas que adornaban su casa. Esto relajó de inmediato a Margarita e hizo que aflorara su sonrisa enigmática; era obvio que no podía ocultar su vida pasada y mucho menos a Victoria, que desde pequeña la había visto con su padre muchas veces en el Rincón. Así que agradeció el que fuera honesta al revelarle que sabía quién era y de dónde venía, pero que no le importaba y le ofrecía su amistad.

Victoria había procurado demasiada amabilidad para su poca tolerancia y decidió marcharse, pero justo en ese momento se escuchó la voz del Alfil que venía entrando.

En el momento en que vio a Victoria con Margarita, palideció; seguramente el pobre hombre pensó que Victoria lo había traicionado y le iba a reventar su sueño. Recuperó la calma cuando Victoria de inmediato se acercó a saludarlo. Cariñosamente lo tomó del brazo reclamándole que se le había olvidado la cita que tenían, pero Margarita amablemente la había acompañado mientras regresaba.

Margarita sonrió y se despidió.

Victoria soltó una carcajada burlándose del Alfil y reclamándole la cara de miedo a la traición. Le dijo, por segunda y última vez, que cuando ella se comprometía, lo cumplía y que si ella había hecho un trato, no había forma de que lo fuera a traicionar jamás. Si estaba en su casa, era porque necesitaba hablarle de algo muy importante.

Se encerraron en la biblioteca y Victoria le empezó a detallar la idea. Durante la celebración multitudinaria aprovecharía para revisar toda la finca; su padre tenía que tener por algún lado copias de las escrituras de las propiedades. Necesitaba saber si estaban a su nombre o de alguien más. Le interesaban las de la finca y los terrenos del abuelo. Y si no encontraba nada, necesitaba su ayuda para poder buscar en el banco.

El Alfil no podía creer lo que estaba escuchando; era la segunda vez en su vida que hablaba con esta mujer y la primera le dio la impresión de ser una mujer inteligente y determinada. Esta vez llevaba poco tiempo escuchándola y no podía creer que lo que estaba diciendo fuera real.

“Victoria -la increpó con voz firme-, ¿de qué estás hablando? No quiero seguir escuchando lo que estás diciendo, y peor aún, lo que me imagino que estás por decir.

Creo que no te quedó claro lo que hablamos el otro día. Nuestros padres están dentro, no hay salida, no hay opciones. Y, además. ¿Quién te dice a ti que ellos quieren otra cosa que lo que viven ahora? ¿Quieres ver las escrituras de tu finca y de tus terrenos? ¿No entiendes que esos terrenos ya no son de tu padre ni podrán ser tuyos? Son de los sembradores. Da igual a nombre de quién están o si tu papá tiene un testamento o no. Entiende, Victoria, en lo que debes estar pensando es en un plan de escape. Que te quede claro algo: cualquier cosa que esté en el banco de mi padre es total y absolutamente imposible de acceder. ¡Pero cómo se te ocurre pedirme ayuda para buscar algo en el banco! ¿Acaso eres una idiota que parecía inteligente de noche, o eres solo idiota de día? ¿Qué pensabas que podías lograr?

Vivimos en una extraña calma que no sabemos cuánto tiempo se va a sostener. Puede ser mucho; tal vez no pase nada y nuestros padres sigan siendo intocables, pero también puede suceder que todo se desmorone de un momento a otro.

Entiéndeme, vivimos entre lujos, fiestas y el despilfarro sostenido por la falsedad y la ilegalidad. Pero todo tiene un precio y ahora que vives en consciencia, también vivirás en miedo permanente, como yo. Sigue mi consejo: busca tu salida. No puedes salvar a tu padre, porque él no quiere ser salvado; no te involucres en lo que no entiendes y si lo entiendes, entonces sabes perfectamente lo que no tienes que hacer.

Yo sigo adelante con mi plan y hoy voy a recibir una obra muy especial, así que no tengo mucho tiempo para seguir hablando contigo. No te volveré a perder la confianza, pero no me vuelvas a buscar con planes de rescates absurdos o de rendición de conciencias. ¿Está claro?”

“Ernesto, en tu vida me vuelvas a llamar idiota o te reviento en la cara el tomo más grande que tengas de tus enciclopedias ‘de adorno’. Estás lleno de odio, rencores y miedo. Yo todavía no me resigno a perder lo que fue de mi abuelo y que por derecho debía ser mío. Probablemente tengas razón, ya lo veremos”.

Salió rápidamente, despidiéndose con un ademán.

Regresó a la finca, tenía mucho que pensar y más qué hacer.

Se sentó en su rincón favorito, justo donde había pasado el tiempo más maravilloso con su Ángel. Su vida estaba tomando nuevas dimensiones. Su mundo era vivir en la finca que amaba, pero que nunca tendría la seguridad de que sería suya por siempre.

Observadora del destino que su padre estaba construyendo y que era totalmente incierto, realmente no sabía qué era lo que le llenaba la mente y el alma. Tal vez igual que le pasó al Banquero con la Vikinga, su padre se había enamorado de la Pálida del putero y un buen día la traería a vivir a la finca. O simplemente, no volvería de uno de sus viajes.

Una madre cobarde que la había engañado durante años y que había dicho una sola vez que la amaba y la había abandonado a su suerte desde niña. Tuvo en algún momento cierto afecto por ella, pero nunca evolucionó a nada que se pareciera al amor de hija. No soportaba su debilidad y su pasividad, jamás había tenido un momento de coraje para defenderse a ella misma o a su hija. Al contrario, había aprovechado el primer momento que Elena le regaló para herir aún más a Victoria, revelando lo que tal vez nunca debería haber dicho.

Victoria leyó alguna vez que requería una fortaleza de espíritu enorme guardar un secreto con el poder de cambiarle la vida a otra persona. Un acto de amor y solidaridad para no sucumbir en la tentación de revelar, bajo ninguna circunstancia, lo que se juró callar. Y su madre no lo hizo; seguramente se había jurado a sí misma nunca revelarle a Victoria el secreto y parecía que solo había estado esperando su momento para brillar.

Por otro lado, enamorada de un Ángel que no era suyo -y no porque fuera de alguien más- sino porque los Perfectitos siempre ocuparían el primer lugar en sus amores. O cuando menos mientras dependieran de ella. Quién sabe cuándo fueran más grandes; tal vez Elena tendría el valor de dejar todo lo que ahora la ataba con fuerza. La verdad es que no tenía ni idea de lo que sucedería con Elena, lo único que sabía era lo que su cuerpo y su alma habían sentido y que había quedado impregnado en sus sentidos.

Algo sí se había revelado para Victoria claramente. No tomaría decisiones aceleradas. Confiaba en que había tiempo para poder ver más claramente lo que tenía que emprender y lo que debía dejar pasar.

Estaba de acuerdo con el Alfil. Era momento de empezar a pensar más que en un plan de escape, en hacer realidad el sueño que desde hace años tenía. Era momento de hacerle la competencia a “La Fábula”, pero con el concepto que tenía de lo que un complejo dedicado a las artes debía ser, especialmente a la literatura. Este mugroso pueblo tenía ya demasiado de todo, menos de gente leyendo y ella quería poner remedio a eso.

El sueño del Alfil estaba a muchos kilómetros de distancia, pero el de Victoria estaba atado a Elena, al nogal y a sus perversas y adoradas revistas, que tantos pensamientos pecaminosos le habían acumulado en el cerebro.

Si había algo que quería saber, pasara lo que pasara, era si su padre tenía redactado un testamento y si la había nombrado heredera de la finca. Lo quería saber aunque, en efecto, seguramente, nunca sería suya; pero necesitaba saber si su padre había tenido el acto de amor supremo con ella al nombrarla heredera de todo. Seguiría adelante con el plan de buscar ese documento el día de la celebración cuando no hubiera nadie en la finca. Y si no la encontraba, estaba decidida a preguntarle a su padre: quería la verdad.

17.

Se percibía mucha confusión en el pueblo. Toda la gente parecía como extasiada y nerviosa por la máxima celebración que se iba a llevar a cabo. Gente ridícula y cursi, adornando por todos lados.

Victoria y Elena se veían muy seguido, aunque fuera por unos momentos. Intercambiaban miradas de complicidad y se tomaban de la mano al caminar. A nadie le parecía ni raro ni mal, al contrario, celebraban que las dos fueran tan unidas. No se atrevían a ninguna otra demostración de afecto frente a la gente porque querían mantener la intimidad y privacidad de sus contactos. Habían encontrado un espacio en el dispensario para poder estar a solas; en algunas ocasiones solo podían besarse durante unos minutos, pero en otras se permitían desnudarse por completo y unir sus cuerpos en esa sensación que las hacía alucinar. Sentadas una en la otra, platicaban de todo; en esa relación nada estaba prohibido ni limitado, eran libres de ejercer sus deseos.

Solo un momento habían estado juntas de nuevo en la finca. Elena terminó en un suspiro el cuadro más increíble que Vidita hubiera imaginado. Ahora estaba colgado atrás de su cama y había sido testigo de un apasionado agradecimiento.

Elena le dijo que representaba los colores de su encuentro, las texturas de sus caricias y la profundidad de sus sentimientos. Nunca había pintado algo tan lírico y a la vez tan íntimo de interpretar.

El pueblo relucía de limpio e impresionaba su colorido. A Victoria le parecía ridículo tanto papel desperdiciado para unas cuantas horas. Cada vez le molestaban más los eventos multitudinarios sin sentido. Siempre era lo mismo. La misma gente, las mismas rutinas, las mismas estupideces. Conversaciones sin sentido y la gente idiotizándose con infusiones.

Si algo no entendía eran las famosas tradiciones. ¿Qué sentido tenía conservar algo que no iba evolucionando en pos del desarrollo, la cultura, el engrandecimiento como comunidad y como sociedad? Era absurdo mantener una tradición que estaba estancada y solo se repetía por respetar lo que llevaba existiendo por siempre. Esencialmente, porque no había quien se atreviera a destruir ese legado sin valor. Se necesitaba un valiente para decirle a la gente que dejara de seguir como borrego lo que los seguía acercando más a animal y menos a persona. No toleraba a las mujeres en su papel tan servil al eternizarse en la cocina para agasajar a los hombres. Criaban alfas desde cachorros para después llorar en el olvido por los rincones, con escobas y cucharas en mano. Era un hecho que la opinión que tenía de las servidoras del Rincón había cambiado mucho. Ellas sí que estaban en control, no eran usadas y manipuladas como alguna vez creyó. Se vendían, sí, pero con quien ellas elegían y al precio que decidían. Y lo más importante, a sus clientes jamás les lavaban un calzón; ese no era su trabajo, era de otras.

Los hombres iban a llegar al festejo a sentarse, a comer y a beber. Y las idiotas mujeres llevaban días comprando, cocinando, adornando, poniendo mesas, sacando vajillas. El día del festejo serían las últimas en comer, las primeras en terminar, las únicas en recoger, lavar, arreglar, limpiar y como siempre, ni las gracias recibir. Mientras más pobres, más chingadas; pero hasta las ricas se llevaban sus buenos regaños si no salía todo perfecto. Ella siempre había sido de las que jodía a las esclavas, y no tenía ninguna intención de cambiar de posición.

En su panorama no existía la posibilidad de someterse ante nadie, ni por amor ni por dinero y mucho menos por necesidad.

Volvió su antigua pesadilla donde los inútiles se rebelaban y la hundían en la pobreza total. No lo permitiría jamás.

El último día de la vuelta al Sol siempre había sido promotor de depresión para Victoria; representaba el fin de un periodo más, en el que su vida no había tenido sorpresas ni sobresaltos. Sin embargo, éste sí era diferente: se sentía una triunfadora porque aunque todo pintaba para que fuera uno más como los anteriores, tuvo un cierre espectacular. Su vida ahora tenía amor, pasión, incertidumbre, emoción. Vaya que se había llevado sorpresas, increíbles y terribles. Tenía algo que estaba segura, nadie en el maldito pueblo tenía. Una relación apasionada, honesta, sincera, sin convencionalismos, sin prejuicios. Interesante y correspondida. Llevaba muy poco tiempo y parecía una eternidad porque no tenía ya en su memoria un solo momento que no estuviera lleno de Elena. Ahora entendía la novela que alguna vez bautizó de estúpida, donde los protagonistas se enamoraban a primera vista y sin pensarlo dejaban a sus respectivas familias y huían juntos. Siempre lo vio como un absurdo, nadie lo haría. Pero hoy sabía que cualquiera que hubiera sentido por primera vez la verdadera pasión incontrolable y el deseo casi animal por otra persona era capaz de cualquier cosa.

No quería pensar en qué tan legítima era su verdad, porque no soportaba el hecho de que su relación tuviera que ser validada por la familia o la sociedad. Lo que sí era increíble de este pueblo, era cómo todo lo que de alguna manera les convenía o les podía hacer ruido, lo callaban. Había cosas que todos sabían...y todos ocultaban. Años y años de sus prácticas terroristas fueron apaciguados con dinero y discreción. El crecimiento del pueblo financiado por lo que muchos sabían y nunca delatarían. Se preguntaba si cuando se enteraran de su relación con Elena harían lo mismo. ¿Lo callarían por no enfrentarse a Victoria? Le aterraba saber si su gusto por las revistas sepias era ya del conocimiento popular. Si el plan del Alfil estaba bajo sospecha de alguien. Si no estaban siendo siempre observados y manipulados por los jefes de los sembradores.

En este pueblo no había persona que no tuviera un secreto o una desviación de lo “normal” o esperado. Aunque seguramente era un mal general, no solo de sus habitantes, sino de la raza humana. ¿Quién no tiene en la cabeza almacenados extraños constructos, desviaciones, deseos, amores imposibles o secretos y cualquier cantidad de pensamientos desde los más inocentes, hasta los más perversos? ¿Qué tan profundas eran las mentiras?

Victoria había decidido llevar a cabo uno de sus planes secretos y después dirigirse al centro a sucumbir ante los manjares que esa noche sí quería disfrutar. Estos últimos momentos tenían un sabor muy especial, y más porque le daba entrada a una etapa incierta en muchos sentidos.

Finalmente logró quedarse sola en la finca después de casi sacar a empujones a los papás de los Chinitos que no querían irse sin ella. Los únicos que quedaron atrás fueron sus rémoras, que caminaban por el jardín, esperándola.

Pasó un buen tiempo revisando la recámara de sus padres. No le sorprendió ver que su madre tenía muy poca ropa y justo los productos necesarios de higiene y belleza. Mostraba claramente que era una persona que nunca se había sentido dueña de ese espacio. Casi todo estaba tomado por cosas de su padre, que era un comprador compulsivo, especialmente de chaquetas de piel y relojes. Tenía un mueble que era como un pequeño museo con todo tipo de relojes. Revisó detenidamente y no encontró nada. Le llamó la atención una caja que tenía su madre, llena de recetas de cocina, muchas escritas por ella y otras recortadas de revistas y libros. Prácticamente era lo único que sabía de su madre, que le encantaba cocinar y crear nuevos platillos. Y sospechaba que muchas de las delicias que le había atribuido a la Gorda habían sido obra de Lula.

Dejó todo como lo había encontrado y se fue al despacho de su padre. Sabía que los cajones del escritorio estaban cerrados con llave. Muchas veces había jugado desde pequeña en ese escritorio. Había sobornado al cerrajero del pueblo para que la entrenara en cómo poder violar la cerradura y después poder arreglarla para que -cuando la quisiera abrir con su llave-, si se zafaba, pareciera que era por un desperfecto. En todo caso, si su padre no se convencía, habría un gran problema y tendría que culpar a algún inútil por ello.

Victoria pudo tomar nota de las propiedades, todas a nombre de su padre. No había señales de un testamento. Le intrigaba, por qué no había un solo documento de pago de contribuciones, derechos o algo que pareciera medianamente legal... a menos que los documentos existieran y estuvieran en otro lado, lo cual le parecía poco probable. Seguramente Don Luis mantenía de manera fantasmal todas sus propiedades, todas sus empresas y sus inversiones.

No había encontrado nada, pero no se imaginaba qué tan cerca había estado de descubrir una de las cajas mágicas de su padre. Aun así, ahora todo parecía más claro. Victoria solo podía contar consigo misma, tenía que dejar de pensar en que era dueña de la finca y de las tierras de su abuelo. No era dueña de absolutamente nada y tenía que empezar a pensar en su futuro.

Irónicamente ella que había vivido tan segura de su posición, estaba hoy tan frágil como su madre que llevaba viviendo con miedo tantos años. Aunque la gran diferencia entre las dos, que desconocía Victoria, era que Lula tenía una provisión de recursos muy generosa como para poder estar tranquila.

Salió apresurada de la casa gritando con su tono acostumbrado para alistar y poner nerviosos a las rémoras. Llegó al centro del pueblo cuando ya la fiesta estaba muy alegre. Como lo pronosticó, la mayoría de las mujeres corrían de un lado a otro, atendiendo o dando órdenes para que otras atendieran. Los hombres agrupados en pequeños cotos, conviviendo. Su mirada estaba fija; buscaba a Elena y la localizó sentada junto al Frígido, sus hijos, sus suegros y todos los parientes, incluyendo a los malditos mentirosos.

En la mesa de al lado, El Banquero con la Vikinga, el Alfil, el Idiota y un séquito de arrastrados. El Alfil le dirigió una mirada tan cálida, que la hizo sentir de alguna manera protegida. Hizo un ademán para saludar a todos de lejos y solo se acercó a Elena para saludarla dándole un beso en la mejilla. De inmediato el Frígido se paró, le dio un gran abrazo y le cedió el asiento. Justo lo que Victoria esperaba que sucediera, y claramente no por atento, para alejarse y pasar tiempo con alguno de los grupos de machos.

Esa noche Victoria no quería otra cosa que no fuera disfrutar la compañía de Elena, reír con sus ocurrencias y probar toda la comida. Observó al Alfil calcular todos los movimientos de las personas a su alrededor. Se notaba nervioso y Victoria sabía por qué vivía en constante sobresalto. Y solo cambiaba su expresión cuando volteaba a ver a su hermano; lo quería y en el fondo se sentía culpable por su estado de idiotez.

No quería pensar, solo estar y extrañamente, se quedó hasta que terminó la fiesta. Todo por no perderse el pasar tiempo con Elena.

Esa madrugada, ya en su cama, se deleitó leyendo y viendo las últimas revistas que le había entregado Musculoso. Estaba intrigada, quería seguir con la historia de la Abuela. Por momentos se reía de sí misma, reconociendo lo absurdo que era su afán por devorarlas. La diferencia, indudablemente, era que ahora ya había vivido la realidad compartida.

Lo que la intrigaba mucho era que nunca, ni por un segundo, había catalogado a Elena como otra cosa que no fuera un ser divino. Para ella no hacía ninguna diferencia que fuera mujer, que fuera su prima. Hasta ahora lo estaba reflexionando y se sentía tan empoderada, que le importaba un carajo si para los ojos del mundo estaría bien o mal. Seguramente el Frígido quedaría paralizado del

horror. Pero no le preocupaba. Lo que sí le quedaba claro era que no había manera de que su relación se hiciera pública.

Yendo totalmente en contra de su forma de ser, Victoria no pedía permiso, opinión o cuidaba apariencias, pero por Elena lo haría el tiempo que fuera necesario.

Lo que la inquietaba de sobremanera era preguntarse qué estaría pensando Elena acerca de la situación. Si tendría algún remordimiento o algún prejuicio. ¿Si algún día se arrepentiría? ¿Qué planes tenía Elena para el futuro? ¿Estaría Victoria incluida en ellos? Esta nueva situación, donde la opinión y decisión de otra persona la afectaba de esa manera, le emputaba.

Estaba aprendiendo otra gran lección. Había podido pasar toda su vida sin salpicarse de afectos, amores y pasiones. Pero pasa, cuando aparece alguien que de golpe tira todas las barreras que parecían infranqueables. La cabeza pierde su liderazgo y otras partes del cuerpo empiezan a mandar.

“Estúpida Victoria”, se dijo a sí misma. “Estás enamorada y acabas de incorporarte a la bola de animales que ponen su felicidad en manos de otros. Que piensan que para sobrevivir necesitan respirar el aire que exhala su amado, si no, mueren. Que mendigan un beso, una caricia, un minuto de calor. Que todos sus espacios de pensamiento están dedicados a recordar momentos con esa persona o a planearlos. No sé cómo te pasó esto, cuando tú lo que querías era coger tres veces por semana sin compromiso y sin importar con quién”.

Ahora quería lo mismo, pero solo con Elena, y ese pensamiento de exclusividad era exactamente lo que provocaba sentir coraje por el tiempo que no pasaba con ella. Enojo por tener coraje y rabia por tener enojo.

Inevitablemente había sucumbido ante el amor. ¡Qué patético!

18.

*L*a Cachetes ya corría y Victoria no podía quitarle los ojos de encima. Era la criatura más hermosa que hubiera nacido en ese cochino pueblo. Todos se impactaban. Victoria no permitía que nadie la cargara. Les había dicho a sus padres que tenían que tener mucho cuidado porque si así era de pequeña, conforme fuera creciendo, despuntaría como una belleza espectacular y las envidias no se harían esperar.

Sus mejores carcajadas se las había arrancado Olivia porque a su corta edad ya hablaba con gracia, y por mucho, con más inteligencia que cualquier niño de su edad.

Le encantaba llevarla al pueblo y entrar con ella a la Fábula para enseñarle todos los libros. Estaba segura que aun cuando todavía no supiera leer, una niña tan inteligente sería capaz de absorber la energía que despedía el lugar y hacer de ese olor un recuerdo permanente en su memoria. Lo que le parecería terrible es que no hubiera libros para niños. Había literatura, para todas las edades, pero no libros creados con los elementos que podían atrapar a los infantes desde bebés. Era otro de los cambios necesarios que el pueblo pedía a gritos.

Elena y Victoria llevaban ya tiempo dándole forma a la idea del espacio que querían hacer suyo. Sabían que por lo pronto sus vidas, ante los ojos de todos tenían que avanzar de manera paralela, no se podían cruzar. Pero estaban en total libertad de unir sus sueños y crear el proyecto que les llenaría el alma y que muy probablemente, pudiera ser el plan de salida para ambas.

A una cuantas cuadras del centro estaba una casona vieja que había sido propiedad, mucho tiempo atrás, de Doña Laurita. Era una señora que seguramente murió muy grande, porque parecía momia, como si hubiera sido viejita por siglos.

Cuando murió, todo mundo se preguntaba a quién le heredaría; no le conocían pariente alguno. Vivió sola siempre, con muchos mininos que entraban y salían libremente por puertas y ventanas que se habían ido deteriorando o rompiendo y que La Momia jamás reparó.

Victoria y Elena habían rondado varias veces la propiedad y estaban fascinadas. La puerta estaba cerrada, pero Victoria resolvió llevarse a Musculoso y romper la cerradura para poder entrar.

Elena, que ya se estaba acostumbrando a las irreverencias de Vidita, solo optó por seguirla. Dejaron a Musculoso y a las rémoras cuidando la entrada y decidieron recorrer la casa.

Aquello era majestuoso, una propiedad de gran extensión que alguna vez formó parte de los alrededores del pueblo, pero que ahora había quedado en una zona muy céntrica, donde ya no había nada de ese tamaño, excepto la Catedral y el jardín con el Quiosco en el centro.

Tenía una forma de herradura, muy al estilo de las haciendas de principios de los tiempos, que a ellas no les había tocado vivir. Pero obviamente ambas habían leído acerca de este tipo de arquitectura y la admiraban profundamente.

En el centro se veían los restos de lo que alguna vez seguramente fue una fuente o un espejo de agua. De ahí emanaban varios caminos que conectaban con pasillos que fluían a un corredor que iba todo alrededor de la construcción. Al centro, dos salones enormes, uno de los cuales estaba unido a la cocina, inservible ya.

Además de los salones, había muchos cuartos de excelente tamaño; varios baños y espacios pequeños, como bodegas o covachas. Y a cada extremo, una escalera curva que se unía en un recibidor enorme en la planta alta. Todo eso lo observaban desde abajo, porque tuvieron la precaución de no aventurarse a subir por las escaleras en ruinas, que evidentemente no eran seguras.

Aparentemente, todos los espacios de la casona eran magníficos.

Pasando por atrás estaba lo que suponían que alguna vez fue un hermoso jardín; ahora era una selva de plantas y hierbas crecidas salvajemente.

Este lugar tenía todo para que Elena y Victoria pudieran cumplir su sueño. Solo había dos detalles que resolver. El primero, lograr que de alguna manera la propiedad pudiera ser expropiada por el gobierno. Y segundo, convencer a su padre y al padre de Elena que les prestaran lo necesario para la compra, remodelación, acondicionamiento y funcionamiento del “Espacio para las Artes, El Nogal”. En realidad Vidita quería que se llamara “Espacio de Redención de Idiotas”, pero a Elena le pareció más romántico y menos agresiva la referencia del árbol que era tan importante en la vida de ambas, aunque reconocía como genial la ocurrencia de Vidita.

El proyecto era por demás ambicioso. Una tienda de libros, donde en cada isla o división habría un espacio con cómodos sillones para sentarse a leer y escuchar a narradores. Otra área para invitar autores a presentar sus libros, o establecer discusiones en círculos de lectura. Por supuesto, querían un salón con todas las comodidades para que los aspirantes a escritores pudieran hacerlo sin interrupciones. Un foro para poder presentar desde obras de teatro, hasta espectáculos de bailes, cantantes, magos, en fin, cualquier expresión artística.

Una lindísima cafetería, donde servirían infusiones de todo el mundo. Pasteles y galletas, pan dulce y mermelada, cuernos con cacao, conchas con nata.

En el jardín, muchas mesas con sombrilla para invitar a la lectura y a la convivencia.

Y como capricho de Elena, al final del jardín una pequeña capilla con la imagen de su devoción en el altar y junto un escenario al aire libre, para celebraciones religiosas.

Querían un lugar lleno de gente, lleno de vida, lleno de cultura. Un esfuerzo para tratar de hacer una diferencia entre tanta ignorancia y superficialidad.

Se iba a necesitar muchísimo dinero y probablemente para recuperarlo, mucho tiempo. Pero Vidita sabía de dónde venía ese dinero y le parecía una forma genial de que tanta porquería hiciera penitencia fomentando algo valioso.

Lo había reflexionado mucho y tenía que hablarlo con Elena; no había forma de seguir adelante sin que ella supiera todo acerca de los negocios de su padre. Tenía la sospecha de que Singracia y Desgracia podían estar involucradas. Y tal vez El Frígido también, así que Elena tendría que escucharlo todo de la boca de Vidita.

19.

*E*l Frígido era una persona que se había ido transformando. Cuando conoció a Elena, sintió que había encontrado su tabla de salvación ante el tormento que se desarrollaba en su vida. Venía de una familia que se había conservado sumamente tradicional a pesar de la sociedad materialista y libertina en la que vivían. Él se había enfocado en sus estudios y en el ejercicio, por lo que tenía un físico espectacular. Desde niño había sido guapísimo, pero ya en la adolescencia, con el cuerpo trabajado, realmente se distinguía del resto de los jóvenes.

Mucha gente hubiera matado por tener el físico que tenía, pero para él representaba sentirse siempre acosado. Desde sus compañeras de escuela que hacían apuestas a ver quién lograba perder su virginidad con él, hasta una maestra demente. Ella fue la responsable de haberle procurado las primeras caricias, de una forma sumamente vulgar y agresiva. Lo presionó con chantajes y amenazas hasta que logró tener encuentros frecuentes con él en su casa. Era descuidada con su persona y su higiene, lo quería estar besando continuamente y su boca guardaba olores asquerosos.

Pasaron algunas semanas en las que lo obligó a hacer muchas cosas, hasta que la situación llegó al punto que le exigió que le hiciera algo que para él era repugnante. Se negó rotundamente y ante la furia de La Loca, el Frígido se desquició. La tomó de los brazos y la lanzó contra la pared. La golpeó con el puño en la cara hasta que se cansó y terminó arrastrando su cuerpo por el piso con toda la intención de aventarla por la ventana. Afortunadamente, en ese momento, la cordura lo volvió en sí; se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer y la dejó ahí tendida, casi muerta. Salió corriendo de esa casa que le provocaba total repugnancia. Lloró todo el camino a su casa, pensando que sería la vergüenza de su familia. Pasaría el resto de su vida internado por mata locas.

Sin embargo al otro día y los siguientes días, la Loca no regresó a trabajar, solo mandó avisar que renunciaba porque se mudaba de ciudad. Nunca volvió a relacionarse con ninguna mujer de verdad. Solo con las imágenes de revistas, hasta que conoció a Elena.

Le gustó desde que la vio. Se veía muy limpia, decente y hasta angelical. Estaba seguro que sería una mujer totalmente conservadora, tímida, recatada, de buenas costumbres y ciertamente educada, porque iba a recibir esa educación en el colegio de su padre. La hizo su novia y cuando ella le hablaba de sus sueños de estudiar una carrera profesional, no le parecía mal, siempre que, cuando tuvieran hijos, ella se dedicara por completo a cuidarlos.

Estaba seguro que sus pesadillas de acoso sexual se curarían totalmente cuando tuviera una familia perfecta como la que anhelaba.

Durante el noviazgo mantuvo a distancia a Elena y cuando en la noche de bodas su esposa intentó “proposarse” con él, se desconcertó. Ese no era el comportamiento que esperaba. Y cuando al otro día tuvo el descaro de reclamarle, casi enloquece. Cuando arrastró a Elena a su cuarto estuvo a punto de aventarla y golpearla, recordando a La Loca. Nunca sabría Elena lo cerca que estuvo de haber sido maltratada brutalmente en su luna de miel. Lo mejor que le pudo pasar había sido que la hubiera encerrada mientras se calmaba.

Para Elena había sido siempre una frustración terrible el comportamiento de su marido, pero él no podía actuar de otra forma; por el daño recibido, era una alma rota que no tenía compostura. En su mente quedó el recuerdo de la mujer que estuvo a punto de matar.

Nunca podría ser un hombre normal disfrutando de su sexualidad. No podía con una mujer ardiente y apasionada que le exigiera respuesta a sus impulsos. No había forma. Afortunadamente para él, los embarazos de Elena habían sido tan complicados, que se liberó de sexo durante esos meses; y después llegó la rutina, y con ella se pudo desmarcar de sus eventuales obligaciones de marido. Para él, la mirada de insatisfacción y despecho de su mujer cuando tenían sexo era insoportable. Así que también de vez en cuando se daba sus escapadas a una casa clandestina del otro lado de la ciudad. Estaba comandada por una nórdica transparente que solo aceptaba extranjeros. Así que se sentía muy tranquilo.

Ahí seleccionaba siempre a una mujer muy chiquita y delgadita. La ponía frente a él y su gusto era verla desnudarse y caminar sin decir una palabra. Podía pasar así más de una hora, hasta que de alguna manera se sentía más hombre, pagaba y regresaba a su vida más empoderado y seguro de sí mismo.

Su trabajo le aburría, pero como todos los estudiantes que le mandaba a su padre al colegio, le dejaban muy buenos ingresos; era muy cómodo no hacer grandes esfuerzos por tener una vida sin complicaciones. A Elena y a sus hijos les daba todo lo que querían y eso mantenía la aparente felicidad en su familia, esa imagen de Los Perfectos, que todo el mundo asumía como verdad.

Era tan gris y poco perspicaz, que nunca había captado lo que sucedía a su alrededor. No tenía idea de los negocios de Don Luis y los demás involucrados. No tenía idea de lo que estaba sucediendo en la vida de su esposa. Solo había notado que la relación con su prima era más cercana, constantemente las veía juntas, siempre hablando muy cerca y con la sonrisa de oreja a oreja, sin imaginarse nada más.

No se daba cuenta cómo su familia perfecta, estaba muy lejos de serlo, y que probablemente llegaría un momento en que todo se revelaría. Mientras tanto, dejaba fluir la rutina. Aun cuando su aburrimiento por la vida, sin darse cuenta, subía un poco más cada día. Era una bomba de tiempo para una crisis depresiva o para un arranque de locura.

La conversación con Elena fue más fácil de lo que pensaba. Ese Ángel que además de hermosa era inteligente, sospechaba del tío Luis y del Banquero desde hacía mucho tiempo. Temía hablarlo con Vidita después de lo que había pasado con Lula. No había forma de que no se siguiera sintiendo culpable.

De lo que sí estaba segura era que ni su marido ni sus padres estaban confabulados en nada ilegal. Su marido por tibio y cobarde, y su padre por íntegro. El Palo le rentaba unos terrenos a Don Luis, que habían sido propiedad del Abuelo, pero estaban sembrados de hermosas flores amarillas que seguían al sol; eran unas flores increíbles, se peleaban por ellas. Las vendía todas antes de haberlas cosechado.

Alguna vez había platicado con su madre para explorar qué tanto sabía de los negocios de su hermano, tristemente, reconoció que la mujer seguía cegándose ante los errores de Luisito. Para ella lo que estuviera haciendo tenía sentido y razón, porque no podía ser nada malo.

Elena había observado muchas veces al hermano idiota de los Babosos. Y el día que pensó que su condición seguramente venía del consumo de polvos, cayó en cuenta de cuál era el propósito del negocio en el pueblo. De todos los que estaban involucrados de una u otra forma. La hipocresía de una masa condicionada para callar.

Entre los hipócritas, el más era el Campesino, esposo de Desgracia. Un ejemplo de doblez y falsedad. El tipo más corrupto, interesado y falso. Este era alguien a quien realmente había que

temer. Cabecilla de la región, determinaba precios, montos, entregas y fechas.

Él era el iniciador de todo. Cuando se casó con Desgracia y Don Luis le rentó unas tierras, nunca se imaginó que el campesino tenía ya un plan entre manos. Había trabajado como capataz en campos de flores rojas y conocía todo el movimiento y a las personas correctas para ganar mucho dinero. Sembró esos terrenos y todos los de Don Luis, ya que él no le ponía atención a nada; se dio cuenta mucho tiempo después, cuando el Banquero se lo hizo ver. Ya era demasiado tarde para salirse, así que desde entonces los dos iniciaron su participación en el negocio. Al principio tuvieron escrúpulos, pero conforme recibían los costales de dinero, la moral se fue diluyendo.

Así que el negocio resultaba, después de todo, totalmente familiar. ¿Quién iba a pensar que el más humilde y sencillo resultaría ser el más peligroso? Desgracia y las apestosas no tenían ni idea del negocio. Y a él, su mujer y sus hijas le importaban tanto como un costal rasgado, sin mercancía, sin embargo había jugado el papel de marido y padre amoroso, mientras acumulaba y acumulaba ganancias.

Toda una vida de limitaciones y pobreza lo habían empujado a ser sembrador. Y cuando supo lo que era comer más de una vez al día, probar lo que no fuera maíz aplanado con picante y sal, decidió que su destino era esa vida y no la de la miseria y desgarró.

Todos los días veía de lejos la finca de Don Jaime y soñaba con ser bienvenido a una comida, invitado a una fiesta. Quería poner un pie dentro de la propiedad. Veía salir a las hermanas y sabía que su única oportunidad sería con la más fea y aun así, no sería fácil; seguramente la familia lo vería como un oportunista.

La estrategia del campesino fue muy acertada: una mujer que nunca había recibido un solo cumplido, que se sabía fea y sin encanto, cayó fácilmente ante las constantes miradas, los piropos y la actitud de mostrarse ante ella como un admirador resignado a nunca tenerla, por no merecerla. La familia tampoco le costó mucho trabajo, porque como a Luisito le urgía casar a las hermanas, convenció a sus padres que sería un excelente marido para su hermana. Aun siendo campesino, tenía algunas tierras y dinero y Luisito le rentaría tierras para que las trabajara y no le faltara nada a Desgracia.

El día de la boda fue el más feliz en la vida del campesino. Matrimonio celebrado en la finca de sus sueños. Estaba presente no en una fiesta cualquiera, era su fiesta, él era el protagonista. Lloró varias veces y todos se enternecían pensando que era por la felicidad del matrimonio. Obviamente no.

Ni Victoria quería tanto adueñarse de la finca como el Campesino. El sí estaba dispuesto a todo. Odiaba en secreto a Don Luis y le repugnaba su mujer. Ni un solo día de su vida la había tratado mal, ni a ella ni a sus hijas, pero las mataría en un instante si fuera necesario para cumplir sus planes. Ellas no sabían nada de sus negocios, porque si así fuera ya no estarían vivas.

Don Luis y el Banquero sabían lo peligroso que era este hombre y hacía mucho tiempo se habían dado cuenta que para él no había amistad o parentesco, todo era negocio y no toleraba fallas y mucho menos traiciones. Él era el que les había puesto a todos la vigilancia, era su forma de controlarlos. Sabía en todo momento dónde estaban y que hacían. Porque vivía en constante terror de que alguien lo traicionara y lo matara, y no pararía hasta hacer realidad su sueño. Ser dueño de la finca.

Cuando Victoria decidió hablar con Elena, discutieron mucho tiempo acerca de la idea de que El Palo y Singracia tuvieran algo que ver en el negocio. Ella decía que sí y Elena que no, estaba segura que era imposible que sus padres estuvieran involucrados. Se enfrascaron en esa discusión y olvidaron pensar en el Campesino y en Desgracia. Realmente eran tan chiquitos y discretos, que no despertaban sospechas de nadie, y El Campesino había sido lo suficientemente inteligente para

no evidenciar tanto su riqueza ante nadie. Llevaban una vida cómoda, con lujos y placeres ocultos. Era paciente y mesurado, esperaba el momento perfecto para llevar a cabo sus planes. Llevaba siempre impreso en la mente, que todo tenía su tiempo y su momento. Él sabía cuándo actuar y como cubrir las huellas de todo lo que hacía.

20.

*E*l tiempo pasaba y la relación entre Vidita y Elena se volvía más intensa. Su complicidad era total. Vidita había compartido ya su máximo secreto, ahora era de ambas. Elena había aprendido a disfrutar esa lectura, que antes le parecía por demás corriente. Ahora inclusive recreaban escenas en la habitación de Vidita. Tenían encuentros más apasionados y atrevidos, como ninguno que se había escrito todavía en alguna de las revistas.

A Vidita le gustaba disfrazarse de Julián y Elena era su Rosita. La desvestía salvajemente y la hacía excitarse hasta las lágrimas. Jugaban a ser todos los personajes. A ser empleadas y clientas del putero, o una inocente niña y su nana. Cualquier cantidad de irreverencia que las hacía reír y disfrutar de una sexualidad libre, plena y feliz.

Se habían descarado demasiado y era peligroso. Elena se había quedado a dormir en la finca muchas veces con el pretexto de estar trabajando juntas en el proyecto del Nogal. Pasaban tiempo también en casa de Elena, cuando Vidita se llevaba a los Chinitos y a la Cachetes para que jugaran con los Perfectos.

En alguna ocasión estuvieron muy cerca de que el Frígido las encontrara besándose. Lo pudieron disimular y pasó desapercibido. Era la primera vez que habían sentido miedo de que todo lo que tenían ahora pudiera desaparecer. Sería devastador para las dos, no podían arriesgarse.

También fue la primera vez que se dieron cuenta lo escandalosa que podía ser la revelación de su relación.

Eran infieles, eran mujeres y primas hermanas.

Seguramente causaría una sacudida en todo el pueblo, pero para ellas era transparente y mágico. En el corazón, a Elena solo los Perfectos le preocupaban y para Vidita, nada ni nadie era más importante que Elena.

Juntas habían intentado hablar con Don Luis del proyecto del Nogal, pero cuando escuchó qué propiedad pretendían y cuánto dinero necesitaban, las paró de inmediato. En el fondo sabía que era una excelente manera de limpiar el dinero y por supuesto, que la propiedad de la Momia siempre le había llamado la atención, a quién no. Pero esa maravilla desde hacía mucho tiempo tenía dueño; era de El Jefe, El Campesino, quien tenía planeado algo muy diferente que por supuesto no incluía ni una casa de arte ni a sus sobrinas.

Cuando llegaron con el padre de Elena, no se sorprendió. Había observado la relación tan cercana entre su hija y su prima y estaba seguro que estaba relacionado con las pinturas de Elena. Él estaba convencido que la obra de su hija debería estar expuesta para ser admirada por verdaderos conocedores.

Le encantó la idea del Nogal, pero no estaba dispuesto a invertir esa cantidad de dinero sin condiciones. Les propuso que buscaran un espacio mucho más pequeño para empezar con la galería y la tienda de libros. Y la condición más importante era que él daría el visto bueno al espacio que eligieran. Tenía que saber primero quiénes eran los dueños de posibles lugares, para saber a quién le estaban comprando la propiedad.

El Palo no estaba involucrado en negocios de flores rojas, solo amarillas, pero tonto no era y sabía mucho de lo que pasaba a su alrededor; y había logrado mantenerlo a él y a su familia al margen de todo aquello. Por eso cuidaba mucho sus relaciones de negocios.

Don Luis le había propuesto participar también, pero él era de las pocas personas íntegras y honestas que todavía creían que el dinero debía ser consecuencia de trabajar en lo que le apasionaba, hacerlo con amor y dedicación todos los días.

Desde niño fue educado con principios y moral estrictos, pero con la mente abierta para asimilar los cambios y emparejarse al desarrollo. Nunca conoció a su padre, pero su madre, una mujer siempre enferma y que sabía que no viviría mucho, le dio educación y le enseñó a no depender de ella.

Todos esos años que vivó solo, los dedicó a estudiar y a trabajar; y construyó un pequeño patrimonio, que con los años había ido incrementando de manera legal. Se sentía muy orgulloso de sus hijas, especialmente de Elena, a pesar de que las gemelas seguían acumulando grados académicos y Elena no. Al Palo le parecía estoico el que su hija mayor hubiera sacrificado sus capacidades intelectuales para dedicarse a sus padres, sus hijos y al inútil de su marido.

Hacía mucho que se había dado cuenta de la comodidad profesional en la que había caído el Frígido y la mediocridad de matrimonio que mantenían. No se acordaba de alguna vez haberlos visto tener un gesto de cariño o de complicidad. Le entristecía ver que ese matrimonio era un fracaso, y sabía que él era un poco o un mucho culpable, por haber puesto a su hija al alcance del Mediocre. Le preocupaba la relación con Victoria, porque aunque alguna vez se le ocurrió pensar qué podía estar pasando -lo que en realidad estaba pasando-, rápidamente alejó de su mente ese pensamiento. Le parecía demasiado amenazador y peligroso. Aun con todo lo libre pensador que se sentía, sí había situaciones que le sacudían y esa era una de ellas.

Desde siempre buscó tener una familia y anhelaba tener hijos, para poder darles una educación superior, progresista y retadora. Se encariñó genuinamente de Singracia. Aunque como en el caso del Campesino, programaba encuentros casuales y motivos para acercarse a la mujer y llamar su atención. Le costó trabajo que lo volteara a ver, porque la situación privilegiada en la que vivía la había hecho creer que era más guapa y lista de lo que era, y la verdad no era nada de eso.

Era medianamente buena persona, nada más. Y tenía la creencia de que debía casarse con alguien de una familia muy fina. Prácticamente, ninguna en el pueblo. El Palo no tenía ningún linaje que le precediera. Sin embargo su tenacidad y perseverancia cobraron frutos cuando logró conquistar a Singracia. Su triunfo se debía mucho a su insistencia, y otro mucho porque la niña Clara ya no lo era tanto, y no podía soportar que su hermana se casara antes que ella.

Quería ayudar a su hija y a Victoria; y lo haría, a pesar de que sabía que en ese pueblo lo que funcionaba era lo vulgar, lo comercial y no lo cultural y artístico. Todos los hoteles, puteros y cantinas eran siempre un éxito. La gente no tenía empacho en gastar en eso, pero seguro serían incapaces de pagar un cuadro o un méndigo libro.

No quería ser él quien les cortara el sueño, al contrario haría todo lo posible para que tuvieran éxito y sobre todo, para que se impulsara la obra de Elena. No había nada en el mundo que deseara más, que ver la obra de su hija expuesta en una galería.

Vidita quería que Elena siguiera pintando, para inaugurar su galería con una magna exposición de sus obras. Estaba segura que sería el comienzo de una brillante carrera para su Ángel. No podía esperar para mostrarle al Alfil la obra de esta magnífica artista y quería hacerlo en su galería.

Elena amaba pintar, pero daría lo que fuera por poder hacerlo fuera de ahí, por estar en otros horizontes estudiando, aprendiendo teniendo maestros de los cuales pudiera exprimir hasta el

último conocimiento. Se ahogaba en silencio en el pueblo. Aunque Victoria había sido su tanque de oxígeno llegando en el mejor momento, de su cabeza jamás se borraría la idea de volar lejos, de superar lo que las gemelas habían logrado. En su alma estaba clavada la espina de haber tomado tan malas decisiones, haber desaprovechado su inteligencia y resbalar con el error de haberse casado con el estúpido Frígido.

No poder salir del pueblo; era solo una de sus frustraciones. Era agotador vivir a medias, engañar, fingir, disimular. Ya no se sentía tan joven y no veía en un futuro cercano la posibilidad de emigrar, aunque fuera temporalmente. Sin embargo, era una optimista incurable; cada vez que se acercaba a dejarse derrotar y lanzarse a la hoguera de la injuria popular, algo en su interior la rescataba y reconstruía el sueño y la fantasía. A veces estaba plena y feliz; otras, en la frontera entre la locura y la depresión. Amaba profundamente a Vidita, sin embargo la sensación interior que le provocaba desear a un hombre vivía en ella y no había muerto ni moriría. A Elena no le gustaban las mujeres, le gustaba Vidita. Le gustaban los hombres -todos básicamente-, por lo que en el fondo había muchas sensaciones contenidas y encontradas en su alma que no le dejaban tener paz interior.

La farsa de matrimonio que llevaba le hacía recordar todos los días lo estúpida e ingenua que había sido al no leer en todas y cada una de las actitudes del Frígido, lo frágil y blandengue que era ese hombre en todos sentidos. Y para acabar con las culpas, sus creencias religiosas que tanta solidez y estructura le habían dado a su vida desde siempre, ahora estaban siendo traicionadas por ella misma de manera irremediable.

Se aferraba a sus hijos y a su arte. A sus libros y a sus pinturas. Y al trabajo que de manera tan desinteresada hacía por todos los pobres de la comunidad.

Su secreto, el amor y la pasión por Vidita.

Odiaba guardar secretos, pero no se arrepentía ni por un minuto, porque lo que había experimentado y descubierto de ella misma, nunca lo hubiera hecho con un hombre, de eso estaba segura. No era fácil porque deseaba el cuento de hadas con príncipe incluido, no con dos princesas. Le angustiaba saber por qué se sentía así. No tenía derecho a no sentirse plena porque aunque era un esquema diferente, finalmente había encontrado el amor y estaba viviendo esa pasión con toda intensidad.

Ese vacío no tenía idea como llenarlo. Se sentía una traidora; sabía que para Vidita ella era su mundo y esa responsabilidad en lugar de halagarla, la ahogaba.

21.

Parecía que el tiempo se había detenido para algunos y la vida había cambiado radicalmente para otros. Victoria y Elena tenían su lugar y no se llamaba El Nogal; después de varias discusiones decidieron que ese nombre solo les hacía sentido a ellas. Y optaron por “Galería y Casa de Arte Fusiones”; seguramente tampoco le hacía sentido a muchos, pero finalmente para ellas expresaba lo que la historia que ya tenían juntas representaba. Tanto en el aspecto personal como en el profesional. Y de alguna manera el objetivo que tenían desde un principio era precisamente que diversas artes se amalgamaran para darle a quien entrara la opción de identificarse y aficionarse como tal. Sólo un poco, o con todo su ser y para siempre. El objetivo de Fusiones era crear lealtades en novatos y profesionales. Armar un grupo de seguidores al autor de su preferencia. Conectar sensibilidad con talento. Mostrar cómo las pinturas no eran adornos, hasta que por adornar tanto, no les quedaba más remedio. Pero hacían sentir, vibrar y dejar de respirar.

Retar al más escéptico ante su terquedad de no leer. Primero, escuchar las letras. Después, tocar, oler y oír sus pensamientos creando con la imaginación -a la manera de cada quien- lo que el autor escribió.

“Fusiones” no era para cualquiera: era para todos y para nadie. Era un lugar tan fuera de lo convencional como sus dueñas. Era hermoso y con impecable gusto. Estaba abierto todos los días para que no hubiera alguien que se quedara sin la posibilidad de adentrarse. Así que era para todos. Y para nadie, porque imposible que alguien pudiera entender la majestuosidad de los detalles, los rincones y la diferencia que estas mujeres estaban propagando en el pueblo a través de un espacio real y auténtico.

Victoria y Elena se tardaron mucho tiempo en encontrar el lugar ideal. En una ocasión iban dando vueltas por uno de los barrios más bohemios y con más personalidad del pueblo, cuando se sorprendieron al ver al Frígido salir de lo que parecía una casa con una barda altísima. No se veía nada hacia adentro, y cuando salió caminó media cuadra hasta su vehículo y se fue rápidamente.

Las dos de inmediato sospecharon que seguramente se trataba de un putero. Si salía a escondidas era porque algo estaba ocultando. Y en ese pueblo el pecado más común era la traición. El Frígido no tenía por qué ser la excepción.

Se acercaron a tocar y nadie les abrió, así que optaron por otro plan. Mandaron a las rémoras a tocar y ellas se ocultaron. De inmediato les abrieron, pasaron y averiguaron todo.

El lugar, en efecto, era centro de diversión exclusiva para caballeros. Sin embargo, cuando entraron les dijeron que los habían dejado entrar porque pensaban que venían a recoger a un cliente. Ese lugar solo aceptaba extranjeros, y excepcionalmente, personajes locales muy importantes.

Desde ese momento Elena no tuvo paz, hasta que logró que su padre y Don Luis compraran la casa que para sorpresa de todos, era del mustio del párroco de la iglesia. La había comprado hacía años con dinero de los fieles, y la rentaba para la algarabía de los señores. Para Elena fue una gran desilusión saber que una persona que ella admiraba tanto y que tanto bien había hecho a la comunidad tenía ese secreto tan oscuro. Aunque al final era uno más en la cadena de

mentirosos que estaban en su vida, empezando por ella misma.

Por el miedo a que sus fieles se enteraran, el párroco les vendió la propiedad y desalojaron a la Quija y a sus extranjeras. Chingados estaban todos los clientes, empezando por el Frígido.

Elena no sabía qué le daba más gusto, si tener ya su lugar o haber fastidiado a su marido, quien cuando se enteró que habían comprado esa propiedad, palideció y le costó un trabajo enorme disimular su coraje. Elena justificó su alegría por lo que le había hecho al Frígido pensando que ella lo engañaba, porque él nunca había respondido como hombre; además de mal amante, era traidor. No satisfacía a su mujer, pero sí a él mismo. Pues ahora cada vez que fuera a Fusiones, se acordaría de lo que había sido. Aunque Elena no lo sabía, la Quija se tardó muy poco tiempo en encontrar otra casa, adaptarla y reiniciar el negocio. Los clientes fueron regresando poco a poco, incluyendo al Frígido. Esos negocios jamás desaparecerían. Mientras hubiera demanda siempre habría oferta.

La propiedad del Mustio era una casa hermosa que no les costó mucho trabajo adaptar. Lo primero fue tirar esa barda espantosa que la rodeaba. Se hizo eterno el tiempo de la remodelación, pero con el gusto de las socias y el recurso de la naturaleza realmente había quedado hermosa. Utilizaron muchas plantas, flores y muebles que les dieron un toque antiguo para crear el ambiente que buscaban.

El día de la inauguración se había presentado medio pueblo, no precisamente porque les interesara nada de lo que había ahí, sino para rendir tributo a las dueñas y a sus familias. El cordón fue cortado por los Chinitos, la Cachetes y los Perfectitos, contra todos los deseos de Don Luis, de que las autoridades del pueblo y el tío Campesino fueron los honorables responsables de cortarlo.

La galería no fue inaugurada por la exposición de Elena, sino por diferentes obras prestadas por el Alfil. Solo una pintura de Elena estuvo ahí: la majestuosa obra del Nogal, que había salido de casa de sus padres.

Elena no quiso que fuera su obra la que abriera porque no soportaba el peso de la responsabilidad de que no tuviera éxito, y todo se viniera abajo. Prefirió ir a lo seguro, pasando desapercibida entre las obras de la colección privada de la Vikinga.

De esa manera, la galería empezó a ir muy bien, porque tenían muestras de colecciones privadas, casi siempre del Alfil, y venta de obras de artistas que adquirían y apoyaban con las exposiciones. .

Elena no había terminado todos los cuadros que pensaba exponer y seguía postergando y postergando. Y Victoria insistiendo y presionando. El Alfil, después de haber visto los cuadros de Elena que estaban en casa de Singracia, se quedó impresionado. Eran increíbles; esa mujer de verdad tenía talento. Pero como buen artista, también tenía inseguridades y apegos a sus obras. Él había hablado varias veces con Elena queriéndole ayudar y ella dejaba que le endulzara el oído con sus halagos, pero no daba el paso definitivo. Sí había seguido pintando, pero no estaba convencida todavía que su obra era lo suficientemente buena para ser revelada al mundo. Sentía que desnudar su alma ante extraños era un paso que no podía dar en ese momento. Y pensaba que si resultaba que no gustaba y la llenaban de críticas, eso la destrozaría.

Faltaba poco tiempo para que sus hijos se fueran al colegio del abuelo, por lo que se acercaba la fecha que ella misma se había impuesto para exponer. Había dicho que lo haría cuando sus hijos ya no estuvieran en el pueblo. Le dolía en el alma que se marcharan, y más porque estaba segura que nunca volverían; después de estudiar su carrera y conocer el mundo, ni por su misma madre regresarían.

En la vida de Elena ese sería un momento trascendental, y Vidita vivía enloquecida temiendo

que los hijos de Elena se fueran. Sentía que algo pasaba en las entrañas de su Ángel; suponía que era por la partida de sus hijos. ¡Pobre Vidita, qué equivocada estaba! Había algo más. Tenía razón, Elena no tenía paz... y el Alfil era el culpable.

Para Victoria, todo el proceso de levantar Fusiones fue agotador, emocionante y excitante.

Se dio cuenta que empezar algo de cero y verlo tomar forma día a día, era una de las satisfacciones más grandes del ser humano. No había día que no hubiera estado ahí vigilando, dirigiendo, controlando, gritándoles a todos por todo, como siempre. Revisaba las compras de material, la disposición del mismo, los saldos, las sobras y hasta las migajas de lo que hubiera. Llegó a obsesionarse tanto, que todas las semanas iban y venían trabajadores porque no la aguantaban.

Elena iba lo indispensable, porque verdaderamente no soportaba a la persona en que Vidita se estaba convirtiendo. Seguro que siempre había sido así, pero ahora verla en funciones, le desagradaba profundamente. Y físicamente habían estado alejadas, porque no encontraban los tiempos ni los espacios para sus encuentros amorosos. Ambas lo resentían, pero mucho más Vidita, sin duda.

A Vidita sí le gustaban las mujeres; se había dado cuenta que siempre había sido así, pero a partir de Elena lo confirmó, porque ella le encantaba y la amaba. También pensaba que le gustaban los hombres, pero después se dio cuenta que no: los hombres no le atraían ni le caían bien. Básicamente los toleraba, pero la mayoría le generaba una especie de desencanto, porque siempre en la presencia de un hombre sentía ese machísimo e imposición que les era tan propio de su sexo. Sus sentimientos y gustos eran algo muy extraño. Por un lado le gustaban las mujeres, sin embargo, la gran mayoría le parecía de un nivel de idiotas que no las toleraba. Quería pasar toda su vida con Elena, pero también tenía momentos en que extrañaba su soledad y su aislamiento del mundo. Esta relación la hacía tener que interactuar con el mundo de manera tan frecuente, que la gente le estaba perdiendo el miedo... y hasta el respeto.

Le parecía insoportable.

Se preguntaba si lo que estaba pasando era lo que había leído muchas veces, una crisis en una relación de pareja. Algo temporal, normal en cualquier relación y no imposible de salvar. Ni un minuto pasaba por su mente la posibilidad de que la relación estuviera en problemas graves, tan graves, que pudiera estar encaminándose a un fracaso. Eso jamás sucedería, porque no había forma que dejara de amar a Elena.

*H*abían sobrevivido la remodelación de Fusiones. La actitud era positiva, ambas sonreían y se disfrutaban más. Aunque Elena no pasaba tanto tiempo ahí como Vidita. Quería estar con sus hijos antes de que se fueran. Pintaba en el estudio de casa de sus papás y en el de su casa, en ambos tenía varias obras con diferentes grados de avance. Así que dividía otra parte de su tiempo entre los estudios. Y también en otros menesteres.

El Alfil había sufrido un duro golpe. Su hermano había muerto de un asunto cerebral, porque no hubo manera de lograr que dejara de consumir. A pesar de toda la ayuda que le proporcionaron, el Idiota ya no tenía remedio. Su enfermedad lo había condenado desde hacía mucho tiempo a ese final irremediable.

Ya no podía más. Si despreciaba a su padre antes, cuando no derramó una sola lágrima por la muerte de su hermano, lo odió. Se acabó de convencer que para su padre valían menos que una sola de las muchas monedas que atesoraba tanto. Tan solo habían sido y eran unos inconvenientes, pero el día menos pensado desaparecería para siempre.

Junto a él estuvieron Victoria y Elena, apoyándolo y consolándolo. Antes de morir estuvo internado, y estando ahí, el Alfil pudo platicar mucho con Elena. Acababa de ver los cuadros que adornaban la casa de sus padres y el efecto que surgió en él fue tan mágico como el que había vivido Victoria en aquella ocasión. Se encantó de su falta de vanidad al no salir al mundo a presumir sus alcances. Realmente creía que había encontrado una artista, pero no para exhibir en ese maldito lugar, sino para traspasar el horizonte de lo local y brillar sin brillos. Se lo dijo a Elena y fue el pretexto que ella esperaba para rehusarse a exhibir en la inauguración y durante todo ese tiempo; y puso la absurda consigna de esperar hasta que sus hijos se marcharan.

El Alfil había tenido muchas mujeres en su vida. Todas compradas o seleccionadas por sus atributos físicos, jamás por su inteligencia, talento o personalidad. Nunca le había interesado establecer una relación con nadie, porque no quería involucrar a otros seres en su mundo. Su objetivo desde siempre era clarísimo. Pero muerto su hermano, se empezó a debilitar por el dolor y la culpa. Sin embargo, la vida puso frente a él a Elena, la artista y la mujer.

Estando junto a su hermano en sus últimos momentos, llegaron Victoria y Elena. Permanecieron en silencio, solo acompañando y sucedió que Victoria fue requerida para recibir materiales en la remodelación y se tuvo que marchar.

Elena se acercó al Alfil y muy cerca, susurrando, le decía que no se aferrara a que su hermano viviera si ya había cumplido su misión. Que había muchas vidas y muchas formas de vivir después de lo que pensaban que era la única, y no era así. Que si él no sentía paz, no se la podía transmitir a su hermano y no lo dejaba desprenderse. Elena hablaba y hablaba desde su corazón, desde sus preceptos religiosos y sus más profundos sentimientos; y el Alfil solo percibía su aliento, su calor, su serenidad. Por momentos se olvidaba que estaba en el lecho de muerte de su hermano y solo la veía. Observaba su piel perfecta, hermosos labios, ojos amorosos y conciliadores, su hombro junto al de él, y la fascinante cabellera cayendo a un lado. Le llegaba al corazón lo que estaba escuchando, pero le inquietaba esa cercanía, le gustaba y la deseaba; pero sobre todo, la admiraba.

Conocía a Elena desde hacía mucho tiempo y siempre le había parecido hermosa, pero jamás le había dedicado más de dos pensamientos porque no era una mujer a su alcance... y él no hacía mayor esfuerzo que sacar su cartera para tener a una.

Cuando Victoria lo acercó a ella, a su arte y a su encantadora personalidad, cometió un grave error. Y el día que los dejó solos en un momento tan vulnerable y tan triste para el Alfil, su corazón se enganchó irremediamente al de la Artista. La sintió, la olió y la vio con unos ojos que jamás habían visto a una mujer de esa manera. Imposible, inalcanzable y por tanto, más deseada aun. Una mujer de familia, de principios, totalmente transparente y honesta. Y a la vez como artista, inestable, insegura, creativa, miedosa y frágil. El Alfil fantaseaba lo que haría si tuviera a esa mujer para él. Aunque en sus reflexiones le habían faltado algunos adjetivos que lo hubieran desilusionado o tal vez atraído más. No tenía ni idea de lo que no tenía ni idea.

Elena se acercó con toda la ingenuidad de la que era capaz, a esos encuentros con el Alfil. Primero, cuando lo conoció formalmente y le mostró sus obras. Después, varias reuniones con Victoria para definir las obras de la colección privada que irían a la exposición. Finalmente, las visitas al lecho del dolor. Después se acercó con muy poca ingenuidad a varios encuentros ellos dos solos en cafés, parques y casualmente, en La Fábula y en la iglesia. Todos a escondidas de Victoria; el Alfil no entendía la razón, pero accedía a cualquier deseo de la Artista.

Elena estaba fascinada con la personalidad del Alfil, y además le parecía muy atractivo. Un hombre que a pesar de su historia de abandono y sufrimiento, había emergido de las cenizas de la adicción y el desamparo. Platicaban de todo y cada vez se compenetraban más. Se deseaban, pero no se habían tocado de una manera impropia ni una sola ocasión. Los dos temblaban cuando se despedían con un beso en la mejilla que se prolongaba un poquito de más; tiempo suficiente para poder quedarse con sus olores.

Elena se sentía la peor persona. Su mundo ahora estaba vuelto al revés. Engañaba al Frígido, a sus hijos y a sus padres porque tenía una amante quien -por cierto-, era su prima. Engañaba a su amante, porque ya no sentía lo mismo por ella y se estaba enamorando de un hombre. Y engañaba al hombre, porque estaba casada y tenía una amante que además era su prima.

Maldita mentirosa, al infierno sin escala.

Llevaba una vida engañándose a sí misma porque amaba a sus hijos, pero en realidad nunca quiso ser mamá; estaba casada y hubiera preferido nunca haberlo estado; tenía una amante, y dudaba mucho si quería seguir con ella.

Ahora estaba desconsolada. Le sacudía el alma pensar que podía haberse encontrado con el amor de su vida y que había llegado a destiempo. Tenía un extraordinario talento, pero no tenía la paz en el alma para aprovecharlo. Tenía todo y no tenía nada.

Estaba irremediamente atada por sus errores y sus decisiones, por sus amores y desamores. Vivía en un mundo de presuntos sentimientos, donde creía que sentía y después se desentendía sin justificación.

23.

A quienes también les había cambiado la vida, era a los padres de Victoria. Don Luis pasaba casi todo el tiempo en la finca, porque había tenido muchos episodios de desvanecimiento. Palidecía y perdía el conocimiento. Había envejecido de golpe. Era como la venganza de Don Jaime y Doña Genoveva. La historia se repetía y el hombre enfermaba y envejecía. Victoria trató de estar cerca de él, pero irónicamente, solo quería que Lula estuviera a su lado. Después de haber traicionado y humillado a su mujer, se refugiaba en ella; y ella a su vez, lo procuraba con lo que parecía cariño y amor.

Solo salían de la finca cuando iban al banco, a tomar un café o simplemente a caminar tomados de la mano. De inmediato regresaban por miedo a que Don Luis se sintiera mal estando fuera. Lula lo cuidaba con verdadera devoción y le cocinaba todo con ingredientes especiales, sin dulce y sin sal. Preparaba platillos además de deliciosos con una vista increíble. Las fotografiaba, escribía las recetas y las guardaba; pensando que algún día haría un libro con todas las que ya tenía guardadas. Por primera vez en su vida hacía algo que le daba satisfacción y orgullo. Se sentía feliz de ser necesitada por su esposo y encantada de cocinar sus propias creaciones.

Los padres de Lula eran ya unos ancianos, pero cuidarlos era trabajo de sus hermanos, no de ella. Mientras lo pudiera evitar, jamás pasaría fuera de la finca ni una sola noche, y menos para quedarse en casa de sus padres. Con el tiempo se le habían recrudecido los amargos recuerdos de cuando la manipulaban en su niñez y juventud, queriendo casarla con Don Luis. Doña Herminia había vivido amargándose cada día más por no haber podido cumplir su sueño de vivir en la finca. La vieja llevaba años muy enferma, pero se aferraba a la vida porque decía que no se moriría sin haber dormido una noche en la casa grande -lo cual era claro que nunca sucedería-, pero se mantenía viva pensándolo.

Don Luis, sintiéndose morir, un día le dijo a Lula que sí había un testamento y que lo tenía resguardado en el banco, y que solo el Banquero lo podría revelar cuando llegara el momento. Que no debía preocuparse por su futuro, pues estaba asegurado. Lula no sabía si era verdad o no hasta que ya no estuviera para reclamarle o agradecerle, pero había decidido creerle y estar cerca del él, cuidándolo hasta que muriera.

Tenía además su reserva asegurada, que había recolectado durante años y que guardaba celosamente en el cuarto de su hermana; y en el invernadero, en algunos canales de riego falsos. No sabía qué cantidad tenía, pero calculaba que sin grandes derroches sería suficiente para los últimos años de su vida sin problema. Cuándo lo sacaría y cómo, era una incógnita todavía. Por lo pronto, ahora se sentía como nunca en su vida. Por primera vez jugaba a ser la dueña. Victoria casi nunca estaba porque pasaba todo el tiempo en Fusiones, y cuando llegaba estaba tan cansada, que lo único que hacía era dormir. Así que ahora Lula daba las órdenes, cocinaba si quería y si no, daba las instrucciones necesarias a las cocineras. Había ido extendiendo poco a poco su autoridad. Ya los inútiles la respetaban y la obedecían. Todos, excepto Olivia, que ya era una adolescente; y aunque no era rebelde, no se dejaba mandar por nadie. Se sabía y se sentía la ahijada de Victoria y ni Lula se metía con ella.

Una sensación extraña invadía tanto a Lula como a Don Luis al sentir que la muerte los rondaba.

Empezaron a vivir y a disfrutar las pequeñas y grandes maravillas de estar. Pasaban muchas tardes caminando por la finca. Observaban durante largos ratos a los jardineros trabajar y habían convertido una parte del jardín en una pequeña hortaliza donde sembraban y cosechaban diferentes verduras. Don Luis se sentaba en la cocina a observar a su mujer transformarlas en deliciosos platillos que después compartían con gusto.

Era como si fueran dos personas completamente diferentes, especialmente Don Luis, que ya no le interesaba para nada otra cosa que no fuera estar con su mujer y disfrutar su finca.

Le había vendido todos los terrenos sembrados de flores rojas al Campesino, porque con la vejez viene el miedo y las inseguridades; y él le tenía pánico a su cuñado. Lo único que se había resistido a vender, y que era lo que más deseaba el Campesino, era la Finca. Pero mientras tuviera vida, nunca permitiría que ese infeliz se apoderara de lo que era de su familia; y él no formaba parte, era un intruso.

La única propiedad que estaba contemplada en el testamento era la finca, así como las grandes cantidades de dinero que tenía en el banco y en sus escondites.

A Victoria le daba igual lo que estaba pasando con sus padres; realmente había recibido tantas desilusiones, que se resistía a creer la historia de la familia feliz, muchos años después. Los había visto pasear tomados de la mano y le daba rabia lo que ella pensaba era una gran hipocresía.

Tal vez cuando niña le hubiera emocionado verlos unidos, pero ahora solo le hacía pensar cuánto tiempo pasaría antes de que se engañaran o traicionaran mutuamente.

Aunque no le daría tanto igual si supiera que los terrenos que habían sido de su abuelo, eran ahora propiedad del Campesino. Esa noticia la volvería loca. Todo parecía indicar que al final las que iban a acabar como dueñas de todo eran las Apestosas unineuronales.

Don Luis sentía que era suficiente recompensa para Victoria haber pagado la propiedad y la remodelación de Fusiones. Para él, Victoria ya estaba más que heredada y no tenía por qué reclamar absolutamente nada. Y además, el haber vendido esos terrenos era el seguro de vida más grande que podía comprarle a su hija y esposa. Eso había hecho que la ambición del Campesino se modulara un poco. Era tal el ansia que tenía ese hombre de tener y poder, que cada vez se volvía una persona más peligrosa y poderosa.

A Don Luis el tiempo lo había hecho débil y miedoso, pero al Campesino y al Banquero les había disparado aún más la ambición. Había una rivalidad entre ambos por mostrarles a todos quién tenía más poder y podía ejercer más control.

Tampoco el Banquero sabía de la venta de los terrenos, porque hubiera enfurecido; él quería adueñarse desde siempre de esas tierras. Especialmente las que tenían los pozos de agua, que aunque estaban ya muy mermados, valían un dineral. Había una leyenda que decía que si alguna vez se secaban los pozos el pueblo terminaría en una gran catástrofe, y todos deseaban que no fuera cierto, porque con el abuso que habían hecho de ellos, no sería raro que en algún momento llegaran a secarse.

El día que el Campesino compró los terrenos de los pozos, lloró por segunda vez en su vida. Llevaba mucho tiempo presionando a Don Luis para que reventara y no pudiera más con la presión. Primero le puso la seguridad a él y a toda la familia, para que sintieran su cercanía y su presencia, y no pensarán en traicionarlo. Después, lo había obligado a presenciar varios escarmientos que su gente le había aplicado a traidores y ladrones. Y por último le pidió que firmara unos papeles en blanco como símbolo de lealtad hacia él, a lo cual se negó rotundamente. Por esa desobediencia le dijo que perdería todo su apoyo y protección... o le daba la oportunidad de comprarle los terrenos sembrados, y lo seguiría protegiendo. No había otra forma de salir de la situación que no fuera vendiendo. Esto le compraba un poco más de tiempo para no tener que

entregarle la finca. Eso jamás.

Lula entró en pánico cuando Don Luis le platicó todo esto. A ella no le importaban las tierras, le importaba poder sacar el dinero de la Finca. Había tenido un sueño en el que estaba ella con Don Luis y llegaba el Campesino con su gente y los sacaban arrastrando. Los despojaban de todo. Y ella solo veía a lo lejos su invernadero. Y a todos estos malditos, robando lo que durante años se había dedicado a resguardar con tanto cuidado.

Irónicamente, ahora tanto Lula como Victoria compartían las pesadillas del despojo de la propiedad. Y el peligro era latente.

24.

Llegó el día que tanto temía Elena. Sus hijos estaban listos para partir. Los Perfectitos eran una magistral combinación de sus padres. Físicamente hermosos y benditos con el espíritu y las ambiciones de su madre. Tenían talento e inteligencia. Perfecto era amante de la naturaleza y quería estudiar y después viajar por el mundo, trabajando en organizaciones que apoyaran la regeneración de los destrozos del ser humano.

Perfectito quería ser músico, famoso. Tocar corazones. Era el sensible de la familia.

Durante mucho tiempo, la familia de Elena resintió la tensión que producía la inminente partida. La relación con el Frígido había pasado de cordial y educada, a fría, agresiva y hasta peligrosa. Cuando dedujo que era demasiada coincidencia que su mujer y la prima quisieran comprar la propiedad que era su putero favorito, enfureció contra Elena. Como lo hizo en aquella ocasión que Elena le reclamó su frigidéz, le gritó, la jaloneó y estuvo a punto de golpearla. Desde ese día le tenía pánico y se había dado cuenta de lo que podía ser capaz. Elena sabía que no podría soportar vivir en la misma casa con él sin la presencia de sus hijos.

Victoria estaba feliz, porque creía que en cuanto los hijos de Elena se fueran, ella tendría todo el tiempo para pintar y para estar juntas. La relación se había vuelto muy complicada en varios sentidos. Por un lado, Victoria dedicada en cuerpo y alma a Fusiones, se había vuelto muy demandante con Elena. Como sentía que pasaban tan poco tiempo juntas, cuando podían estar solas era demasiado empalagosa y obsesiva. No acababan de cerrar una puerta cuando se abalanzaba sobre Elena a besarla, acariciarla; quería tenerla desnuda junto a ella, sintiendo el cuerpo que pensaba era el más hermoso del mundo. Le encantaba olfatearla todo el tiempo para llenarse de ese aroma que desde el primer encuentro la tenía enloquecida. No dejaba de repetirle a Elena cuánto la amaba, cuánto la necesitaba y de qué forma su vida era perfecta. Sentía que lo tenía todo: a Elena, a Fusiones y muy pronto, a los Perfectitos a muchos kilómetros de distancia.

Había dejado de leer con Elena sus amadas revistas, porque llegó un momento en que Elena abiertamente le dijo que no le gustaban, así que decidió volver a reservar ese placer solo para ella. Ahora que tenía la posibilidad de adquirir cuantos libros y revistas quisiera, había diseñado un área especial, para exhibir todo tipo de revistas, entre ellas sus favoritas y otras del estilo. Esto había sido muy criticado por la familia y algunos clientes, pero la tenían sin cuidado. Como siempre, le importaba un carajo lo que pensarán, y además se había dado cuenta que se vendían muy bien. Había mucha gente que estando en Fusiones, en secreto las hojeaba y después las compraba cuando nadie los veía. Le daba risa, porque sabía que era un placer contagioso. Varias veces le había tocado ver entrar a Chichihuevo; la primera vez supuso que iba justamente a comprar revistas para el putero, pero para su sorpresa, siempre que iba, solo compraba novelas y libros de cuentos. Y casi todas de autores poco conocidos, pero muy talentosos. A Victoria solo le bastaba con ver lo que compraba la gente para saber quién era en realidad. Era como un detector de conciencias a través de su selección literaria. Esa mujer era mucho más que solo una Puta dueña de un Putero; lo sentía, lo intuía.

Victoria se sentía muy nerviosa porque esa noche hacían una gran fiesta para despedir a los Perfectitos. Al siguiente día, el Frígido viajaría con ellos para llevarlos a instalarse en el colegio

y en su nueva vida. Elena había decidido no ir porque no quería enfrentarse a la despedida. La fantasía de Victoria era que la fiesta de esa noche marcaría el inicio de una nueva vida para ellas. Pensaba que ahora que no estuvieran los Perfectitos podrían pasar todo su tiempo juntas. No podía pedir nada más.

La casa de Elena lucía reluciente, iluminada y con un falso aire de fiesta. Quería que sus hijos tuvieran una gran despedida y que no notaran la tristeza de su corazón. Aunque por otro lado sentía una gran alegría, porque ellos estaban logrando un poco de lo que ella siempre quiso: salir del pueblo para no volver.

No faltó nadie, toda la familia reunida. Sentados a la mesa, los malos, los más malos, los infieles, los idiotas, los hipócritas y todos formando un hermoso conjunto de mentirosos. Elena se preguntaba si en todas las familias habría tantos secretos, tantos traidores.

Como normalmente sucedía, la plática estuvo dirigida a temas nada polémicos ni complicados, para que todos pudieran participar. Los constantes “salud” por el éxito de los Perfectitos y una que otra lágrima oculta en las sonrisas.

Victoria buscaba cada minuto la oportunidad de quedar sentada junto a Elena o de cruzar alguna conversación. Y por el contrario, Elena se concentraba en atender a todos y observar una y otra vez a sus hijos para llenarse de su imagen. Empezaba a hartarse de que cada vez que dirigía su mirada hacia los invitados, Victoria estuviera observándola con ojos de mendigando amor. En ese momento se dio cuenta que precisamente, eran esas actitudes lo que le fastidiaba ahora de Victoria.

Cuando la conoció era un huracán avasallando todo. Irreverente y cínica, no le importaba nada. Sus besos y sus caricias eran ardientes, salvajes, intensas. Su mirada era retadora y deslumbrante.

¿En qué momento había cambiado todo?

Ahora su mirada era de súplica, sus besos y sus caricias eran lastimeras, urgidas. No soportaba su maldita costumbre de estar olfateándole todo el cuerpo. A Elena el sexo ya no le apasionaba; había perdido interés y ahora solo veía los errores de Victoria. Se la vivía criticándola, haciéndole observaciones de su conducta, de sus modos, de sus decisiones.

Y lo que más odiaba era su fascinación por las estúpidas revistas con ese asqueroso olor a tinta corriente. Descoloridas, vulgares, y a la vez, tontas y absurdas.

Historias sin sentido, sin principio y sin fin. Solo sexo absurdo y ordinario. Estaba fastidiada de sus “jueguitos” con los personajes y un día se lo dijo en su cara. No quería volver a saber nada de sus estúpidas revistas, y le parecía de lo más insulso el que hubiera puesto toda un área en Fusiones destinada a esas revistas de cuarta.

Pero no se atrevía a terminar con Victoria. No podía. No tenía el corazón para abandonarla, porque sabía que la iba a destruir. Pero seguir con ella era aún peor, porque con su indiferencia, su desamor y todas las dudas que le había sembrado, la estaba empujando a convertirse en esa Victoria, frágil y estúpida. Una mujer lastimosa y temerosa de perder el amor, el único amor que había tenido en su vida.

Elena entró en pánico cuando se dio cuenta que la cara de ridícula felicidad que tenía Victoria, tenía que ver con que sus hijos se marchaban. Seguramente en su cabeza ya se había hecho una fantasía donde solo vivían Elena y Victoria para siempre. Por un momento pensó en irse con sus hijos para siempre, pero no soportaría no volver ver al Alfil. Ese hombre se estaba metiendo en sus entrañas sin control.

Sin engañarse, tenía que aceptar que ya no quería estar con Victoria, porque deseaba como nunca había deseado a nadie al Alfil. En su corazón la pobre Victoria había sido desalojada

vilmente, sin aviso y sin piedad. Elena se sentía una hipócrita porque obviamente conocía la razón por la cual, la relación había cambiado. Claro que lo sabía. Ella era la gran culpable. Por puta, golfa y traicionera. Y sin duda Victoria también tenía su parte de culpa, por perderse en otra persona. Lo que nunca debió hacer, lo hizo; se entregó como imbécil y se negaba como idiota a abrir los ojos ante lo que en el fondo sabía y sentía.

Era tan ciega, que ni siquiera se había permitido sospechar del Ángel y el Alfil cuando la mitad del pueblo ya hacía chismes al respecto.

Nadie sospechó de dos mujeres, pero de una mujer casada que se le veía frecuentemente con un hombre soltero, se prestaba para el mejor chisme en el pueblo. Irónicamente, la relación entre Elena y el Alfil era casi platónica en cuanto a la relación física. Emocionalmente estaban entregados, pero se habían contenido para no traspasar esa barrera. Solo una vez se habían besado y lo frenaron de inmediato, porque la sensación fue tan fuerte, tan intensamente placentera, que se sentían incapaces de manejarlo.

Elena se había sincerado con el Alfil; se atrevió a confesarle todo. Lo dejó tan sorprendido como asustado. Le había tomado varios días el procesarlo. Una vez más, estas dos mujeres lo asombraban por sus alcances y sus atrevimientos. Sin embargo, le temía a una venganza de Victoria. Si se enteraba que estaba tratando de robarle el amor de Elena, enloquecería contra él y seguramente le echaría a perder sus planes. Ahora la amiga se volvía la rival. Nunca pensó verse envuelto en un triángulo de esa naturaleza. Muchas veces había estado con dos mujeres en su cama, contratadas y bien pagadas. Pero nunca como ahora donde una era su rival, y la otra, la única mujer de la que se había enamorado en su vida.

Cuando murió su hermano, el Alfil se sintió derrotado. Era un mal hermano, un fracasado. No había podido protegerlo de los excesos y no había podido salvarlo de la muerte. Tenía clavada en el corazón la culpa; tal vez si se hubiera atrevido antes a huir, él todavía estaría vivo.

Sin embargo, la luz regresó a su vida a través de Elena; se había replanteado su vida pensando en que algún día ella fuera libre y pudieran ser el uno para el otro.

Cuando Elena le confesó su relación con Victoria, se desconcertó enormemente. Tenía una imagen de la Artista casi angelical. Sin embargo cuando escuchó toda su historia, entendió por qué engañaba al Frígido Guango y por qué con Victoria. El desconcierto se tornó en admiración porque entendió lo valiente y lo intrépida que era. Esto lo hizo respetarla aún más, desearla muchísimo más. Además, ¿quién era él para juzgarla? Él, que había sido adicto, traficante y ladrón. Promotor de la prostitución y favorecedor de múltiples engaños.

Y últimamente un traidor, mal amigo.

25.

La despedida fue devastadora. Victoria le había ofrecido estar ahí desde temprano, pero Elena se negó rotundamente. No quería estar con nadie, ni ver a nadie. Quería llorar y gritar, y darle la vuelta al asunto, porque en el fondo de su corazón, sabía que era lo mejor para todos.

La depresión le duró mientras duró la lluvia. El tiempo había estado horrible y eso no ayudaba nada al ánimo, pero en cuanto amaneció soleado, Elena se incorporó y decidió regresar a la vida. Era parte de su esencia ver hacia adelante. Nunca había podido permanecer mucho tiempo en la sombra; había algo en su interior que siempre la aventaba hacia la luz. Su mente trabajaba siempre buscando soluciones. Probablemente resultado de haber trabajado tanto tiempo con personas que de verdad habían tenido vidas difíciles. Enfermos, pobres, olvidados por la suerte. Y además, se moría por ver al Alfil.

Victoria, por no haber podido ver a Elena, había desquitado su furia con los inútiles de la finca y los de Fusiones. Gritando, azotando puertas y aventando todo lo que quedaba a su alcance. Hasta los Chinitos habían llorado amargamente cuando escucharon a Victoria gritar sin piedad a los jardineros por haber podado, sin su permiso el Nogal.

No podía trabajar, pasaba la vida mirando por la ventana esperando verla llegar. Anhelaba que regresara el Ángel a sus brazos. Y cada vez que tenía estos pensamientos, pegaba un grito más fuerte; odiaba lo ridícula y babosa que se había vuelto. Nada más le faltaba pensar y hablar en diminutivo para quererse matar, por oficialmente haberse convertido en una perfecta vieja estúpida.

Para fortuna de Elena, la mente de Vidita no solo estaba enfocada en ella, porque terminando con la despedida de los Perfectitos, cuando llegó Victoria con sus padres a la finca y Don Luis les pidió a ella y a Lula que pasaran a la sala y tomaran asiento, pues quería platicarles algo importante. Les lanzó la bomba.

“Hoy en la mesa que compartimos en casa de la familia de Elena, no solo había familia. También estaba con nosotros una de las personas más despreciables que he conocido en mi vida. Un ser humano que dista mucho de serlo, pues es vil, cruel, ambicioso, despiadado y salvaje. Ustedes no tienen idea de lo que ha sido capaz de hacer y lo que podría hacer. Y yo he hecho algo peor aún. Más despreciable y ruin. Lo dejé entrar a nuestras vidas. Le vendí mi alma al diablo y conmigo, las arrastré a ustedes.

Ha llegado el momento de mi confesión. No lo tenía planeado; ni siquiera pensaba que algún día lo haría, pero hoy no pude más. Ver su cara desfigurada de poder, su ego impostado en todas sus actitudes, su maldad filtrándose siniestramente. Estoy seguro que no falta mucho tiempo para que el infeliz del Campesino nos mande matar porque creo que se está volviendo loco. Yo desgracié las tierras que con tanto esfuerzo mis padres adquirieron y trabajaron honestamente. Yo, por ambicioso y mediocre, permití que en esas tierras se sembraran flores rojas, en lugar de amarillas. Me volví no solo sembrador, sino productor y distribuidor y estuve a nada de volverme consumidor, pero fue la única buena decisión que tomé. Jamás lo he probado, ni una sola vez. Valoré más al dinero que a ustedes, sobre todo a ti, Lula; el nivel de maltrato que te di era para que me odieras, y sin embargo, me perdonaste y estás conmigo. No lo merezco.

Victoria, tal vez me odies por lo que te voy a decir, pero no tenía salida. Le vendí todas las tierras del abuelo al Campesino. Todo menos la Finca.

Y lo hice primero porque prácticamente me obligó a hacerlo, y segundo, porque pensé que era la única forma de salvarlas a ustedes y a la Finca. De ganar un poco de tiempo para pensar en algo que nos pueda ayudar. Por supuesto que él lo que más quiere son estos terrenos. Han sido su deseo desde siempre. Se casó con mi hermana con una sola idea, y esa era hacerse de todas nuestras tierras, especialmente la Finca.

Pero esta noche no soporté sus aires de gran señor. Estaba seguro que iba a aprovechar el momento para soltarles a todos que él era el nuevo dueño. No sé por qué se contuvo, pero lo que sí sé es que yo ya no tengo nada que ver con esos negocios. Tengo suficiente dinero ahorrado para que vivamos sin problemas. Pero veo venir una guerra. Y aunque trate de no involucrarme, lo más probable es que tenga que hacerlo. La guerra va a ser entre el Campesino y el Banquero. Ambos quieren el control de todo y presiento que va a acabar en una tragedia. Y quiero que estén prevenidas, no confíen en nadie. La seguridad que tenemos es pagada por el Campesino para vigilarnos e informarle de todo. Tengan cuidado”.

Lula, quien ya sabía todo, mantuvo la calma en actitud de apoyo total para su marido. Victoria no movía un musculo, ni un pestaño. Solo pensaba en las tierras del abuelo en manos del infeliz Campesino. ¡Vaya sorpresa! Nunca imaginó que el líder, era esa piltrafa humana. Qué guardado lo tenía. Y rabiaba de pensar en la imbécil de Desgracia y sus idiotitas Pestilentes, como dueñas y señoras de todo.

Para sorpresa de su padre, no reaccionó con furia, porque temía desde hacía mucho tiempo que esto podía pasar. Lo sabía desde aquella vez que habló con el Alfil y le confirmó todo lo que estaba pasando. Se logró controlar consolándose con el hecho de que la Finca seguía siendo suya. Y eso era lo único importante en ese momento.

Tendría que hablar con el Alfil de la guerra que se iba a destapar. Si era verdad lo que decía su padre, el Banquero sería protagonista en esa masacre.

Victoria le contestó a su padre: “Antes de permitir que la finca tenga otro dueño, te juro que me apertrecho y le prendo fuego con todos los que estén dentro. Buenas noches”. Se fue caminando hacia su habitación, disimulando cómo le temblaba todo el cuerpo.

Ya estando en su cama, se retorció del dolor. Cada vez que hacía corajes, parecía que todo su cuerpo se ponía de acuerdo para atacar a sus órganos más sensibles y hacerlos sentir y padecer. No dejaba de pensar en la situación que estaba viviendo en ese momento.

Todo era frágil en su vida. Porque a pesar de que la finca no había sido tocada, nada le aseguraba que su padre no saliera con una espontánea idea de dejársela a Lula en compensación por la vida de engaños a la que la había sometido.

Y por otro lado, estaba el maldito Campesino. ¡Semejante siembra mierda, venido a más! Amenazando su vida y la de su familia. Amenazando la paz del pueblo y la de su amigo el Alfil, porque al verse involucrado su padre, él también lo estaría seguramente.

Se avecinaba un conflicto entre los protagonistas de la siembra, y su padre podría estar en medio del asunto.

Lo único que ella creía estable era lo que estaba a punto de desmoronarse, su mundo de ficción.

26.

El sol de la mañana que volvió a la vida a Elena, era especialmente brillante. Parecía que venía acompañado de un profundo silencio en el pueblo. Se respiraba un aire húmedo por el clima que arreciaba. La lluvia había caído sin parar unos anocheceres, tantos, que había generado una especie de meditación colectiva.

“La gente no solo se había encerrado a protegerse del clima, también a meterse en sus intenciones, en sus más íntimos propósitos. Algunos huyendo de los pecados; otros, de sus incontenibles ansias”.

Elena se acordó que era una de las frases favoritas de Victoria, sacada de un cuento que había encontrado siendo muy niña, y que había memorizado de tantas veces leído y releído. Unas palabras que, cuando llovía, le encantaba recitar a cuanto inútil se le paraba frente, para ver sus caras de idiotas sin saber qué contestar. Sin entender un carajo.

Seguramente las próximas cosechas serían abundantes, porque hacía mucho tiempo que no llovía de esa manera.

El pueblo se había acostumbrado a vivir más bien en la sequía, siempre racionando por el miedo a que los pozos se secaran y la maldición finalmente les llegara.

Solo los dueños de los pozos gozaban sin miedo de la abundancia. Aunque si la lluvia seguía presentándose tan frecuente, las tierras de los pozos, ya no serían tan valiosas. La gente no necesitaría comprar agua, la podría almacenar en sus cisternas. No habría necesidad de regar. ¿Sería posible que al sueño del Campesino se lo llevara el agua y la chingada al mismo tiempo?

Habría que esperar a ver realmente la calidad de la cosecha.

Elena decidió caminar desde su casa hasta Fusiones porque necesitaba armarse de valor para hablar con Victoria. Iba pensando tantas cosas que su mente le abrumaba. Sus hijos ya estaban en el colegio, había hablado con ellos varias veces y los escuchaba contentos. Por una parte, se sentía desplazada y no necesitada. Y por otra, muy tranquila; porque si ellos eran felices, ella también podría tratar de poner orden en su vida.

Lo que le angustiaba mucho era que no sabía nada del Frígido y suponía que ya no tardaría en regresar. Era el momento perfecto para separarse, para quitarse de encima ese lastre que por tanto tiempo arrastró y toleró.

Sin embargo le daba miedo su reacción; durante todo el tiempo que compartió con él, descubrió que tenía un lado muy oscuro. Le dio mucho miedo acordarse de su reacción cuando el evento del Terreno de la Quija. Y si algo era importante para él, era la imagen de la familia perfecta que tenían ante todos. Tal vez tan importante como para no querer separarse de Elena, aun cuando ninguno de los dos fuera feliz. Aun cuando estando solos en la casa, seguramente no habría ni un hola ni un adiós. Tenía que ser muy inteligente para no armar una tormenta que después no pudiera controlar y que acabara afectando a sus hijos. La realidad era que, de no ser por ellos, hacía mucho tiempo que lo hubiera mandado al carajo.

A la chingada debió mandarlo justo la noche que se atrevió a teparle la boca con la mano y a paralizarla, al prohibirle moverse y gozar. La condenó al aburrimiento, y durante todo este tiempo, increíblemente jamás había caído en la tentación de atacar sexualmente a su mujer. Muchas

ocasiones entrando a su cuarto, había encontrado a Elena con muy poca ropa o desnuda y siempre se salía como asustado, pidiendo perdón por la indiscreción. Cuando Elena empezó a tener relaciones con Victoria, fantaseaba que estando las dos en la cama aparecía el Guango transformado en Grandote y tenían un sexo salvaje los tres. Él las besaba, las acariciaba y les hacía el amor una y otra vez. Elena, en la época que más enamorada estaba de Victoria, soñaba que el Guango las amaba a las dos y vivían todos juntos en una especie de comuna, en su mundo particular.

Cómo cambiaba la vida; ahora esas dos personas que en algún momento fueron su máxima fantasía, eran dos obstáculos en su felicidad.

Estando a unos pasos de Fusiones se empezó a acobardar. Le dio miedo, pánico y terror. Moría por un lienzo para poder desahogar todas esas emociones.

Cuando entró se dio cuenta de que Victoria la estaba observando desde lejos, venía caminando y no le quitaba la mirada. Una mirada anhelante, especuladora, desconcertada, emocionada. Victoria no dio un solo paso; esperó que Elena recorriera toda la distancia, quería admirarla, quería llenarse de su gracia. Cuando por fin se encontraron, Victoria sin importarle nada, trató de besarla en la boca. Elena se negó con energía y hasta con rudeza. Estaban los inútiles y los clientes, y sobre todo, estaba la imagen de Elena, que por ningún motivo pensaba destruir ahora. Si antes no lo había permitido, ahora mucho menos. En ese momento Elena se dio cuenta de lo grave de la situación. Victoria estaba loca; seguramente creía que porque sus hijos ya no estaban podría actuar como amante adolescente y todo estaba bien. Con palabras hirientes increpó a Victoria, exigiéndole que se comportara. Irónicamente, como alguna vez el Guango lo hizo con ella.

En todas las historias siempre hay escenas que se repiten, pero con diferentes protagonistas. A veces se es el malo, a veces el bueno. Momentos donde se sufre y otros donde, sin intención o con la peor intención, se hace sufrir. Elena estaba haciendo sufrir a Victoria y Victoria lo sentía y lo permitía. Muchas veces se repetía a sí misma: “estás donde quieres estar y lo que te está pasando es porque tú lo escogiste y lo permitiste”.

Sentía el desamor de Elena y se aferraba a su trazado de vida. Una historia de revista donde no había altibajos. Donde pasara lo que pasara, siempre habría un final feliz. Donde los protagonistas vivirían enamorados eternamente. No había dudas ni resquemores. Sí, había malos, pero eran derrotados heroicamente para que el triunfo tuviera un mejor sabor.

El problema era que una de las protagonistas se había desaprendido su papel. Y no era cuestión de unos cuantos ensayos para volver a estrenar. Era seguramente el fin.

Elena se arrepintió de lo grosera que había sido con Victoria y se acercó a darle un beso en la mejilla, la abrazó suavemente y en seguida caminó en dirección a la oficina. Victoria la siguió, como quien sigue a su verdugo al paredón. Mientras daba esos pasos, por su mente pasaron todas las risas, los besos, los momentos robados, intensos y excitantes. Las promesas, los juramentos. Las ilusiones materializadas ahí mismo en ese espacio, que era de ellas. Concebido y creado por el amor y la comunión de soledades y desamparo que antes de tenerse habían vivido.

Victoria la injusta, la tirana, la cruel, estaba por recibir la puñalada más dolorosa de su existencia. Elena no podía más; no seguiría hiriéndose e hiriendo a Victoria en esta absurda situación, que desde que se gestó, estaba predestinada al fracaso.

Las relaciones imposibles son así, imposibles. Y solo en la ficción el mundo se arregla a conveniencia de las estrellas, para que el final feliz prevalezca. En la vida de las Aventureras no era así. La Aventura estaba por terminar. Victoria lo sabía y el corazón le latía a toda velocidad. Por un momento pensó en usar el recurso más vulgar de los amantes abandonados. Rogar, llorar,

amenazar con el suicidio o con el homicidio.

Tal vez no amenazar, hacerlo ahí mismo. Terminar de una vez con su desgracia. Un final donde la protagonista terminaba muerta en medio de la calle, con la ropa desgarrada, los pechos al aire, los zapatos desajustados, sangre por todos lados y un perro lamiendo sus heridas. Justo como el último capítulo de “la Loba”, una de las descoloridas revistas de edición especial, que últimamente estaba entre sus consentidas.

Victoria cerró la puerta y quedaron frente a frente las amantes. Elena empezó a llorar sin control y a Victoria le pareció muy poco auténtico. Esta mujer que era el amor de su vida, por la que durante tanto tiempo había vivido en las sombras, por la que hubiera dado su vida, ahora la trataba como imbécil. Creía que unas cuantas lágrimas iban a borrar la culpa por la traición de haberla dejado de querer. Ese no era el plan: ambas habían jurado amarse siempre, por siempre y para siempre. Y Elena se había ido -poco a poco- desenamorando, desobedeciendo la autenticidad del juramento. No tenía perdón, y ahora el insulto del drama que estaba actuando.

La realidad es que Victoria no estaba tan equivocada; Elena estaba tan nerviosa, que una gran parte del drama era como una distracción buscando que de su boca saliera algo que no provocara una tragedia. Pero Victoria la conocía tan bien que inmediatamente se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y fue en ese preciso momento que la tristeza la invadió. A su historia de amor no le quedaba ni siquiera un poco de algo que hiciera que a Elena le costara trabajo despreciarla. Que se le desgarrara aunque fuera un poco el alma. No, tenía frente a ella a una desconocida que actuaba una pseudo tristeza y que estaba preparándose para decir lo que del corazón no le salía.

Por un momento Victoria estuvo a punto de hablar y ser ella quien de una vez por todas terminara con todo, pero esperó pacientemente. Estaba tratando de desilusionarse, de desenamorarse, de desinteresarse, observando la patética actuación de la que pensó sería la protagonista de todas sus historias y que en ese momento no era otra cosa que una actriz segundona, de medio pelo, sacada de un prostíbulo de quinta, con promesas de fama haciendo el ridículo en una audición.

Se contuvo un muy buen tiempo, hasta que ya no pudo más.

Lanzó un grito que paralizó a Elena: “¡YA CARAJO, DEJA DE LLORAR!”

Y modulando su voz lo más que pudo dijo: “Nada me hubiera dado más lástima que ver a Rosita rogarle a Julián. Es impensable que una persona que fue amada e idolatrada, baje del pedestal para ensuciarse usando los recursos más bajos para retener. La dignidad es lo único que debe prevalecer, a pesar del pánico que recorre al condenado a la soledad. Hoy me toca honrar ese pensamiento y no te preocupes, no voy a deshacerme en reclamos y mucho menos en discursos de convencimiento. No podría soportar que habiéndonos atrevido a tanto para amarnos, fuéramos tan vulgares para separarnos.

Este lugar es el sueño de mi vida; tú solo lo seguiste porque te enredé con mi discurso. Así que, si no vas a comprar algo, no tienes nada que hacer aquí”.

Elena estaba paralizada; hacía mucho tiempo que no veía a esa Victoria en acción. Esa era justamente la persona que durante mucho tiempo la tuvo interesada, idiotizada. La que la había hecho salirse de todos sus esquemas y hacer que se enamorara del ser humano contenido en una mujer y no en un hombre como era lo “correcto”. Había resurgido y la admiraba por ello. Sorprendida una vez más, hoy se daba cuenta que haber pendejeado y menospreciado a Victoria Estúpida Herminia, la hacía a ella más imbécil e ignorante. Si Victoria se había debilitado en el pasado había sido por amor, no por blandengue. Y hoy estaba ahí delante de ella, demostrándole que era quien era y siempre lo había sido. Digna, fuerte, cruel. Era ella quien la estaba expulsando de su vida y de Fusiones. Y sintió pánico. ¿Qué le quedaba ahora? El amor por sus hijos a

distancia. El impulso paralizado por pintar. La apuesta por un nuevo amor. El tiempo que se le había venido encima y pasaba sin control. Y lo más patético, un matrimonio falso y agobiante que no sabía cómo terminar.

Victoria la sacó de sus pensamientos cuando con un látigo de voz le dijo: “¡Qué esperas, vuelve a tu vida, Elena Mojigata!”

Elena salió apresuradamente con el corazón destrozado. ¡Qué ironía! Ella, que pensaba que saldría liberada, se sentía como un animal enjaulado; presa de sus inseguridades y de sus traiciones.

Victoria se volteó para no verla salir; ya no podía más.

Las emociones la embargaban; por un lado, el orgullo de haber sido fiel a su esencia y no caer derrotada, y por otro, la más absoluta y absurda tristeza y desolación. Tenía que salir de ahí; no podía estar un minuto más guardando las apariencias. Quería que sus venas colapsaran, que su corazón tropezara con el ritmo de sus latidos, que los pulmones se gratinaran y la sangre abandonara su cuerpo para volverse de hielo.

Quería dejar de respirar.

Echó a correr hacia la calle conteniendo la respiración.

*E*n la Finca, unos asustados -y otros ya acostumbrados- a los altibajos de Victoria, solo se mantenían a la expectativa.

Victoria llevaba muchos amaneceres y anohecidos sentada junto al Nogal. Por momentos, golpeando con el hacha al inmenso tronco. Otros, arrancando los pedazos que sus manos lastimadas podían desprender.

No se había separado de ahí para nada.

Sin comer, con la ropa sucia y desgarrada. Oliendo a orines y heces que había dejado escapar sin el menor pudor. Lloraba sin control y maldecía una y otra vez con unos gritos que cimbraban la tierra. El árbol lloraba con ella; había perdido su color, parecía que la maldición de su tristeza se había permeado al Nogal.

Frente a ella desfilaron sus padres, los papás de los Chinitos, los Chinitos, y hasta la Cachetes, pero nadie consiguió calmarla ni alejarla de ahí. Parecía como embrujada. Si antes le tenían miedo, después del episodio del Nogal toda la gente de la finca y los alrededores construyó la leyenda de Victoria la desgarrada. Decían que se había quedado sin uñas de tanto rasgar la corteza queriendo despedazarla. Estaban seguros que se dejaría morir y todos en el fondo esperaban que sucediera pronto, para que regresara la paz.

Sin embargo mucho tiempo después, estando Don Luis y Lula en el comedor, la casa se empezó a impregnar de un aroma pestilente, nauseabundo. Victoria entrando a la casa, desnuda, caminando débilmente, pero con la mirada firme de siempre. Pasó frente a sus padres y les dijo que tenía hambre, que quería que le mandaran comida a su cuarto. Lula se paró de inmediato y corrió a la cocina a ordenar que le llevaran a su cuarto cuanto comida hubiera. Le remordió la conciencia terriblemente, porque hacía tiempo que no se acordaba que Victoria estaba fuera. Una demostración más de lo poco que a nadie le importaba. Y Victoria lo sabía. Nadie había hecho más de un intento por convencerla, por ayudarla, por saber qué era lo que la atormentaba. La única persona que la ayudó a sobrevivir fue Olivia.

Con su presencia, en muchos momentos, observándola, sonriéndole, contándole cuentos, visitándola como a un animalito herido. Y su más fiel amigo, el nogal, que con sus frutos la alimentó para que no muriera de hambre. Si no hubiera sido por él, quién sabe qué hubiera pasado, porque a nadie se le ocurrió que sería buena idea llevarle comida de vez en cuando.

Bajo el majestuoso follaje, los restos del duelo de Victoria. Cáscaras de nuez por todos lados. Harapos pestilentes y roídos. Desechos humanos y pedazos de forro de árbol por todos lados. Y muy cerca de la base un espectáculo espeluznante: uñas encajadas en la corteza. Rastros de piel y sangre que quedarían por siempre como entierro para el único amor en la vida de Victoria.

Vidita estaba muerta y enterrada. Nunca nadie más en la vida la llamaría así.

Entró a su cuarto y casi a rastras, hasta la regadera. Una eternidad bajo el agua quitándose la mugre, arrancándose las costras, sacándose los animales. Enjabonándose las heridas, gritando de dolor. Pero de dolor físico. El alma se había congelado; era fuerte, era indiferente.

No necesitaba a nadie y no quería a nadie.

Aunque la estocada no se había dado todavía. Una cosa era perder al amor y otra saberlo

refugiado en brazos de otro. Infinitamente más doloroso aún.

Comió todo lo que le llevaron y sació su sed hasta sentir que le reventaban las tripas. Llamó a la mamá de los Chinitos para que le vendara los dedos, las manos, los pies, y le diera una friega de alcohol en todo el cuerpo. Se recostó en su cama, temblando y reflexionando acerca de lo que había hecho; sus pensamientos no se ordenaban muy bien. Necesitaba dormir y no volver a llorar nunca.

Dormía unas horas y se despertaba a escribir. Sentía que se moría del dolor cada vez que tomaba la pluma y la deslizaba por el papel, pero no le importaba; lo que tenía que vaciar era demasiado para esperar a que sus dedos se curaran.

En cuanto se deshizo de toda su peste, recuperó el impecable olfato y percibió el intenso olor a muerto vivo impregnado en toda la finca. Ordenó regar el Nogal sin parar, con agua de rosas. Revolver la tierra a su alrededor. Quemar los restos de harapos y desinfectar toda la propiedad con un preparado de alcohol y esencia de eucalipto. En cuanto fueron obedecidas sus órdenes, la finca recuperó ese olor, mezcla de las esencias que con tanta habilidad Victoria sabía combinar. Nadie sabía que era, pero la presencia de Victoria siempre era anunciada primero por su aroma tan particular y seguida inmediatamente por sus gritos desaforados. Estuvo a punto de destrozar el único cuadro de su habitación, pero no pudo. Lo volvió a colgar sobre su cama. El mejor recuerdo de la maravillosa aventura que la vida le había regalado y robado. Se sentó con las manos hacia el cielo. Quería apaciguar un poco el dolor de los dedos y sentía cierto alivio de esa manera. Dejar las uñas en el Nogal había sido el símbolo del abandono. Le habían arrancado una parte de sí misma e iba a doler durante mucho tiempo, tal vez para siempre. Pero así como las heridas sanarían y las uñas volverían a crecer, tenía la esperanza que algún día su memoria dirigiera el impulso a diluir los recuerdos de Elena, cuajándolos en el rincón más insignificante, convertida nuevamente en la Mojigata.

Elena se iba transformando mientras más se alejaba de Victoria. Salió deshecha, rota y triste, pero mientras más distancia ponía de por medio, más profundamente podía respirar. Respirar le daba claridad de pensamiento y le purificaba la conciencia. Sí, era verdad que era ella la culpable de haber roto todas las promesas e historias inspiradoras, pero también era verdad que sí se había entregado con todo. Que había amado profundamente a Victoria y que en su momento sí pensó que sería para siempre.

Las siguientes respiraciones le ayudaron a cortar por completo el llanto incontenible que no pudo o no quiso controlar en presencia de Victoria. Lo sucedido era lo mejor para las dos. Aunque preocupada por la reacción de Victoria, conociéndola, sabía que todo lo que había contenido lo iba a reventar hacia algún lado. Tal vez el cuadro que con tanto amor había pintado para ella, estaría hecho pedazos. Roto en pedazos, como terminaba la aventura.

Entró a su casa decidida a escribirles a sus hijos, cuando se topó de frente con el Guango. Le dio una rabia instantánea; lo que menos necesitaba en ese momento era otra confrontación. No era un momento para resolver otro de los grandes dilemas de su vida. O tal vez sí. Irónicamente, la vida le presentaba la oportunidad para cerrar con una actuación magistral su falso desgarramiento sentimental. Pero el Guango tenía otro plan.

Segundos después de coincidir las miradas, Elena sintió como su cara rebotaba contra la pared: el infeliz le había cruzado la cara con el puño cerrado. De la boca partida salían hilos de sangre que caían al suelo formando pequeños charcos en el piso. Fue tan fuerte el golpe, que por unos momentos Elena salía y entraba del estado de consciencia e inconsciencia. La cabeza le retumbaba y los dientes le bailaban en la boca. El hijo de puta le había aflojado varios dientes con el cobarde puñetazo.

Arrastrándola del pelo como muñeca de trapo, la sentó en un sillón y le escupió en la cara. Tomó unas tijeras y de un zarpazo le arrancó la hermosa trenza. Le siguió cortando pedazo a pedazo hasta que la dejó totalmente calva. La levantó del cuello y en un último acto de rabia, empuñó la afilada tijera y la marcó en la mejilla. El recuerdo de su traición.

Elena se retorció de dolor, deslizándose del sillón al piso lleno de sangre.

Perdió el conocimiento y entró en un sueño profundo, una muerte pequeña, un estado de coma, un escape al sufrimiento.

Esa fue la última vez que al Guango se le vio en el pueblo. No se llevó ni un pañuelo; dejó todo como estaba y se regresó a su país para nunca volver.

Cuando Elena pudo abrir los ojos, la obscuridad era absoluta. Por un momento pensó que estaba en el Purgatorio expiando sus culpas. Apenas si podía moverse y el dolor en la cara era insoportable. Además de los dientes flojos, la mandíbula estaba fracturada y le producía un intenso dolor que le hacía imposible abrir la boca para articular palabra.

Volvió a cerrar los ojos y cuando regresó a la consciencia, ya el sol brillaba. Tuvo que adecuar su mirada al destello que recibía. Sentía mucho dolor, pero también una gran liberación. El Cobarde Frígido Guango había tenido su venganza.

Elena pensaba que seguramente sabía todo desde hacía mucho tiempo y había esperado

pacientemente que no estuvieran sus hijos para ejecutarla. En realidad le daba demasiado crédito al Infeliz; si no hubiera sido por el incidente de los coches tal vez jamás se hubiera enterado. La suerte quiso que justo un día antes de irse los Perfectitos, la verdad se revelara.

Ahora Elena era libre, libre de Victoria, libre del Guango. Era libre pero se sentía sola. Le asustó sentirse así. Tal vez necesitaría tiempo para asimilarlo.

Como pudo, se arrastró hacia el baño y lloró al verse en el espejo. Parecía un remedo de sí misma. Sin pelo, toda hinchada, cortada y con la sensación de los dientes a punto de caer. Tenía que ir al hospital. Se echó agua en la cara, se puso una toalla en la cabeza. Se encaminó a la entrada de su casa. En cuanto salió, las personas que venían pasando se asustaron de cómo se veía la pobre mujer. Estaba irreconocible. En su media lengua, le pidió a esas personas que llamaran a una ambulancia y se sentó en la banqueta a esperar; las gotas de sangre se combinaban con las lágrimas que caían. Lágrimas de verdad, no como las que había desperdiciado en el episodio de su patética actuación con Victoria.

Estuvo en el hospital mucho tiempo, hasta que se recuperó. Cuando pudo dar información, les narró que había sido atacada por un extraño que difícilmente podría reconocer.

Nadie le creyó, pero a todos les convenía la historia.

A sus padres les dijo que el día de la despedida de los Perfectitos había acordado con su marido separarse. Así que él no regresaría; nadie debería tratar de avisarle porque ya no eran marido y mujer.

Para terminar de recuperarse se mudó a casa de sus padres, donde pasaba todo su tiempo pintando.

No había querido salir, no quería que nadie la viera. No saldría de ahí hasta que se curaran sus heridas, y que su pelo creciera lo suficiente para tener apariencia de mujer.

Su única comunicación además de con sus hijos, había sido un mensaje que le envió al Alfil para decirle que iba a estar un tiempo con sus padres y que ella se pondría en contacto con él cuando todo estuviera bien.

Practicaba como taparse la herida de la mejilla. Había sido muy profunda, por lo que sería difícil que no se notara. El maldito Guango había cumplido su cometido. Quería que fuera una mujer marcada y lo había logrado.

A pesar del sufrimiento, en el fondo sentía una felicidad absoluta. Era una sensación casi olvidada. Dueña de su tiempo, de sus decisiones y de su destino. Cuando extrañaba a sus hijos, de inmediato les llamaba y si no los localizaba, les dejaba un mensaje. Solo con saber que estaban bien, su alma se alimentaba y sentía toda la paz del mundo.

Su padre no se engañaba como el resto de la gente; él sabía que el cobarde atacante había sido el infeliz del marido. Era un hecho que no se querían y que la relación subsistía solo por los niños. Como muchas veces, ahora más que nunca, se arrepentía de haberla llevado al Norte donde conoció al maldito. Todos los días paseaba por el pueblo deseando que volviera para matarlo ahí mismo, como cucaracha. Quería que sintiera la furia del padre. Y mientras eso sucedía, lo que quería era que su hija se recuperara y fuera feliz. Le extrañaba mucho que Victoria no hubiera ido a verla al hospital o a su casa. Casualmente cada vez que la había ido a buscar a Fusiones no la encontraba, y en su casa tenían prohibido decir nada a nadie, de lo que estaba pasando con Victoria en el Nogal.

Ni en la finca ni en la casa de los papás de Elena se habían recibido visitas en mucho tiempo.

Ambas propiedades tenían secretos que ocultar.

29.

*E*l día de la despedida de los Perfectitos, se había hecho un gran congestionamiento en la calle por la cantidad de autos de las personas que llegaban a la fiesta. El Guango salió a ver qué pasaba y se enfureció al ver que los responsables de estacionar los autos estaban a varios metros de donde debían, distraídos fumando y platicando.

Acababa de llegar Victoria y su rémora estaba justamente acercándose al grupo para convivir, cuando el Guango empezó a gritarle y a insultarlo de la manera más ofensiva, racista y cruel. En ese momento, ahí mismo, por una maldita coincidencia, se enteró de todo. La rémora, le gritó en su cara lo poco que le importaba que lo ofendiera un cornudo, pendejo e imbécil como él, que llevaba mucho tiempo engañado por su esposa y además, con otra mujer.

El Guango se puso como loco, quería matarlo y lo hubiera hecho si no hubiera sido porque el resto lo detuvo, mientras el mensajero de negras noticias corrió por su vida.

Encolerizado, entró a su casa; rabiaba echando espuma por la boca, pensando que era la burla del maldito pueblo. ¡La cara de imbécil que le había visto su mujer durante quién sabía cuánto tiempo! Ahora entendía por qué de manera tan súbita la relación tan cercana con su prima, el negocio, las noches quedándose en su casa y todos los detalles que ahora que le habían quitado la venda podía ver. Si hubieran estado solos, ese día la hubiera destrozado sin piedad. Le habría marcado la cara con ácido, le habría destruido a puñaladas el cuerpo. Era lo mínimo que la puta desgraciada merecía.

Pero estaban sus hijos, era el último día. Al otro día se iría con ellos al norte y no quería que presenciaran lo que pensaba hacerle a la traidora pervertida.

Le daba asco pensar que su “santa” esposa fuera amante de una mujer.

No dejaba de pensar en que debió haberle quitado a sus hijos desde que llegaron al mundo.

Debió haberla matado en la noche de bodas, haberla cortado en pedazos, meterla a las maletas, llevarla hasta el barco y lanzarla por la borda.

El haberse contenido para no matarla ahí mismo en frente de todos, fue la prueba más grande no a su autocontrol, sino al amor que sentía por sus hijos. Ahí se dio cuenta lo importante que eran en su vida y que no haría nada por hacerlos sufrir. Pero sin duda regresaría a castigar a la prostituta de su mujer y después se largaría para nunca volver al maldito pueblo, donde su hombría se había hecho pedazos.

Y como lo pensó, lo hizo. Pasó un buen tiempo por allá y se aseguró que sus hijos estuvieran bien.

Tranquilamente, sin equipaje y con regreso al día siguiente, llegó a su casa sin saber exactamente qué haría, con la venganza hirviéndole la sangre.

En el momento que vio entrar a Elena su primer instinto fue apuñalarla hasta sacarle el corazón, pero no pasaría el resto de su vida en la cárcel. No dejaría a sus hijos huérfanos de madre y señalados con un padre asesino. Así que el impulso que dejó escapar fue un puñetazo con una fuerza descomunal directo a la cara.

Fue un golpe tan brutal, que estuvo cerca de provocarle un daño cerebral permanente. Elena había tenido mucha suerte; había sobrevivido, con muchas heridas y dolor, pero casi todo

reversible. Hasta la cicatriz con el tiempo se iría borrando. Pudo haber sido mucho peor; barata le había costado su traición y ella lo sabía.

En cuanto terminó de golpearla, arrastrarla, raparla y marcarla, sintió paz en sus entrañas y dio por terminada su venganza. No se tomó la molestia de cubrir sus huellas, porque estaba seguro que Elena no se atrevería a acusarlo. Así que miró a su alrededor por última vez la que había sido su casa por tanto tiempo y salió con la única intención de emprender el camino de regreso a su verdadero hogar, de donde nunca debió haber salido.

En el pueblo se supo que había llegado el Guango porque varios lo habían visto, por eso era clarísimo que él había sido el autor de la golpiza. Y también cuando se fue, fue objeto de chismes, ya que se rumoraba que se había llevado a una puta del burdel de la extranjera.

Esta última acción de Elena había reforzado en el Guango lo que siempre pensó de sí mismo: era un excelente esposo y un mejor padre. Jamás había tenido una amante, excepto las ocasionales del burdel (pero esas no contaban). Excelente proveedor, espléndido, generoso como pocos. Respetuoso amante, cumplidor y fértil. Además, una persona con una mentalidad tan abierta, que había dejado que su mujer trabajara, saliera sola, y tantas otras libertades de las que había abusado vilmente Elena.

En resumen, él no tenía nada de qué arrepentirse ni de que avergonzarse, se iba con la frente en alto; si acaso haber golpeado a una mujer “otra vez” podría ser que no hubiera estado tan bien, pero finalmente era su derecho de esposo ofendido.

Solo se había quedado con las ganas de haberle escupido su cochinado en la cara a Victoria. Siempre pensó que él era quien le gustaba a Victoria. Sentía los abrazos tan apretados, que le daban a sospechar alguna atracción. Sobre todo al principio, cuando la conoció. Aunque conforme pasaron los años, notó que Victoria lo evadía hasta para el saludo, pero pensaba que era por la atracción que sentía por él. Ahora sabía que mientras él pensaba que tenía una admiradora, la admiradora se cogía a su mujer en su cara, en su casa y en todos lados. Malditas traidoras.

Se había tardado tanto tiempo en regresar a cumplir su venganza porque estaba preparando todo para llevarse a su favorita. La única mujer que según él, lo amaba. El Guango era un verdadero pendejo. ¿Se le olvidaba que la mujer lo hacía por dinero o le gustaba hacerse el idiota? Era claro que su trabajo era precisamente hacerlo sentir el Macho Alfa de la manada, la bomba sexual más excitante del planeta. Y se convenció de irse con él cuando le demostró que ya tenía una cuenta abierta a su nombre en el país del Guango, por una cantidad más que generosa. Así que ambos se fueron con un propósito. Él, huir con el amor de su vida y ella, con su seguro de manutención, dispuesta a sacarle todo lo que pudiera, y después a huir a su tierra de origen, forrada de billetes. Siempre y cuando el Guango no la sorprendiera en la traición y la mandara lejos, pero cortada en pedacitos.

*P*asaba el tiempo y en el pueblo pululaban los chismes. Nunca como ahora, la familia de Don Luis estaba en boca de todos.

Se decía que la Naturaleza había tomado su venganza por tanta irreverencia en el abuso. Al poco tiempo que Don Luis había sido prácticamente despojado de las tierras de los pozos, parecía que en efecto, una maldición se había echado a andar. Irónicamente, no era la sequía de los pozos como se pronosticaba. La temporada de lluvia había sido intensa pero con espacios -inclusive de sequía-, hasta que llegó un momento en que la lluvia simplemente no paró. El pueblo literalmente se estaba inundando. Nadie se explicaba por qué no paraba la lluvia; nunca en toda la historia del pueblo había pasado algo así.

El Campesino estaba metido en un gran problema: tenía comprometida la cosecha de flores rojas con un comprador muy exigente. Había comprado lonas para taparlas, tenía gente paleando el agua en tambos para evitar la inundación, mandó traer una máquina que extraía líquido y lo mandaba al subsuelo, pero todo era inútil. Las cosechas se perdieron irremediamente.

El sol volvió a brillar cuando en toda la región no quedó una sola flor roja en pie. El agua le había arrebatado al Campesino su producción y su materia prima. Sintiendo omnipotente, había sembrado todas las tierras que ya tenía y las que había adquirido, jurando con sangre a su cliente que entregaría a tiempo inmensidades de mercancía. Y por primera vez en su vida sintió miedo, porque no tenía idea cómo iba a cumplir con lo que había prometido. Tenía un pequeño tesoro que prefería morir antes de entregar y mucho dinero guardado, pero no era suficiente para poder cubrir la cantidad que su cliente ganaría por la venta del producto prometido. Ya que él, a su vez, se había comprometido a entregar en varios países esa mercancía. Así que su vida no valía nada; sus tierras necesitarían mucho tiempo para secarse, abonarse y prepararse para nuevas siembras y aunado al hecho de que cuando una tierra pasa por algo así, las primeras cosechas casi siempre son muy malas, hasta que los suelos vuelven a regenerarse por sí mismos.

Pensó en matarse, pero no fue necesario; misteriosamente, estando en uno de sus campos, le cayó una rama gigante en la cabeza y se la cortó de un tajo. El Campesino no le había dicho a nadie que era el nuevo propietario de esas tierras, y los papeles que don Luis le había firmado, se habían quedado en una caja de seguridad en el banco. Así que ni la esposa ni las hijas sabían de su existencia. La única persona que sabía los secretos del banco era el dueño del banco, quien en cuanto supo de la muerte del Campesino, fue al banco, abrió la caja y menuda sorpresa se encontró. El esperaba encontrar dinero y tal vez joyas, pero no; lo que encontró le sorprendió, le enfureció, pero más le emocionó. Esperaría unos días para saber si el Campesino había hecho un testamento y si esas propiedades aparecían en él. Aunque como conocía a la perfección la forma en que se trabajaba en este negocio, estaba seguro que nadie sabía de la existencia de la caja y mucho menos de la compra leonina de esas propiedades. Así que ese documento firmado por Don Luis, era como oro molido para el Banquero.

Si el Campesino hubiera visto su funeral, habría mandado matar a su mujer y a sus hijas por permitir algo tan corriente, tan simple, sin chiste, sin categoría. Él, que en los últimos tiempos tanta inseguridad tapaba con desplantes de lujo absurdo, había pasado sus últimos momentos en la

tierra en un ataúd de madera, en una funeraria de cuarta y con una concurrencia obligada. Su mujer pensó que no debería hacer gastos superfluos, porque no tenía idea si tenían mucho o poco dinero. No sabía nada de nada. Su esposo había muerto y ella jamás había dispuesto ni del dinero para la comida. Él era el que compraba, gastaba y distribuía todo. Habían tenido una vida muy cómoda, pero muerto él, Desgracia suponía que lo que hubiera lo tendría que cuidar para poder vivir ella y sus hijas.

De la familia solo se presentaron Don Luis y Lula, Singracia y Poste. Las pobres de Desgracia y las Apestosas lloraban desconsoladamente. ¡Si supieran que el hombre por el que sufrían jamás las había querido, que era un asesino, narcotraficante, ladrón, capaz de haberlas quemado vivas por salvarse él! Estas eran las mujeres más estúpidas de todo el pueblo y sus alrededores; nunca supieron nada, nunca se involucraron en nada y ahora iban a pagar las consecuencias. Eran muy ricas, millonarias, pero no tenían idea donde estaba todo el dinero. Tenían propiedades, muchas propiedades en el pueblo y fuera de él, pero no tenían idea que existían. Eran las pobres ricas, que no sabían hacer otra cosa que llorar y llorar.

Ninguna de las Apestosas se había casado, ni siquiera pretendiente se les conocían. Se habían pasado la vida tejiendo, cosiendo, cocinando y atendiendo a su papá, hasta el fastidio. Y Desgracia, que iba por la vida comiendo moscas, ahora le llegaba de golpe a su cabeza la realidad de que en adelante ella sería responsable de la administración de su casa y del cuidado de su familia. Así que decidieron correr a todas las personas que trabajaban en su casa y encerrarse a crear su propio mundo.

Solo salían lo indispensable para comprar comida y provisiones para subsistir. Después de revisar la casa por todos lados, habían encontrado un escondite con una caja de seguridad que sin problema rompieron y dentro, lleno a tope de billetes de los buenos, de los que sí valen y mucho.

Tenían que hacer que ese dinero durara, así que en adelante vivirían en el encierro, solas, en austeridad absoluta. Una prisión impuesta por la ignorancia y mediocridad de depender de otras manos que no sean las propias.

Una vez muerto el jefe, todos los que trabajaban con él huyeron buscando otro amo al que rendir. Todas las rémoras desaparecieron y de la noche a la mañana, extrañamente, se respiró un aire más ligero en el pueblo. Todo parecía producto de una brujería: el Campesino muerto y el negocio de las flores rojas consumido, cuando menos por el momento. La naturaleza tomando venganza de los malditos y de los aprovechados, Lula entre ellos.

*E*n medio de la torrencial lluvia, Victoria se sentía cobijada en su espacio. No estaba lista para salir al mundo; había decidido estar en su habitación, con sus muebles, sus libros y sobretodo, sus revistas. Había pasado horas leyendo toda la serie de las aventuras de las diferentes Rositas, solo para percibir su aroma favorito, cada vez que pasaba las hojas. Por primera vez en la vida se había atrevido a arrancar una página y comérsela. Muchas veces se le había antojado, pero le daba más asco que curiosidad. Sin embargo había llegado el momento de la verdad; la arrugó, se la metió a la boca, masticó, revolvió con la saliva y haciendo un esfuerzo sobrehumano, se la tragó. Respiró profundamente e inmediatamente se vomitó.

Ese día confirmó que lo suyo eran los olores, no los sabores. Tuvo que cepillarse los dientes y la lengua muchas veces, hasta que poco a poco se fue quitando la sensación de lengua de cartón. Le gustaba saber que finalmente se había atrevido, y confirmado, que nunca lo volvería a hacer. Se quedaría con su sentido favorito para disfrutar de todos los aromas del mundo.

Escuchaba la lluvia y su mente, necia como todo en ella, le traía recuerdos de la traidora Mojigata. Era una lucha constante por pensar y no pensar. Sabía perfecto lo que podría pasar si la dejaba suelta. Había un autor que planteaba la tesis que desenamorarse de una persona se volvía imposible, porque en la separación la mente constantemente traía a la conciencia solo los recuerdos buenos. El momento en que se conocieron, el primer beso, el mejor orgasmo, los olores más íntimos, todo lo que era lindo de recordar. Y borraba la realidad, los malos momentos, las razones de la separación y los sufrimientos. Y entonces se creaba una fantasía de querer volver porque finalmente había habido mucho más bueno que malo. La pérdida se volvía insoportable y ahí es cuando un ser humano cuerdo se vuelve un títere del destino, un rojón insoportable, un llorón de pacotilla; Victoria no podía serlo, no quería reconocerlo.

Cuando quedó claro que la lluvia no pararía, salió de su cuarto dirigiéndose a la cocina; observó a Lula pegada a la ventana con la mirada fija en el invernadero. Sus ojos llenos de lágrimas y la cara desencajada emulaban la de un muerto. Sus manos presionando el vidrio como queriendo traspasarlo, y su respiración fuertemente audible asustaron a Victoria. Se preguntaba qué había visto su madre que había provocado esa reacción. Sabía que amaba el invernadero, pero en realidad no tenía tantas plantas y no eran para nada valiosas; las podía reponer fácilmente. Estaba inundado, probablemente a más de la altura de una persona. Era una combinación de agua y tierra corriendo a gran velocidad del interior hasta el desagüe. La salida parecía muy complicada pero gracias a la presión del agua, todo se iba.

Lula veía correr una vida de robo hormiga, de sustos y sobresaltos, de engaños y mentiras. Se despedía de su seguro de vejez anticipada. Solo le quedaba el escondite del cuarto de su hermana, que rezaba no le hubiera pasado nada.

Lula nunca supo que aunque no se hubiera dado la inundación, casi todo el dinero que había guardado estaba ya destruido. No se le ocurrió que antes de meterlo a los tubos debía empacarlo en plástico y sellarlos sin aire, como un profesional lo hubiera hecho. Ella simplemente lo empacaba en bolsas de papel café y las retacaba y retacaba. Los billetes se habían llenado de moho y cada vez que metía más, unos contagiaban a otros de los destructores hongos. En el

momento en que la fuerza del agua rompió los tubos, los billetes ya prácticamente convertidos en polvo, se diluyeron y entre el agua y la tierra se volvieron invisibles. Solo hubo algunos cuantos que sobrevivieron, pero se fueron con la corriente y nunca se recuperaron.

Victoria empezó a sospechar que algo verdaderamente grave le estaba sucediendo a su madre, porque le llamaba y no lograba romper su concentración. La tomaba de los brazos y la sacudía vigorosamente y no regresaba. Estuvo así hasta que Don Luis le dio una bofetada que la regresó a la realidad de la que quería escapar. Lloró y lloró hasta que logró mantener la calma. Victoria se mantenía observándola de lejos, sospechando que algo muy extraño acababa de suceder, y había sido realmente malo, porque nunca en su vida había visto a su madre ponerse así.

Todos pensaron que su tristeza venía de los destrozos del invernadero, el cual le importaba un carajo; ella solo pensaba en todo el tiempo que había justificado sus actividades de sustracción, creyendo que ladrón que robaba a narcotraficante, iba a ser perdonado y no era así. La justicia le había alcanzado de la manera más cruel. Era víctima de su propia ambición disfrazada de justicia. Un mechón blanco le apareció en la frente, un hígado frágil le quedó del coraje, y una vejez anticipada acongojó a todos sus órganos. Su marido le prometió que cuando terminara la lluvia reconstruiría el invernadero, pero ella le prohibió hacerlo, no quería que gastara dinero. Qué ironía, ahora se preocupaba por ahorrar. Dispuso de todo ese espacio para ampliar su huerto y sembrar muchos árboles frutales y una gran hilera de fresas. Quería montar una pequeña industria de mermeladas y conservas, y como últimamente todo lo que se le ocurría le parecía una genialidad a Don Luis, le consintió lo que quiso.

Para Victoria, que hacía mucho estaba acostumbrada a pasar más tiempo en Fusiones que en la Finca, no había sido fácil esta reclusión, esperando a que amagara el temporal para poder salir. Aun estando en su habitación escuchaba lo que pasaba a su alrededor y ya estaba harta de la dinámica que se sabía de memoria desde niña. Superado estaba su coraje con los inútiles. Había aceptado que el hecho de que misteriosamente siempre faltaran cosas, era parte de su condición de empleados casi esclavos, donde ellos se sentían con derecho a tomar un poco de la abundancia que se presentaba antes sus ojos y sus manos.

Después del episodio del Nogal, las manos le dolían permanentemente; a veces se le olvidaba, pero bastaba un pequeño roce o golpe involuntario en algún dedo para que un dolor intenso le recorriera todo el cuerpo. Nunca pudo realmente olvidarse de Elena, porque no solo el alma había quedado invariablemente rota, también sus entrañas la extrañaban, su piel la añoraba. Las uñas le salieron gordas y chatas, y para quitarse el sabor a Elena de la boca, se lavaba los dientes muchas veces al día, lo que hacía que poco a poco se fueran desgastando, volviéndose más pequeños y sensibles.

Cuando por fin todo paró y salió el sol, Lula y Victoria, a pesar de sus angustias, sonrieron y se alegraron. Poco a poco la laguna en la que se había convertido el hermoso jardín, se iba evaporando y emergían las plantas y los árboles que se habían salvado. Por supuesto el Nogal seguía en pie; majestuoso, el soberbio titán salía airoso de un atentado más contra su vida.

Llegado el momento Victoria decidió salir y le extrañó no ver a las rémoras; había estado tan aislada del pueblo que no tenía idea lo que pasaba con el mundo exterior. Albergaba la esperanza que Fusiones estuviera bien, que los inútiles la hubieran mantenido abierta, atendiendo a los pocos clientes que hubieran llegado en medio de la lluvia. Dudaba en salir porque temía encontrarse con Elena. No era fácil separarse y no volver a verse. Tenían una relación familiar, y sobre todo, intereses en común en Fusiones. Victoria quería comprarle su parte y aislarse de la familia para no tener que verla nunca más. En cuanto ella salió, llegó corriendo un mensajero a ver a sus padres; venía cargado de noticias del Campesino. Victoria lo ignoró.

Emprendió su camino al pueblo recorriendo el sendero tan conocido; ahora estaba todo deformado, lleno de ramas y pedazos de papeles. Por un momento pensó que parecía dinero, pero no prestó atención y siguió a toda velocidad.

En el pueblo la gente había empezado ya la reconstrucción de sus casas y negocios. No tenían mucha idea de qué hacer, porque de vivir en un pueblo seco, pasaron a flotar como en barco. Tenían la esperanza que ese evento hubiera sido algo único, que no se volviera a repetir. Con el tiempo lo que siempre se comentó es que ese fenómeno había limpiado al pueblo de todos los males y malos.

Victoria llegó a Fusiones y se mantuvo afuera un muy buen rato; observaba los estragos que había hecho la inundación en la fachada. Una marca de salitre señalaba claramente hasta donde había subido el agua. La puerta estaba abierta y dentro, los inútiles barrían con toda energía los restos de libros y revistas destruidos.

Por primera vez en su vida, sintió aprecio por la lealtad que estas personas demostraban al estar haciéndose cargo de la limpieza y arreglos de lo que ni siquiera era de ellos. Las dueñas se habían desaparecido mucho tiempo y ellos se mantenían ahí. Entró con el miedo de ver sus libros, sus revistas, las obras de arte del Alfil, el cuadro de Elena. La misma marca que estaba por fuera, revelaba por dentro lo que había sido afectado. Todo lo que no había sido alcanzado por el agua estaba salvado, y lo que quedaba bajo el nivel yacía irremediablemente destruido.

Los inútiles brincaron al ver a Victoria, mitad por miedo y mitad de emoción; se sentían totalmente desprotegidos e ignorantes de qué hacer cada día. Seguían presentándose y tratando de ejecutar su trabajo, pero ya la situación era insostenible, así que realmente respiraron con la presencia de la dueña.

Los saludó con cortesía y hasta con una migaja de cariño, hasta que llegó a la sala de exhibición y la vio vacía. Un grito descomunal retumbó preguntando qué diablos había pasado con todas las obras. De inmediato obtuvo su respuesta: el señor que las había traído, se las había llevado en cuanto empezó a arreciar la lluvia. Evidentemente era el Alfil, había hecho bien; se llevó sus obras para protegerlas, pero ¿quién diablos lo había autorizado a llevarse el cuadro del Nogal?

No tenía ningún derecho sobre esa obra y Victoria sabía dónde encontrarlo para reclamarle.

En general parecía que las pérdidas no habían sido tantas y resultaba que todo lo que faltaba se había vendido, porque la gente estaba tan aburrída con la lluvia, que muchos libros habían sido consuelo para el encierro. Fusiones tendría suficiente dinero para reponer lo destruido y arreglar los desperfectos.

Les preguntó si Elena había ido por allá, pero le aseguraron que no la habían visto desde el día que estuvieron las dos.

Decidió concentrarse en poner de nuevo de pie su adorado espacio, iba a reacomodar todo. Cambiar estantes, pintar mesas y renovar el área de exhibición. Quería que el Alfil pudiera ver que todo volvía a la normalidad para pedirle que llevara nuevas obras para una reinauguración y que regresara lo que no era de él.

Decidió no regresar a la Finca; mandó un inútil a que le trajera lo que necesitaba para estar ahí mientras terminaba todo como quería. Comía ahí, dormía ahí y no convivía con nadie; leía, escribía, pensaba y soñaba. Se distraía con el trabajo, pero se evadía de la realidad tratando de permanecer enfocada en su irrealidad. Estando ahí, el mundo se reacomodaba y Victoria ni se enteraba.

Murió el Campesino y sus padres fueron al funeral. Don Luis no pudo permanecer mucho tiempo porque no podía parar de sonreír. En algunas ocasiones, una de las Apestosas lo observó y le preguntó por qué se reía en el funeral de su padre. Solo alcanzó a contestar que era de nervios y tristeza, mientras contenía la carcajada. El ambiente fue desolador, casi nadie que no fuera de la familia se presentó. La mayoría por no ser relacionados con el muerto y otros tantos, para que no se les notara el gusto de verlo en el ataúd.

Don Luis no dejaba de pensar en los documentos que le había firmado al Muerto. Fantaseaba con que tal vez se los había llevado el agua y las tierras seguían siendo suyas. De alguna manera tendría que averiguarlo. Por lo pronto, pensaba en acercarse a la Viuda Desgracia para ofrecerle su ayuda en todo y hacerla de investigador.

Necesitaba hablar con el Banquero, porque con toda la cosecha perdida y el Muerto, muerto, se rumoraba que los Malos habían saciado su venganza y se habían marchado a buscar nuevas tierras de cultivo y nuevos productores. Ahora tal parecía que todo estaba en paz. Claro que había que ver lo que pensaba el Banquero; esperaba que le hubiera llegado la conciencia de aprovechar esta situación para recomponer el camino y dejar el negocio rojo. Así como él, ahora solo pensaba en Lula, en una vida tranquila y en poder disfrutar los años que le quedaban; suponía que el Banquero estaba loco por la Puta Margarita y tal vez esa sería su motivación para jubilarse y vivir en paz.

La fantasía de Don Luis era que todo podía volver a la calma y él, como siempre, salirse con la suya. Quería sus tierras de regreso, a los malos fuera de la región, al muerto enterrado lo más profundo y al Banquero apaciguado, sembrando margaritas.

Nada más que una cosa era lo que él quería y otra muy diferente lo que el Banquero planeaba.

Elena despertó en el hospital con unos escalofríos que la hacían rebotar en la cama. Quería controlar el temblor porque mientras más titiritaba, más le castañeteaba la mandíbula; y aun con todas las curaciones y amortiguadores que le habían puesto, le dolían hasta las raíces de los dientes.

Se sentía incómoda en la posición en la que estaba; tenía puesto un collarín y una especie de faja con alambres en la espalda baja. Estos remedios eran para darle tiempo a su cuerpo a recuperarse, ya que en la jaloneada y arrastrada, el Infeliz le había lastimado las costillas, dos vértebras y los músculos del cuello, además de todos los otros daños.

Muchas veces había leído de la violencia contra las mujeres, y su pensamiento siempre iba hacia la denuncia y la venganza. Había sido testigo de infinidad de mujeres que llegaban con heridas abiertas y curadas una y otra vez, que seguían con sus verdugos y que no se les ocurría ni que podían acusarlos, mucho menos dejarlos.

Y ahora que era ella en ese lugar entendía perfecto el sentimiento de odio y rencor contra el agresor, pero también tenía culpa y justificaba la venganza; y le daba miedo su imagen ante la sociedad y sobre todo, el que sus hijos se enteraran que su padre había sido capaz de tal violencia. No podía permitir que vivieran el horror de ver a su padre en la cárcel y menos el saber que su madre lo había denunciado. Se odiaba a sí misma porque estaba haciendo exactamente lo que por tantos años criticó. Justificando y justificando, porque no iba a decir

nunca quién la había atacado.

Una vez más, un delincuente se iba a salir con la suya porque una mujer cobarde no se atrevía a denunciar y vivir con las consecuencias; lo único que quería era salir de ahí, irse a casa de sus padres y que nadie la viera en ese estado. Pensaba en el Alfil y necesitaba hacerle saber que estaba bien y que no podía verlo ahora, pero que todos sus pensamientos estaban centrados en él. La brutal sacudida le había desprendido la culpa por haber traicionado a Victoria. Estaba convencida que lo que estaba sufriendo era el castigo por todas las traiciones e irreverencias que había cometido, así que estaba purgando su penitencia y había sido otorgado el perdón divino. Era libre para empezar su vida sin lastres y sin culpas.

No quería saber nada de Fusiones, ni de Victoria...ni del Maldito Verdugo. Solo quería esperar a que pasara la lluvia. Pensaba que era un señal, así como cuando llovió y salió el sol y se sintió con fuerza para enfrentar a Victoria, ahora sabía que tenía que esperar a que saliera el sol para regresar al mundo. Y estaba en lo correcto, porque iba a tardar mucho en volver a brillar.

Cuando pudo caminar y comer algo más que líquidos, la llevaron a casa de sus padres. Estaba tan flaca, que se parecía más que nunca al Palo. Tilica, pelona y transparente como Quija. Le enardecía no tener su hermosa cabellera: era su imagen, su personalidad, lo que más le gustaba de ella misma. Tendría que tener mucha paciencia porque recuperarla sería muy tardado.

Le había escrito una carta al Alfil para explicarle lo que estaba pasando. Sentía miedo de perderlo, de que se hubiera hartado de esperar y de estar completamente sola. Necesitaba la confirmación de que la estaba esperando, de que la seguía amando. Quería saber si era verdad o nuevamente se había equivocado como idiota.

Leyó y releyó la carta muchas veces hasta que decidió que ya no había más que agregar, antes de meterla al sobre lo hizo por última vez:

“Querido Mío:

Y me atrevo a llamarte mío porque deseo con toda el alma que me aceptes como tuya. Estoy en casa de mis padres, viviendo un tiempo de reclusión, después de haber terminado para siempre con un matrimonio falto de amor, pasión y complicidad. Y habiendo herido en lo más profundo el alma de Victoria, porque la he abandonado.

Necesito que me dejes vivir mi duelo. No sé cuánto tiempo, pero será el único, que si tú así lo quieres, estemos separados.

Vas a oír muchas historias acerca de mi reclusión. Sí, estoy herida físicamente, pero ya en recuperación. Es algo que te platicaré algún día, pero no ahora.

Fusiones ya no es mío, lo único que quiero recuperar es mi cuadro del Nogal, te pido que vayas por él y lo guardes para mí.

Por favor no hables de mí con nadie, mucho menos con Victoria. No me busques, no me llames, no me olvides, solo extrañame, piensa en mí y ten paciencia. Espero al sol y el encuentro contigo. No sé cuándo ni cómo, pero llegará, y anhelo con el alma que estés ahí para recibirme.

Tuya,

Elena”

La respuesta a su carta llegó al poco tiempo. En la puerta de la casa de los padres de Elena apareció un mensajero con todo un cargamento. El cuadro del Nogal, lienzos en blanco, pinturas, pinceles y estopa. Y un paquete envuelto conteniendo una pintura de la colección privada del Alfil llamada “El amanecer”.

Elena lloró y no paró. Ahora sí estaba segura que venía una nueva oportunidad para vivir otra

aventura. Quería curarse, quería una trenza larga, muy larga.

La lluvia no paraba y Elena no dejaba de pintar. La inspiración le llegaba con el olor a tierra mojada y el sonido del agua corriendo por todos lados. Nunca había tenido tanto tiempo para pintar. Nunca había pintado con tanta pasión y devoción, excepto por los momentos entregados a la obra que hizo después de hacer el amor con Victoria la primera vez.

Además de pintar, hacía mucho ejercicio; necesitaba fortalecer la espalda y el cuello. Ganar peso y músculo. Todas las noches se ponía en la cicatriz una preparación de miel con sábila y jugo de limón, todo revuelto en un pocillo de cerámica de talavera. En la cabeza, masajes de aceite de oliva con sábila para acelerar el crecimiento del cabello. Meditación para tratar de encontrar su centro y dulce de leche para los sinsabores.

Por las noches fantaseaba con el único beso que había ofrecido al Alfil. Tenía grabado en la memoria el sabor de su boca y el contacto con los dientes mordiendo su lengua. Había sido breve, apresurado y ansioso, pero no por eso menos apasionado y sensual. Había sentido su pecho apretando sus senos y acordarse la hacía derretir. No quería equivocarse, prefería no hacer planes ni tener expectativas. Solo soñaba una y otra vez con lo que se imaginaba pasaba durante y después de los besos.

Quería olvidar las estúpidas revistas de Victoria, pero le venían a la mente una y otra vez las historias de encuentros amorosos y ella en el papel principal. Ella, la mujer; El Alfil, el hombre. Esa era la relación que ella anhelaba. Un verdadero hombre que la hiciera sentir cuidada, segura, protegida, amada. Se daba cuenta que quisiera o no, era una romántica, ridícula, anticuada y tradicional mocha de mierda. Toda una mojigata.

Quería lo que tantas de su género anhelaban: amar. Amar con locura. Aunque en realidad, como todas, lo que verdaderamente deseaban era ser amada y de preferencia, adorada. O algo más carnal, sentirse objeto de deseo, de pasión. Ver en los ojos de un hombre la lujuria, las ganas.

Se estremeció al recordar que sí había sido el objeto de placer de alguien. Ya había sido amada y deseada, pero estaba segura que no había sido por el amor de su vida. Se preguntaba cómo estaría Victoria. Borró de su mente ese pensamiento, suspiró y sonrió recordando al Alfil.

El Alfil estaba atrapado, viviendo un momento difícil. No se había podido curar la culpa por la muerte de su hermano, y realmente lo extrañaba mucho. En secreto lloraba y hablaba, pidiéndole perdón por no haber hecho más por él.

Estaba harto de la lluvia, no soportaba el humor de su padre. Los sembradíos se inundaban y seguramente toda la cosecha se perdería; sentía miedo, porque aunque le daba un enorme gusto que toda la maldita porquería se destruyera, sentía que su mundo se desmoronaba. Se daba cuenta que en el fondo no quería que nada cambiara. Con su hermano muerto, lejos de Elena, con su padre desquiciado y la estúpida, maldita, insensible lluvia que no paraba. No tenía compasión de su estado de ánimo. No le ayudaba en lo más mínimo. Tuvo que mandar a hacer en horas, tarimas de madera cubiertas de cemento para colocar todas las obras de arte que tenía en el sótano. Había goteras en dos paredes que chorreaban sin parar y en el piso se acumulaban pequeños charcos que amenazaban con crear verdaderas lagunas. Le angustiaba lo que estaba pasando en Fusiones. Había tratado de localizar a Victoria sin éxito, así que había decidido ir a recoger todas sus obras que estaban en exposición.

No sabía qué pensar de lo que estaba pasando con Elena. Le había pedido tiempo para poder estar con sus hijos, para despedirlos. Esperaba que sí hubiera tenido el valor para terminar su relación con Victoria. Ese era otro de sus miedos. ¿Cómo iba a reaccionar Victoria si se enteraba que Elena la había dejado por él? ¿Lo odiaría? ¿Trataría de arruinar sus planes? ¿Lo aceptaría sin rencores, sin venganza?

El pueblo estaba hecho un desastre. La gente salía poco o nada a la calle. Se obligaban a estar fuera solo para comprar comida y lo necesario para sobrevivir. Le sorprendió ver Fusiones muy concurrido cuando fue por sus obras. Finalmente, la gente del pueblo estaba haciendo lo que Elena y Victoria pensaron que algún día sucedería. Estaban leyendo. No tanto como para que peligrara la existencia de los puteros, pero sí para que surgiera un genuino interés para volverse un pueblo menos estúpido. Retándose a sí mismos a tratar de aprender algo y hacer uso de ello.

Cuando recibió la carta de Elena el miedo se agudizó. ¿Qué pasaría si no era todo lo que Elena esperaba de él? ¿Y si le fallaba como a su hermano?

Elena no era una de las alquiladas que toda la vida había usado y tirado. Esto era real, era una mujer declarando su amor incondicional y esperando lo mismo de vuelta. Una mujer que había terminado un largo matrimonio y un peculiar amasiato por él.

El plan de huir seguía metido en su cabeza y ni por ella accedería a vivir eternamente en ese pueblo. Sí quería vivir la aventura del amor, pero la prisa empezaba a atormentarlo. Respetaría la súplica de tener paciencia, pero quería respuestas y pronto.

Fue por el cuadro del Nogal a Fusiones, le compró todo lo que encontró para la artista y seleccionó una obra de su colección que le haría saber lo que sentía por ella.

Llevó todo a casa de sus padres y se quedó muy cerca de ahí, mojándose hasta los huesos. No quería irse, necesitaba sentirse cerca. Quería asomarse, espiar. Y no regresar al ajedrez.

34.

*P*asaba el tiempo y el Banquero no sabía qué hacer, las tierras inundadas, la cosecha destruida. Vio como el Campesino intentó por todos los medios secar las tierras, pero no había forma. La maldición había llegado al pueblo. Todas las flores rojas estaban ahogadas y las tierras no servirían para cultivo por varias temporadas.

Su producción la entregaba al Campesino y era él quien la procesaba y distribuía. Hacía mucho que todo estaba controlado por ese infeliz. Él era el culpable de que las malas vibras se hubieran esparcido por la región.

Su ambición le carcomía las entrañas, porque a pesar de la cantidad de dinero que tenía escondido, quería más. Quería ser el dueño del pueblo. Era un hombre muy podrido por dentro. La muerte de su hijo favorito le siguió alimentando el rencor y el coraje contra todos y contra todo. Y mientras más viejo se hacía, más lloraba en silencio el no tener a su amado hijo, el primogénito, lo único más importante que el dinero.

Por las noches se imaginaba cómo sería de adulto y se le rompía el alma.

Ya se había cansado de la Margarita deshojada y había regresado al putero por más variedad. Vivía en secreto su enfermedad, no se lo había dicho a nadie. Había gastado enormes cantidades de dinero en médicos y tratamientos, pero todos le decían lo mismo. Un hígado gigante, muy poco funcional, muy maltratado por los vicios. Tenía metido en la cabeza que necesitaba mucho dinero porque en cualquier momento se descubriría la cura y sería el primero en recibir la salud. Y claro, eso iba a costar una fortuna.

No quería morir, no todavía; se imaginaba el encuentro con su hijo en el más allá, pero a su tiempo. Quería las tierras de Don Luis y del Campesino, ser el dueño aunque fuera por poco tiempo. Quería morir siendo el patrón, después no le importaba lo que pasara. Realmente no sabía a quién dejaría su fortuna. Lo único seguro es que al Alfíl, nunca.

Cuando le llegó la noticia de la rama que había vengado las infamias del Campesino, se enfundó en sus botas de plástico y salió corriendo al banco. El muerto tenía dos cajas de seguridad ahí y estaba seguro que nadie más que ellos dos sabían de su existencia; y muerto el muerto, solo quedaba él.

Las reglas del banco decían que las cajas de seguridad se abrían con una llave maestra del banco y la llave del cliente, que era única. Sin embargo, el Banquero por supuesto tenía duplicado de todas las llaves de las cajas. Nunca se había atrevido a abrir ninguna, pero había llegado el momento que sin dudar, lo haría.

Llegó apresurado al banco; estaban a punto de cerrar, así que no tuvo que esperar tanto para saciar su curiosidad. Casi nunca entraba a la bóveda porque inevitablemente le traía horribles recuerdos de la tragedia. Respiró hondo y con la llave maestra y las dos llaves de las cajas del muerto, entró sin dudar directo a abrir la que estaba más a la mano. Abrió y para su sorpresa, lo único que encontró fueron varios llaveros con muchas llaves de diversos tamaños. Insultó al muerto con todas las maldiciones que se sabía. ¿Qué chingados iba a hacer con ese montón de llaves que no sabía de dónde eran? Se las echó a la bolsa y buscó la segunda caja. Estaba a punto de reventar en insultos al ver que solo había unos papeles, cuando se dio cuenta de lo que se

trataban; las piernas le temblaron cuando vio que eran los títulos de propiedad de las tierras de Don Luis, cedidas al Campesino. No podía creerlo, estaba en sus manos la posibilidad de quedarse con esas tierras, porque estaba seguro que de alguna manera podría engañar a Don Luis para hacerle creer que el Muerto antes de morir le había cedido a él las tierras. Parecía muy estúpido, porque Don Luis jamás creería eso, pero por lo pronto se sentía, aunque en secreto, el dueño y señor de todo.

Un triste evento volvió a reunir a gran parte de la familia. Los padres de Lula habían muerto. Una gran tragedia porque aunque eran ya ancianos, fue un tanto inesperado y macabro.

Durante la inundación, la casa del matrimonio se había llenado de humedades, y los hongos habían atacado los desgastados huesos de Doña Herminia y su esposo. Ambos estaban en silla de ruedas y era difícil moverlos, por lo que su hija la Fea, la única que se hacía cargo de ellos, los movía una vez cada ciertos días, los bañaba y cambiaba de ropa. Y resulta que cuando la mujer se dio cuenta que el escondite, por tanto tiempo alimentado con los billetes mal habidos, se había inundado y todo estaba destruido, había quedado pasmada. Era una rara enfermedad que de vez en cuando le aquejaba. Si le llegaba una mala noticia o algo que la estresaba, se paralizaba por completo. Era una combinación de desconsuelo pasmódico con frigidéz aterrante y era peligroso de tratar. No era recomendable presionar para sacarla del trance; ella sola debía regresar y recuperar sus sentidos y fuerzas para no quedarse así de por vida. Desafortunadamente el trance le duró lo que duró el mal tiempo, y a los ancianos les salieron hongos, ramas y hasta flores. Se quedaron dormidos en el sueño eterno, y a decir verdad, la escena era tétrica pero hermosa. Dos cuerpos regresando a la naturaleza en un ambiente que parecía una composición para plasmar en un cuadro. Flores brillantes de amarillos, ocre y naranjas saliendo por todo el cuerpo.

Cuando la Fea se desasmó, observó la escena y era de esperarse que volviera al trance, pero milagrosamente no sucedió. Ni siquiera le dio un poco de culpa, porque claramente era ella y su condición lo que había ocasionado la muerte de sus padres. Le entró una paz en el cuerpo como nunca la había sentido. Supuso que era la sensación de liberarse del yugo de sus padres que la habían mantenido atada toda su vida. No solo sus padres habían florecido, también ella en ese momento sintió que acababa de renacer. Llamó a Lula, a sus hermanos y a los funerarios. Esperó pacientemente, sin separarse de ellos. Los regaba y esperaba a que llegaran por ellos. Los testigos del evento decían que era una escena que nunca podrían borrar de sus mentes. Una más de lo que el agua cultivó y se llevó.

Lula no se sorprendió. No fue necesario que le dijera que el escondite había corrido con la misma suerte que el invernadero; solo necesitó ver la cara de su hermana para saber que todo estaba perdido. Un retortijón en el intestino la hizo doblarse del dolor; ahora sí se había quedado sin nada. Después de haber sido ficticiamente rica, volvía a estar como al principio, con las manos vacías. Lo único bueno era que ahora tenía un esposo fiel y solidario; se concentraría en el negocio de las mermeladas y confiaba en que los escondites de Don Luis en la finca estuvieran bien, ya que estaban forrados de metal. Ahora era muy difícil revisarlos, porque Don Luis no se le separaba ni un minuto. Incluso en ese momento tan desagradable de ir a ver a sus padres muertos y florecidos, su marido había querido ir con ella.

Se organizaron los funerales una vez pasado el duelo por el Campesino. Lula pensó que lo que les había pasado a sus padres, era una señal de cómo debía ser su funeral. Montó una tarima en medio del jardín lleno de gladiolas blancas, claveles rosas, lilis amarillas y gerberas de todos colores. Un pasillo de flores de cempasúchil por donde entraba la gente a ofrecer sus respetos a

los muertos. Ahí velaron toda una noche a los ancianos. Mucha gente del pueblo acudió por la curiosidad de ver el fenómeno de la resurrección floral. Lula dejó abiertas las tapas de las cajas porque le pareció que se veían hermosos y quiso compartirlo. Llegó la familia, todos menos Desgracia, las Apestosas, Elena -que seguía creciendo su trenza- y Victoria, que observaba todo desde dentro de la casa. La familia de Lula y los amigos que todavía le quedaban a Don Luis, entre ellos El Banquero, quienes no habían hablado una palabra desde la muerte del Campesino. Estaban dejando pasar el tiempo para ver si no había malos que regresaran al pueblo con alguna intención contra ellos. Pero no habían vuelto, ni volverían; el pueblo había perdido su único atractivo para esa gente. Ahora con las tierras inservibles, cuando menos por un tiempo, el pueblo corría el peligro de volverse un espacio fantasma. ¿A qué se iba a dedicar la gente en el pueblo ahora?

Victoria no perdía de vista la entrada; su corazón latía con toda fuerza tan solo de imaginar que Elena fuera capaz de venir. La mamá de los Chinitos le había platicado lo que se rumoraba en el pueblo acerca de Elena. Cuando lo escuchó, tuvo ganas de correr a buscarla, arrastrarse a sus pies y suplicarle que la amara, que la dejara cuidarla. Quería matar al maldito Frígido, porque no podía ser otro el culpable. Sabía que no lo haría, pero lo deseaba con toda el alma.

Se cansó de mirar hacia al jardín; ni siquiera se había acordado que los muertos eran sus abuelos. Siempre habían sido como unos extraños para ella, y en esta etapa de su vida, lo último que le interesaba eran los parientes de sus padres, sin importar lo cercano o lejanos que fueran. Le parecía asombroso lo que había sucedido con sus cuerpos. Algo tan extraño estaba pasando en el pueblo. Las fuerzas de la naturaleza estaban matando o haciendo desaparecer a todos los que de alguna manera habían traicionado la esencia del pueblo. Victoria finalmente estaba aceptando que en el lugar sí había una gran maldición, y a la vez, una magia tan especial que ejecutaba las traiciones y las emociones.

Esperó pacientemente hasta que todas las personas que habían venido al funeral se retiraron y antes de que se llevaran los cuerpos salió, se acercó a los muertos y sacó de cada uno de ellos, una flor con todo y raíz. Llamó a uno de los jardineros para que las sembraran juntas cerca del nogal. Le estaba cumpliendo a su abuela la fantasía que la mantuvo viva tantos años. Por fin ambos iban a ser mudados a la finca, iban a nacer, a morir y a volver a renacer tantas veces como la planta que se formara, floreciera.

Se sintió extrañamente contenta por la pobre vieja Herminia; finalmente había logrado el sueño que la atormentó toda la vida. Echar raíces en la finca.

Mientras que la pobre fea se quedaba por fin sola en casa de sus padres. Pasó la vida añorando ese momento y ahora no sabía qué hacer con tanto tiempo, con tanto espacio. No quería que sus hermanos regresaran a vivir con ella, pero le daba miedo volverse a pasmar y que le pasara lo mismo que a sus padres. Así que decidió abrir su casa a todos los damnificados por las inundaciones. Formó una especie de hostel, donde recibía a gente de manera temporal, los alimentaba y a cambio le pagaban lo que podían y con eso ella se mantenía. Sobre todo recibía a los que venían con niños y con perros. Había pasado su vida rodeada de viejos y ahora lo que la ilusionaba eran las risas y los llantos de niños de todas las edades, los ladridos de los compañeros y el sentirse útil, no utilizada.

Los escondites del dinero ahora eran bodegas de granos y provisiones; claro, debidamente protegidas de los estragos del ambiente.

Su fealdad se transformaba poco a poco en candidez. Algunos hasta bonita la veían, porque de vivir con la cara tiesa, ahora vivía con la sonrisa desplegada. La postura de su cuerpo había cambiado: de caminar con los hombros para adelante, caídos como de chimpancé, ahora caminaba

viendo al horizonte, más alta, más erguida. Muy derechita, como queriendo ir tan recta como pudiera por la vida.

Siempre le había gustado cocinar, pero nadie apreciaba lo que hacía; en cambio ahora, lo que fuera era celebrado como un manjar por los peregrinos. Mantenía la casa siempre limpia, a pesar de la cantidad de gente y animales que por ahí circulaban. Lula estaba sorprendida de ver el cambio en su hermana, y esto también las había acercado más. Irónicamente cuando ambas pensaban que se habían quedado sin nada, se revelaba lo que verdaderamente tenían, y era muy valioso.

A la fea le faltaban recuerdos para llenar su vacío, por lo que se aferró a crearlos con extraños y desconocidos. Sentía que estaba por fin viviendo, siendo la diferencia en la vida de alguien.

36.

*E*l funeral del Campesino se llevó a cabo justo cuando empezó a aminorar la tormenta, a pesar de que las Apestosas querían esperar a que brillara radiante el sol para hacerle un servicio discreto pero bonito, el cuerpo se estaba descomponiendo y no hubo manera de conservarlo.

Para vivir su duelo, permanecían encerradas en su propiedad, ellas tres y el muerto. Nunca nadie supo que en una de las noches donde la lluvia era más torrencial, la tierra del jardín, al que daban las ventanas del despacho, se había removido tanto que -como muertos en sus tumbas-, unas grandes cajas emergieron del subsuelo. Verdaderamente parecían sarcófagos color tierra. Eran tantas, que cuando terminaron de emerger, la imagen semejaba un ejército de soldados en posición de saludo marcial.

Cada caja tenía una gran aldaba y estaba cerrada con varios candados. Las mujeres miraban aterrorizadas el espectáculo. No se atrevían a acercarse y no durmieron varios días pensando si tenían que llamar a alguien. Por supuesto, Desgracia en el primero que pensó fue en Luisito; sabía que él la ayudaría en lo que fuera, pero las Apestosas hacía mucho tiempo que ya no confiaban en nadie. Eran malolientes y estúpidas, pero a fin de cuentas eran mujeres y tenían un sexto sentido que les decía que, especialmente, en el Tío Luis no debían confiar.

Así que decidieron esperar y esperar, hasta que la tierra se secó. Arrastraron con gran dificultad hacia afuera la primera caja y buscaron las pinzas más grandes que había en la casa. Fue muy difícil, pero finalmente pudieron abrir la que tenía menos candados. Con mucha expectación abrieron la caja y dentro había unos pequeños bloques color gris que no parecían tener mucho valor. Las Apestosas empezaron a parlotear como siempre, babosada tras babosada, mientras Desgracia no le quitaba los ojos de encima al contenido de la caja. Cuando por fin se callaron, se percataron de la actitud de la madre y la empezaron a jalonear de ambos brazos, hasta que la mujer les gritó con toda su fuerza: “¡Es Oro! ¡Oro! ¡Oro!” Las hijas soltaron la carcajada, burlándose de la madre y por primera vez en la vida, la pequeña mujer creció y se impuso con vehemencia. “¡A callar, escuinclas!” “Es oro, lo he visto antes, son lingotes de oro sin pulir. Recuerdo cuando era pequeña haber visto a mi padre guardar estos bloques grises y decirle a mi madre que era oro. Que solo tenía que pulirlo para que saliera el maravilloso brillo del metal dorado. Que lo iba a enterrar en un lugar secreto para que nadie lo encontrara. Lo había olvidado, pero en cuanto lo vi, lo recordé claramente. Cuando mis padres murieron, Luisito le vendió estos terrenos a su padre para que construyéramos nuestra casa y otros terrenos para sembrar. Seguramente, al estar excavando para construir encontraron el oro y decidió hacer este jardín y enterrarlo todo aquí para que estuviera seguro. Si todas estas cajas contienen lo mismo, somos inmensamente ricas. Nunca en la vida nos tendremos que preocupar por el dinero. Somos ricas y somos libres. Podemos ir a donde queramos, a cualquier parte del mundo. Solo debemos de pensar muy bien cómo vamos a transportar el oro y a dónde lo vamos a llevar para vender. Primero tenemos mucho trabajo, hay que abrir todas las cajas, contar y acomodar. Esto no lo puede saber nadie nunca. No podemos salir de la casa ni dejar entrar a nadie. ¿Les quedó claro?” Las hijas solo movieron la cabeza, asintiendo. Su limitado cerebro estaba colmado de información e iban a necesitar tiempo para poder ordenar sus pseudopensamientos. No sabían si emocionarse o

aterrorizarse, estaban en una situación que nunca imaginaron.

Al morir su padre, compraron más gallinas y rezaban para que no se ahogaran los árboles de limones y naranjas. Habían pensado que vivirían de limonada, naranjada y huevos en versiones diversas, combinados con la cosecha de verduras de temporada. Cuando arreció la lluvia metieron las gallinas a la casa y al poco tiempo, el olor para cualquiera hubiera sido insoportable, sin embargo ellas, acostumbradas a su propio hedor, no lo notaban. Pronto se acostumbraron a la convivencia y hasta una tierna amistad se cultivó entre las mujeres y las gallinas. Amaban a sus gallinas y las gallinas amaban a sus mujeres. Lograron un círculo de la vida, donde no necesitaban a nadie más, eran autosustentables en todos aspectos. Hasta que emergió el oro de las entrañas de la tierra.

Si hubieran tenido un mínimo de inteligencia, se habrían preguntado, ¿qué mensaje les estaba mandando la tierra? ¿Qué deberían hacer con toda esa riqueza? Pero su estrecha mente solo les dictaba que lo que debían hacer era sacarlo todo, contarlo y volverlo a esconder. Les iba a tomar muchísimo tiempo hacerlo, pero les daba igual; de todas formas, no tenían otra cosa que hacer. Ahora tenían una misión, un para qué seguir viviendo y no paraban de reír como idiotas por la suerte que les había favorecido.

Elena, sintiéndose ya más entera, no dejaba de pensar en reencontrarse con el Alfil. Después de la primera carta, se había iniciado un ir y venir de correspondencia que le llenaba de fantasías la cabeza. Sentía una conexión total con este hombre, pero le preocupaba percibir un tono de desesperación en su última carta. Ya no podía ni quería seguir postergando el encuentro; era un hecho que si continuaba, corría el peligro de hartarlo y perderlo para siempre.

Fantaseaba con él de muchas formas. Invariablemente soñaba y despertaba excitada, asustada o cansada, dependiendo del contenido del sueño. Cuando era con el Alfil, era siempre besándose, acariciándose, haciendo el amor, pero lo que le molestaba era que siempre el encuentro era en el mismo escenario. Y siempre acelerado, temeroso y hasta tenso. Rezaba a todos sus santos que esto no fuera una premonición acerca del futuro. Prefería los sueños que ella inventaba, donde él era un Dios y ella una Diosa, donde sus fantasías más perversas tomaban versión angelical. Todo permitido, todo real. Valía engolosinarse y ensimismarse. ¡Si el Alfil supiera la cantidad de veces que había sido protagonista de sus sueños eróticos en todas las modalidades posibles! La realidad es que no sabía nada de este hombre. Por su mente pasaban pensamientos donde resultaba que era igualito al Maldito Infeliz y otras, simplemente un pobre mueble recargado en la pared. No quería repetir la historia, pero tampoco quería conformarse con alguien que no fuera más allá de espectacular, aunque claramente eso era irreal.

Elena buscaba alguien que fuera su Roca, su apoyo, su sostén, pero que a la vez fuera un atrevido cómplice de aventuras. Se consideraba todavía joven, aunque en realidad ya no lo era tanto, pero aún era muy bella y estaba llena de deseos insatisfechos que de alguna manera quería cumplir. Había incitado al Alfil en sus cartas con sus frases provocadoras. Suponía que con un poco de imaginación de parte de él, ya debería estar contando los minutos para tener a esa mujer entre sus brazos, piernas, dedos y dientes. Una de las últimas cartas resultó especialmente romántica y apasionada, y al final cerraba con la frase: “Vámonos del pueblo ya. Esto no es vida ni para ti ni para mí.”

El Alfil tenía un plan, el mismo de siempre. Lo tenía de toda la vida: sacar todas las obras de arte que estaban en casa de su padre, ponerlas en un barco hacia el otro lado del mundo y largarse con ellas (en la clase más pobre para no despertar sospechas) y llegando allá, vender una que otra para hacerse de dinero y montar una galería; exhibir el resto e iniciar un negocio de compra y venta de arte. También soñaba con descubrir artistas y apoyarlos a ser famosos. Todo su futuro dependía de poder llevar las obras para no tener que preocuparse nunca por el dinero, y por supuesto, ahora todo cobraba un color más hermoso porque la aventura la iba a emprender con Elena, y estando allá, ella podría ser reconocida como la artista que era.

Abriría en su galería una sola sala para la obra de su amada Artista.

Era la primera vez que en voz alta la llamaba su amada. Se había atrevido, pero no tenía nada de raro, estaba realmente enamorado. Idiotizado hasta los huesos.

El plan del Alfil tenía muchas posibles fallas, de hecho era un poco más que estúpido, infantil e ingenuo. Había muchas cosas que podían salir mal. Como por ejemplo, que los inútiles lo vieran salir con todo; que su padre o Margarita llegaran a la hora que estaba sacando las obras; que su

padre lo demandara por robo. Aunque no, pensándolo bien, legalmente él era el dueño de todo. Necesitaba un cómplice y no había mejor opción que Victoria. Podría sacar las obras con el pretexto de llevarlas a Fusiones a una magna exhibición. Le haría creer a la Margarita deshojada que sería un evento donde ella podría participar y todo el pueblo quedaría admirado del buen gusto que había tenido al seleccionar su colección privada.

Lo tendría que hacer a escondidas de Elena, mintiéndole a Victoria, engatusando a La Margarita y riéndose de su padre. Ya estaba decidido; lo haría. No podía seguir asfixiándose en ese lugar. Después de la lluvia, el calor regresaba y entre el bochorno del ambiente más su excitación permanente, no soportaba seguir así.

Le escribió a Elena, la citó en un hotel que en el pasado frecuentaba y cuyo dueño era su amigo. Sabía que tendrían toda la privacidad y discreción necesaria. Sería el encuentro, reencuentro con su amada; era el momento de saber si ella estaba dispuesta a huir con él, además de ser su primera oportunidad de estar a solas. Todo su cuerpo se erizaba de tan solo imaginarlo.

Cuando Elena recibió la carta estuvo a punto de desmayarse de la emoción, el nervio y el miedo. No sabía qué esperar; temía un desconsuelo, una desilusión, pero a la vez todo su cuerpo le gritaba que iba a ser un encuentro memorable.

Entró en un impasse de locura por pintar. Se volcaba sobre sus lienzos, pensando en todas las experiencias vividas. En las personas que habían sido importantes y frustrantes durante su tiempo. Había algo que le decía que tenía que dejar huella a través de sus obras. Ni el Frígido ni sus hijos habían entendido jamás la importancia que el arte tenía en su existencia. Rodeada de ellos, sentía que las relaciones, la convivencia y las responsabilidades la abrumaban tanto que el pintar se volvía “la manualidad que la entretenía”. Así la había llamado el Guango en alguna ocasión que alguien le había preguntado por la afición de su mujer a la pintura. Pobre imbécil, su capacidad era tan limitada, que no entendía que en la vida hay gente que tiene varias dimensiones y que cuando emigran hacia una de ellas, el mundo real se esfuma y emergen las emociones y el anhelo por entregarse a lo que realmente apasiona.

La trenza ya tenía cierta forma, la había peinado y despeinado muchas veces. Quería verse perfecta. Seleccionó su mejor vestido, ceñido, delgado y con el largo exacto para lucir su hermosas piernas. Bajo el vestido, ropa interior de color piel. Zapatos de tacón abiertos y su fragancia favorita de jazmín en la cantidad exacta para no marearse. Nada de joyas; solo aretes de colgar no muy grandes -tampoco tan chicos-, pero indispensable de metal pálido. Poco maquillaje, labios brillosos y pestañas procesadas.

Una camisa blanca del mejor algodón, dos botones abiertos. Pantalón de lino planchado y arrugado, zapatos sin calcetines y la misma loción que usaban él y su hermano desde siempre. Pelo en la cara pero bien cuidado, cuerpo formado, piernas sólidas. Pecho peludo, no tanto, pero tampoco tan escaso.

Ninguno estaba hambriento, pero se forzaron a comer algo. Elena, una infusión de frutos rojos y obleas de linaza. El Alfil, jugo de frutas y pan dulce con glaseado.

Habían quedado de encontrarse en el “Lugar” a medio día, para no despertar sospechas. Aunque ninguno de los dos tendría por qué esconderse: finalmente, eran libres. Pero lo que menos necesitaban era que alguien enterara a Victoria y despertara su furia contra ellos.

No podía averiguarlo, no todavía.

Primero llegó El Alfil; ya tenía reservada la mejor habitación, aunque el lugar no tenía lujos, estaba siempre impecable. Sería incapaz de llevar a Elena a un lugar que cuando menos no estuviera limpio y ordenado. Quería darle lo mejor, conocer el mundo con ella, hacerla sentir una reina. Era su primer amor a una veterana edad y eso lo hacía sentir muy inseguro. Había soñado tantas veces con ese momento y ahora que estaba a punto de suceder, no se acordaba de nada de lo que tenía planeado. Había detallado paso a paso lo que haría, lo que diría y sin embargo, la emoción dominaba la situación. Daba vueltas y vueltas en la habitación, hasta que se dio cuenta que era una grosería estar ahí. Debía estar abajo esperándola para guiarla, para que no tuviera que preguntarle a nadie hacia dónde dirigirse. Bajó rápidamente y al llegar al vestíbulo se topó de frente con la mirada de la Artista.

Estaba más delgada de como la recordaba, perturbadoramente hermosa. Se veía casi una niña, con el pelo más corto y de un color brillante. Sintió un golpe en las entrañas, algo nunca experimentado.

Se quedó paralizado y fue Elena quien caminó al ver que él no se movía.

Inmediatamente reaccionó. No dijeron una palabra, solo la tomó de la mano y siguieron andando. Los dos temblaban y apretaban los dedos con fuerza. Al llegar a la puerta de la habitación se detuvieron y por un segundo juntaron sus labios; Elena lo presionó suavemente para que se alejara, le quitó la llave de las manos, abrió y entró. Con firmeza lo tomó de la camisa para que se apresurara. Cerró de un portazo y lo confrontó con la mirada. Por un segundo Elena se sintió en una de las malditas revistas de Victoria; se odiaba por pensar en ello en ese preciso momento, pero era el escenario perfecto para una de las historias que tantas veces había leído con su ex amante. Un hotel escondido, dos amantes deseosos el uno del otro y nada les impedía amarse con locura. Se dio cuenta de que había cerrado los ojos al ver la imagen color sepia en su mente y

los abrió al sentir el cuerpo del Alfil presionándola contra la pared. La había tomado de los brazos y la tenía crucificada. Con su rodilla le separó las piernas tanto como el vestido lo permitía. Los aromas artificiales de sus fragancias se mezclaban con los alientos agitados. El Alfil comenzó besando sus mejillas, cerca de la oreja, el cuello, en un lado y en otro. El pecho que asomaba por el escote. Eran besos apasionados pero pausados. Si algo no quería era apresurarse. Todo tenía que ser diferente a como había sido con todas las mujeres que había estado. Siempre había vivido el sexo violento, rápido y con el único objetivo de satisfacerse él sin importarle con quién estaba. No sabía lo que era provocarle un orgasmo a una mujer; al contrario, le daban asco las mujeres que cuando les pagaba, notaba que realmente lo estaban disfrutando. ¿Con qué derecho? Estaban a su servicio y bastante le costaban. Su único trabajo debía ser mostrar el cuerpo, dejarse de todo y fingir todo.

Elena olía a princesa; su cuello era suave, se retorcía cuando el Alfil pasaba su cara peluda por su piel. Soltó sus brazos y tomó su cara entre las manos, acercó su boca y oliendo su aliento le dijo que la amaba, que la adoraba, que estaba loco por ella. La besó, la mordió, se la quería comer, pero se frenaba y volvía a los besos tiernos, dulces y amorosos. Empezaron las caricias suavemente sobre la ropa; tocó sus piernas, nalgas, los deliciosos pechos con pezones descontrolados. Elena lo sentía cada vez más excitado, firme contra sus piernas. Sentía el deseo de acariciarlo. Nunca había tocado a un hombre, solo lo intentó una vez con el Maldito y no olvidaba lo vivido. Estaba dejándose querer ante los embates de este hombre tan hombre. Sus besos eran deliciosos, sus caricias la estaban trastornando. Nunca se había derretido de esa manera, y todavía no pasaban de la puerta.

Elena necesitaba sentirlo y empezó a desabotonarle la camisa, la abrió y la dejó caer al suelo. Acariciaba su espalda, tocaba tímidamente la línea de vellos que partía de su pecho hacia la orilla del pantalón. Metía su mano moviendo el cinturón; el Alfil apretaba los dientes sintiendo las manos de la artista bajando el cierre del pantalón.

Perder el vestido fue de lo más fácil, tan solo bajarlo de los hombros y se deslizó hasta el suelo. Era la visión más perfecta que el Alfil jamás hubiese visto. Había tenido mujeres espectaculares con cuerpos perfectos, por mucho, más jóvenes y más hermosas que Elena, pero ninguna lo había puesto así jamás. Estaba excitado, enamorado, descontrolado. Elena caminó al centro de la habitación y ahí atrevida, se quitó la ropa interior color piel y se quedó tan solo en piel auténtica.

Ese atrevimiento la hizo sentir una diosa. La mirada de imbécil de él Alfil provocó una gran sonrisa en Elena. El hombre estaba literalmente babeando, tenía la boca abierta y la razón perdida. Se juró a sí mismo que esa mujer sería suya para siempre.

Se arrodilló frente a ella y tenía ganas de llorar de emoción, lo cual hubiera sido un error imperdonable, porque corría el peligro de que Elena lo hubiera tomado como una debilidad extrema. Afortunadamente la pasión era más fuerte que cualquier sentimiento y lo que anhelaba era acariciar esas piernas maravillosas. Empezó tocando los muslos, los apretaba y acariciaba. La abrazaba y frotaba las nalgas pasando los dedos por sus divisiones y acercando su cara a la entrepierna. Elena no podía creer lo que estaba sintiendo. Las piernas agitadas y temblores por dentro y por fuera. Sintió la lengua del Alfil desafiando su equilibrio. Estaba a punto de doblarse cuando fue levantada y depositada en la cama boca abajo. El Alfil se quitó lo que le quedaba de ropa y de inmediato se acostó sobre ella. Le besó y acarició descarada y salvajemente todo el cuerpo mientras Elena se mordía la mano y aventaba los ojos hacia arriba, disfrutando. Murmuraba al oído su amor y su deseo. Le hablaba de cada parte de su cuerpo describiéndola como “deliciosa”, “excitante”, “fascinante”.

Elena sentía que descubriría un mundo nuevo; este hombre no solo la dejaba tocarlo, besarlo, probarlo. Se sentía libre para moverse, retorcerse de placer y de expresar a todo volumen sus deseos.

El momento de tenerlo dentro fue sublime. Ningún intento de disfraz que había experimentado con Victoria se parecía a estar con un hombre. Con este hombre, que con cada movimiento la acercaba más y más a la inconsciencia.

Elena se abrazaba al cuerpo desnudo del Alfil y trataba de hablar, de decirle todo lo que sentía, lo que estaba disfrutando, pero solo le salían gemidos y sonidos. Suspiros y monosílabos. Era el sexo más increíble de su vida y lo quería vivir al máximo. Quería poder expresar lo desbordada que estaba. Igualar las frases de amor del Alfil. Pero nada salía, solo podía comunicarse con su cuerpo, con su mirada, con sus caricias. Era momento del lenguaje primitivo.

Se hicieron el amor sin parar, sin pudor y sin prejuicios. Elena aprendió lo que era el sexo con un hombre, no con un frígido, guango, infeliz, traumatizado; y el Alfil lo que era el sexo con y por amor, no cogidas con putas.

Se quedaron pegados de la cintura para arriba y entrelazados de piernas y brazos. No había poder que los pudiera separar. Ni siquiera el calor o la oscuridad que ya permeaba por las ventanas. Sus sudores eran extremos y de alguna manera, culpables de volver a encender el ansia una y otra vez.

No hablaban, solo murmuraban pequeñas frases de confirmación y ternura.

Estaban embrujados.

Entre suspiro y suspiro el Alfil fue aclarando su mente. No quería entrar en detalles, tan solo una breve plática de confirmación para empezar a planear la huida. Suponía que después de lo que acababan de vivir, tampoco ella querría separarse de él. Esperaba que estuviera enloquecida como él y no dudara en seguirlo.

Finalmente se atrevió. Le describió su plan, explicó todo excepto que el pretexto para sacar las obras de la casa de su padre sería una exposición en Fusiones. Necesitaba la complicidad de Victoria porque no veía otra forma de poder hacerlo.

Elena lo escuchó, pero no con total atención. No podía dejar de recordar lo que acababa de pasar, estar abrazada al cuerpo desnudo del Alfil la perturbaba sin control. No dejaba de mirarlo, de tocarlo, de olerlo. Asintió a todo lo que le dijo su amado, haría lo que él quisiera, cuando quisiera. Dejaría todo por él, incluyendo a sus padres y a sus hijos. Todos habían hecho su vida como les había dado la gana y ella siempre bajo la línea de lo que era mejor para su familia. Su único atrevimiento había sido Victoria, que claro que lo había disfrutado enormemente, pero se daba cuenta que en esa relación ella nunca se dejó ir por completo, porque había algo, siempre algo que no la hacía realmente feliz. Aprendió a amar a Victoria, pero su naturaleza la empujaba a los brazos de un hombre. No eran prejuicios de ningún tipo, simplemente que se sentía más mujer, más plena, más feliz con este hombre. Como nunca en su vida.

En el fondo, lo único que le importaba eran sus hijos, y ellos lo entenderían. Tarde o temprano volverían a ella, pero no iba a pasar la vida en el maldito pueblo esperando a que sucediera.

Le gritó muchas veces que sí al Alfil y el hombre dejó rodar dos lágrimas que de inmediato ocultó. Ya estaba decidido.

Victoria despertó envuelta en sudor, había soñado con la Mojigata. Cada vez que la soñaba, se enojaba tanto, que al despertar se apretaba los dedos para gritar de dolor. Era su forma de recordarle a su cuerpo que había dolores más fuertes que la decepción y el desamor. Aunque cada vez tenía que apretarse más fuerte.

¿Dónde había quedado el cuadro del Nogal? Esta duda había estado en su mente mucho tiempo, pero después fue cada vez siendo menos importante. Suponía que el Alfil se lo había regresado a la Mojigata y si no había sucedido, tampoco es que fuera ya su problema. Lo que sí le extrañaba era que después del tiempo que las obras de la Puta Margarita habían estado exhibidas en Fusiones, el Alfil no la hubiera buscado para retomar las exposiciones. Parecía que se había esfumado, hasta que se lo encontró un día de casualidad por la calle. Muy nervioso, había dicho que quería hablar con ella porque su plan de escape estaba echado a andar y necesitaba ayuda. ¡Cómo lo envidiaba! Sabía lo que quería y sabía cómo hacerlo. Se iría para siempre del maldito pueblo que la hacía recordar todos los días lo que tuvo y no tenía más. Quedó con él de verlo muy pronto para escuchar los detalles de su asunto. Lo vería cuando pudiera y cuando quisiera.

Por ahora, había algo que le hacía mucha ilusión. Estaba escribiendo un cuento para niños; de hecho, era una colección completa. ¡Quién lo iba a decir, la mujer que no tuvo niñez, escribiendo precisamente para niños! Y lo más sorprendente que era creativo, entretenido, educativo y muy divertido. Era una serie de aventuras, basada en un personaje muy simpático e inteligente, que resolvía todo tipo de acertijos. Al final, todo lo que había leído durante su vida le había ayudado a que su creatividad tomara forma en este proyecto. Hasta las ilustraciones eran hechas por ella misma, descubriendo que su habilidad también se extendía al dibujo de caricatura.

En ocasiones, cuando estaba escribiendo se le ocurría mezclar alguna escena de Rosita en calzones, pero solo le servía para carcajearse, tomar una pausa, borrar todo y volver al tema apropiado.

Cuando tuvo listos los primero libros de la colección, sentó a la Cachetes y a los Chinitos, le dio una copia a cada uno de ellos y les pidió que lo leyeran.

Se mantuvo frente a ellos observando sus reacciones. La Cachetes era más madura que sus hermanos quienes claro, eran unos niños y lo serían siempre. En cambio, Olivia era ya casi una mujer. Hermosa, inteligente, perspicaz e intuitiva. Era brillante y además con una sabiduría de vida muy desconcertante por tratarse de una persona tan joven. Accedió de inmediato a la petición de Victoria, no sin antes prepararse unas habas asadas y una jarra de agua de cítricos con chía para acompañar su lectura.

Este acto le produjo una punzada en el corazón a Victoria; recordó de inmediato sus tiempos de lectura en el putero con su deliciosa jarra de agua de arroz. Era una mezcla de sentimientos buenos, malos y extraños. Pero sin duda, una época feliz. Ahí había aprendido de la vida y los sentidos. Y ahora su ahijada tenía el mismo gesto para preparar su lectura. Era una gran coincidencia.

La opinión que le importaba era la de su ahijada; sabía de la ternura y el alma blanca de los Chinitos, pero también de sus limitaciones. Ellos eran un público agradecido de cualquier cosa

que les sonara entretenida. Y así fue, reían y disfrutaban comentando entre ellos diversos pasajes y personajes. El libro era maravilloso porque tenía una sección interactiva, donde podían recortar al personaje y armarlo, formando todo un escenario.

Terminó Olivia el primer cuento y de inmediato se fue con el segundo. No dijo nada, no volteó a ver a Victoria, tan solo siguió con la lectura, con una sonrisa puesta en el rostro. Ignoró por completo la parte interactiva y un poco las imágenes y se concentró en los textos, hoja tras hoja. Cuando terminó el segundo libro miró a su madrina y le dijo tiernamente: “Nunca me imaginé que podías escribir así”; se paró y le dio un gran abrazo. “Esto va a ser un éxito total, tus cuentos lo tienen todo. Acción, emoción, aventura, misterio y diversión. Retas al lector para poder junto con los personajes, resolver los entrañados de la secuencia. Eres asombrosa.” “Por favor, Madrina, déjame ir contigo a Fusiones, yo quiero trabajar contigo; a mí también me gusta escribir y estar cerca de los libros, los cuadros, todo lo que tú tienes”. Victoria se quedó helada. En su vida había oído a su ahijada hablar de esa forma y nunca se hubiera imaginado que también le gustaba escribir. Se llenó de orgullo, porque sabía que en gran parte era su creación, por todo el tiempo que desde chiquita la llevó con ella para que se empapara del ambiente y llenara su sentido de los olores de la lectura. Se sintió un poco mamá y extrañamente, se retorció de alegría. Desde que no veía a Elena, era la primera alegría que tenía su corazón. Por supuesto que se llevaría a la Cachetes a Fusiones, siempre y cuando no interrumpiera su educación. Si algo le importaba era que esta niña tuviera la oportunidad de estudiar lo que se le diera la gana. Que no tuviera jamás que depender de nadie. Era su buena obra en el paso por el mundo.

Tenía que terminar toda la colección para mandarla a correcciones e impresión. No pensaba pasarla por un editor y mucho menos por otros lectores. Le bastaba con la opinión que ya había recibido. Se iba a lanzar a publicar y a presentar su colección en un gran evento. Necesitaba eso, su ego tan maltratado necesitaba un gran halago y estaba convencida que los recibiría a montones.

Se encerró a escribir e ilustrar. Paraba solo a ratos para dormir, comía poco. Desde su ayuno depresor, su alimentación se basaba en granos, frutos y verduras. No toleraba otra cosa, probablemente por haber comido tantos frutos del nogal. Pero con todo y el cansancio que sentía, se forzaba a sí misma a no dejar de ir a Fusiones. No quería descuidarlo, no quería que los inútiles se sintieran olvidados nuevamente. Y sobre todo, necesitaba tener su mente ocupada. Ya había rediseñado todo el espacio. Una de las salas más grandes estaría dedicada a los niños. Había pocos autores y pocas obras para ellos, pero estaba segura que así como ella, muchos con el tiempo se darían cuenta todo lo que se podía hacer con los niños y jóvenes.

Olivia se sentía emocionada de ser formalmente parte de Fusiones. Victoria le había dado un lugar de privilegio ante los demás y en el fondo Olivia siempre se supo especial, diferente, única. Más parecida a su madrina que a sus padres o hermanos. Se preguntaba si la genética se podía modificar por la cercanía, o la transferencia de sentimientos, la convivencia la observación, la lectura de emociones. No por la coincidencia de la sangre. Tal vez era la extraña obsesión que compartían por estar cerca del Nogal. Y ahora Olivia se unía al sueño de Victoria, con total devoción y convicción, no como alguna vez lo hizo Elena, sin pasión.

Olivia había estado muchas veces en Fusiones, conocía a la perfección el lugar y los límites. Sabía que las revistas color sepia estaban en la zona prohibida, lo cual le atraía mucho más, pero estaba dispuesta a esperar a que su madrina las liberara para ella. Tanta obediencia y paciencia eran porque ya había visto y leído todas las que Victoria tenía en su habitación en la finca. Cuando encontró la primera no se sintió atraída por lo descoloridas, pero en cuanto vio la sugerente portada se sintió excitada por primera vez en su vida. Empezó a leer y le llegó ese olor tan particular que de inmediato la metió de lleno a la lectura. De ahí no pudo parar. Aprovechaba

cada minuto que su madrina no estaba en la Finca para escabullirse hasta su habitación y leer y releer. Las trataba con extremo cuidado, no maltrataba ni una pequeña orilla. Estaban tan perfectas, que de inmediato supo que debían ser un tesoro para su madrina y no podía más que honrarla teniendo mucho cuidado. Si la traicionaba metiéndose sin permiso, no la lastimaría maltratando algo tan valioso. No podía parar, sentía un extraño erotismo que la envolvía. Al principio solo las devoraba, después empezó a reescribir los finales. Los hacía más atrevidos, más contemporáneos. Su corta edad le daba la posibilidad del atrevimiento. Algún día se aventuraría a escribir historias completas. Quizá una novela. Estaba claro que no se conformaría con escribir revistas semanales.

El haber leído los cuentos escritos por Victoria las había unido. Le permitió a Olivia tener la puerta abierta en Fusiones y entrar en otra dimensión de su madrina que le era desconocida: el mundo de Victoria, sus libros y sus libretas.

Olivia sabía que el corazón de Victoria estaba destruido. Lo supo cuando aquel día la vio llegar al pie del Nogal gritando como una loca. No le quedó la menor duda cuando gritaba el nombre de su amada mientras arrancaba los pedazos de corteza y dejaba las uñas cual macabro recuerdo. Descubrió la relación de las primas cuando una ocasión iba pasando por el jardín y escuchó ruidos en la habitación de Victoria, se acercó a la ventana y por un pequeño espacio entre las cortinas observó algo que la dejó pasmada. Victoria y su prima Elena desnudas, sentadas en la cama. Victoria estaba recargada, en la cabecera con las piernas abiertas y en medio Elena estaba con su espalda pegada a los senos de Victoria. Tenía una revista en las manos que leía en voz alta mientras Victoria la tenía apresada con los brazos y acariciaba sus pechos con las dos manos. La acariciaba y besaba el cuello y los hombros. Olivia no podía quitar la vista de las dos mujeres. Estaba asustada porque nunca se había imaginado a dos mujeres haciendo eso, y por otro lado estaba avergonzada por sentirse excitada ante la escena tan hermosa y sensual que estaba presenciando. Cuando Victoria bajó su mano para tocarla más profundamente, Elena dejó caer la revista y se concentró en sentir. Ambas se movían al mismo ritmo y hacían ruidos y quejidos. Parecía una coreografía de lo armonioso y erótico. Finalmente llegó el momento de un grito compartido y un rato de caricias suaves y tiernas. Besos y risas. Todo el piso cubierto de ropa y sobre la cama, tendidas las dos, murmurando.

Olivia quedó maravillada y tardó muchos días en quitarse de la cabeza la escena. Lo que no olvidaría nunca, era la sensación que había recorrido todo su cuerpo. Había aprendido que ver hacer el amor, despertaba el instinto por el amor. Y observar a Victoria desgarrarse por el desamor, le había enseñado lo frágil que el más intenso sentimiento podría ser. Todo era susceptible a ser destruido.

Haber nacido en la finca y ser bautizada por Victoria, había cambiado su destino. Por su origen estaba predestinada a formar parte de los inútiles. No debía haber pasado del cuarto de lavado o de la cocina, y sin embargo, había llegado a Fusiones con canonjías, bombo y platillo. Los primeros días se sentía un poco intimidada, pero algo positivo de su origen era que sabía cómo comunicarse con la gente que trabajaba ahí. Se hizo su amiga, pero sin llegar al cuatachismo; dejó claro su nivel llamándole siempre en voz alta a Victoria “Madrina” y sabía perfectamente cómo utilizar los “por favor” y “gracias”, con la entonación y encanto necesarios para obtener lo que quería.

Véía los detalles que a Victoria se le escapaban. Una mancha en la pared, un piso mal lavado, un libro fuera de su lugar. No dejaba escapar a un cliente, de alguna manera detectaba lo que ni la misma persona sabía que quería, pero ella los convencía y provocaba que salieran felices con su compra. No entendía cómo es que una persona como su Madrina, que se había atrevido a tanto,

hubiera optado por escribir para niños. No sabía de sus razones; los niños le caían mal, literal, no los soportaba. Lo de ella debían ser las novelas complicadas, la literatura erótica, la fantasía para adultos; lo que fuera, menos escuincles. A Olivia el tema de los niños le dormía. Había pasado toda su vida con sus hermanos, eternos niños, que aunque los amaba mucho, no les tenía mucha paciencia. Básicamente los evitaba lo más que podía, lo mismo que a sus padres.

Obviamente sabía que algo estaba pasando; llegaban a Fusiones muchas obras perfectamente empacadas y no se estaba preparando ninguna exposición. El amigo de su Madrina supervisaba siempre cada entrega y vigilaba que acomodaran las piezas en perfecto orden. Suponía que eran cuadros, esculturas, piezas de muchos tamaños. La curiosidad era grande y se atrevió a preguntar a su madrina, pero solo recibió un fuerte regaño por metiche y atrevida. Tenía prohibido preguntar o comentar sobre lo que no fuera invitada a participar. Presentía que este asunto era importante y secreto porque había demasiado hablar en voz baja y reuniones a puerta cerrada.

Al Alfil le costaba mucho trabajo armarse de valor para hablar con su padre. Lo de Margarita fue fácil, simplemente hacerle toda una historia de cómo había quedado con su amiga Victoria, la dueña de la Galería, para recibir todas las piezas de la colección y preparar la magna exposición. Ella sería la encargada de inaugurar, luciría como una reina. Invitarían a todo el pueblo. Lograría lo que siempre había anhelado, ser admirada y respetada. La cabeza se le llenó de humo y accedió de inmediato a ayudar en todo lo que pudiera para hacer realidad ese sueño. Limpiaba, empacaba, daba órdenes precisas para el transporte. Tenía algo importante y trascendente que hacer con su vida.

Después de la inundación algo había cambiado en el Banquero, porque parecía que había perdido interés en ella. Cargaba todos los días con él un manojito de llaves, que ya tenía loca a Margarita con el ruido que hacía. Se sentía invisible ante los ojos de él que se suponía la iba a amar tiernamente por siempre. Había pensado en dejarlo, porque se juró desde muy niña que después de cómo fue tratada por su padre, no soportaría que nadie la hiciera sentir mal. El Banquero no la maltrataba, pero sí la ignoraba y para ella eso era más que suficiente para sentirse ofendida y menospreciada. Sin embargo la emocionaba mucho la idea de la exposición y por eso no había tomado ninguna decisión todavía. Tenía suficiente dinero ahorrado e ingenuamente pensaba que muchas de las obras que ella había escogido eran suyas. Así que con esa pequeña fortuna se podría dar la gran vida en un lugar donde no lloviera y no hiciera calor. Soñaba con vivir en una cabaña en el bosque, cerca de una ciudad moderna. Quería tener lo mejor de la reclusión: privacidad y tranquilidad, por otro lado, estar cerca de las actividades de una ciudad con comodidades y vida social. Estaba harta de vivir encerrada en el juego de ajedrez. Le habían hecho creer que era una reina, pero en realidad no era más que un peón comido, un adorno, un intento de señora queriendo llenar unos zapatos demasiado grandes. Finalmente tendría su oportunidad de brillar en el evento, aunque no fuera del brazo del Banquero, porque estaba segura que no se presentaría, pero ella sí estaría como dueña de la fabulosa colección.

Un día por curiosidad se puso a hacer cuentas de cuanto valía todo aquello y se quedó maravillada al pensar en la fortuna que tenía en sus manos.

El Banquero rio a carcajadas cuando el Alfil le habló del plan de la exposición. Tenía preparada toda una explicación, con razonamientos y detalles, y acabó escupiendo unas pocas palabras, dando la información entrecortada de la manera más babosa. De alguna manera el padre tenía razón al pensar que su hijo era idiota, si cada vez que lo escuchaba, no articulaba ni una frase completa. El miedo que le tenía a su padre siempre lo había hecho cometer errores, y hacía mucho tiempo que había perdido interés en demostrarle lo que podía ser capaz. Finalmente siempre iba a recibir lo mismo: ironías, burlas, desprecio y odio. Siempre la misma cara donde leía la rabia por no ser él el muerto en lugar del hijo adorado. Si algo le causaba ilusión de que su plan resultara exitoso, además de huir con Elena, era saber que su padre se iba a morir de la rabia cuando se enterara de cómo había podido hacer algo no bien, sino pulidamente bien.

Y la risa del Banquero era porque no paraba de burlarse de su hijo, diciéndole una y otra vez que no tendría éxito, que en ese maldito pueblo lleno de imbéciles, una exposición con tantas obras no iba a ser valorada. Simplemente el costo de la logística del traslado, la seguridad que debían contratar y todos los gastos de montar esa exposición, haría que no fuera rentable. Sin embargo cuando el Alfil le hizo saber que todo sería pagado por Victoria, le dio gusto, porque sabía que el dinero vendría de Don Luis. Mientras más dinero gastara, más necesitaría vender sus tierras para poder sobrevivir.

El Banquero dormía todos los días con el juego de llaves y los documentos que había robado de la caja de seguridad del Campesino. Las llaves se habían vuelto una especie de cencerro que lo

anunciaban por donde iba y no se separaba de ellas, porque sabía que si estaban ahí resguardadas, era porque debían abrir un gran tesoro. Algún día descubriría para qué eran, cuando menos eso creía él, y se aferraba a ello con todas sus fuerzas. El Banquero no necesitaba tesoros escondidos. La realidad es que de alguna manera había encontrado algo que le daba un consuelo al sentirse anclado al mundo, gracias a la textura y al sonido que ahora se había vuelto extensión de su cuerpo. Tenía grandes cantidades de dinero en su doble bóveda del banco. La culpa nunca lo abandonó, porque el accidente en el que su hijo perdió la vida fue totalmente innecesario. El banco ya contaba con una bóveda, pero el ambicioso Banquero decidió poner una segunda más escondida, más profunda, más grande. Desde entonces pensaba ya en hacer negocios de dudosa calaña y sabía que no habría mejor escondite que su mismo banco. Solo debía añadir una bóveda secreta para que nadie supiera dónde quedaban todas sus ganancias. La vida le había cobrado muy cara su ambición y su estupidez al no reconocer la oportunidad que tuvo con sus otros dos hijos, de corregir el error que había cometido. Ciego ante la ira y el dolor, había pasado la vida perdiendo todos los sentidos ante lo evidente que la vida le presentaba. Se envolvió en vicios y ambiciones y ahora, por alguna razón, se había aferrado a las propiedades del Campesino. Nunca se le ocurrió haber ido a la casa del hombre para hablar con sus mujeres; tal vez en la plática hubiera detectado una risita nerviosa o algún comentario que las hubiera traicionado y él hubiera descubierto que en efecto, las llaves abrían muchos candados que resguardaban un gran tesoro. Tan grande, que juntándolo con su fortuna lo hubieran hecho el hombre más rico de esa región y muchas alrededor, incluyendo las de más allá de las fronteras.

Cuando paró de reírse, el Banquero dijo al Alfil que no le daría un solo centavo para esa estupidez de la exposición y por supuesto que tampoco iría, pero le daría permiso de llevarse todas las obras, si involucraba a la Margarita y la entretenía para no tenerla cerca. El experimento de convertir a la Puta Margarita en la Señora del Banquero había resultado un fracaso. En la mente del hombre solo aparecían imágenes de su mujer reclamándole el que se hubiera atrevido a llevar a una mujer de esa clase en el lugar que le correspondía. Un cosa era que el visitara el Putero y otra muy distinta que la hubiera llevado a presentar y a vivir como su mujer. Es cierto que era viudo y ante los ojos del mundo podría hacer lo que se le diera la gana, pero en su conciencia aparecía su mujer reclamándole todos los días la presencia de esa flor marchita. No paraba de aparecerse en todos sus sueños, cuando cerraba los ojos y sobre todo, cuando se acercaba para besar o hacer el amor a la Margarita deshojada. No había forma, lo intentó por todos los medios hasta que se dio cuenta que la madre de sus hijos no lo dejaría en paz nunca. Así que decidió alejarse físicamente de Margarita; prácticamente no le hablaba, mucho menos la tocaba.

Irónicamente, la mujer acostumbrada a hacer del sexo su trabajo y muy poco su diversión, ahora resentía el ya no tenerlo y no sentirse deseada por alguien. Había tratado por todas las formas seducir al Banquero y solo obtenía rechazos y malos modos, así que desistió. Pero esta situación para ella era cada vez era más insoportable, porque tal parecía que tantos años de ejercer la profesión, la habían acostumbrado a estar siempre activa, y ahora no soportaba sentirse vieja, mal cogida y rechazada. Y como no se atrevía a buscar hombres fuera de la casa, había puesto sus ojos en el Alfil, que por supuesto a él le repugnaba la simple idea, pero para cuando se dio cuenta de las intenciones de la Mal cogida, decidió mantenerla contenta y a raya con constantes piropos y comentarios cachondos acerca de su cuerpo y su belleza. De vez en cuando ella se atrevía a pasar demasiado cerca y aplastar sus pechos contra la espalda o el brazo del Alfil, y él rápidamente reaccionaba como si se pusiera nervioso o excitado, cuando en realidad lo que quería era huir despavorido. Estaba siendo muy cuidadoso para no ser grosero; no quería hacerla sentir rechazada, le convenía tenerla contenta mientras se fraguaba el plan. Seguramente si Elena no

estuviera en su vida, por joder a su papá, ya se hubiera cogido a la Puta Margarita las veces que fuera necesario para desquitar su coraje.

Necesitó muchos viajes a Fusiones para llevar todas las obras para la supuesta exposición. En algunas de esas ocasiones se había topado con una hermosa y joven mujercita que se comportaba con tal majestuosidad, que parecía un alma vieja contenida en piel nueva. Le había llamado la atención por su belleza, pero más le había preocupado porque no sabía que Victoria tuviera una nueva empleada, así que al principio sospechó que se trataba de una amante de Victoria, pero después las escuchó hablar y cuando la llamó Madrina, recordó el famoso bautizo de hacía mucho tiempo, donde todo el pueblo había sido invitado por Victoria y supuso que aquella bebé era ahora toda una mujer y realmente hermosa. Le angustiaba que alguien más estuviera enterado de su plan. Le había suplicado a Victoria discreción total y a pesar de todo, seguía confiando en ella.

La fecha para partir se acercaba. Había elegido el siguiente anochecer de la fiesta de la patrona del pueblo, porque era una fecha donde toda la gente iba a estar distraída con los festejos y los rezos, y seguramente muy cansados la siguiente noche. No había quien no pidiera su milagro y el Alfil iba a hacer realidad el suyo. Llegarían los camiones ya entrada la noche; Victoria estaría ahí para abrirles y asegurarse que subieran todo el cargamento. Tendrían que recorrer un largo camino, hasta llegar al puerto donde la mercancía sería embarcada con destino a otro continente. No había decidido si mientras tanto, él pasaría por Elena y a toda velocidad alcanzarían el transporte, para ir juntos toda la ruta, o iría por ella antes. Él tenía que estar presente cuando embarcaran su tesoro, para asegurarse que no faltara ni una sola caja. Y después él y la Artista se irían, dejando en su camino mucha tristeza, lágrimas derramadas por ellos y por sus hechos.

Elena seguía en casa de sus padres, no se había atrevido a regresar a la suya ni por ropa. No quería absolutamente nada que le recordara que había tenido una vida antes de lo que hoy vivía con el Alfil. El lugar parecía una casa fantasma. Desde el día del ataque del Maldito, hasta las manchas de sangre habían quedado por todos lados sin que nadie se atreviera a limpiarlas. Las personas que trabajaban ahí sintieron una muy mala vibra y decidieron ya no entrar. Lo único que le dolía a Elena eran los recuerdos de sus hijos, las fotos, los primeros trabajos del colegio, sus juguetes de pequeños. Ahí se quedaría todo, tal y como lo habían dejado ellos. Ella se marcharía, sin arrepentimientos. No volvería jamás. Había pensado que cuando llegara a su destino se comunicaría con sus hijos para decirles dónde estaba y pedirles que la visitara en la primera oportunidad que tuvieran. Ella no podía ir y sería decisión de ellos si alguna vez la buscaban. Le dolía el alma de solo pensarlo, pero nada la haría quedarse; por nada del mundo dejaría al Alfil.

Estaba loca de amor por él. Después de su primer encuentro había regresado a casa con el cuerpo tatuado por la experiencia. Le dolía, le ardía y temblaba. Sentía cómo se le salía la felicidad una y otra vez. Ella olía a él y su mente le recordaba una y otra vez cada momento. Cada beso, cada caricia, los movimientos, los gritos, los apretones y mordidas. No había tenido tiempo para pensar si de verdad y con total honestidad estaba segura que era amor lo que sentía por este hombre, pero lo que sí podría jurar por su vida y la de sus hijos, es que había sido el mejor sexo del mundo y quería ser su esclava por siempre.

El hotelito se había vuelto su nido de amor. Vivían buscando el momento propicio para encontrarse, pero cuidando no ser vistos, no ser descubiertos. Pasaban esos pocos momentos haciéndose el amor y haciéndose ilusiones para el futuro.

Después de la tragedia del Campesino y la muerte de los abuelos de Victoria, Elena se había convencido que la inundación era el castigo para todos los traidores, mentirosos, ladrones e infieles. Malos, más malos y malditos. A algunos les había llegado ya y a otros les llegaría, pero nadie se iba a salvar del castigo divino. Solo esperaba con humildad, que el que ella había recibido a manos del Frígido, la hubiera redimido.

Le había escrito a las gemelas Fantasma para pedirles, suplicarles, que se llevaran a sus padres de ahí. Les mandó fotos de cómo la había golpeado el Maldito y les confesó que iba a huir con el amor de su vida, que nadie lo podía saber -ni siquiera sus hijos-, hasta que estuviera lejos.

Una de ellas ni siquiera le contestó, pero la otra, quien evidentemente tenía mejor corazón, le juró por su vida que en cuanto ella se fuera, regresaría al pueblo a sacar de ahí a sus padres.

Con esa paz en el corazón, Elena estaba lista para marcharse. Tenía muy pocas cosas compradas desde que se salió de su casa; todo le cabía en una maleta. Qué ironía, se iba a emprender una nueva vida tan ligera de equipaje como de ataduras. No quería llevarse los cuadros que había pintado ahí, quería volver a empezar inclusive con su pintura. Les dejaría una carta a sus padres, pidiéndoles que le enviaran a Victoria todos los cuadros que tenía en su estudio, especialmente el del "Nogal". No había forma de que quedara en otras manos que no fuera en las de Victoria y sobre todo, no quería que sus padres sintieran el compromiso de cargar con todas sus pinturas en su salida del pueblo. Pensó en dejarle una carta a Victoria, pero se arrepintió: no había más que decir, todo estaba dicho. Y además, ¿qué le iba a decir, que se largaba con su nuevo amante, que no solo la había abandonado, sino que además lo había hecho con el único amigo que había tenido en la vida? Era mejor el silencio, seguramente, menos doloroso.

El Alfil enfureció cuando Elena le dijo que no pensaba llevarse ninguno de sus cuadros; no podía entender cómo, después de la pasión que había demostrado al crear cada uno de ellos, le fuera tan fácil desprenderse. Aunque había escuchado muchas veces sus razones y las trataba de comprender, se sentía muy desilusionado, porque se había imaginado la inauguración de su galería con las obras de Elena.

Toda la colección estaba ya en Fusiones. El día para huir estaba marcado y el Alfil había revisado el plan tantas veces, que lo sabía de memoria y hasta dormido lo repetía. Y desafortunadamente lo repetía en voz alta, tan alta, que lo había escuchado la Margarita Mal cogida. Esta mujer se la pasaba espiándolo. Se metía a su cuarto cuando dormía para observarlo y fantasear con él. Y estando ahí, el Alfil empezó a murmurar y después a hablar un poco más claro. Lo que pensó que había dicho era que se iba a llevar la exposición con una tal Elena porque la amaba y que tenía miedo de Victoria. Su conclusión fue que ya no iba a exponer en la galería de Victoria, sino que la exposición sería en otra galería de una tal Elena. Le dio tanto coraje, que decidió decírselo a Victoria, para que no le dejara sacar las obras y se hiciera ahí la exposición. Rabiaba de pensar que estaba enamorado de otra mujer; ella lo quería hacer suyo y realmente pensaba que él le iba corresponder algún día.

Cuando llegó a Fusiones, la recibió Olivia y la anunció. Victoria entró en pánico, porque no se imaginaba qué hacía esa mujer ahí. No le quería fallar a su amigo y tenía que pensar muy rápido,

porque en cuanto se quedó sola, se metió a la sala de exposiciones y vio que no se estaba preparando nada todavía.

Olivia, con solo ver la cara de su Madrina, supo que algo grave estaba sucediendo y optó por lo que su sentido común le dictó. Prácticamente arrastró a la Margarita a la oficina de Victoria y cerró con llave las salas de exposición y las bodegas donde estaba toda la colección del Amigo.

Margarita saludó muy amablemente a Victoria y empezó pidiéndole perdón por estar ahí sin avisar y con malas noticias, pero estaba segura que entre las dos lo podrían arreglar fácilmente. Procedió a platicarle todo lo que había pasado, desde lo que escuchó de boca del Alfil, hasta lo que ella había interpretado de lo que murmuraba.

Victoria ahora sí estaba recibiendo la estocada final en el corazón.

En su mente muchos cabos sueltos empezaban a tener sentido; Elena y el Alfil eran amantes y se iban a largar juntos y ella era su cómplice ignorante. Las sienas le retumbaban, los ojos parecía que se iban a salir de su órbita, el pecho le dolía y la respiración se dificultaba. Otros malditos mentirosos. Seguramente la engañaban desde hacía mucho tiempo. La Margarita seguía hablando, pero ella no escuchaba nada. Solo pensaba en lo estúpida que había sido al acercarlos, los presentó y los incitaba a verse para discutir las obras de Elena. Cuántas sorpresas le había dado la Mojigata. El imbécil del Alfil se merecía todo lo que le había pasado por hipócrita, mentiroso y hablador. Se necesitaba ser pendejo para hablar en sueños y casi revelar el plan de toda una vida. Afortunadamente, la puta Margarita que como estaba enamorada del Alfil no pensaba con la cabeza, creía que lo que quería el Alfil era exponer en otra galería, no se imaginaba el magno robo que se planeaba. A ella lo único que le importaba era ser la protagonista de todo y conquistar al Alfil.

Victoria la tranquilizó diciéndole que lo que había escuchado era una historia que ella estaba escribiendo y que se la había platicado al Alfil para que le ayudara a terminarla. La preparación de la exposición estaba muy pronta a empezar y todas las obras estaban en resguardo. No había nada de qué preocuparse y no debía decirle nada al Alfil, porque se molestaría con ella por estarlo espiando.

La Margarita quedó conforme y se marchó.

Victoria se sentó en su escritorio y aunque había jurado no hacerlo, lloró y lloró por última vez en su vida por Elena.

Olivia entró y guardó silencio durante todo el tiempo que su Madrina necesitó ser escuchada.

El Alfil y Elena nunca supieron que Victoria pudo haberles arruinado su escape y no lo hizo. La presencia de Olivia en Fusiones, justo en el momento en que Victoria necesitaba desahogar todos sus silencios, fue el catalizador para que tomara esa decisión. No quería que Elena estuviera cerca de ella, no podía vivir pensando que en cualquier momento se la podía topar por la calle y mucho menos, soportaba la idea de verla hacer su vida con el Alfil. Nunca la iba a recuperar, pero no podía vivir sabiendo que cerca de ella alguien más la tenía.

Habló y habló y mientras se escuchaba a sí misma, le iba dando forma a sus decisiones. Olivia la observaba y se mantenía con toda la empatía de la que era capaz. Jamás hizo una mueca de susto, sorpresa o desagrado; al contrario, sonreía y asentía con todas las historias que estaba haciendo suyas.

La decisión final de Victoria fue seguir con el plan, ayudarlos a escapar y de alguna manera, reconstruir lo que por dentro tenía hecho pedazos. Volver a ser ella misma, sin la debilidad que produce el inundarse en el sentimiento hacia otra persona. El amor y la pasión debilitan a las personas. Hacen que se pierda en las necesidades, deseos y caprichos ajenos. Victoria se juró a sí misma que no le volvería a pasar nunca más en la vida. Ella en control de ahora en adelante.

42.

La noche de la huida el Alfil tenía todo listo. Le había dicho a la Margarita que iba a salir en un viaje corto porque necesitaba traer unos marcos especiales para obras muy importantes. La mujer, después de lo hablado con Victoria, estaba muy tranquila y no dudaba de nada, así que se había ido a dormir sin pendiente alguno.

Guardó unas pocas cosas en una maleta, sus papeles personales, ropa de frío, la loción especial, varias fotos de toda su familia, especialmente del Idiota y de su madre. Un abrigo oscuro, lentes, gorro y lo más importante, una maleta pequeña con todos los títulos de propiedad de las obras.

Había acordado con los camiones del transporte verse en Fusiones. A la vuelta de su casa tenía ya el auto rentado que los llevaría a él y a Elena a su nueva vida.

No fue fácil para Elena cuando el Alfil le confesó que Victoria los estaba ayudando a escapar. Le dio una rabia terrible que se lo hubiera ocultado, le parecía un mal agüero traicionarla una vez más haciéndole creer que el Alfil se iba solo, cuando el escape era de los amantes traidores.

Elena tenía listo su equipaje hacía mucho tiempo. Esa pequeña maleta vacía de homenajes a experiencias pasadas y llena de pendientes por alcanzar. Escribirles a sus padres para despedirse fue mucho más difícil de lo que pensaba. Cada vez que empezaba, mojaba tanto el papel que de inmediato tenía que volver a empezar. A veces les decía la verdad y otras les inventaba una historia de novela. Después de muchos ensayos terminó no diciendo mentiras, pero tampoco toda la verdad. Era una mezcla de razones para irse con el Alfil, sin mencionar su historia con Victoria. Heridas del pasado sin evidenciar al Maldito. Robos de obras de arte, pero con justificación. Y una serie de perdones por todo el dolor que les pudiera ocasionar su partida.

Salió en silencio, caminando de puntas, rezando y en secreto implorando más perdones. No derramó una lágrima, solo suspiros y la boca seca.

Afuera estaba el Alfil que la recibió con un beso nervioso y apresurado. La abrazó demasiado fuerte por la exaltación y la jaló hacia el coche con firmeza. Ya dentro del coche, ambos turnaban su cara de miedo con la de emoción y de regreso.

Tenían que llegar a Fusiones y estacionarse lo suficientemente lejos como para que Victoria no pudiera ver a Elena, quien se quedaría dentro.

La maniobra era difícil por la cantidad de objetos que tenían que mudar. Los diferentes tamaños lo complicaban más, porque el acomodo tomaba tiempo y mientras más tiempo pasara estacionado fuera, más sospechas despertaban.

Victoria estuvo ahí desde temprano; a su lado, Olivia no se le despegaba. Ahora eran más cómplices que nunca y la Cachetes se había propuesto estar junto a su madrina siempre que la necesitara y ese momento era terriblemente duro para ella, así que ahí estaba.

Cuando llegó el Alfil, Victoria salió con toda intención a ver hacia la calle; sabía que muy cerca estaba Elena, escondida como ladrón. Le preguntó por su auto y lo hizo sufrir un poco al decirle que lo acompañaba si quería traerlo más cerca. El pobre hombre balbuceaba y sudaba como el traidor que era. Cada momento era un esfuerzo sobrehumano el que pasaba Victoria por no gritarle en su cara que lo sabía todo y que no habían logrado engañarla, pero se contenía

haciendo el máximo esfuerzo de autocontrol y posicionamiento de dignidad.

Una a una fueron saliendo las últimas piezas y una a una entrando al transporte. Finalmente las puertas se cerraron y llegó el momento en que el Alfil se acercó a despedirse de Victoria. Tenía la cara llena de sudor y con una palidez espeluznante. Se miraron fijamente y el Alfil sintió una culpa desbordante, necesitaba huir de ahí. Abrazó a Victoria, la besó en la mejilla y llorando le dio las gracias. Victoria no movió un músculo ni articuló palabra; solo contuvo las lágrimas y se quedó parada viendo alejarse al Alfil, hasta que se subió a su auto. En la penumbra creyó distinguir otra silueta dentro y le dolió el alma.

El Alfil entró al auto derramando lágrimas de culpa, miedo y alegría. Las emociones se desbordaban, lo puso en marcha e hizo la señal a los transportes para que lo siguieran. El camino era largo, tenían que llegar a la costa para embarcarse. Hicieron algunas pausas necesarias, pero solo para poder seguir alertas hasta el final.

Había tenido que pagar mucho para que cada transporte trajera dos choferes y muchos cargadores para hacer la maniobra en el puerto lo más eficiente posible.

Al llegar a su destino, brillaba el sol intensamente. El sueño no los había vencido en ningún momento, estaban como petrificados por los nervios. No tenían sueño ni hambre, no sentían calor ni frío. En el camino habían platicado lo indispensable; ambos tenían demasiados pensamientos que apaciguar. Se miraron muchas veces y con los ojos se tranquilizaban el uno al otro, se hacían sentir el amor.

El barco era gigantesco; Elena no había vuelto a viajar en uno desde su fatídica luna de miel, así que el recuerdo que tenía era por demás horrendo. Para el Alfil era como si fuera la primera vez, por el motivo y la compañía de la que gozaba. Desde que se bajaron del auto no se habían soltado las manos. Ahí ya no tenían de qué esconderse. Cuando se dieron cuenta de ello, se abrazaron y besaron apasionadamente. Voltaron a ver el sol, riendo como niños.

La mercancía fue trasladada hasta el inmenso buque. Ya venía debidamente sellada y etiquetada. El Alfil había optado por un camarote más bien pequeño. Nada lujoso ni ostentoso, pero sí muy cómodo. Era su primer nido de amor. Empezaban las ridiculeces cuando empezaban las historias de amor. Quién sabe en qué acabaría esa, pero el principio era toda una aventura. Había tenido la brillante idea de registrarse con otro nombre, según él, para evitar que pudieran seguir sus pasos. Sus documentos estaban con su nombre verdadero y los documentos de propiedad de las obras también, sin embargo todo se había documentado a nombre del que estaba registrado el camarote. Era un mínimo detalle que por pensar tanto, el Alfil no pensó.

Llegaron a su camarote y riendo a carcajadas se lanzaron sobre la cama. No cabían de la felicidad, se abrazaron, acariciaron y en medio de un delicioso beso, ambos se perdieron en el sueño de quien por fin, después de mucho tiempo, tranquiliza su conciencia y se deja ir.

43.

Victoria cerró la puerta de Fusiones como quien cierra el telón después de la última función de una larga temporada. Agotada a punto del desmayo. Olivia estaba asombrada de ver cómo se había avejentado su Madrina. Demasiado rápido, demasiado pronto. A partir de ese momento se empezaba a escribir un nuevo capítulo en la vida de Victoria. Vendría el enfrentamiento con La Margarita y el Banquero, lo cual pensaba disfrutar viéndolos sufrir por sus estúpidos “adornos”. Par de ignorantes, incultos, que no tenían idea de lo que habían comprado y menos de lo que habían perdido.

Su vida ahora tenía el propósito de terminar la colección de cuentos y seguir creando obras para fomentar la lectura en los niños.

El objetivo de apoyar a cuanto autor se acercara a ella, siempre y cuando tuviera talento. No se había vuelto buena de repente, seguía siendo la misma hija de la chingada que no tenía miramiento cual ninguno en decirle en su cara a cualquiera, lo que pensaba. Y si pensaba que era un imbécil, con todas sus letras se los decía, hasta hacerlos pedazos.

La diversión de disfrutar todos los días la lectura de las revistas color sepia que llegaban a sus manos.

La alegría de ver en todo momento a Olivia transformarse en un maravilloso ser humano. Internamente, se regocijaba pensando que no había tenido que parirla para hacerla. Era su creación y su presencia le daba vida.

Empezó a pensar en todos los pendientes que tenía y afortunadamente, la lista era larga. Resultaba que su esencia sí era como la madera de nogal, indestructible. Había algo dentro que a pesar del dolor, del corazón destrozado y de los malditos recuerdos que vivían en la memoria de su cuerpo, le hacía quererle más a ella que a nadie. Gran felicidad reencontrarse con ese pensamiento.

Necesitaba ir a dormir; quería despertar muy temprano.

La partida de los Malditos Mentirosos había causado un revuelo en el pueblo. Chismes y comentarios pululaban sin parar. La culpable de tanto escándalo había sido la Margarita, mal cogida, despechada y traicionada. Cuando no regresaba el Alfil, empezó a ponerse muy nerviosa. Se había enamorado como adolescente ridícula. Lo empezó a buscar por todos lados, hasta que llegó con Victoria. Y aplicando un poco el “no importa quién me lo hace, sino quién me lo paga”, Victoria se regocijó haciéndole una gran historia de cómo se había presentado el Alfil con ella y le había exigido que le entregara todas sus piezas y ella no tuvo opción, más que hacerlo. Además, claro que le hizo saber que se había ido con su prima Elena, lo cual los convertía en unos infieles traidores. Y para rematar, le aclaró que ella no tenía responsabilidad ni culpa al haber entregado los “adornos”, porque el Alfil le había presentado todos los títulos de propiedad, así que él era el legítimo dueño. Ella y el Banquero estaban despojados legalmente.

La pobre mujer había gritado por donde pasaba, su desgracia. Quien no lo sabía, se había enterado por su ardida boca. Destrozó el cuarto del Alfil, cortó en pedazos toda su ropa y lloró por todos los rincones. Se dormía cada noche oliendo las sábanas donde él había dormido la última vez. Se sentía desolada porque en su cabeza de mujer madura, se había formado fantasías

de niña.

Caminaba por la casa y sentía la soledad abrumadora. Cuando le dijo al Banquero lo que había hecho su hijo -buscando que enfureciera y lo buscara hasta encontrarlo-, la reacción que obtuvo fue desconcertante. El Banquero no parpadeó, lo pensó y comenzó a reír, con una risa con tintes de locura y desesperación. Solo decía una y otra vez, que era la primera vez que su hijo había tenido huevos para hacer algo en su vida. No le importaba dónde estaba y no quería que regresara, le daba igual. La enfermedad del Banquero ya estaba muy avanzada y sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida, por lo que unas cuantas células de su cuerpo se alegraban que ese hijo, al que nunca quiso, tuviera una oportunidad de alejarse de él para siempre. Sonaba y sonaba sus llaves y le gritaba a la Margarita que se largara de su vida, que no la quería ni la necesitaba, porque su mujer y su hijo amado iban a regresar en cualquier momento.

La Margarita vio la locura reflejada en ese hombre y pensó que si no se iba de inmediato, corría peligro de que en su fantasía la pudiera matar. Así que empacó todo lo que pudo, sacó sus papeles y se largó del pueblo que la vio nacer, prostituirse, renacer, enloquecer y finalmente, sosegar y olvidarse de todo. No quería morir ahí y no podría soportar las miradas de la gente mientras le llegaba el fin. Viviría intensamente el sueño del bosque que había imaginado desde niña. La Vikinga desapareció como llegó, sin que a nadie le importara.

Cuando la Margarita se fue, el Banquero experimentó por primera vez la verdadera soledad. Mandó traer a un ejército de doctores y enfermeras. Camas de hospital y sofisticados aparatos para detectar todo tipo de enfermedades. Montó un laboratorio y hasta una cafetería para poder alimentar a la cantidad de gente que entraba y salía. Nunca se paraba en el banco y la poca gente que todavía tenía su dinero ahí, lo sacó cuando se desató el rumor de la locura del hombre. Los empleados se robaron lo que pudieron y no regresaron. Las cajas de seguridad fueron violadas una noche que un grupo de pandilleros liderados por un cajero del banco las abrieron todas y se llevaron joyas y dinero. Los papeles, documentos y recuerdos que no parecían de valor fueron olvidados. Sirvieron de mecha para encender un gran fuego que destruyó todo. Nadie supo que en una segunda bóveda había una gran fortuna, mal habida y maldita. El fuego derriñó una de las paredes y con ello, las llamas entraron devorando lo que el agua se debió haber llevado, pero que ahora otro elemento retomaba como suyo.

El banquero permaneció en cama durante mucho tiempo. Parecía que se recuperaba y recaía nuevamente. Hablaba solo y dormía mucho. Finalmente murió como vivió, llorando por sus muertos. Confundía a sus hijos y su mente lo traicionaba. No se acordaba a quién quería y a quién odiaba. No pudo morir en paz yendo al lugar donde se encontraría con su mujer y su hijo, porque extravió el camino. La culpa y el egoísmo lo desviaron y lo llevaron a la obscuridad total.

En cuanto murió el Banquero, la comunidad se adueñó del Ajedrez, abrió sus puertas para convertirlo en un hospital público. Se decía que había sido la última voluntad del muerto, que murió teniendo en una mano unos papeles que por tan manoseados eran imposibles de leer, y en la otra, las llaves que cargaba siempre. Así que el doctor que lo cuidó hasta el final, dijo que el documento era su testamento donde dejaba la propiedad al pueblo; quería devolver a la comunidad lo que había recibido en vida. Una versión muy poética inventada por el médico, que no hacía daño a nadie y sí beneficiaba a muchos. Fue enterrado con sus amuletos y solo un médico asistió a darle el último adiós.

El incendio del banco le dio a Don Luis la paz que había perdido hacía mucho tiempo. Estaba seguro que con el banco se habían perdido los documentos firmados al Campesino, el único testamento redactado y todo su dinero. Su conciencia estaba tranquila.

Compartió sus tierras con verdaderos campesinos y les propuso sembrar vida. Abrió el agua

para todos sin condiciones. Quería honrar a sus padres y respetar las reglas de la naturaleza. La tierra iba a ser cuidada y trabajada con honor y responsabilidad.

Pasaba todo su tiempo adorando a su mujer y ayudándola con las conservas que vendían en todo el pueblo. Era feliz y pensaba que ya no le debía nada a nadie.

Se despidió con cariño del Palo y Singracia, que después de la partida de Elena habían sufrido mucho, pero la vida les había regresado cuando una de las Gemelas Fantasma volvió para llevárselos a vivir con ella. Les costó mucho trabajo partir, pero ahora centrarían toda su atención en la hija pródiga que había vuelto. Ya tenían por quién vivir.

Lula había aprendido a disfrutar su forma de vida. El dinero de los escondites de Don Luis lo había invertido en su pequeña industria y estaban siempre ocupados, lo cual les llenaba de vida. Don Luis había mejorado su salud y por primera vez en su vida, realmente estaba trabajando. Ambos tenían remordimientos de cómo habían ignorado siempre a Victoria, y trataron de acercarse a ella de muchas formas, pero esa herida a Victoria no se le cerraría nunca. Jamás los perdonaría; no había forma que un perdón borrara toda una vida de desamor y rechazo.

En el pueblo se decía que los padres de Victoria eran inmortales. Envejecían y envejecían, pero ahí seguían.

Lo último que se supo de ellos fue que salieron al jardín durante el eclipse y se desmoronaron como polvorón. Se unieron a la tierra y del cielo cayó agua para que se integraran a ella. Se creía que ese había sido, de alguna manera, el castigo por no haber querido a su hija.

Victoria mandó poner una lápida en el lugar donde quedaron tendidas las cenizas y en la tapa un epitafio que decía:

“El que no quiere lo que crea, está condenado a regresar al origen para reparar y volver a crear.”

*L*a travesía en el barco fue de ensueño: Elena y el Alfil lo vivieron disfrutando cada comida, cada momento. Bailaban, cantaban y se amaban intensamente. Elena escribía todo lo que pasaba cada día. No hablaban ni del pasado ni de las personas en su pasado. Solo hacían planes para el futuro. No querían saber nada de las bombas que seguramente habían reventado por su partida. Aunque a decir verdad, lo que ellos se imaginaban, era por mucho más fuerte que lo que en realidad había pasado. Sí fue la noticia del momento, pero se apagó rápidamente. Ninguno de los dos se había dado cuenta que su presencia finalmente era sustituible para los pocos para quienes ellos creían ser importantes. La única persona que realmente los podía haber extrañado a ambos era Victoria. Y ella, en cuanto supo de su traición, los encerró en el baúl de los pensamientos dañinos y cada vez que amenazaba con abrirse, lo cerraba de golpe y le ponía un candado más.

A los dos se les hacía muy emocionante que les llamaran por otro nombre. Se sentían en una novela de misterio, donde los personajes cambiaban de identidad y aparecían para vivir diferentes vidas. No paraban de reír, pensando que hasta el capitán del barco los identificaba con sus inspiradores seudónimos. Aunque toda su parafernalia, dejó de ser graciosa cuando al llegar a puerto quisieron reclamar el cargamento y se presentó un problema. La inconsistencia entre los nombres inició un conflicto que parecía que no tendría forma de resolverse. Trataron por todos los medios de demostrar su verdadera identidad, pero todo el numerito que habían montado durante la travesía les acabó por hundir más. No había una persona que pudiera confirmar quienes eran. Nadie los había visto embarcar todo el cargamento que reclamaban como suyo y finalmente en el país del orden, era totalmente incompresible que alguien encarnara dos personajes. Aparentemente el dueño de la mercancía, jamás se había embarcado y nadie tenía derecho a reclamar la mercancía. Las obras del Alfil fueron bajadas y guardadas en una bodega de la línea naviera hasta que se aclarara la situación de quién tenía el derecho de reclamo. El Alfil no podía creer lo que estaba viviendo. Se sentía culpable por la estupidez que había hecho. Ni por un momento pensó que estaba condenando su futuro al limbo permanente. Elena entró en pánico porque no tenían nada con qué empezar. Ella sabía que si le daban un poco de tiempo, se pondría a pintar y con un poco de suerte, sus pinturas gustarían y se empezarían a vender; pero esto tomaría mucho tiempo.

Estaban en un lugar extraño, lleno de desconocidos, donde hablaban un lenguaje que no entendían y se sentían perdidos.

Lograron llegar a un hotelito medio sucio y medio feo, pero barato. La sonrisa se les había borrado de los labios y la incertidumbre los recorría. Con un poco de asco se sentaron en la cama y estuvieron a punto de padecer el espasmo catastrófico. Ambos tenían la mente en blanco, no podían pensar, no podían resolver. Las dudas los invadían, tristemente ese momento de duda marcó para los dos el arranque de una historia de amor que ahora no era tan romántica.

Elena sintió un hueco en el estómago y por primera vez en su vida, supo lo que era no tener nada qué comer y muy poco dinero para sobrevivir. Liberar la mercancía implicaría que tendrían que gastar mucho dinero para contratar a alguien que supiera de cuestiones legales y migratorias. No tenían a nadie a quien pedirle dinero ni ayuda. Todas las personas que les hubieran podido ayudar habían sido traicionadas, robadas, engañadas, burladas o abandonadas por ellos. Estaban

pagando el precio del cúmulo de estupideces y errores descomunadamente absurdos. Muchas noches durmieron con hambre y frío. Elena se acalabraba constantemente de las manos, las frotaba y las mantenía unidas en posición de plegaria suplicando el perdón al castigo que les estaba alcanzando. No tenía idea de qué podrían hacer y no quería estar enojada con el Alfil, pero no lo podía evitar. Este hombre la había arrancado de su mundo con la promesa de una vida maravillosa y justo en ese momento penaba como nunca pasando por lo más incómodo de su existencia.

Cuando estaban al borde de desfallecer, salió el sol y el ánimo les mejoró un poco; pensaban salir a tomar un café para ver si se les ocurría algo. En ese momento los ojos de Elena se abrieron como platos y gritó con toda su fuerza: “¡La sorpresa!” Con el trauma se había olvidado por completo. Tomó su maleta, literalmente la volteó y en un doble forro estaba “El amanecer”, la obra que el Alfil le había enviado a casa de sus padres y que ella había desmontado y empacado pensando que ese cuadro nunca lo venderían, sería venerado por siempre como símbolo de su amor. Sin embargo en esos momentos pasaba a ser del homenaje al idilio, al boleto a la supervivencia.

El Alfil no cabía en sí de gusto, era una obra muy costosa, que seguramente podrían vender fácilmente y que les daría el dinero necesario para empezar la nueva vida que habían planeado. Buscó entre sus papeles el título de propiedad de ese cuadro y cuando lo encontró, corroboró lo que valía

“El Amanecer” fue la salvación del amor, lo vendieron en una pequeña fortuna y con el dinero rentaron un piso y montaron un estudio para Elena. El Alfil hacía las labores de promotor, buscando galerías y oportunidades para las obras de la Artista. Se daba a entender cómo podía y establecía buenas relaciones.

Elena, inspirada, no dejaba de pintar y de escribir; su día era agotador, pero lo vivía muy emocionada. No podía creer el lugar en el que estaba. Por las noches caminaban tomados de la mano, bebiendo infusiones diversas, comiendo de todo lo conocido y probando lo desconocido. Ahora sí vivía el cuento de hadas, con príncipe y princesa incluidos. Lo único que no le gustaba mucho es que la princesa trabajaba demasiado, le dolían las manos y sentía la presión que si su obra no gustaba, el dinero salvador no les duraría para siempre.

El Alfil había conseguido una galería que estaba interesada en la obra de Elena, pero necesitaba cuadros de gran formato en tamaño. Eso representaba para ella, mucho tiempo pintando y para el Alfil, mucho de ocio y reposo.

La historia se repitió muchas veces. Exposiciones, venta de algunos cuadros; llegaba dinero para vivir un tiempo y nuevamente, otra exposición. Nunca lograron reunir el suficiente dinero para poder liberar la fortuna que tenían encerrada en la bodega. El alma del Alfil se amargaba más y más cada vez que pensaba en lo que había perdido por imbécil; se hacía castillos en el aire pensando en cómo hubieran podido vivir si tan solo la decisión tomada hubiera sido la correcta. Una mala decisión en la vida impacta para siempre y si no se logra superar, la culpa aniquila permanentemente.

El apasionado amor con el tiempo se volvió un mundo de reclamos y de rencores. El Alfil no sabía ganarse la vida de ninguna forma y la fama no le llegaba a Elena. Era ya una artista conocida, pero sus obras no valían lo suficiente como para poder vivir cómodamente, sin tener que estar constantemente preparando exposiciones o haciendo cuadros por encargo.

El trabajo mermaba la salud de Elena, que no estaba acostumbrada a vivir en un lugar con tanto frío a destiempo. Pintaba con las manos vendadas por el dolor de huesos frágiles. Extrañaba el sol de todos los días y vivía con la amargura de nunca haber vuelto a ver a sus hijos ni a sus padres.

Cuando la gemela le avisó que habían muerto, se retorció del dolor por no haber estado cerca de ellos en sus últimos momentos. ¡Había sido tan injusta al dejarlos de esa manera! Se daba cuenta que pudieron haber hecho las cosas de otra forma. Sin herir a nadie, sin engañar, robar o abandonar, y seguramente el resultado hubiera sido otro. Ellos se habían auto exiliado pensando que no necesitarían a nadie nunca más. Qué equivocados estaban. Qué gran error habían cometido, pero de este error no los liberaba nadie. No había vuelta atrás.

Elena murió intranquila e infeliz. Su frente revelaba las arrugas de tristeza y conmoción, formando surcos en la piel. Su cuerpo deformado por los huesos acongojados. Murió llorando por sus hijos, suplicando el perdón de sus padres y extrañando a Victoria.

Vidita había sido no solo su amante. Cuando tomó la decisión de dejarla, perdió a su mejor amiga, su cómplice, un refugio que nunca valoró. Traicionó al ser que sin duda, la amó más profundamente. La única que en todo el maldito pueblo había sido siempre fiel a su esencia y a su palabra de honor.

La relación con el Alfil estaba muerta desde el momento en que para él, su plan de toda la vida se vio frustrado al llegar a puerto. Muchas veces pensaba que si no se hubiera enamorado de Elena, no habría cometido el error que lo hundió. No era capaz de aceptar que había sido su culpa, porque si lo hacía, estaría dándole la razón por completo a su padre. Prefería pensar que la culpa era de ella y no reconocerse como un perfecto Idiota.

Había sido muy evidente que ese amor, para esa relación no había sido suficiente. Los errores, las malas y precipitadas decisiones y las culpas pesaron más que el aparentemente indestructible vínculo que se había formado entre ellos. Era una gran pasión, un enamoramiento que con el tiempo y los contratiempos se apagó; no le alcanzó para transformarse en amor verdadero.

El tiempo de Elena cerca del final fue gris y hasta tétrico. Su obra se volvió oscura y triste. Irónicamente, fue entonces cuando empezó a ser reconocida como una gran pintora. Había encontrado por fin la línea que su inspiración transformaba en arte con fanáticos. Por fin muchos dispuestos a pagar por tenerla y ella, desinteresada del mundo, la fama y la materia.

Muerta Elena, nada se supo del Alfil; ella, al final de su vida, había sido una artista famosa, pero él nunca fue nada para nadie. No había dejado huella ni legado. Pobre Elena, con qué poquita cosa se había conformado, cuando ella era tanto y tenía tanto frente a sus ojos. Pobrecita Mojigata, que algo tan bruto como el deseo la guio y la destrozó. Más le hubiera valido nunca haber despertado al mundo de las sensaciones. Habría muerto en el maldito pueblo, sin ser famosa y sin haber cruzado nunca el océano, pero con una faz de paz y no con las arrugas de la desolación.

45.

Llegó a Fusiones la obra de Elena. Siguiendo sus instrucciones, su padre le había enviado a Victoria los cuadros abandonados en sus dos estudios.

Victoria no se sorprendió, los recibió y ordenó guardarlos en la bodega; tal vez los quemaría a la primera oportunidad. El único que colgó en su oficina fue el “Nogal”. Ese cuadro fue inamovible, permaneció en ese lugar mientras Victoria vivió y durante mucho tiempo más. Los demás cuadros nunca fueron vendidos, acabaron destruidos. El tiempo que pasaron arrumbados en la bodega de los triques, la más fría y húmeda, hizo estragos. Finalmente fueron arrojados a la basura por inservibles.

Sufrieron el mismo destino que todas las obras del Alfil. Las bodegas del puerto eran un lugar gélido, donde el aire con sal entraba, circulaba y roía todo a su paso. Al Alfil jamás le permitieron explicar lo delicada que era la mercancía y los cuidados que se debían tener. Todo fue apilado como sacos de granos a merced de los elementos. Y la naturaleza tomó su venganza.

Victoria pudo haber rescatado la obra de Elena, pero tenerla arrumbada y dejar que los hongos y polillas hicieran su trabajo la hizo sentir bien. La consoló cuando menos un poco.

A veces pensaba en Elena, sobre todo cuando algo le llegaba al baúl de los recuerdos. Leyó en una de sus revistas una frase que le pareció maravillosa, digna de un gran autor. Decía: “Lo que une a un hombre y a una mujer es el instinto primario de reconocerse protagonistas de la creación y permanencia de la humanidad”; sonrió pensando que ella estaba por encima de eso, pero Elena no.

Mientras vivió, nunca supo que el plan de los Malditos Mentirosos se había arruinado. Cuando quería saber algo de cómo iba la pintura de Elena, le preguntaba a Olivia. Ella era la responsable de seguir su carrera y de tener la información a la mano para calmar la eventual curiosidad de su Madrina.

Los libros de Victoria encantaban a todos; ella y Fusiones convertían en éxito lo que tocaban. El sueño se había hecho realidad gracias a Victoria, pero sobre todo, a Olivia.

Cuando regresaron a la tierra los padres de Victoria, ella redactó un testamento dejándole la Finca, Fusiones y todas las tierras de su familia a Olivia. Heredera única, con poder para hacer lo que ella quisiera.

También le había dado el material que Lula había escrito durante toda su vida. Eran recetas de conservas y todo tipo de platillos. Dulces, salados, enchilados, ahumados, fritos, cocidos y ahogados. Material para hacer una cantidad de libros por especialidad. Le había pedido a Olivia que algún día publicara la obra de su madre. Pero no ahora, después; mucho después.

En la Finca vivían Victoria y Olivia, sus padres y sus hermanos seguían en las casitas del jardín.

Olivia cuidaba con devoción a su Madrina y cuando se enteró que Elena había muerto, sufrió por ella, pero no podía guardar ese secreto. La llevó al jardín, la ayudó a sentarse junto a la sombra de su amigo y se lo dijo. Vio como cerraba los ojos con la expresión más triste que en su vida había presenciado.

Victoria decidió callar para siempre y no volver a andar. Ni una palabra pronunció, solo cedía

el tiempo al pensamiento. No volvió a ver a nadie ni a salir de la Finca. Solo su ahijada pudo sacarle algunas sonrisas en todo ese tiempo que le fue dando forma a su fin. El destino no podía ganarle la partida. Era ella la que decidiría, si bien no el cuándo, sí el cómo.

Cuando el fin llegó, Olivia cumplió la última voluntad de su madrina. El cuerpo de Victoria fue cubierto por capas y capas de revistas pegadas con engrudo para formar un capullo. En su mano, una bolsa de nueces peladas para el camino. El envoltorio enterrado al pie del Nogal, en un sepulcro que la cobijaría para siempre. Junto a ella, en una caja, todas las libretas que había escrito a lo largo de su vida.

Partió envuelta en sus visiones, con su olor favorito.

Olivia no invitó a nadie al último adiós: solo ella, su madrina y el nogal.

Nadie más tenía el derecho de despedirse de un ser tan extraordinario. Había hecho lo imposible, logró transformar a todo un pueblo. Inspirar a otros para escribir. Hacer que los niños leyeran y crear de los libros un juguete deseado.

Nunca dejó de escribir y de crear. Jamás uso otra cosa que no fuera pluma y papel, a pesar de que cada palabra le producía una punzada de dolor indescriptible. Escribió para todos lo que publicó y para ella su vida entera.

Nunca dejó de leer, porque se hubiera muerto sin la sensación de sus sentidos llenos de palabras. Leyó fino y corriente. Y fue fiel a sus lecturas, a sus personajes y a sus pasiones.

Victoria murió extrañando a Elena, pero murió sin rencores, sin pendientes y sin culpas. Orgullosa de su origen y sus raíces, reconciliada con su pueblo y sus tradiciones, amando sus olores y sabores. Sin arrugas en la frente, con la conciencia tranquila y los recuerdos a flor de piel.

En la vida hay personas que decoran y muy pocas que tocan, impactan y transforman a quienes están a su alrededor. Modifican almas y dejan huellas indelebles.

Otras fuimos señaladas para escribir las grandes historias de quienes llenaban los espacios con su sola presencia.

Fue un honor y un privilegio haber sido yo quien revelara tu historia para cerrar el círculo de la existencia.

Gracias por elegirme.

Fue un placer, querida madrina.

Olivia

Acerca de la autora

Magdalena Zapata



Tantos eventos tuvieron que vivirse para decidir que la imaginación se estaba desbordando. Muchos escritos, cortos, largos y a medio terminar. Trabajos por encargo, por tarea o solo inspiración, pero todos escondidos en la libreta donde se crearon. Sucedió en el funeral de su abuela atreviéndose a escribir para los demás, ya no solo para ella. Compartiendo lo que sentía, lo que imaginaba en ese momento estaba ocurriendo con su alma, en el camino que emprendía. Fue el arranque al escuchar eco a lo que se escribe moviendo otro corazón, haciendo reír, llorar, asombrarse o asustar.

Una vida recolectando experiencias para escribir “la Tortura de los intentos” dedicada a las almas que luchan por duplicarse viviendo proceso desgastantes. Capítulos de experiencias propias y ajenas. Humor negro e ironías para aliviar una prueba más otra. Empatizan en su lectura los inmersos en los procesos asistidos en la búsqueda por tener un hijo.

Y por fin llega esta idea que desde niña se quedó con ella dándole forma a “Con Olor a tinta corriente.” Un atrevimiento de novela, irreverente y erótica. Encontró la libertad para

expresarse escribiendo, dando voz a los personajes atrevidos y a las líneas imperfectas. Es su primera novela la cual da inicio al estilo que se amoldará a los siguientes intentos de expresión.

Datos de contacto

Magdalena Zapata

FaceBook: [Magdalena Zapata](#)

Instagram: [Magdalenazapatalozano](#)